Una corte de hielo y cenizas

L J Andrews

Traducido del inglés por Puerto Barruetabeña Díez



Una corte de hielo y cenizas

L J Andrews

Traducido del inglés por Puerto Barruetabeña Díez



Una corte de hielo y cenizas

L J Andrews

Traducido del inglés por Puerto Barruetabeña Díez



Capítulo uno

El príncipe de la noche

La sed de sangre seguía allí. La sentía como algo pesado y palpable cada vez que apoyaba la mano en la empuñadura de las hachas negras que llevaba en el cinto. Todavía sobrevivía en mí una criatura muda que exigía sangre y deseaba dolor, como si la maldición se hubiera prolongado durante demasiado tiempo y una parte de mí se hubiera rendido para siempre ante la bestia retorcida en la que me convertí tantas veces.

Decidí, con demasiado optimismo, no contarle eso a nadie.

Sentado en una roca entre los árboles, me llegó el olor a cobre mezclado con humedad. Se percibía la sangre en los últimos vestigios de la tormenta. Inspiré hondo para intentar así calmar el ansia de mi pecho, pero quería más.

—¿Qué sentido tiene esto?

Miré a Tor por encima del hombro. Me observaba mientras le pasaba una piedra de afilar a su daga, igual que hacía cuando yo no era más que un niño que iba todo el día detrás de él y de mi hermano, Sol.

En aquellos tiempos en que la vida tenía sentido.

—Me caías mejor cuando te postrabas ante mí. —Volví a mirar al frente y apoyé la mano en una de las hachas.

—Ya, solo fue un momento fugaz tras el arrebato de felicidad por librarnos de la maldición y recuperar los recuerdos. —Tor dejó de afilar su arma y se acercó—. Dime una cosa, mi príncipe: ¿qué vamos a conseguir con esto?

Acaricié con el pulgar la piedra vidente negra que llevaba al cuello y que ya no servía para nada. No tenía respuesta para esa pregunta y no quería admitir que no tenía un plan claro. Pero conseguí, no sé cómo, sonar confiado.

—Perder otra caravana tendrá un impacto importante en las arcas

del falso rey. Y provocará malestar y desconfianza.

Tor puso los ojos en blanco y estuvo a punto de echarse a reír.

Apareció un recuerdo puntual en mi cerebro: una imagen clara de Tor haciendo ese mismo gesto cuando discutía con Sol. Los recuerdos iban aflorando cada vez con más facilidad según iba pasando el tiempo. Muchas veces alguno de nosotros se quedaba parado, se frotaba la frente y compartía un nuevo recuerdo.

Y todos nos reíamos o lo utilizábamos para alimentar nuestro deseo de venganza.

—Creo que estamos demasiado cerca —comentó Tor en voz baja —. Has dicho que querías dejarla en paz, pero siempre acabamos en algún lugar donde estás próximo a ella.

Apreté un puño junto al costado al pensar de nuevo cosas que me llenaban el pecho de un extraño miedo. Cosas que no podía arriesgar y que sin duda no podía desear.

Ella no podía tener nada que ver conmigo, con la Hermandad de las Sombras, ni con la guerra sin fin que manteníamos para vengar la sangre de mi familia. No sería justo. Al menos así era como justificaba todo aquello en mi cabeza. Aunque lo que más se acercaba a la verdad era que Elise Lysander podría acabar con lo que quedaba de mi sed de sangre y yo no estaba preparado para renunciar aún.

Por eso tenía que seguir como si fuera totalmente indiferente.

Fulminé a Tor con la mirada y me alegró ver que agachaba la cabeza, para variar.

—Esto no tiene nada que ver con los timoranos.

—¿Los timoranos? Me alegro de oírte decir eso, porque ella es timorana. A pesar de todo lo que *Kvinna* Elise hizo para acabar con la maldición, ella comparte sangre con el rey Eli. Incluso le pusieron su nombre por él, maldita sea. Si quieres seguir adelante con la venganza, será por nuestra cuenta, ¿entendido?

Fijé la vista en la tela roja que tenía en las manos.

—A menos que prefieras admitir que has cambiado de idea, tal vez incluso de actitud. —Halvar apareció detrás de un árbol, lamiéndose grasa de los dedos y tiró lejos el hueso pegajoso de un ave

acuática—. En cuyo caso, juro por todos los cielos que no te voy a repetir mi habitual «te lo dije», aunque te lo haya dicho ya un millón de veces.

—Elise no tiene cabida aquí —insistí, más para convencerme a mí mismo que a ellos.

—Estoy de acuerdo —confirmó Tor—. Ella ya hizo su papel y a partir de ahora le irá mucho mejor lejos de nosotros.

—Me encanta veros a los dos diciendo lo que pensáis en voz alta, como si así pudierais convencer a las Parcas que la trajeron hasta nosotros, como si a ellas les importara vuestra opinión. Elise es su *hjärta,* la canción de nuestro príncipe.

—¿En serio? ¿Pero cuándo te has vuelto tan blandengue, amigo mío? —preguntó Tor, burlón.

—Ah, yo siempre he sido el mejor amante de los tres. Y no tengo nada de blando. Puedes negarlo cuanto quieras, Torsten, pero tú eres el único de nosotros que ha encontrado a su *hjärta* y por eso deberías reconocerlo mejor que yo. El problema es que tú también intentas acallar a ese corazoncito negro que tienes.

Halvar sonrió con cierta picardía cuando Tor intentó darle un golpe en el brazo. Tras apartarse hasta una distancia segura, Halvar me miró.

—Mantengo lo que he dicho y voy a disfrutar mucho viéndote luchar contra la atracción que sientes por *Kvinna* Elise, príncipe Valen. Lo cierto es que tengo intención de decirte «te lo dije» al menos cien veces más cuando tú…

—Ojalá la maldición lo hubiera dejado mudo —interrumpió Tor.

Apreté la mandíbula para evitar sonreír. Echaba de menos aquella dinámica, conocernos como antes. En su momento ni siquiera me importaba ser el niño molesto y que esos dos me hicieran verdaderas perrerías. Ojalá Herja y Sol estuvieran allí. Mi hermana me defendería y Sol sabría qué había que hacer mejor que yo. Sabría cómo conseguir que Nuevo Timoran pagara por la sangre y el sufrimiento de nuestro pueblo.

—Vamos. —Me detuve un momento y miré a Halvar con los ojos entornados—. Y Elise no es mi *hjärta*.

Él sonrió como si yo todavía fuera aquel niño ridículo.

—Lo que tú digas, mi príncipe.

El *hjärta* era un concepto romántico, uno de los favoritos de los habitantes de la noche desde tiempos inmemoriales. Las leyendas hablaban de una furia antigua que conectaba a dos amantes de tal forma que sus almas parecían fusionarse como las notas de una canción para crear la armonía, formando una unión irrompible.

Era ridículo.

Y dolía.

Mi padre siempre decía que mi madre era la canción de su corazón. Ella era timorana. Tal vez…

No. No me serviría de nada establecer una unión con Elise Lysander. La había utilizado para acabar con la maldición y eso ya lo había conseguido. Se acabó.

Me puse en cuclillas, entorné los ojos y me centré en la difícil ruta para caravanas que serpenteaba bajo el saliente rocoso. Estábamos en una zona discreta, oculta por robles negros, sauces y otros árboles de hoja perenne. Las ramas asomaban entre la niebla, cada vez más densa, como unos dedos que se enredaran en el cabello de un amante. A pesar de la bruma, todavía se distinguían bastante bien los carros negros. Mi visión nocturna se había agudizado desde que se rompió la maldición y se liberaron mi furia y mis recuerdos; al fin y al cabo, por eso se me conocía en aquella vida que tuve tantos años atrás.

El príncipe de la noche, soberano nacido bajo una luna creciente, príncipe de las sombras, poseedor de la furia de la tierra. Antes siempre prefería el anochecer al amanecer y todavía me pasaba.

Tres carromatos pasaron bamboleándose sobre las raíces que sobresalían y entre las zarzas que asomaban. A cada uno de ellos lo seguía una hilera de viajeros cansados a pie.

«La sangre está ahí». Docenas de ettanos, vestidos con el azul de Aguja del Cuervo, trasportaban cintas y satenes. Algunos llevaban pesados sacos de lona al hombro. Otros empujaban carretillas con montones de telas, plumas, alfileres y agujas para sastres y modistas. Muy pocos de los sirvientes llevaban zapatos. La mayoría de ellos, incluso los más menudos, iban encorvados y avanzaban con dificultad, caminando sobre trozos puntiagudos de roca y envueltos en el polvo

del camino.

Hice una mueca.

Una chica, que solo era piel y huesos, cargaba con un saco de cereal tan grande como ella, pero todos los Cuervos que vigilaban la caravana iban con sus culos gordos cómodamente sentados, sin fijarse en la gente que sufría a sus pies. Mi gente.

Yo no podía ser su príncipe, al menos no el que ellos querían, pero sí que podía ser un villano en su nombre. Un criminal que doblegara al castillo Aguja del Cuervo.

Después quedaría libre para irme lejos de aquel lugar dejado de la mano de los dioses.

Aquello no era la Etta de mi infancia, era una tierra que no reconocía y por la que no sentía ningún cariño. Sentía cierto grado de lealtad hacia su gente, pero no podía (peor, no quería) gobernarla.

Cuando culminara mi venganza, yo sería tan indigno como el falso rey que se sentaba en el trono en aquel momento.

—¿Por qué demonios vamos a atacar una caravana de telas? ¿Dónde están los carros con dinero? —murmuró Halvar.

Saltó desde un saliente que había más arriba para situarse a mi lado. Vestido de Sombra, con la nariz y la boca cubiertas con una máscara negra, apenas se le distinguía en medio de la noche.

—Todo cuenta, pedazo de idiota.

Tor rodeó el saliente por un lado y se agachó en la oscuridad, a unos diez pasos de donde estábamos nosotros. Entonces vi aparecer unas llamas azul pálido en las puntas de sus dedos, que se disolvieron cuando apretó el puño. La furia del fuego era una de las formas de poder más difíciles de controlar, y Tor, después de recuperar sus recuerdos, había tenido que volver a aprender a manejar su magia.

Halvar resopló.

—Yo preferiría darle al falso rey donde más le duele: en sus arcas.

—A su debido tiempo, Halvar —dije muy seco—. A su debido tiempo.

Desde el mismo momento en que la maldición desapareció, nos

habíamos dedicado a convertirnos en una espina en el costado del rey Calder, ese crío imbécil que había asesinado a su propio padre para hacerse con el trono.

Primero nos ocupamos de los guardias que envió a la Tumba Negra cuando se rompió la maldición. Aparté la oleada de remordimiento que sentía al pensar en aquel momento. Los enviaron para descubrir lo que había pasado, pero lo único que encontraron fue el final de sus vidas. Todos menos uno, al que dejamos vivir para que volviera cojeando al castillo para contar la historia del Espectro Sanguinario y la Hermandad de las Sombras.

Decidí seguir utilizando la denominación de Espectro Sanguinario; era un medio para conseguir un fin. No podía ser Valen Ferus, porque no me sentía capaz de cargar con ese peso cuando lo único que necesitaba hacer era vengar la muerte de mi familia. Su sangre empapaba la tierra del antiguo Etta y sus gritos aún no me dejaban dormir.

Quería que Timoran cayera.

—¿Cuál es la mejor forma de lograr la caída de un reino, Halvar? —pregunté en voz baja.

Él cruzó los brazos a la altura del pecho, estudiando la caravana.

—¿Quemarlo hasta los cimientos? ¿Robárselo todo hasta que no quede nada? ¿Decapitar al rey? Me encantan los acertijos, mi príncipe, pero no puedo esperar a oír tu solución.

Sonreí. Dioses, no había cambiado nada. Con maldición o sin ella, Halvar hablaba demasiado, amaba con una pasión desenfrenada y era leal hasta el fin.

—Abrir una grieta entre el rey y su gente, amigo mío. Desenmascarar su incompetencia. Que todos vean que, mientras ellos sufren, él se hace cada vez más rico.

—¿Quieres provocarles sufrimiento a los ettanos?

—A los timoranos —aclaré—. Nuestra gente ya sufre. Pero los timoranos, la gente de a pie, empiezan a ver que escasean los suministros, mientras que su rey y los nobles nadan en la abundancia.

Miré de nuevo el camino y sonreí. Para cuando acabáramos, los timoranos habrían perdido toda la fe en su rey y lo verían como la

víbora llorica que era. Lo derrocarían y dejarían paso a la furia, para que la sangre de Etta volviera a ocupar su lugar de nuevo.

Solo necesitábamos encontrar a un habitante de la noche que estuviera dispuesto a aceptar la corona de un reino tan maltrecho. Yo renunciaría a mis derechos y la tierra elegiría a otro atendiendo a mi palabra.

La furia elegía a la realeza de Etta. Era un don concedido por los dioses, así que resultaba natural que fuera el factor decisivo en la elección del soberano de la tierra.

Halvar se puso en cuclillas a mi lado.

—Ella sabrá que has sido tú.

Esas palabras se clavaron como una daga en mi pecho, tan certera y veloz que no me dio tiempo a reaccionar. Pero si era capaz de enterrar mi sed de sangre, también podría enterrar eso.

Aunque el deseo por una mujer como ella estaba resultando ser una bestia mucho más difícil de domar.

—No importa. —Mentira, importaba y mucho, y por eso lo odiaba —. Que me desprecie. Así se librará de mí una vez por todas.

Halvar no dijo nada más (por una vez), solo sacudió la cabeza.

Le di la espalda y estudié la máscara roja que tenía en las manos. Ella la aborrecía, incluso juró que me buscaría una de otro color. Pero eso fue cuando los dos soñábamos con ser libres y alejarnos de aquella tierra juntos. Cerré los ojos, reprimí el desasosiego hasta que me ardió el corazón, y la rabia sustituyó al dulce recuerdo de sus labios, de su piel contra la mía.

Me tapé la barbilla, la boca y la nariz con la tela roja. Olía a humo, sudor y sangre.

Inspiré hondo.

Me puse la capucha negra. Un dolor se extendió, el mismo que surgía siempre antes de atacar; necesitaba que mi corazón le dijera adiós a Elise de una vez por todas. Seguro que ella sabría que era yo quien estaba causándole dolor a su pueblo. Pero era por su bien. Yo no era el hombre adecuado para ella. Yo quería bañarme en sangre.

«Perdóname», el pensamiento inesperado apareció justo cuando hice girar una de las hachas en la mano.

Tor abrió la palma y un fuego frío le envolvió la piel. Halvar hizo girar unas nubes de tormenta sobre nuestras cabezas con su furia del aire.

Agarré con fuerza ambas hachas. Yo no podía usar mi furia porque si revelaba que podía controlar la tierra, hacer que se elevara y se abriera, me reconocerían. Pero no hacía falta. No necesitaba luchar con la furia; me sentía más orgulloso cuando lo hacía cuerpo a cuerpo.

Una sonrisa traviesa apareció en mi boca bajo la máscara. La caravana estaba pasando justo debajo de nosotros. No llegaría nunca al castillo Aguja del Cuervo.

—Por Etta —grité con la voz grave y profunda.

—Por Etta —repitieron mis amigos.

Yo fui el primero en saltar desde el saliente.

Había llegado el momento de calmar esa sed de sangre.

Capítulo dos

La princesa rebelde

—¡Por todos los infiernos! ¿Otra vez?

Apreté los dientes y tiré de mi pierna, que acababa de hundir hasta la rodilla en un lodo denso y pegajoso. Un fuerte ruido de succión interrumpió el silencio de la noche. Y, dioses, qué mal olía. Arrugué la nariz ante el fuerte hedor a desechos y podredumbre. Cada vez que movía la pierna se liberaba una ráfaga fétida que inundaba el aire, hasta que el estómago me dio un vuelco y estuve a punto de vomitar; tal vez eso mejorara algo el olor.

Tras un borboteo, emergieron unas burbujas oscuras de fango que reventaron y la ciénaga por fin liberó poco a poco mi pie. Pero para sacar la bota tiré con tanta fuerza que me caí hacia atrás y acabé con las manos, la cabeza y el trasero hundidos en el lodo.

Oí una risita que llegaba de detrás de los juncos. El ceño que ya tenía en la cara se hizo más profundo.

—No digas nada, Siverie —exclamé.

Un escalofrío me recorrió la espalda y noté un hormigueo en los muslos por el frío; tenía los pantalones mojados, llenos de barro y pegados a la piel.

Siv salió de entre la hierba alta con una enorme sonrisa. Se había recogido el pelo, teñido con agujas de pino, bajo un sombrero de ala ancha negro y se levantó el amplio cuello del abrigo de lana para taparse ambos lados de la cara.

Yo creía que había sido muy inteligente a la hora de elegir la ropa adecuada que ponerme: me decidí por unas resistentes botas de cuero y una túnica negra con capucha para esconder mi pelo del color del hielo. Pero en ese momento deseé haber escuchado la advertencia de Siv sobre la humedad y el frío que siempre caracterizaban los senderos que llevaban a la prisión. Me estremecí una vez más en medio del fango, calada hasta los huesos.

Al menos todo ese barro serviría para camuflarme la piel. No

había nada peor en esas circunstancias, en las que el sigilo era fundamental, que tener una tez timorana, que casi reflejaba la luz de la luna como un farol. Me agarré con fuerza al hombro de Siv y me fijé en pisar solo donde lo hacía ella hasta que alcanzamos otra vez la orilla esponjosa.

—Tienes una visión nocturna terrible —susurró Siv—. Es la quinta vez que acabas en el agua. A este paso sería mejor que esperáramos hasta el amanecer y ya recogeríamos sus cenizas después de la pira.

Fruncí el ceño, aunque ella no me veía la cara en la oscuridad.

—Es todo igual, negro en medio de la noche. Apenas soy capaz de distinguir el camino, pero es que tú te lo conoces de memoria.

—Cuando encarcelan constantemente a tu gente, el camino a la prisión se vuelve algo muy familiar.

Lo dijo como si nada, pero no era broma. Siv era agitadora. Formaba parte de un grupo que odiaba al rey actual y a sus predecesores. Gente que creía que el príncipe fae de la antigüedad era el verdadero heredero y que él haría que esa tierra volviera a ser como en los tiempos del reino de Etta, antes de las invasiones y de que los timoranos ejercieran el poder.

Los agitadores odiaban a la realeza timorana y, cuando yo era un miembro menor entre ellos, me sentí horrorizada al descubrir que Siv, mi amiga y antigua doncella, era una agitadora que habían enviado para rebanarme la garganta. Pero Siv me había demostrado con creces su amistad. Por eso su clan nos rechazó a ambas en un principio, pero después decidió ponernos a prueba. Y yo no tenía intención de fallar. No solo porque quería que el clan de los agitadores nos dejara vivir, sino porque otros dependían de que nuestra misión de esa noche tuviera éxito.

Y yo no quería dejarlos en la estacada.

Aunque lo cierto era que la vida sería mucho más cómoda si pudiéramos contarles a los agitadores la verdad: que el príncipe fae que adoraban y esperaban estaba vivo.

Valen Ferus. El príncipe de la noche.

Un hombre que me había deseado y que me hizo desearlo.

Que había confiado en mí y me enseñó a confiar.

Y que, a pesar de que yo lo elegí a él, él eligió la venganza.

Sacudí la cabeza para apartar los pensamientos sobre Valen, el príncipe de la noche, porque si no acabaría llorando o con un ataque de ira tan virulento que tendría que ponerme a lanzar cuchillos.

Y ninguna de esas cosas me servía de nada.

Me agaché tras un tronco caído cuando llegamos a la base del muro de piedra que protegía la cárcel. Aquel lugar estaba construido con madera y cañas, y en las ventanas se veían maderas podridas y barrotes de hierro. Los presos tenían que soportar el azote de los elementos, las heladas y el calor sin la más mínima protección. Muchos morían por eso.

El patio estaba iluminado con antorchas y en el centro había una plataforma de madera en la que habían colocado una máquina de tortura que les arrancaba los brazos a las víctimas. Al lado, sobre una mesa sucia y llena de sangre, había unos cuchillos oxidados.

Noté la bilis subiéndome por la garganta. La madera de la plataforma ya estaba manchada de sangre. En un carro junto a ella había tres cadáveres amontonados, preparados para trasladarlos a las piras. En el lado opuesto había una larga fila de personas desesperadas, camino de su triste destino. Casi daba la vuelta a todo el patio mojado.

Siv levantó un dedo y señaló más allá de la loma sumida en la oscuridad donde estábamos. Cuando lo vi, me mordí el interior de la mejilla para no hacer ni un ruido.

Estaba un poco más delgado, se le veía una barba rala en la barbilla y vestía harapos.

«Mattis». Sentí una presión en el pecho por mi amigo, el carpintero. El fuego del odio que sentía por mi hermana ardió con fuerzas renovadas.

Dos semanas atrás Siv y yo fuimos a hurtadillas a Mellanstrad para convencer a Mattis de que se uniera al clan de agitadores, como nosotras, pero nos enteramos de que lo habían arrestado acusándolo de ser enemigo del rey.

«Runa». Mi hermana había ayudado a su prometido, Calder, a

asesinar al rey y apropiarse del trono. Cuando no me encontraron a mí entre sus cobardes seguidores, Runa hizo detener a Mattis. Seguro que lo habían torturado. Por si eso fuera poco, Calder y ella quemaron la mansión de los Lysander hasta los cimientos, sin preocuparse de cuántos sirvientes, doncellas o personal de cocina estaban en su interior.

Runa podía ser peor que el propio Calder, el falso rey; lo calificábamos como «falso» porque era Valen quien verdaderamente debería llevar esa corona.

En el fondo de mi corazón sabía que él uniría ese reino dividido. No podía creer ninguna otra cosa.

—Estás poniendo esa cara otra vez —susurró Siv mientras colocaba una flecha en el arco—. Esta noche nos vamos a centrar en Mattis y el patriarca, y en salir todos vivos de aquí. Ya nos preocuparemos del príncipe Valen después.

—No estaba pensando en el Espectro Sanguinario.

Ella puso los ojos en blanco.

—No deberías llamarlo así. Él ocupará el trono en su momento. Lo lleva en la sangre.

—Eso díselo a Ari.

Semanas antes nos acorraló en el bosque el jefe de los clanes de los agitadores. Ari, el poderoso ilusionista fae, había reclamado el trono afirmando que fue él quien le devolvió la vida a la tierra. La gente lo aceptó como el nuevo rey, creyendo que el linaje Ferus realmente se había extinguido por completo.

—Ari lo aceptará —afirmó Siv un momento después—. En el fondo solo quiere lo mejor para Etta.

Yo no estaba tan segura. A Ari parecía gustarle mucho su nuevo papel. Y lo había dejado muy claro enviándonos a ese maldito bosque húmedo sin concedernos derecho a réplica.

—¿Qué problema hay en que el príncipe de la noche busque un poco de venganza mientras llega ese momento? —insistió Siv.

Mi única respuesta fue un profundo suspiro. Valen pretendía destruir el trono de Timoran para vengar a sus padres, su hermano y

su hermana. Quería represalias y venganza. Ansiaba más sangre. Yo lo entendía y en realidad también quería que Runa y Calder pagaran por las vidas que habían segado, ¿pero cuál iba a ser el coste?

Cuando saciara su sed de sangre, ¿qué tipo de hombre sería? ¿El fuerte, amable y bueno que yo conocía, o más bien una nueva versión de Calder, pero con furia?

«No he olvidado a la persona por la que late mi corazón». Me había dicho esas palabras momentos antes de apartarme de su vida. Pero algo de él se había quedado conmigo: la furia de su sangre y el olor de su piel eran como una sombra que no podía tocar.

Mi corazón y mi temperamento no podían soportarlo más.

Siv me tiró una bolsa.

—Vamos.

Las dos nos situamos en lo más alto de la loma. Saqué de la bolsa una ballesta pequeña y la cargué con una flecha corta. Yo no tenía la habilidad suficiente para utilizar arcos y flechas, como Siv, pero había estado practicando. Cuando Valen tomó la decisión de abandonarnos, yo decidí luchar para volver con él.

En la plataforma un hombre santo del templo de los dioses real leía las sagas que hablaban del gran salón que esperaba en el Otro Mundo mientras arrastraban a Mattis al centro cubierto de sangre. Me sentí orgullosa porque mi amigo no hizo ni una mueca; fue directo a encontrarse con su destino con la valentía de un guerrero.

Siv murmuró una oración entre dientes, esa que la gente decía que protegía a tus seres queridos. Ella no lo admitiría, pero yo tenía mis sospechas de que el carpintero se había hecho un hueco en su bien protegido corazón.

—Tendremos que movernos rápido —advirtió Siv.

Asentí y levanté la ballesta. El verdugo le arrancó los jirones de la camisa y le dejó a Mattis la espalda al descubierto. Yo exhalé con los dientes apretados y disparé.

Siv soltó su primera flecha justo después.

Los gritos se elevaron desde el patio de la cárcel como llamas descontroladas. El verdugo fue corriendo a buscar uno de los cuchillos

que tenía en la mesa.

¡Por todos los infiernos! Iba a matar a Mattis allí mismo.

Tal vez esa era su intención, pero mi amigo no era un hombre pequeño y su trabajo con pesados troncos y herramientas de hierro le había proporcionado suficiente fuerza (incluso tan debilitado como estaba) para defenderse, así que le dio un buen puñetazo en la nariz al verdugo.

Los guardias corrieron hacia la plataforma. Siv disparó otra flecha, que le destrozó la garganta a uno de los Cuervos. Yo también la imité y la mía alcanzó un hombro.

La mitad de los guardias salieron corriendo para controlar a los presos que intentaban escapar de sus ataduras. El resto centró su atención en la loma. Siv retrocedió unos cuantos pasos sin dejar de disparar flechas. Yo también me retiré, pero tenía un nudo en el estómago. Se suponía que no estaríamos solas.

¿Pero dónde estaban los demás?

Entonces se me ocurrió que nos habían enviado allí para que nos enfrentáramos a los Cuervos por nuestra cuenta, y fue como si acabaran de darme un puñetazo en el vientre.

Era una misión suicida.

Ari nos había dado una orden: nuestra tarea era interrumpir la ejecución de uno de los patriarcas de los agitadores y nosotras pedimos, como era de esperar, liberar también a Mattis en la misma operación. «Maldito rey autoproclamado».

Había juzgado mal a ese fae astuto y retorcido. Seguramente Ari esperaba que encontráramos allí la muerte. Nunca tuvo intención de aceptarnos. Y, a pesar de nuestros esfuerzos, era probable que Mattis también acabara muerto.

—¡Siv! —grité cuando uno de los guardias llegó a la cima de la loma.

Tenía la cara pintada de azul y negro, la cabeza rapada y en los lados se le veían unas runas tatuadas muy complicadas que le salían de las sienes. Con una sonrisa malvada desenvainó una espada delgada que llevaba al cinto.

Yo intenté torpemente coger otra flecha. Siv tuvo que soltar el arco cuando el guardia le dio un manotazo para arrebatárselo. Me temblaban los dedos. Aunque me faltaban las últimas falanges de dos dedos, había aprendido a sujetar las cosas a mi manera, pero en ese momento tenía la palma resbaladiza por el sudor.

De repente las puertas que daban al patio de la cárcel se abrieron con un golpe seco. El guardia que estaba atacando a Siv miró hacia allí justo cuando una marea de agitadores entraba corriendo en la prisión.

«¡Maldita sea, ya era hora, Ari!».

Siv me agarró la muñeca.

—¡Elise! Rápido. Mattis y el patriarca siguen atrapados ahí dentro.

Los agitadores luchaban contra los guardias que protegían las puertas. Algunos de los presos consiguieron hacerse con cuchillos, palos y ramas. Otros estaban muy quietos, demasiado sorprendidos para luchar. Unos cuantos huyeron. Pero los que se enfrentaron a los guardias, entre ellos Mattis, lo hicieron con una terrible rabia. Las semanas, meses u órbitas de sufrimiento que habían tenido que soportar se convirtieron en estocadas, golpes y tajos.

Siv corrió hacia Mattis. Yo me volví hacia un hombre con una barba blanca y una marca de nacimiento gris bajo los ojos.

—¡Patriarca Klok! —grité—. ¡Por aquí!

El hombre no era tan viejo. Solo tenía unas pocas arrugas finas en la piel, pero su cuerpo parecía conservar aún la fuerza y tenía una mirada despierta. Me examinó durante unos segundos, se fijó en la ballesta y las flechas y después miró adonde le señalaba: la puerta abierta por donde habían irrumpido los agitadores.

—¿Formas parte del clan?

—Más o menos.

El anciano sonrió, lo que reveló un diente roto en la parte de delante.

—Eso me vale.

Dejó caer el palo de madera que tenía en la mano y salió corriendo hacia la puerta. Unos cuantos agitadores gritaron su nombre con júbilo en medio de la desesperación.

No esperé a que alcanzara la libertad para volver con Siv y Mattis. Ella llegó junto al carpintero cuando él le estaba golpeando la cabeza a un guardia con una tabla de madera. Cuando gritar su nombre no fue suficiente para llamar la atención de Mattis, Siv le agarró por los hombros.

Él se tambaleó, se apartó y miró con los ojos desorbitados. Pasaron unos instantes antes de que apareciera una sonrisa en medio de la barba desaliñada.

—Siverie. —Su voz sonaba áspera y seca—. Veo que echabas de menos mis bromas.

—¡Eres un idiota! —le gritó con una cierta angustia en la voz—. ¡Sal de aquí ahora mismo! Corre.

Mattis se rio un poco y cogió la mano que le tendía. Su mirada se encontró con la mía y su sonrisa se volvió un poco más dulce.

—*Kvinna*…

—Esta noche aquí no hay *Kvinnas* que valgan —exclamé mientras echaba a correr también hacia las puertas.

No miré atrás. No quería ser testigo de la carnicería que iban a hacer con los guardias. Sin duda había algunos presos que merecían estar allí dentro, pero nosotros los íbamos a liberar de todas formas.

—Tú… has venido a por mí —dijo Mattis cuando paramos, entre jadeos y con las manos apoyadas en las rodillas—. Siempre he sabido… que te importaba, Siverie.

—Cállate —respondió ella con voz temblorosa—, o te devuelvo y me quedo tan ancha.

Mattis estuvo a punto de sonreír, pero no llegó a hacerlo. Seguí la dirección de su mirada hasta la linde del bosque. De entre las sombras había salido una hilera de hombres vestidos de oscuro. Delante iba un hombre guapo, con el pelo rubio como el trigo y largo hasta los hombros. Tenía la piel bronceada perfecta y se le veía un principio de barba oscura. La oscuridad de sus ojos era única y estaba rodeada por un halo dorado. Cuando sonrió, sus dientes blanquísimos reflejaron la

luz de la luna, como también lo hicieron los pendientes de oro que llevaba en las orejas puntiagudas.

—Habéis sobrevivido… —dijo. Su voz era suave y fresca como la seda. Pero bajo esa suavidad había un peligroso filo que podía cortar en cualquier momento—. Tengo que confesar que… estoy impresionado.

—¡Ari! —Lo miré con los ojos entornados y me acerqué—. ¡Nos has dejado a su merced para que nos despedazaran!

—Me ofendes. ¿No os advertí que esto iba a ser una prueba del destino? Yo asumí, como es natural, que sabríais que implicaba cierto riesgo.

Apreté los puños.

—Querías que muriéramos.

Él se examinó las uñas pintadas de negro.

—La verdad es que me resultaba indiferente. —Increíble. Ari sonrió con la cara de superioridad que había utilizado para convencer a la gente de su clan para que lo siguiera—. No te hagas mala sangre, Elise Lysander. Has sobrevivido, así que vas a tener una cama caliente donde reposar tu bonita cabeza regia. —Ari miró a Mattis—. ¿Este es tu valioso amigo?

Apreté los labios. No confiaba en ninguno de ellos, ni lo más mínimo, pero los habitantes de la noche se caracterizaban por ser sinceros, inteligentes y astutos. Había dicho que éramos bienvenidas, ¿pero por cuánto tiempo? No lo sabía. Tendríamos que negociar un acuerdo mejor pronto.

—Mattis está con nosotras. Lo acogeréis también, ¿verdad?

—Es ettano. Por supuesto que es bienvenido entre nosotros.

Mattis no dejaba de mirar a Ari, después a Siv y de vez en cuando también a mí.

—¿Habitantes de la noche? ¿Agitadores? —preguntó un instante después.

—Preferimos considerarnos revolucionarios —contestó Ari—. El castillo Aguja del Cuervo y los timoranos son los verdaderos

agitadores de esta tierra.

Mattis ignoró a Ari y se volvió hacia Siv.

—¿Tú eres agitadora?

—Mattis…

—Eras una agitadora y estabas con la *Kvinna*. Te enviaron allí por alguna razón, seguro.

—Para matarla —contestó Ari en pocas palabras.

Yo lo fulminé con la mirada. El rey autoproclamado no tenía ni el más mínimo tacto, aunque me quedó claro que lo había hecho a propósito cuando me guiñó un ojo.

—Yo bromeo mucho, pero no miento —afirmó Mattis con los dientes apretados—. La mentira es algo repugnante y no la soporto.

Mattis se apartó de Siv y se colocó a mi lado. Yo le toqué el brazo con suavidad.

—Mattis, ella…

—No —me interrumpió—. Por ahora no, Elise. Por ahora no.

Quería estar furioso. ¿Y quién era yo para negárselo? Había estado preso durante semanas, lo habían torturado, y de repente una persona a la que apreciaba resultaba ser una mentirosa.

Sabía cómo se sentía.

—Vamos —intervino Ari sonriendo—. Tenemos mucho de que hablar. Tengo la sensación de que querrás oír unas noticias muy curiosas que me acaban de llegar.

—Lo dudo.

—¿No? —Ari enarcó ambas cejas—. ¿Aunque tengan que ver con un antiguo conocido tuyo muy interesante?

—¿A quién te refieres?

Ari se plantó delante de mí y yo contuve la respiración cuando me agarró del brazo. Era más fuerte de lo que parecía, pero nunca perdía la sonrisa. Me recordaba a Legion Grey a veces. Aunque Legion no

sabía que en realidad era Valen Ferus, la afición que tenían los habitantes de la noche por el sarcasmo siempre se traslucía en su forma de actuar.

Me tragué los nervios que sentí cuando Ari se acercó aún más.

—Tienes unos amigos muy poco apropiados para tu posición, Elise, ¿no te parece?

—No sé de qué estás hablando.

—¿No te secuestró el Espectro Sanguinario y su Hermandad? ¿No formaste una extraña asociación con ese hombre?

Todo mi cuerpo se puso tenso.

—Yo… ¿Cómo…?

—Yo también tengo amigos desconcertantes. —La sonrisa de Ari creció—. Ven. Necesitamos que nos ayudes a encontrarlo. Tengo una proposición que hacerle al Espectro Sanguinario.

Capítulo tres

El príncipe de la noche

—El destino tenía otros planes, hermanito.

—No, Sol, no. ¡Dejadlo, desgraciados! —grité, tirando frenéticamente con la cuerda que me ataba las muñecas. Los invasores rodearon a mi hermano y se lo llevaron a rastras, mientras el cuerpo de nuestro padre seguía tirado a mis pies.

Los ojos azules de Sol se oscurecieron y me recordaron a dos profundas fosas en el mar.

—¡Lucha, Valen! ¡Hazlo como nunca antes! ¡Como los dioses! ¡Te guardaré un sitio en el gran salón!

La puerta se cerró y nos separó. El agujero donde habían encerrado a mi familia, y también a los caballeros y a otros miembros de la nobleza durante meses, se quedó en total silencio. Los que seguíamos vivos nos quedamos mirando la puerta fijamente, sin pestañear. Sol debía ser el próximo rey. Un rey fuerte y legítimo.

Pero ahora…

Mi padre había cruzado aquella puerta y lo habían traído de vuelta muerto y cubierto de sangre. Habían bloqueado mi furia con encantamientos y una magia extraña, pero aun así la tierra se estremeció a causa de mi dolor.

Estaba solo.

Era el último de los Ferus. No había duda de que no faltaba mucho para que exhalara mi último aliento.

Un dolor en el pecho me arrancó de aquel recuerdo inesperado. Parpadeé para volver al presente, a la caravana y a la lucha que tenía ante mí.

Un Cuervo corpulento intentó darme otra patada en las costillas. Mi hacha atravesó las protecciones que le cubrían el hombro y él soltó un grito de dolor y se apartó tambaleándose.

Noté una presión en el pecho. El ruido del choque de metal contra metal me recorrió la columna. Había mucho humo en el aire, consecuencia de la furia del fuego, y costaba respirar. El dulce olor de la sangre y el deseo de acercarme a ella despertaban a la bestia que tenía dentro.

La caravana estaba preparada para nuestro ataque.

El falso rey Calder estaba usando el poco cerebro que tenía por fin. Nada más saltar del saliente, todos los de la caravana sacaron las armas y formaron un círculo alrededor de la carga. Los débiles ettanos cayeron de rodillas, esperando la muerte. Seguro que todavía seguían huyendo a todo correr, perplejos después de que la Hermandad de las Sombras les rompiera las cadenas y se lanzara a atacar a sus captores.

Los recuerdos de mi hermano seguían llenándome la cabeza. Otro Cuervo se unió al ataque contra mí y tuve que apartarme, fuera de su alcance.

Esos recuerdos aparecían en momentos extraños, pero revivir una situación tan espantosa en ese momento, con las armas en la mano, no era nada conveniente.

Uno de los guardias lanzó una estocada con una espada corta dirigida al cuello. Yo la esquivé y le clavé una de las hachas entre las costillas inferiores. El Cuervo cayó hacia atrás, boqueando, y con un chorro de sangre escapándose entre los dedos de la mano con la que se tapaba la herida. Un gruñido salió de lo más profundo de mi garganta. El deseo de destrozar la carne hasta que se derramara más sangre seguía ahí, no tan potente como cuando estaba bajo los efectos de la maldición, pero era como si el recuerdo de la criatura en que me convertía continuara viviendo en mi cabeza, igual que una enfermedad latente en la que podría recaer si no tenía cuidado.

Mi respiración se volvió trabajosa tras la máscara roja y agarré con más fuerza las empuñaduras de las hachas.

Cuando el segundo guardia me miró a los ojos, vi miedo. ¿Era necesario que muriera? Casi podía oír la voz de mi madre suplicándome paz, pidiéndome que fuera mejor que ellos, como cuando los invasores timoranos llegaron y destruyeron nuestra tierra. Pero sus súplicas cayeron en saco roto. A ellos les importó poco que su piel fuera clara y su pelo del color de una helada invernal, como el de Elise. Se la llevaron. La arrastraron como si fuera un perro para entregársela al rey timorano.

Ella quería clemencia para las dos partes, tanto para su pueblo como para el de su marido.

Pero los invasores, su propia gente, no la escucharon. Y desde entonces sus súplicas solo llegaban desde la tumba.

¿Ese guardia de Aguja del Cuervo merecía morir? Sí.

Con gran agilidad hundí una de las hachas en la nuca del Cuervo, que apenas se movió, como si hubiera sabido que iba a atacar y no pudiera hacer nada para detenerme.

«¡Lucha, Valen! ¡Hazlo como nunca antes!». Debajo de la máscara sonreí al ver el caos que habíamos causado en la caravana real. Tal vez nos habíamos rebajado al convertirnos en meros ladrones y asesinos, pero cuando los timoranos sufrieran, cuando la lealtad a Calder decayera, llegaría el momento de que Etta resurgiera de nuevo.

Iba a luchar como Sol me pidió. No me detendría hasta que aquellos que le robaron la libertad a mi gente sin ningún escrúpulo lo perdieran todo.

Halvar soltó una carcajada tras la máscara negra y se le cayó la capucha cuando su furia del aire avivó las llamas de Tor hasta convertirlas en enormes llamaradas que rodearon a los timoranos y los guardias de Aguja del Cuervo. Teníamos atrapada a toda la caravana y podíamos hacer lo que quisiéramos con ella.

Pero de repente se oyeron otros gritos que se unieron a la lucha.

A lo lejos aparecieron unas siluetas oscuras que venían desde un campo cercano. Atravesaron la hierba alta y corrieron hacia el único carromato que había conseguido escapar de las llamas. No eran Cuervos, eran… agitadores.

Por todos los infiernos. Se me hizo un nudo en las entrañas. No tenía tiempo para tratar con esos idiotas.

—¡Espectro Sanguinario! —gritó uno de ellos. No podía distinguir su cara, pero la alegría que se oía en su voz dejaba patente que él pensaba que estábamos en el mismo bando.

Aunque no era así.

Eran una molestia, mortal, pero molestia al fin y al cabo. Destrozaron el carro enseguida y el conductor acabó hecho pedazos

antes de que pudiéramos detenerlos.

—¡Volved por donde habéis venido, malditos estúpidos! —gritó Halvar. Costaba enfadarlo, pero mi amigo tenía poca paciencia con los agitadores.

Uno vino corriendo hacia mí, jadeando, sin mostrar el más mínimo miedo ante las dos hachas negras que dirigí hacia él.

—Os hemos visto atacar y lo hemos comprendido al instante. ¡Sabíamos que estabas del lado de Etta! Sirves al rey verdadero.

¿El rey verdadero?

—El más importante está ahí —continuó el agitador. Intenté resistirme, de verdad, pero mis ojos miraron adonde señalaba. No era más que un carromato de suministros.

—Solo trasportan telas —dije con voz grave.

—No. El falso rey lleva semanas haciendo viajar a sus nobles y simpatizantes en las caravanas de suministros para que no llamen la atención. Pero ya están de camino más patrullas de Cuervos, Espectro Sanguinario. O acabamos con ellos ahora o no tendremos tiempo.

Se me puso la piel de gallina ante la idea de que de alguna forma queríamos lo mismo que esos rebeldes, pero no me molesté en corregirlo. En vez de eso, examiné el carro, que no tenía nada de especial, nada que delatara que había un noble timorano dentro. Pero si realmente lo había…, la noche se iba a volver mucho más interesante. No me importaba ir podando los linajes de la nobleza timorana rama por rama hasta que quedaran tan débiles y quebradizos que acabaran desintegrándose bajo los pies de los ettanos.

Silbé para llamar la atención de Halvar y Tor, señalé con la cabeza el carromato cubierto y me coloqué a su lado. Un rápido golpe del hacha acabó con el pestillo de la puerta. Tor arrancó las débiles bisagras. Tenía intención de atacar rápido y sin piedad.

Pero unos grititos agudos frenaron mi ataque.

¿Niños?

Una niña, que no tendría ni doce años, escondía tras su cuerpecito delgado al menos a cinco niños más pequeños. Llevaba un vestido de lana de buena calidad, adornado con hilo de plata y una corona de

serbal en el pelo de color muy claro. Los niños que tenía detrás llevaban zapatos, pantalones bien planchados y gruesas túnicas de lana. Sus mejillas eran sonrosadas y regordetas, prueba de que no les faltaba de comer.

No me había dado cuenta de que el agitador se había colocado a mi lado hasta que soltó una carcajada malévola.

—Ah, los miembros más preciados de la corte. —Giré la cabeza y lo atravesé con la mirada. Él enarcó una ceja y sacó un cuchillo—. Son de la nobleza, Espectro, ¿verdad, pequeña bruja?

El agitador cogió a la niña más mayor del pelo y la arrastró. Los otros niños chillaron cuando la apartó de ellos. La niña hizo un gesto de dolor, pero no dijo nada. Valiente para ser timorana. Como Elise… Cerré los ojos durante un segundo.

Eran nobles. Cuando crecieran serían de la peor calaña, no cabía duda.

Aunque Elise no era así. Era una rareza, un rayo de luz en un mar de oscuridad. Pero albergaba muy pocas dudas sobre que esos pequeños, al crecer, se convertirían en un peligro. Aun así, ¿podía matar a unos niños?

El rey Eli no dudó.

«¡Lucha, Valen!».

Me latía la cabeza.

—Nosotros… no os hemos hecho nada —dijo la niña con voz temblorosa. Hablaba solo un poco de ettano, pero el agitador la entendió—. Vamos a la corte para recibir educación.

—Ah, no creo que lleguéis, bonita.

«¡Lucha, Valen!».

Aquella era una lucha como ninguna a la que me había enfrentado antes si implicaba masacrar niños, pero los timoranos debían probar un poco de lo que había soportado mi gente.

Apreté la empuñadura del hacha. Noté el peso del hierro. La hoja temblaba por la anticipación junto a mi costado. Lo haría de forma indolora. Rápida. Y los libraría de la guerra que estaba por venir,

donde verían cómo torturaban y mataban a sus familias delante de ellos.

¿Cuántas veces deseé yo morir cuando era joven, después de que me encerraran en la prisión de la furia?

La sed de sangre me empujaba. Aquello mantendría satisfecha a la criatura que tenía en mi interior. Los ojos de la niña se clavaron en los míos. Había miedo, pero también fuerza.

¡Maldita sea!

En un movimiento rapidísimo acerqué el filo del hacha a la garganta del agitador.

Él se volvió para mirarme sin poder creérselo.

—Nosotros no matamos niños —aseguré.

Halvar y Tor se acercaron: no sabía si estaban de acuerdo conmigo o no, pero me apoyarían de todas formas.

—Son cachorros timoranos —repuso el agitador—. Si fuera al revés, te matarían sin pensarlo.

Yo fui una vez como uno de esos niños que se escondía de los monstruos que había en la oscuridad. Por todos los dioses, los odiaba. Y me odiaba a mí mismo por haber pensado en acabar con ellos, aunque solo fuera durante un momento.

—Suéltala. —Apreté la hoja contra su garganta hasta que salió una gota de sangre.

El agitador me miró con la boca abierta, muy sorprendido, pero obedeció y soltó el pelo de la niña.

Ella volvió trastabillando con los otros niños.

—Salid por la parte de atrás. Rápido.

En la cara del agitador apareció una mueca de desagrado. Negó con la cabeza y volvió corriendo entre los árboles. No me importaba que se enfadara.

Sí que éramos brutales, pero había líneas rojas y yo era el que establecía dónde estaban. Habíamos infligido bastante daño destruyendo la mayor parte del comercio del rey Calder. Otro golpe a

un imperio débil. No hacía falta derramar sangre de inocentes para lograr lo que pretendíamos.

—¡Allí! Aquel. ¡Allí!

El grito de la niña me sobresaltó. ¡Por todos los dioses! Maldije entre dientes. En todos los años que pasé maldito me había vuelto descuidado en lo que respectaba al instinto de batalla, tanto que no me di cuenta de que las llamas se apagaban y se acercaba otra oleada de Cuervos.

La niña que acababa de salvar me señaló con un dedo delgado.

—¡Ese es su líder!

Uno de los guardias me hizo un corte en el brazo y me partió la protección del hombro. Empecé a sangrar y pronto se me empapó la túnica. El escozor me encendió la piel. Había pasado tantas órbitas siendo el Espectro Sanguinario, sin poder morir, que apenas sentía la quemadura del acero en la piel, que me había olvidado ya de que esas heridas ardían como si estuvieran hechas de fuego.

El guardia atacó de nuevo. Me tropecé, lancé un golpe defensivo con el hacha, pero fallé. Por todos los infiernos, había perdido la ventaja por culpa de un estúpido momento de sentimentalismo.

Debería haber dejado que el agitador le cortara la garganta a la niña.

El guardia siguió presionando, pero una fuerte ráfaga de viento caliente le cubrió la cara de tierra y suciedad.

—¡Vete! —gritó Halvar y me apartó de un empujón para ocupar el sitio donde yo estaba, en el centro de un círculo creciente de Cuervos.

La criatura que tenía dentro se revolvió y me puse de pie como pude. Tenía intención de plantar batalla junto a Halvar y después arrancarles a todos esos Cuervos la carne de los huesos muy poco a poco.

—¡Es un fae del aire!

Un instante después los Cuervos rodearon a mi amigo y consiguieron tirarlo al suelo. Halvar gritó. Se notaba algo pesado en el aire, una magia extraña afectaba a mi propia furia y me dio la

sensación de que, si trataba de controlar la tierra, sería como darme contra un muro.

Pero Halvar no tenía tiempo para que yo vacilara a la hora de usar mi furia.

—¡Vete! —le oí gritar en medio del grupo de Cuervos—. Ligaduras. Vete.

Ligaduras. Se me quedó la garganta seca. Aparecieron como un martillo en mi cerebro unos recuerdos espantosos de aquellos grilletes que hacían estragos en la furia, quemaban la carne y lograban mantener a raya la magia más fuerte.

Empujado por el pánico, levanté las manos. No iban a atrapar a Halvar otra vez, menos teniendo en cuenta que acabábamos de liberarnos. Abriría la tierra y se tragaría a todos los Cuervos.

Pero unos brazos me rodearon la cintura y me tiraron.

—¡Desgraciado! —grité desde el suelo.

—Levántate —ordenó Tor con voz ronca. Me dio un empujón en el hombro—. Date prisa. Tenemos que irnos.

—¿Es que has perdido la cabeza? No vamos a dejar a Halvar.

Tor se olvidó de todos los tratamientos de respeto en aquel momento. Durante un instante yo no era su príncipe ni el mi súbdito. Me agarró de la nuca, pegó su frente a la mía y susurró con los dientes apretados.

—Si revelas quién eres, también sabrán quién es Halvar. Ahora mismo no es más que un habitante de la noche con una magia extraña. El rey querrá usarlo y vivirá. Si se entera de su conexión con el príncipe de la noche, morirá seguro y la guerra empezará antes de que podamos prepararnos. Vámonos. Lo planearemos con cuidado e iremos a por él, no lo dudes.

A Halvar, que no podía ya utilizar su furia, lo arrastraban a uno de sus carros para trasportar prisioneros. Más guardias venían corriendo hacia Tor y hacia mí. Me temblaba todo el cuerpo por la rabia y el odio y grité mirando al cielo en un ataque de ira.

Pero me giré hacia los árboles y salí corriendo.

Sin Halvar.

Dioses, cómo odiaba el castillo Aguja del Cuervo. Y al falso rey. Y a aquella tierra. Todos los timoranos pagarían por lo de aquella noche. Los viejos y los niños también.

Capítulo cuatro

La princesa rebelde

—Permíteme. —Ari me guiñó un ojo y, con un movimiento de sus dedos, su furia abrió un hueco en un denso arbusto de brezo que dejó al descubierto un camino despejado.

Lo estudié. Era imposible saber la edad que tenía. Su cara se veía joven y su cuerpo fuerte y delgado. Sus ojos dorados trasmitían inteligencia y también un toque de picardía. Levanté la barbilla, decidí que no me iba a molestar la forma en que esos ojos me miraban, como riéndose de mí todo el tiempo, y pasé por el hueco abierto entre las ramas de brezo.

—¿Para qué quieres al Espectro Sanguinario? —Al oír a Ari mencionar al personaje de la máscara monstruosa tras el que se escondía Valen Ferus, mis entrañas se habían convertido en algo agudo y doloroso, como un cristal roto.

—Paciencia —contestó Ari—. Hablaremos de ello pronto. ¿Pero te importa que te pregunte por la relación que te une al azote de Timoran? ¿Sois amigos? ¿Amantes? ¿Quiere verte muerta? Hay muchas cosas que dependen de saber si el Espectro Sanguinario se alegrará o no de verte de nuevo.

Me clavé las uñas en las palmas, cerré los ojos, inspiré hondo y aceleré el paso para adelantar a Ari, esperando que así no viera el desasosiego que sentía.

—Ya veo —continuó—. Es evidente que no debería esperar una bienvenida con los brazos abiertos.

—Lo mejor será que no esperes nada —respondí—. Hay razones por las que decidimos seguir caminos distintos y él no es el tipo de hombre al que le guste que lo molesten.

—Huiste, ¿no? ¿Escapaste de él? O tal vez el ataque al castillo Aguja del Cuervo os separó y después no pudisteis reencontraros de nuevo.

—Ninguna teoría que se te ocurra coincidirá con la verdad.

—Entonces cuéntame qué paso, por favor. Me encantan las buenas historias, Elise.

—No.

—¿No?

—Sí, no.

—Podría obligarte.

Reí entre dientes.

—Inténtalo.

Si él podía neutralizar la furia que me impedía hablar de lo ocurrido, por mí encantada, pero suponía que la magia del príncipe de la noche sería más fuerte que la suya.

En vez de enfadarse, Ari sonrió aún más.

—Eres difícil. Me lo voy a pasar muy bien sometiéndote. Oh, no te confundas, no hablo de violencia. Pero noto una gran resistencia por tu parte. Estoy deseando que llegue el día en que entiendas que yo no soy tu enemigo. Si los rumores que he oído sobre ti son ciertos y has ayudado a los ettanos, estamos en el mismo bando, *Kvinna* Elise.

La verdad es que sentía en el fondo cierta desesperación por encontrar al príncipe de la noche, pero no de esa forma. No teniendo en cuenta que los agitadores no tenían ni idea de a quién se enfrentaban. Por un lado, el Espectro Sanguinario no se uniría a su causa, y menos si yo colaboraba con ella. Y por otro, me preocupaba que si Ari se enteraba de que no había sido él quien le devolvió la vida a la tierra, eso supusiera el inicio de una nueva lucha por el trono.

Pero a pesar de todo, deseaba ver a Valen Ferus de nuevo.

Y odiaba ese deseo.

Mattis se había quedado atrás, rodeado por unos cuantos de los prisioneros que habían escapado y después se habían unido al clan de los agitadores. No había dicho nada y era evidente que evitaba a Siv. Ella iba unos pasos por detrás de mí, con los ojos fijos en el suelo y una expresión de angustia en la cara. Tal vez estábamos mejor antes de que intervinieran los agitadores, nosotras solas. Quizá Siv, Mattis y yo deberíamos irnos por nuestra cuenta y alejarnos de ese clan.

—¿Sigues enfadada, Elise? —preguntó Ari e interrumpió mis pensamientos. Aceleró el paso hasta que se puso a mi altura, hombro con hombro—. ¿Por nuestra forma de actuar en la cárcel?

—Fuimos a esa cárcel de buena fe y tú nos dejaste a merced de Aguja del Cuervo. Dime algo, *rey* Ari, ¿habrías permitido que muriera tu patriarca si no hubieras llegado a tiempo?

—¿Qué te parece a ti?

—Estoy segura de que no quieres saber lo que me pareces tú a mí.

—Esa no es forma de hablarle a un rey, timorana —dijo un ettano que había detrás de mí. No era mucho mayor que yo y tenía cicatrices en la garganta, como si alguien hubiera intentado cortársela pero no lo hubiera logrado.

Ari se echó a reír. Qué poco me gustaba esa ironía suya.

—Tranquilo, Frey. Elise Lysander todavía no ha perdido la costumbre de ser quien tiene la voz cantante. Pero se lo voy a perdonar durante un tiempo más.

Apreté los dientes. Ari se burlaba de la posición que ocupaba antes en la corte timorana, pero él no sabía que allí yo no tenía la voz cantante, ni mucho menos.

Ari apartó más ramas de mi camino, esa vez sin utilizar la furia.

—Mantuvimos nuestro trato, Elise.

—Pero permanecisteis escondidos entre las sombras, esperando a ver si nos mataban.

—No es cierto. ¿Quería ver cómo te desenvolvías a la hora de enfrentarte a tu propia gente? Sí. Y fue una sorpresa extraña verte luchar contra los Cuervos para salvar a nuestro patriarca, lo reconozco.

—Y a Mattis. Yo fui allí a buscarlo a él.

—Un medio ettano —comentó Ari—. ¿Sabes? Había oído rumores de que uno de los miembros de la realeza timorana simpatizaba con los verdaderos habitantes de esta tierra, pero tenía que verlo con mis propios ojos. Y no ha sido una decepción.

—¿Es que esto es un juego para ti?

—En cierto sentido sí. Todos somos piezas en movimiento en una partida por el poder. —Ari se quedó callado un momento y en sus ojos oscuros vi arder un nuevo fuego—. Y respondiendo a tu otra pregunta, sí. Habríamos salvado a Klok con o sin ti. Pero no habríamos permitido que cayeras en manos de los Cuervos. Eres demasiado interesante.

Me mordí la lengua para no soltar una maldición ante su forma de poner a prueba al destino. Que arriesgara su vida cuanto quisiera, pero que no jugara con la mía ni con la de la gente a la que yo apreciaba.

Ari me había acusado de ser arrogante, pero él lo era más.

Y no me gustaba nada esa forma que tenía de mirarme sonriendo todo el rato, como si siempre tuviera una contestación ingeniosa en la punta de la lengua. Me recordaba demasiado al Legion Grey del pasado. Y a Halvar. Demasiado simpático.

Apareció una pendiente en el terreno. El bosque se volvió más espeso y tuvimos que ralentizar el paso porque había que esquivar troncos caídos y avanzar por caminos estrechos. Cuando nos adentramos más entre los árboles, empecé a notar un frío que me ponía la piel de gallina. Ari se detuvo ante una estructura cubierta de retorcidos sarmientos. Me recordaba a un arco antiguo. Había runas talladas en la roca y la piedra angular del arco se había caído, dejándolo incompleto.

—Espera aquí —ordenó Ari y asumí que se dirigía a mí porque me puso una mano en el hombro cuando pasó a mi lado. La noté cálida sobre mi piel y la furia que salió de la yema de sus dedos hizo que quisiera obedecer cualquier cosa que él dijera.

Le respondí con una ira feroz. Por todos los infiernos, ya estaba cansada de los habitantes de la noche y sus manipulaciones.

—Habría esperado sin necesidad de que me obligaras —repuse.

—¿Ves? A eso me refería —fue la respuesta de Ari—. Tenemos que conocernos un poco más para que pueda saber si vas a obedecer una orden tan simple como esa.

Apoyó la palma en la piedra rota. Un instante después, las runas brillaron como si fueran de oro fundido. Una ráfaga de viento me azotó la cara. Cerré los ojos y resistí la fuerza del aire. Cuando volví a abrirlos, Ari les estaba haciendo un gesto a los demás para que

cruzaran el arco.

Me miró con una sonrisa torcida y aire travieso.

—Bienvenida a Ruskig, Elise Lysander.

Intenté contener la emoción que me producía acceder a lo desconocido. Siempre se hablaba de Ruskig como un lugar mítico dentro de Nuevo Timoran en el que los habitantes de la noche vivían en paz, ocultos para reyes y reinas. No tenía razones para no creer en su existencia, pero la verdad era que había empezado a pensar que se trataba solo de un mito.

Entrar allí fue…

—Habéis conseguido mantener Ruskig escondido todo este tiempo —fue lo único que logré decir—. Impresionante.

Ari se rio burlón y la blancura de sus dientes destacó en la oscuridad.

—Me resulta raro que eso que acabas de decir, que es casi un halago, me parezca tan satisfactorio. No puedo evitar preguntarme por qué quiero tu aprobación.

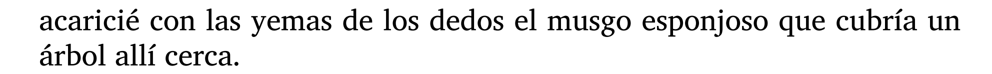
—¿Quién sabe? A mí me parece que esa necesidad de aceptación es un problema personal que tienes. —No lo miré al decirlo, solo me apresuré a cruzar el arco.

Por mucha indiferencia que quisiera fingir, no pude evitar soltar una exclamación cuando pasé bajo las piedras con las runas. Por todas partes había arbustos de la luna plateados cuyas largas y hermosas ramas se extendían en todas direcciones. Los pétalos aterciopelados brillaban a la luz de las estrellas. El mundo era diferente allí. Los árboles eran más densos y tenían una corteza gruesa y negra forrada con un musgo verde brillante y húmedo. La hierba estaba cubierta de gotas de rocío resplandecientes. Y había plantas de lavanda y rosas azules junto a los arbustos de la luna, añadiéndole un toque de color a la oscuridad.

Oí el crujido de las ramas y el susurro de la hierba al doblarse bajo nuestros pies. Ese lugar estaba vivo. Era mágico.

—¿Qué te parece? —preguntó Ari en voz baja.

No me di cuenta de que estaba a mi lado. No pude resistirme y



acaricié con las yemas de los dedos el musgo esponjoso que cubría un árbol allí cerca.

—Está… lleno de vida.

Él sonrió de oreja a oreja, satisfecho.

—Cierto. Esto es lo que la furia puede hacer por esta tierra. Lo que hará de nuevo. Queremos restablecer la vida tal como los dioses quisieron que fuera. Ven, tenemos que hablar de unas cuantas cosas.

—Espera —exclamé mirando por encima del hombro—. Me gustaría llevar a Mattis y…

—Que vengan —accedió Ari—. Aquí la corte está abierta a todo el mundo, como la del rey Arvad en el pasado.

Tragué saliva con dificultad. Eso era lo que Valen podía ayudar a recuperar si decidiera olvidar su venganza. Se me llenaron los ojos de lágrimas mientras recorría la fila de agitadores en busca de Siv y Mattis.

El príncipe de la noche necesitaba ocupar su lugar.

Y yo lo necesitaba a él.

Aparté ese pensamiento y endurecí mi corazón. Esa sensiblería no me hacía ningún bien.

Mattis se había apartado de la gente y estaba estudiando un frondoso arbusto de la luna.

—¿Dónde está Mavie? ¿Y Legion Grey, Elise? —preguntó sin volverse para mirarme.

Me tembló la barbilla.

—Ellos… ya no están.

Mattis cruzó los brazos a la altura del pecho y todo su cuerpo se tensó, como si quisiera protegerse de la verdad. Los dos nos quedamos allí de pie, en silencio, durante diez latidos al menos. No quería darle más explicaciones sobre Legion ni Mavie. Dejaría que pensara que se habían ido al mismo tiempo.

—Espero que encuentren paz en el gran salón del Otro Mundo —susurró por fin.

Extendí la mano y le toqué el brazo.

—¿Estás bien?

—No. Durante todo este tiempo he confiado en que… —Miró por encima del hombro y me clavó la mirada—. ¿Cómo te enteraste?

—Durante el ataque al castillo Aguja del Cuervo. Mattis, Siv tuvo la oportunidad de matarme muchas veces, pero no lo hizo. Sé que estás enfadado, pero habla con ella. Tienes que olvidarlo, porque nos necesitamos. Ari quiere hablar conmigo y necesito a la gente en la que confío a mi lado.

Mattis frunció el ceño.

—¿Por qué cree que tienes algún tipo de conexión con el Espectro Sanguinario?

Suspiré. ¿Cómo iba explicárselo? ¿Cómo podría? Mattis se había tomado muy mal la traición de Siv. ¿Qué haría si supiera que Legion Grey, una persona en la que Mattis confiaba también, era el Espectro Sanguinario?

—Él… nos llevó a un lugar seguro tras el ataque.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Supongo que le guarda más rencor a timoranos como Calder que a una segunda hija de una miembro de la realeza de poca importancia.

Mattis se pasó los dedos por el pelo sucio y negó con la cabeza.

—Elise, ¿qué te ha pasado?

—Muchas cosas, estoy seguro. —Mattis y yo nos dimos la vuelta al mismo tiempo y encontramos a Ari, acompañado de su improvisada guardia real. Frey y otros cuatro ettanos corpulentos, que llevaban espadas toscas, nos fulminaban con la mirada bajo gruesos mantos y las pieles de animales con las que se adornaba la cabeza—. Pero, si no os importa, ya tendréis tiempo de poneros al día luego. Tenemos un programa que cumplir si queremos seguir avanzando sin contratiempos.

Detrás de Ari estaba Siv, todavía con la cabeza gacha. Un músculo se tensó en la mandíbula de Mattis, pero lo único que hizo fue volver a

cruzar los brazos.

—Me has ayudado a escapar, así que estoy dispuesto a escuchar lo que tengas que decir. Pero que quede claro que yo solo le soy leal a Elise.

Ari enarcó una ceja.

—¿Aunque yo te he recibido en nuestra casa con los brazos abiertos? ¿Incluso siendo ettano?

—Ser ettano, timorano o habitante de la noche no convierte a alguien en digno de confianza, solo lo hacen el corazón y las acciones. Yo le soy leal a Elise. Con el tiempo, tal vez, puede que llegue a sentir lealtad por ti también.

Al oír eso, Ari volvió a recuperar su sonrisa pícara.

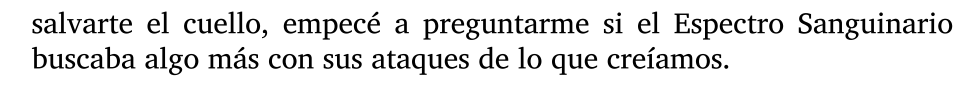
—Me caes bien, carpintero. Me alegro de que no te hicieran pedazos en el potro esta noche. Venid conmigo.

Ari nos llevó a una casa de madera grande rodeada de espesos árboles. El techo estaba hecho de barro cubierto de musgo y ramas de arbusto de la luna. Dentro había un fuego bien alimentado para protegerse del aire frío. Ari se quitó el cinto donde llevaba las armas y lo dejó sobre una mesa estrecha que había en el centro. Los demás se despojaron de las pieles. Frey sirvió cerveza de una jarra de madera y fue pasando los cuernos llenos mientras su rey se dejaba caer en una silla también de madera, ponía las botas en la mesa y cruzaba los tobillos.

—Mejor… —exclamó, aceptó un cuerno de cerveza e hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza. Nos señaló los asientos que estaban libres—. Sentaos. Por favor.

Nosotros nos acomodamos con cierta cautela. Siv se situó a mi izquierda y Mattis a mi derecha. Ninguno de los dos se había dirigido la palabra y eso hacía que se me erizara el vello de la nuca. Estaba deseando tener un poco de normalidad y esos dos no estaban ayudando nada. Divididos no creía que pudiéramos sobrevivir a aquello.

—Como te he prometido, tengo información sobre el Espectro Sanguinario. Al principio no me creía los rumores, pero tras enterarme de que no solo te había sacado del castillo Aguja del Cuervo, sino que también había atacado a uno de los capitanes del falso rey para


salvarte el cuello, empecé a preguntarme si el Espectro Sanguinario buscaba algo más con sus ataques de lo que creíamos.

—¿Cómo? —exclamó Mattis con los ojos como platos—. Elise, ¿pero qué ha ocurrido?

—Jarl —contesté llena de rencor—. Es una larga historia.

—Espero que me la cuentes.

Yo le hice un gesto con la mano para que Ari pudiera continuar.

—Primero tengo una pregunta, Elise. ¿El Espectro Sanguinario es un habitante de la noche?

—¿Por qué crees eso?

La sonrisa de Ari desapareció.

—Hace unas semanas unos cuantos de los nuestros sufrieron… una extraña enfermedad. Se volvieron locos, como si no tuvieran control sobre sus decisiones. Y atacaron Mellanstrad… tus tierras.

Me quedé con la boca abierta. Los recuerdos de los agitadores enloquecidos arrancándole de un mordisco un trozo de la garganta a uno de los guardias de mi padre todavía invadían mis sueños. Sabía que algo extraño afectaba a aquella gente. Los ojos, las bocas y la sangre tan negros…

—Lo recuerdo —contesté en voz muy baja.

—Sí. —Ari carraspeó—. Intentamos sanarlos, pero nada funcionó. También los seguimos para traerlos de vuelta, pero cuando los alcanzamos ya era demasiado tarde.

—¿Y qué tiene que ver el Espectro con todo eso? —Me mordí el interior de la mejilla. Le dije a Halvar que había visto al Espectro Sanguinario esa noche y él lo negó al instante. Pero estaba segura de que Valen estuvo allí cuando estaba bajo los efectos de la maldición. Seguramente Halvar volvió al castillo en mi busca para protegerme de su propio príncipe.

—Es curioso —continuó Ari—, pero algunos afirman haber visto al Espectro. Y aseguran que utilizó la furia. Una furia muy potente que detuvo aquella locura. Hay que reconocer que es probable que acabara con nuestra gente al hacerlo, ¿pero qué tipo de vida tendrían en ese

estado de todas formas?

¿Podría ser? ¿Sería posible que Valen, en medio de la delirante sed de sangre provocada por la maldición, hubiera podido conectar con su furia sin saberlo y detener el ataque? Era verdad que aquella noche todos los agitadores se desplomaron a la vez.

—¿Es un fae? —insistió Ari.

—Yo… no lo sé con seguridad. —La furia evitaba que pudiera revelar su nombre, pero no el hecho de que poseía magia. Aun así, por alguna razón, no quise contar nada de todo aquello: la maldición, su plan para llevarme con él. No sabía si con eso protegía a Ari y su gente o a Valen—. Lo único que necesitas saber es que es letal, fuerte y que odia Aguja del Cuervo.

—Entonces tenemos mucho en común —respondió Ari muy contento—. Queremos que se una a nosotros, Elise. Seguro que has oído que la Hermandad de las Sombras últimamente está llevando a cabo ataques a caravanas por todo el reino. Sé lo que está haciendo: busca dejarlos sin suministros. Quiere matar de hambre a los timoranos y que así dejen de confiar en su nuevo rey. Es perfecto.

—No se unirá a vosotros —me apresuré a decir y agradecí el asentimiento de Siv para apoyarme—. Prefiere trabajar solo.

—Estoy seguro de ello. Pero se encuentra en una situación desesperada y creo que tal vez ahora esté dispuesto a negociar.

—¿Desesperada? No lo comprendo.

—No hace falta que creas mi palabra, escucha lo que tiene que decir un testigo. —Ari levantó una mano y señaló al fondo de la casa, donde había un hombre cubierto con una capucha—. Este es Ulf, uno de mis exploradores. Él te lo contará todo.

No había visto a Ulf antes. Al quitarse la capucha dejó al descubierto una cabeza cuadrada y se acercó al borde de la mesa.

—Yo estuve allí —afirmó con una voz grave y áspera—. Seguí a la Hermandad de las Sombras hasta una caravana de tejidos, que en realidad era una tapadera para trasportar a unos pequeños bastardos de la nobleza timorana. Pensé que el Espectro atacaba para ir a por ellos, pero no lo sabía, la información lo pilló por sorpresa. No quiso matar a esos mocosos y solo consiguió que los guardias del castillo Aguja del Cuervo atraparan y se llevaran a uno de los suyos. Otro de

sus Sombras tuvo que llevárselo de allí prácticamente a rastras. Nunca he visto a un hombre tan furioso como él cuando los Cuervos atraparon al otro miembro de la Hermandad. Ese tipo de desesperación es peligroso: puede colocar a un hombre en el borde del abismo y a punto de saltar.

Me quedé sin aliento. Miré a Siv. Ella estaba pálida y se mordía el labio inferior. ¿A quién se habían llevado? ¿A Halvar? ¿A Tor? ¿Qué ocurriría si Calder se enteraba que no era un habitante de la noche cualquiera, sino un miembro de la corte de los Ferus que ya contaba con siglos a sus espaldas?

Lo peor de todo era que no me costaba creer lo que acababa de decir Ulf. El príncipe de la noche lo había perdido todo, excepto a sus dos amigos. Que Aguja del Cuervo le arrebatara a uno de ellos lo volvería loco, sin duda.

«Valen, ¿dónde estás?».

—Ya lo ves, Elise —prosiguió Ari—. Sabemos dónde llevan a los habitantes de la noche que capturan y queremos ir al encuentro del Espectro cuando vaya a por su compañero, ayudarlo y conseguir que se una a nosotros.

Negué con la cabeza.

—No creo que sea tan sencillo.

Ari sonrió con malicia.

—Puedo resultar muy convincente.

Se me erizó el vello de los brazos por el miedo. ¿Hasta dónde llegaría Ari para convencer a Valen de que se uniera a él? Por todos los infiernos, ¿qué ocurriría cuando Ari descubriera que el príncipe de la noche estaba vivo y decidido a destruir Timoran poco a poco?

Estaba claro que no había forma de convencerlos de que no lo intentaran. Querían mi opinión sobre el Espectro, no mi permiso. Sin duda los agitadores me iban a utilizar para atraerlo, para sacar a Valen a la luz.

Nuestra separación estaba a punto de terminar.

Capítulo cinco

La princesa rebelde

Tenían encarcelado a Halvar en la prisión de la furia.

Al menos eso decían los últimos informes de los exploradores de Ari: que habían llevado allí a un fae del aire. Eso respondía a mi pregunta de cuál de los miembros de la Hermandad de las Sombras había sido apresado.

Ari pareció encantado solo de pensar en contar con una furia rara en Ruskig. Yo, por mi parte, cada vez estaba más irritada. La fuerza o el tipo de furia de Halvar no importaban, lo fundamental era él.

Y nos estábamos quedando sin tiempo.

El viaje hasta allí llevaba más de un día a caballo y casi tres a pie. Y no había forma de saber qué podría pasarle a la irónica Sombra en el tiempo que íbamos a tardar en llegar.

Yo no habría querido que atraparan ni a Tor ni a Halvar, pero Tor tenía un carácter que estaba segura de que haría pedazos a cualquiera que se atreviera a tocarlo, mientras que Halvar intentaría hacerse su amigo.

Hice una mueca. Sobreviviría. Estaría bien. ¿Qué fue lo que me dijo Valen? Halvar era el hijo del primer caballero. Lo criaron para combatir, aunque lo hiciera siempre con una sonrisa.

Y yo no podía creer ninguna otra cosa.

Era curioso lo importante que se habían vuelto para mí todos ellos, no solo Valen, sino también la Hermandad de las Sombras.

Tor y Halvar sufrieron la maldición igual que Valen, aunque lo que a ellos les tocó tal vez no fue tan desgarrador. Pero verse obligados a cortar y maltratar a su hermano para satisfacer su sed de sangre supuso una forma muy cruel de tortura para ellos también.

Me puse un cuchillo en el cinto que me había dado Frey. La ira ardía en mi interior, lenta y profunda, cuando pensaba en que Halvar estaría sufriendo a manos del castillo Aguja del Cuervo otra vez.

Iban a pagar por ello.

Si no sabían quién era Valen aún, nunca se enterarían. Al menos Halvar no se lo revelaría. Él nunca traicionaría a su príncipe. Pero su silencio serviría para prolongar su sufrimiento y por eso necesitábamos movernos. Cualquier reserva que tuviera sobre volver a ver a Valen, o estar presente cuando rechazara a Ari y también a mí de nuevo, debía dejarla a un lado por el bien de Halvar.

Hundí las manos en un lavamanos de arcilla. La fría mañana había hecho que el agua estuviera a punto de helarse. Me salpiqué la cara con ella para despertar todos mis sentidos. Después me recogí el pelo húmedo en una trenza muy apretada.

Ari me había ofrecido una cabaña cerca de la casa grande. Las paredes estaban hechas de ramas de árboles entrelazadas para crear un armazón que después habían rellenado con musgo húmedo, tierra y barro. Como si esos arbustos no pudieran evitar crecer y cubrirlo todo, en algunas de las paredes asomaban unas pequeñas flores de arbustos de la luna. Sonreí, acaricié uno de los sedosos pétalos plateados y después me puse las botas, que me quedaban grandes.

En un rincón había una pequeña estufa tallada a partir de una piedra del río. La noche anterior apareció por allí un fae muy hábil y calentó las piedras hasta que toda la cabaña adquirió una temperatura cálida y agradable. No tenía la furia del fuego, como Tor, pero era fascinante ver cómo su furia particular hacía relucir las piedras hasta convertirlas en unas ascuas brillantes.

Tenía una cama y un colchón cubierto de hierba seca y pieles. También unos cuantos utensilios de arcilla y un hervidor para hacer infusión de diente de león.

Me habían asignado un lugar para vivir entre los habitantes de la noche y todavía me costaba creerlo.

Siv apartó la piel de oso que cubría la entrada.

—Elise, ya estamos preparados para partir.

—Voy.

Siv me acercó un cuenco de hueso. En él Frey había mezclado cera de abeja con carbón para formar una especie de kohl pegajoso. Ella cogió un palito con un extremo deshilachado y lo hundió en el cuenco.

—¿Me dejas?

La tensión me provocaba una presión en el pecho, pero era más por la emoción que por la preocupación. La pintura con carbón la utilizaban los guerreros. ¿Cuánto tiempo había deseado encontrar un lugar en esa tierra? Cuando vivía rodeada de nobles y de la familia real, yo no tenía ninguna importancia. No tenía voz. Pero allí podía aceptar la necesidad que sentía de ser fiel a lo que me hervía en la sangre, a la llamada de la lucha por esa tierra que en realidad no era la mía.

Siv me pasó el extremo de la ramita por la frente y después por la nariz y la barbilla. Cuando terminó, yo le pinté la cara a ella con trazos largos sobre su piel de color bronce. Protección. Fuerza. Líneas irregulares para trasmitir cierta maldad.

Tal vez no íbamos a la guerra. O tal vez sí.

No había forma de saber lo que nos esperaba fuera de Ruskig.

—Hecho —susurré y volví a dejar el cuenco en la mesita. Fuera solo se veía la neblina del amanecer, no parecía que estuvieran por allí los guardias ni Ari, pero aun así baje la voz hasta que no fue más que un murmullo urgente—. ¿Qué pasará cuando Ari descubra que el Espectro Sanguinario no es un hombre común y corriente?

Siv entornó los ojos.

—No lo sé. Me parece que el príncipe Valen no quiere revelar su furia, si no ya nos habríamos enterado. Hay muchas posibilidades de que nadie lo reconozca, ni lo distinga de un habitante de la noche cualquiera.

—Ari ya sospecha que es más que eso por lo que ocurrió durante el ataque al castillo. ¿Crees que él pudo causar aquella oscuridad?

—Las sagas dicen que el príncipe Valen controla la tierra. Se cree que es el primero capaz de hacerlo en siglos. Quien quiera que infectó al clan, no lo hizo con la furia de la tierra.

Su respuesta me tranquilizó un poco. Valen podía agrietar la tierra y moldear las rocas y la arcilla a su antojo, pero no podía causar una enfermedad como aquella.

Fuera estaba helando. Un viento gélido me azotó la cara y varios mechones sueltos me rozaron la piel. Los caballos iban cargados de

mantas, pieles, cantimploras y cuernos para la cerveza. Madres con niños aferrados a sus faldas habían ido a despedir a padres, tíos y hermanos.

Los habitantes de la noche de Ruskig no tenían una furia poderosa, las invasiones habían ido debilitando la magia, pero un estremecimiento me recorrió la espalda al ver que muchos de ellos llevaban hachas, cuchillos y dagas y la mayoría tenían runas y rayas negras pintadas en la cara, como yo.

Aunque no tuvieran demasiada furia, resultaban formidables desde que habían decidido unirse y rebelarse por fin.

Y se podía decir lo mismo de los ettanos. Las mujeres llevaban media cabeza afeitada y tenían la otra mitad peinada con trenzas apretadas formando hileras intrincadas. De los hombros les colgaban gruesas pieles y mantos de lana. Los hombres se habían pintado las cuencas de los ojos de negro y en las barbas lucían cuentas de hueso y plata. En las cabezas afeitadas tenían runas tatuadas.

Maltratados por los timoranos durante demasiado tiempo, los ettanos y los habitantes de la noche estaban encontrando su lugar. Habían vivido en paz juntos durante muchos años, muchas vidas, unos con magia y otros sin ella, hasta que los timoranos les robaron sus tierra a todos. Había llegado el momento, por fin, de que los habitantes de la antigua Etta recuperaran su hogar.

No me gustó nada darme cuenta de que lo primero que pensé al ver a todos aquellos guerreros fue cuánto me habría gustado que Valen estuviera allí para contemplarlos.

Frente a mí, Mattis estaba ayudando a asegurar una espada corta contra el cuerpo de un caballo ruano. Se había afeitado la cabeza y solo se había dejado un mechón de rizos castaños justo en el centro de su cráneo. El carpintero seguía llevando la barba que le había crecido en la cárcel, aunque la tenía algo más corta que los otros hombres, pero le había añadido una cadena de cuentas de hueso en el centro y se había pintado los párpados de negro.

Me recibió con una sonrisa hasta que vio a Siv. Entonces la sonrisa se desvaneció, se puso una capucha negra que llevaba y nos dio la espalda.

Siv dejó escapar un largo suspiro.

—Dale tiempo —aconsejé.

—Vive entre los agitadores, está haciendo amistad con ellos, pero me rechaza a mí.

—Lo sé. —Me quedé callada un momento y después dejé que una sonrisa juguetona apareciera en mis labios—. Pero la verdad es que me sorprende que te importe. Creía que Mattis te daba igual.

En sus ojos apareció un destello de frustración.

—Sí que me da igual, no me entiendas mal —repuso Siv—, pero es que me parece que está siendo muy infantil y eso me fastidia.

Sonreí un poco más cuando se alejó con paso enfadado.

—Elise. —Ari estaba junto a un caballo blanco. Se había trenzado ambos laterales de su pelo dorado, se había delineado los ojos con kohl y llevaba un grueso manto hecho de piel de zorro rojo—. Vas a cabalgar conmigo. Y me gustaría decirte que tienes una apariencia aterradora. Me resulta inspirador.

Me ruboricé por el cumplido. La verdad era que se podía decir lo mismo de él. La piel perfecta de Ari estaba pintada con líneas azules y negras, como si alguien le hubiera unido con los dedos una sien con el extremo opuesto de la mandíbula. Era un verdadero guerrero, como el resto de su clan, y su atractivo contribuía a su arrogancia, ya de por si exagerada. No había duda de que lucharía con uñas y dientes para lograr lo que quería. Si supiera que lo que pretendía conseguir era al príncipe de la noche…

Le di una palmadita al caballo en la cruz y fruncí el ceño.

—Yo me las arreglo muy bien encima de un caballo. No necesito compañía.

—Ah, pero no tenemos suficientes caballos y no me gustaría ver que tus reales pies fueran por ahí tropezando por esos caminos tan inhóspitos.

—Mis reales pies son perfectamente capaces de hacer el camino andando.

Ari siguió sonriendo mientras pasaba las riendas sobre la cabeza del caballo.

—Aun así, te agradecería que subieras a mi montura. Así llegaremos mucho más rápido y por eso no merece la pena que discutamos por este detalle.

Levanté la barbilla, porque me negaba a reconocer lo agradecida que estaba por no tener que hacer el trayecto a pie.

—No quieres discutir porque temes que ganaría yo.

Se echó a reír y entrelazó los dedos para que apoyara el pie y me

impulsara para subir al caballo.

—No lo dudo, aunque me han dicho muchas veces que soy muy convincente.

Me desplacé hacia atrás para hacerle sitio a Ari sobre el lomo del animal. Se me aceleró el pulso cuando le rodeé la cintura con los brazos. Noté su calor. Su piel olía como el bosque, a limpio con un toque de verdor. El rey autoproclamado era insoportable pero intrigante al mismo tiempo.

—¿Y quién te ha dicho eso? —pregunté—. ¿Tú mismo? ¿O tu reflejo?

Ari miró por encima del hombro.

—Frey me ha dicho varias veces que debería cortarte la lengua, Elise Lysander.

Sin darme cuenta apreté más los brazos con los que le rodeaba, como si su cuerpo pudiera protegerme de esas palabras.

Ari rio y la vibración de su risa me recorrió las entrañas.

—Por supuesto, le he dicho que tu lengua me gusta, así que se queda donde está. Pero tengo que reconocer que, cada vez que hablas, le haces un nuevo agujero a mi frágil confianza real.

Me permití mostrar una media sonrisa reticente. De una casa pequeña salieron varios hombres que llevaban una pila de algo redondo y de madera. Cuando examiné más detenidamente lo que tenían en las manos abrí los ojos como platos.

—Por todos los dioses, ¿eso son… escudos?

—Sí —respondió Ari.

Con mucho cuidado los hombres fueron repartiendo escudos redondos de madera decorados con runas y con puntas de bronce o hierro sobresaliendo en el centro.

—¿Es que vamos a la guerra?

Ari rio entre dientes.

—Tal vez.

—Nunca había visto un escudo, solo en…

—¿Retratos? ¿Libros de historia? Sí. Es una suerte que los habitantes de la noche tengamos unas vidas tan largas —dijo Ari sin darle mucha importancia—. Y también cierta tendencia a coleccionar cosas.

—¿Me estás diciendo que son de la época de las invasiones?

—Sí, así es.

La sangre me hirvió por la emoción, como si la guerrera que llevaba dentro estuviera deseando con todas sus fuerzas lo que estaba por venir. Ataron un escudo negro con runas blancas a las alforjas de nuestro caballo. Acaricié el borde con cuidado. Una guerra. ¿Me estaba uniendo a una rebelión contra los de mi propia sangre?

No había tenido tiempo para pensar mucho en ello, pero de repente ahí estaba.

Ari me guiñó un ojo y azuzó al caballo para que cruzara la cúpula de ramas de arbustos de la luna y después el arco protegido que daba acceso a Ruskig. La noche era oscura y fría. Más allá, los árboles eran delgados y débiles. Después de ver lo que la furia era capaz hacer por esa tierra, los paisajes que había disfrutado toda mi vida y que siempre me parecieron preciosos, de repente me resultaban frágiles y apagados.

Vacíos.

No me di cuenta que me estaba abrazando a Ari con demasiada fuerza hasta que me cubrió la mano con la suya.

—Me encanta la sensación del cuerpo de una mujer pegado al mío, pero estaría bien que aflojaras un poco la presión, a no ser que tu intención sea asfixiarme, en cuyo caso no puedo hacer otra cosa que alabar tu retorcido plan de asesinato.

—Por todos los dioses, ¿te pones serio alguna vez?

—Espero que no sea necesario.

Me recoloqué y reduje la presión, como me había pedido, sin dejar de odiar esa forma que tenía el rey autoproclamado de hacerme reír.

Mientras cabalgábamos en medio de la noche, no hice más que pensar en lo que nos íbamos a encontrar. El plan era atraer al Espectro Sanguinario utilizando el rescate de Halvar. Sentí un hormigueo en las puntas de los dedos.

Pasara lo que pasara, algo me decía que volvería a ver a Valen Ferus muy pronto.

Capítulo seis

La princesa rebelde

«Valen y Sol están ocultando algo. Los dos príncipes se escabullen todos los días al bosque. Le he preguntado muchas veces a Dagar, el primer caballero, porque su hijo mayor y el joven Torsten van con ellos. Y, por todos los dioses, últimamente además se llevan también a Herja.

Nadie sabe qué travesura están tramando. No importa con qué los amenacemos Arvad y yo, mis tres leales hijos no dicen ni una palabra de lo que están tramando. Pero veo cierta pesadumbre en los ojos de Sol.

Tal vez sea la carga que supone heredar la corona. Su padre le recuerda a menudo su deber como futuro rey. Es necesario, pero podría ser demasiado para él. Solo acaba de cumplir dieciséis y…».

—¿Qué estás leyendo?

Levanté la vista del diario. La silueta de Ari me resultaba borrosa por culpa de las lágrimas. Esa era la primera entrada en que Lilianna mencionaba a Tor y a Halvar. Era raro leer sobre sus vidas pasadas y conocerlos en la actualidad.

No esperaba echarlos tanto de menos, pero así era.

—Por los tres infiernos —exclamó Ari con los ojos muy abiertos—, ¿qué es lo que te afecta tanto? Creía que no había nada que pudiera conmoverte, *Kvinna* Elise.

Ari se sentó en un tronco caído junto a un arroyo poco profundo. Habíamos parado para dar de beber a los caballos y hacer una frugal comida, que consistió en arenque seco y unos cuantos frutos del bosque. Ya estábamos en el territorio de Calder. Los caminos eran estrechos y estaban llenos de maleza y de rocas, así que dudaba que los guardias patrullaran por allí.

Me obligué a sonreírle al rey, un poco tensa.

—Nada, no es nada.

Con mucho cuidado, Ari me quitó de las manos el gastado diario. Intenté protestar, pero ya estaba examinando alguna de las entradas.

—Por todos los infiernos —murmuró—. ¿Es…?

Asentí cuando no pudo terminar la frase y comprendí su perplejidad.

—La reina Lilianna.

Toda la diversión desapareció de sus ojos y se le veía sencillamente atónito.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Tú tienes escudos, yo soy de linaje real. Mi tío tenía muchas cosas antiguas —mentí.

—¿Y lo que dice aquí te apena? —Acarició el lomo con reverencia.

—Sí, pero no es por lo que tú crees. —Sonreí cuando me devolvió el diario—. Es una tontería.

—Yo no creo que la gente piense tonterías, solo que tiene ideas diferentes. Te juro sobre la tumba de mi madre que no me voy a burlar de ti. ¿Por qué te hace llorar lo que dice la antigua reina?

Durante un momento llegué a confiar en Ari.

Me humedecí los labios y abracé el diario de Lilianna contra mi pecho.

—A estas alturas he leído infinidad de veces cómo gobernaron estas tierras Arvad y Lilianna en el pasado. Me educaron pensando que eran malvados, sanguinarios y asesinos, pero la verdad es que eran justos, se amaban y adoraban a sus hijos. —Fijé la vista en el suelo—. Y mi gente los destruyó. Ahora solo quiero que esta tierra sea lo que fue entonces.

Ari se quedó callado. Por una vez parecía estar sin palabras. Cuando por fin habló, su voz sonó muy firme.

—Eres una timorana muy sorprendente, Elise Lysander, pero al menos estamos de acuerdo en algo. Yo he jurado ante todo el pueblo que esta tierra volverá a prosperar como lo hizo durante el reinado del linaje de los Ferus.

—Sí, ¿pero qué pasará con los timoranos?

—Habrá más que piensen como tú, estoy seguro. Lilianna era timorana. —Se estiró uno de sus rizos dorados—. Yo soy habitante de la noche, pero mis ancestros no son todos fae. Habrá guerra si de mí depende, pero rezo al Padre de todos los dioses para que después podamos sanar la cicatrices de esta tierra. Todos juntos.

Abrí la boca para responder, pero mis palabras se convirtieron en cenizas. Ari era justo y noté que se me formaba un nudo en la garganta. Si Valen no ocupaba su lugar, Ari podría ser la mejor alternativa. Y lo más curioso era que esa idea no me preocupaba. De hecho me parecía extrañamente reconfortante.

Me dio una palmadita en la rodilla y se levantó.

—¿Preparada para continuar? Queremos llegar a la taberna antes del amanecer.

Asentí, cogí el diario, me colgué la bolsa del hombro y seguí a Ari hasta donde estaban los caballos. Siv iba con Frey y Mattis con Ulf.

Ellos seguían sin hablarse, pero yo tenía que creer que Mattis la defendería, por muy enfadado que estuviera con ella.

Ari montó delante de mí otra vez y le hizo un gesto al clan para que avanzara. Yo sentía dolores y calambres en todo el cuerpo por el duro viaje, pero apreté los dientes y me agarré a su cintura de nuevo.

—Ari —dije cuando recuperamos nuestro sitio a la cabeza del grupo. El caballo llegó a un terreno irregular y no me quedó más remedio que tartamudear un poco—. ¿Cómo…? ¿Qué vamos a decirle al tabernero sobre nosotros?

Se me escapó un grito ahogado cuando el caballo resbaló en una pendiente que apareció en el camino y me apreté contra Ari hasta que él soltó un gruñido.

—Diablos, mujer, ¿no has dicho que eras una buena amazona?

—¡Y lo soy! —Mi reacción no corroboraba mis palabras, pero tenía ganas de discutir—. Pero no estoy acostumbrada a ir encima de una criatura que intenta escalar una montaña.

—Ten más fe en Vit, Elise. Es viejo, pero es fuerte. —Se rio entre dientes y le dio una palmadita al caballo en el cuello, como si no

hubiéramos estado a punto de despeñarnos—. Y ten más fe en mí y en mis planes también. En el lugar al que vamos no nos van a hacer muchas preguntas.

Pronto el camino volvió a ser llano y el bosque se hizo más denso. Cuando el pálido amanecer asomó por el horizonte, entendí lo que había querido decir Ari.

La taberna de Sven apareció ante nuestros ojos.

—¿Conoces este lugar? —Me aparté unos cuantos mechones sueltos de los ojos mientras Ari desmontaba y ataba a Vit a un poste.

Él sonrió y me tendió una mano.

—Te lo he dicho, Elise. Tengo amistades muy extrañas, igual que tú.

—¿Él está…? —Me retorcí las manos, incapaz de terminar la frase. ¿Estaba Valen dentro? ¿Se alegraría de verme? ¿O se enfadaría? No me gustaría nada ver que la luz y el cariño que antes había en sus ojos ya no estaban.

Ari me apoyó la mano al final de la espalda y me empujó un poco.

—Creo que estamos solos. Por ahora. —Enarcó una ceja mientras estudiaba el temblor de mi mejilla—. ¿Te da miedo? No llegaste a contarme si tuviste que escapar del Espectro Sanguinario.

—Pero hemos venido aquí, tanto si fue así, como si no —respondí con cierta amargura.

—Debemos correr ciertos riesgos.

Cerré los ojos. Notaba un calor que me estaba fundiendo las entrañas.

—No huí de él, Ari. Al menos esa vez no. Pero eso no significa que el Espectro Sanguinario se vaya a alegrar de vernos.

Él bajó la cabeza con una sonrisa cauta.

—Entendido. Aun así, creo que lo necesitamos. Aguja del Cuervo lo teme y nos conviene tener de nuestro lado a la gente que tiene ese efecto en ellos.

No podía rebatir ese argumento. Era muy irritante lo inocente que jugaba a ser Ari a veces, solo para ocultar su lógica y su inteligencia. Unirse a los enemigos del rey Calder era la opción más inteligente, pero solo dos de nosotros sabíamos cuáles eran las consecuencias de desenmascarar al Espectro.

Aunque también era posible que aquello fuera el empujón que el príncipe de la noche necesitaba para aceptar su destino.

Ari abrió la puerta de la taberna. Contuve la respiración y entré.

El olor a vino rancio, cerveza y suciedad me llenó la nariz. Desde debajo de las tablas manchadas del suelo subía una humedad constante que invadía el aire. También se notaba el leve aroma metálico de la sangre. Apreté los puños y los abrí despacio. Las manchas del suelo oscuras indicaban la presencia de sangre seca. ¿Qué parte de esa suciedad sería consecuencia de las infinitas noches de tortura de Valen?

La maldición exigía sangre y la Hermandad de las Sombras la había obtenido bajo ese mismo techo.

Tragué con dificultad y me quedé mirando la mesa en la que me enfrenté por primera vez a Legion Grey en su papel de Espectro Sanguinario, cuando le exigí que me devolviera las yemas de los dedos que me faltaban. Una punzada de dolor me atravesó el corazón al tocar el cristal empañado y mirar afuera, donde había estado tumbada junto a Valen tras la noche que pasó bajo los efectos de la maldición. Donde me besó antes de que los dos tuviéramos que enfrentarnos a la Tumba Negra.

Antes de que todo cambiara.

—Vaya, mira quién ha vuelto.

Miré hacia la barra. Sven me sonreía mientras limpiaba un cuerno.

—Sven —saludé, pero se me quebró la voz. Levanté la barbilla y me acerqué.

—Mantendré la boca cerradita.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo dices?

El tabernero me guiñó un ojo mientras colocaba el cuerno en un estante lleno de polvo.

—Que voy a mantener la boca cerrada, he dicho. Veo que has venido a pedirme que no mencione la última vez que nos vimos, niña. Y yo te digo que mis labios están sellados.

—Qué injusto —comentó Ari—. Habéis admitido que guardáis un secreto y con ello habéis hecho que mi curiosidad alcance niveles peligrosos.

El tabernero sonrió y le agarró el antebrazo a Ari.

—Si me pagas, guardaré tus secretos también.

El rey autoproclamado chasqueó la lengua.

—Supongo que es lo justo. Pero te lo advierto, Elise, no voy a parar de incordiarte hasta que me lo cuentes.

Sacudí la cabeza.

—Qué inmaduro eres.

Ari sonrió, como si le gustara que lo insultara. Esperamos a que entraran los demás. Pronto la sala estuvo llenísima de cuerpos sudorosos y cansados de viajar. Siv me encontró y saludó con un breve gesto de la cabeza a Sven, pero no dijo nada.

Mattis dudó, nos miró a las dos y después al resto del clan. Al final el carpintero vino a colocarse a mi lado.

—Ulf dice que este es un lugar que frecuenta el Espectro Sanguinario —explicó en voz baja—. ¿Vosotras habéis estado aquí?

—Después del ataque, sí. Pero creía que él ya no venía por aquí.

—Hablas como si lo conocieras bien. —Mattis se rascó la barbilla —. ¿Qué es lo que no me estás contando? ¿Por qué el Espectro Sanguinario te salvó y te trajo aquí? ¿Por qué te mantuvo a su lado?

—Mattis…

—Sentaos —interrumpió Ari y miró sonriendo a los que llenaban la sala—. El tabernero nos va a contar lo que sabe.

La cara curtida de Sven se arrugó. Supuse que sería lo más

parecido a una sonrisa que era capaz de mostrar; tal vez los años de sonrisas torcidas habían conseguido que no pudiera formar una amplia y verdadera.

—¿Vais a enfrentaros a Aguja del Cuervo?

—Sí, como te explicaba en mi carta —confirmó Ari.

—¿Y queréis… ayudar a otro de mis clientes?

Ari no dudó.

—Eso te decía en la carta también.

Sven apretó los labios.

—Entonces os puedo decir algo. Yo nunca revelo secretos, pero según mi punto de vista, esto es un asunto de vida o muerte.

—No podría estar más de acuerdo —contestó Ari—. ¿Dónde podemos encontrar al Espectro Sanguinario?

—No sé dónde ha ido —reconoció Sven—. Pero sí adónde quería ir. Como te expliqué en mi respuesta a tu carta, no hay duda de que lo encontrarás en la prisión de la furia. Pero está bien vigilada. Allí hay magia de todo tipo. En su interior retienen a todos los habitantes de la noche con los que el rey no quiere acabar. Conociendo al Espectro como lo conozco, esperará a que se haga de noche.

—¿Estás seguro de que atacará esta noche?

Sven se encogió de hombros.

—Supongo que sí. Hace casi una semana que apresaron a su Sombra. Esta noche es cuando cambian los guardias y ese es un momento de debilidad. A mí me parece la mejor noche para actuar.

Ari se dejó caer en la silla.

—Suposiciones. No me gusta basarme en eso.

—Pues es todo lo que puedo proporcionarte —concluyó Sven—. Tampoco es que el Espectro y yo seamos uña y carne. Le doy techo y refugio y él paga.

Sven le dio la espalda y se puso a limpiar la barra pegajosa. Ari esperó un momento más, pero cuando quedó claro que el tabernero

había acabado de hablar, miró al resto del clan.

—El Espectro debe saber cómo entrar en la prisión. Nosotros tenemos que idear una forma y, en el mejor de los casos, encontrar a la Sombra encarcelada antes que él. Para hacer una declaración de intenciones. Elise…

Mi mente estaba en otra parte, pero la voz de Ari me devolvió al presente.

—¿Sí?

—¿Qué te parece? ¿Estás de acuerdo con lo que dice el tabernero sobre que el Espectro atacará esta noche?

Miré hacia la sala y me encogí un poco ante el escrutinio de tanta gente.

—No lo sé. Lo cierto es que me sorprende que no haya quemado hasta los cimientos medio Timoran ya.

—¿Tanto significa ese hombre para él?

—Se guardan entre ellos una lealtad absoluta —afirmé. Siv sacudió la cabeza y miró al suelo. No me gustaba tener que decirlo, pero era cierto. Valen, Tor y Halvar siempre se defenderían entre ellos. Yo no tenía cabida ahí.

Ari apretó la mandíbula. Se levantó y se inclinó sobre la mesa.

—Iremos esta noche entonces. Si el tabernero tiene razón, es el mejor momento para colarnos en la prisión y saldar algunas cuentas. Nos iremos pronto para enfrentarnos a lo que sea que las Nornas del destino han estado tejiendo para nosotros.

El destino, qué cosa más caprichosa. La magia de una niña en una celda: Calista. ¿Cómo se definió a sí misma? Una contadora de historias. A su manera, una hilandera de destinos. Tal vez descendía de alguna de las tres Nornas que vivían al pie del gran árbol.

Pensaba en ella a menudo, preguntándome si habría conseguido salir de aquella cárcel. Ella luchó por Valen, por mí. Y me dijo que el destino tenía grandes planes para Valen Ferus.

Aquella noche yo iba a contribuir a esos planes o a alterarlos por completo.

Capítulo siete

El príncipe de la noche

—Esto no es digno de ti.

Me mordí la lengua para contener la risa.

—Quieres decir que no es digno de ti, en realidad.

Tor entornó los ojos, recolocó el peso del saco de grano que cargaba y se rascó la túnica de lino con la que se cubría el cinto lleno de cuchillos que llevaba en la cintura.

—Una tarea real prioritaria debería ser vestir a los sirvientes con algo que no estuviera hecho con un tejido tan basto. Por todos los infiernos, ¿cómo pueden llevar esto?

—Creo que no tienen elección.

Tor resopló irritado, pero apretó la mandíbula y guardó silencio.

Avanzamos despacio con el grupo de sirvientes que transportaban suministros a la prisión de la furia. Cuando nos enteramos de que habían trasladado a Halvar allí, nos pasamos varios días y sus noches planeando aquel momento. El problema no era entrar en la prisión, sino salir. Allí el castillo Aguja del Cuervo mantenía a buen recaudo la furia más poderosa. Tenían encerrados en aquel agujero a los habitantes de la noche que les eran de utilidad a los falsos reyes que ocupaban el trono. No había forma de saber si tras aquellos muros había más fae del fuego y del aire u otros con algún tipo de furia oscura sufriendo.

Agarré con más fuerza el saco de cereal que tenía en brazos y que olía a humedad. ¿Cuántas veces torturarían a esos habitantes de la noche hasta que accedían a poner su magia al servicio de cualquiera con tal de conseguir que parara ese dolor?

No podía contar con que los habitantes de la noche que había allí quisieran luchar contra los Cuervos o el falso rey. Si los habían manipulado lo suficiente, era posible que pensaran que el enemigo éramos nosotros.

Unos guardias pararon a la caravana al llegar a un enorme portón de madera y revisaron lo que llevaba.

Había torres que llamaban la atención en la parte más alta. Las llamas de las antorchas iluminaban a los guardias con una luz aterradora. Tomé nota mental de sus posiciones. Tres torres. Cuatro guardias en cada una. Dos en el exterior de la puerta y seguro que otros dos en el interior.

Y además de Cuervos, allí dentro habría hechizos con runas, así que tendríamos que estar en guardia. Las ligaduras se habían inventado allí. Cerré los ojos, deseando que el recuerdo de la sensación de quemazón no hubiera aparecido de nuevo en mi memoria justo en ese momento.

No sabía durante cuántas órbitas tuve las muñecas encadenadas con aquellos grilletes mágicos irrompibles durante las invasiones. La verdad era que no quería recordar todos los detalles. Estaban hechos de hierro de esa tierra pero envueltos en una furia extraña, una magia que yo no conocía, un hechizo terrible y lo bastante poderoso para bloquear incluso una furia de la tierra tan fuerte como la mía.

Esas ligaduras mágicas eran un problema añadido para nuestra fuga. Halvar las llevaría, estaba seguro. Teníamos que robar también alguna de las llaves que utilizaban para quitárselas.

Una llave que sin duda guardaría a buen recaudo el alcaide de aquella prisión.

Tres hombres contra la persona más cruel y más protegida de aquel agujero dejado de la mano de los dioses. Las probabilidades no estaban a nuestro favor. Pero a mí nunca me habían importado mucho esas cosas. El destino establecido nunca había sido bueno conmigo, así que había decidido labrarme uno por mi cuenta.

—El saco —ordenó un guardia señalando el saco de cereal que llevaba.

Mantuve la cabeza gacha, aunque llevaba un gorro de lana bien calado para ocultar las puntas de mis orejas y me había echado un tinte en los ojos para aclararlos un poco. El guardia le dio un golpe al saco con una porra de madera y se rio cuando yo dejé escapar un gruñido.

Me clavó la punta de la porra entre los omóplatos.

—Sigue tu camino.

Mis pies trastabillaron, pero en mi boca apareció una sonrisa triunfante. Imbéciles inútiles. Dos pasos por detrás de mí Tor también pasó la inspección y siguió andando sin llamar la atención, como un sirviente oprimido más.

Las puertas de la prisión tenían pinchos en la parte superior. Unas cuantas calaveras clavadas en picas sobresalían por encima de ellos. Patas, dientes y huesos de cuervo colgaban de correas de cuero, un mal augurio. Bajo nuestros pies las finas botas que habíamos robado del establo de un granjero en la última ciudad por la que habíamos pasado se hundían en el barro. En el aire se notaba ese olor a orina y moho que conocía bien, muy parecido al que había cuando yo estuve encerrado entre aquellas paredes.

La ira que sentía era como ácido en mi lengua. Estaba deseando que llegara el día en que aquel lugar ardiera hasta los cimientos.

Tor carraspeó y yo asentí levemente. Junto al arco de la entrada había un grupo de sirvientes apiñados, tal vez para trasmitirse calor o quizá porque temían quedarse encerrados allí. Fuera cual fuera la razón, ese grupo nos dio la oportunidad de escabullirnos utilizando un puente cubierto que conectaba el patio exterior con el edificio principal de la prisión.

Los dos juntos y con las cabezas gachas avanzamos encorvados y con paso rápido, parapetados tras unos barriles de cerveza apilados hasta la mitad del puente. Solo había dos antorchas, que proporcionaban muy poca luz, pero sabíamos que cincuenta pasos más adelante encontraríamos una pequeña estancia con una estufa, donde los Cuervos iban a tomarse un descanso. Desde allí salían pasillos interconectados que llevaban a los barracones de los guardias y a la habitación del alcaide.

No necesitábamos un mapa.

Teníamos nuestros recuerdos.

—¿Cuánto tiempo? —pregunté con los dientes apretados.

Tor levantó la vista para mirar el cielo de un negro aterciopelado.

—La luna está casi en su cénit, así que una hora.

Asentí, me agaché un poco más tras los barriles y no aparté los

ojos de una ventana asaeteada que teníamos justo delante.

—¿Confías en el hombre que nos tiene que dar la señal? —vaciló Tor.

—No. Pero lo hará.

—¿Y si no?

—Tendrá que atenerse a las consecuencias. Como prometimos. —Yo cumpliría mis amenazas. Esa forma de pensar era la que Elise me había dicho que le daba miedo. Y tenía razón en tenerlo. A esas alturas yo ya no tenía dudas de que vendería mi alma para vengar el mal que le habían hecho a mi gente y para liberar a Halvar.

Ella estaba mucho mejor bien lejos de todo aquello.

Desde que nos separamos, me había llegado el rumor de que la segunda *Kvinna* seguía con su vida y había encontrado refugio en Ruskig. Otros decían que su futuro cuñado la había desposado como segunda esposa. Y algunos afirmaban que su cadáver decoraba las puertas de Aguja del Cuervo.

Las dos últimas historias eran falsas, me había asegurado personalmente de ello antes de centrarme en lo de esa noche, ¿así que quién podía saber si los otros rumores eran ciertos?

Tor me dio un golpe en el pecho.

—Tenemos que vestirnos.

Saqué un cuchillo de una de las botas, sonriendo.

—Si mi madre viviera y te viera dándome golpes sin parar, te haría enterrar vivo, Torsten.

—Tu madre me quería más a mí que a ti, mi príncipe. —Tor clavó el cuchillo en la costura de su saco de cereal y empezó a cortar los hilos—. Por todos los infiernos, es que siempre ibas a llorarle a la reina.

Yo abrí en canal mi saco, cortando la tela hasta que tuve las botas enterradas en avena. Dentro del saco encontré las dos hachas, mi capa con capucha, otros dos cuchillos y la máscara roja.

—No me arrepiento de nada. Me costó sobrevivir a mi infancia por tu culpa y por la de mi hermano.

Tor sonrió, pero parecía estar muy lejos mientras revolvía entre la avena y el maíz de su saco para sacar su capucha y su máscara. El silencio se alargó. En el aire de aquel lugar había un frío que estaba seguro de que solo notábamos él y yo. Como si los fantasmas del pasado nos rodearan a cada paso que dábamos. La familia de Tor también murió allí. Y Sol era tan importante para él como para mí.

La emoción hizo que se me quebrara la voz.

—¿Alguna vez has deseado que fuera él quien estuviera aquí y no…?

—No —me interrumpió Tor—. No malgasto mi tiempo con deseos inútiles. —Y nada más decir eso, Tor me agarró por la nuca y me miró fijamente—. Yo no soy más que una sombra destrozada y cruel de lo que era porque mataron a Sol. Pero tú eres mi hermano y ni una sola vez he deseado que fuera otro el que estuviera a mi lado.

Carraspeé para librarme del nudo que tenía en la garganta, le di una palmadita en la cara y él asintió rápido.

Agachados detrás de los barriles, nos quitamos las ropas de sirvientes. Tuvimos que parar un par de veces cuando unos cuantos Cuervos pasaron cerca, bostezando durante su descanso. Acababa de colocarme las hachas en el cinto cuando Tor me tocó el hombro otra vez.

—Mira —dijo señalando la ventana. La llama de una vela solitaria se veía al otro lado del cristal—. Es la señal. ¿Listo?

—Desde hace días.

Seguimos avanzando agachados, pegados al muro del puente. Cuando llegamos a nuestro destino, Tor pegó la espalda a un lado de la puerta. Yo cogí la empuñadura de una de las hachas.

Ese lugar era uno de los infiernos.

Apreté los dientes y le di una patada a la puerta lo bastante fuerte como para que el viejo cerrojo saltara.

Lo siguiente que ocurrió fue todo un poco confuso. Tor entró en la estancia delante de mí y le clavó la espada a un Cuervo a medio vestir antes de que le diera tiempo a abrocharse los pantalones. Había cinco guardias allí, todos desorientados por el ataque repentino, medio desnudos y desarmados.

Los gritos resonaron en mis oídos. Miedo. Sorpresa. Uno de los guardias se lanzó a por mí y su espada se estrelló con el filo de mi hacha. Su postura inestable fue su perdición. Desvié su estocada y en el mismo movimiento dirigí el hacha a su cuello.

Tor soltó una maldición cuando un guardia le alcanzó en el hombro. Lancé el hacha que tenía en la mano y antes de que se hundiera en la columna del Cuervo ya estaba agarrando la otra. Cuando cayó el último Cuervo, tenía ambas manos cubiertas de sangre caliente y pegajosa.

El quinto guardia estaba en un rincón, con la espalda pegada a la pared. Temblaba y sus hombros subían y bajaban muy rápido. Dioses, lo oí incluso gimotear cuando crucé la estancia para acercarme. Imbécil.

Le apreté el filo del hacha contra la garganta y dije con voz áspera:

—¿Dónde está?

El guardia evitó mi mirada y empezó a murmurar oraciones entre dientes mientras buscaba entre los pliegues de su túnica, de donde sacó un trozo de pergamino doblado y arrugado.

—Qui-Quiero saber que ella está bien.

Le arranqué el pergamino de la mano.

—Yo mantengo mis promesas. Tu amante está a salvo ya, pero no sé si tú vas a sobrevivir a esta noche.

Abrió los ojos de par en par por el miedo.

—¡Me lo prometiste! ¡Dijiste que si te decía lo que querías saber, no nos harías daño ni a Tira ni a mí! Espectro, tú…

Me reí burlón y me incliné hacia él.

—Ella está a salvo, en casa de tu mujer. No es mi problema que tu mujer no supiera que tenías otra además de ella. Nunca he pasado más miedo que cuando ella se enteró de la verdad. Que los dioses te ayuden cuando despiertes.

Y le di un golpe en la cabeza con la empuñadura del hacha. El guardia cayó a mis pies.

Tor apareció a mi lado, apretándose un trozo de tela sobre la herida del hombro.

—¿Cómo supo Sven que este era el eslabón más débil?

—Conoce a su amante. Solo hizo falta escarbar un poco y supe que este nos serviría. Y no lo he dicho en broma, su mujer es aterradora. Se lo va a cargar en cuanto amanezca. —Le miré el brazo —. ¿Es profundo?

—Sobreviviré.

Extendimos el pergamino sobre la mesita que había en el centro de la estancia. Era un dibujo esquemático de los diferentes bloques de celdas e identificaba qué tipo de habitantes de la noche había en cada uno. A los fae del aire los mantenían abajo, cerca del agua y lejos de las ventanas.

—Esta escalera es nuestra mejor opción —indicó Tor señalando el lado este de la prisión—. Recuerdo que siempre me llevaban a las celdas desde el oeste. Los Cuervos van más por ese lado. Creo que estas escaleras solo las utilizan para librarse de los muertos. ¿Ves que llevan al río? Habrá menos movimiento.

—Estoy de acuerdo. —Volví a doblar el pergamino y recuperé el hacha que había dejado clavada en la espalda del guardia muerto.

—Valen, ¿y si la furia no funciona? —preguntó Tor.

—Tiene que funcionar. No tenemos tiempo para ir a buscar al alcaide y quitarle la llave.

—Debemos estar preparados para las ligaduras.

Apreté la mandíbula. Halvar las llevaría, estaba seguro. Y quitárselas iba a ser un problema sin la llave necesaria.

—Vamos a preocuparnos de sacarlo de aquí primero y después ya buscaremos las runas que rompen esas ligaduras.

—La otra opción es utilizar algún hechizo retorcido y oscuro de brujos y hechiceros igual de oscuros y retorcidos, que no pertenezcan a los habitantes de la noche.

—Sí, y para ello tal vez tengamos que meternos en lo más profundo y peligroso. ¿Es que no estamos tan desesperados como los

demás desdichados?

Tor apretó los labios, se quedó mirando la puerta un segundo y después se volvió hacia mí.

—Tú eres rey por nacimiento y por derecho, así que no. No estamos igual que ellos. No te puedes arriesgar con hechizos oscuros. Ni Halvar ni yo te lo permitiremos.

—No —respondí agarrándole del cuello de la túnica—. Sol era el rey. Yo nací para matar por él. ¿Hemos acabado ya? Tenemos que rescatar a un hombre.

Tor suspiró profundamente.

—Sí, hemos acabado. Por ahora.

—Démonos prisa entonces. Cuando los guardias no aparezcan en sus puestos, saltará la alarma.

Ya habíamos entrado, así que teníamos que centrarnos en salvar a Halvar antes de preocuparnos demasiado por cómo salir de allí. Paso por paso.

Utilizaríamos los canales que había bajo la prisión para salir. Era peligroso, pero como todo estaba cerrado con barrotes de hierro, creía que podría ir abriéndonos camino con mi furia. Era un buen plan, aunque lo habíamos ideado con cierta prisa y pocos recursos. A pesar de los riesgos, esa era la forma más segura de escapar.

Aunque, como siempre, el destino demostró ser muy caprichoso.

Los gritos de unos guardias a lo lejos nos dejaron petrificados junto a la puerta de la sala de descanso de los guardias. Un cuerno resonó en la noche y después se oyó otro.

Fruncí el ceño. Tor fue corriendo hasta la ventana para mirar.

—Maldición —dijo en voz baja.

—¿Qué?

Tor me miró y sus ojos se oscurecieron.

—Vamos a tener que cambiar los planes. Están atacando la prisión.

Capítulo ocho

La princesa rebelde

Ari, que estaba en la cabecera de una mesa improvisada hecha con piedras y tablones, se levantó. En el claro se notaba frío y humedad. El muro de la prisión no se veía desde allí. Aquella cárcel no era otra cosa que una mina convertida en campo de trabajo. No había nada de importancia bajo aquella tierra: ni piedra de calidad para la construcción, ni oro, ni cobre ni plata que tuvieran valor monetario. Siempre me había preguntado por qué los reyes de Timoran encarcelaban allí a los habitantes de la noche. ¿Es que los trabajos forzados apagaban su furia? ¿O los torturaban solo por resentimiento?

Desde que estaba en Ruskig había oído suficientes rumores como para adivinar que los reyes experimentaban con la furia en esa prisión. Utilizaban la tortura y la manipulación para arrebatarles ese don que les habían concedido los dioses.

Valen estuvo encarcelado allí en el pasado. Era joven y tuvo que presenciar cómo masacraban a su familia. Como el príncipe de la noche podía controlar la tierra, seguro que el rey Eli intentó arrebatarle su furia.

Cerré los ojos al pensar en el dolor que debió de soportar.

La proximidad del sudor y la muerte enmascaraban la belleza de las flores de los arbustos de la luna que nos rodeaban. Se me hizo un nudo en el estómago y me sentí mal.

Rodeé al grupo de hombres que se arremolinaba alrededor de la mesa y me abrí paso cuando Ari extendió un mapa muy viejo de la prisión de la furia; aunque los hombros musculosos de los demás me tapaban la mayor parte de la vista, no podía estar quieta.

¿Confiaba en los exploradores que había en las montañas, en que harían sonar la alarma si algo inusual ocurría en la prisión?

Sí, porque Mattis era uno de ellos. Podía confiar en ellos.

Pero por muchas veces que me lo repitiera, no podía evitar seguir

caminando arriba y abajo.

—Berger, cuéntales a los demás lo que me has dicho a mí —pidió Ari.

Un hombre corpulento con la barba dividida en dos partes y adornada con los dientes de un perro salvaje se situó en la cabecera, donde había estado Ari. Era ettano y daba miedo. No sabía mucho sobre él, solo que era uno de los espías de Ari y que conocía el funcionamiento interno de la cárcel.

Berger señaló un punto en el mapa.

—Tres veces al día dos guardias y unos cuantos sirvientes de la cárcel salen por esta puerta. Está oculta tras un muro y dentro hay una cavidad que protege el manantial natural. Ahí es donde recogen agua potable.

—¿Cuántos sirvientes? —preguntó Ulf.

—Nunca más de cinco. Desarmados. Normalmente mujeres.

—Eso no significa nada. Las mujeres también pueden ser peligrosas —apuntó Siv cruzando los brazos a la altura del pecho.

Berger apenas la miró.

—Los guardias estarán armados, pero son unos imbéciles. No creo que se fijen en las caras de los sirvientes. Así es como podrás introducir a tu gente, mi rey.

Los ojos de Ari se apartaron del mapa y me miraron a mí. Me pidió que me acercara con un gesto de la mano. No quería obedecerlo porque eso solo reforzaba su arrogancia, pero seguir caminando sin rumbo solo servía para que me hirviera la sangre.

—Elise, vas a tener que cruzar hasta este lugar —explicó Ari—. ¿Quieres hacerlo? ¿Te sientes capaz? ¿Te aburrimos? Cuéntame lo que piensas.

Miré el lugar que señalaba en el mapa. La puerta no estaba marcada y el manantial tampoco. Lo único que había dibujado era el muro. Si Berger se equivocaba, nos encontraríamos en campo abierto, expuestas, y sin forma de entrar. Pero no había muchas opciones teniendo en cuenta que hablábamos de una prisión muy bien protegida.

—Es un buen plan. Una excelente forma de entrar.

—Lo es —confirmó Berger—. Pasaréis desapercibidas.

—¿Y cómo cruzaréis vosotros la puerta principal? —pregunté.

Ari sonrió y le dio una palmada a uno de los escudos redondos.

—Siempre existe un riesgo cuando haces de señuelo, pero nos las arreglaremos, *Kvinna*.

—Si vosotras dos conseguís cumplir con vuestra parte —añadió Ulf con un gruñido—, tendréis que darnos la señal de retirada.

—¿Y qué te parece eso, Ulf? —preguntó Siv con tono malicioso—. ¿Saber que tu vida está en manos de una timorana y…, espera, cómo me llamaste…, una bruja traicionera?

Ulf entornó los ojos.

—Tengo depositada toda mi fe en el rey Ari, no en ti. Este plan es suyo y por eso lo acepto.

—Sí, la verdad es que estoy muy impresionado conmigo mismo —intervino Ari. Ya me había dado cuenta de que ocultaba su intranquilidad tras un velo de humor y esa lengua tan afilada que tenía. Pero sus ojos se habían oscurecido y revelaban la inquietud que sentía—. Y aunque ninguno de mis hombres coincide conmigo, yo tengo fe de sobra en vosotras dos, Siv y Elise, suficiente para compensar la falta de los demás.

—Pues en esta ocasión podríamos dejar que os capturen. Es una buena oportunidad para librarme de todos vosotros de una vez por todas, la verdad —contesté con una sonrisa.

—Muy cierto. —Ari se acercó y bajó la voz—. Pero yo sé que estás preocupada por la Sombra que han capturado. No lo entiendo muy bien, pero confío en que no querrás ponerlo en peligro. Además, yo tengo la llave para las ligaduras que seguro que lleva, así que sería mejor si no dejaras que me pudriera ahí dentro. Yo no he nacido para estar en una celda. Soy demasiado fascinante.

Mi sonrisa desapareció. No era el momento de fanfarronear diciendo cosas que no eran ciertas.

—Tienes razón, estoy preocupada. Y no solo por el hombre que

han capturado. No te traicionaré.

—Eso es, ¿lo ves? —Ari miró a sus hombres—. A mí me vale. —Ulf resopló para demostrar su desaprobación, pero Frey me guiñó un ojo cuando Ari fue a buscar uno de los escudos—. Id a prepararos. Tenemos una puerta que atravesar.

Siv y yo nos pusimos unas largas capas con capuchas y después esperamos mientras una unidad del clan cogía los escudos y se colocaba en formación.

Ari gritó órdenes para que avanzaran de forma sincronizada. Yo me agaché junto a Siv y observé cómo los agitadores formaban un muro de escudos a los lados, en la parte delantera y encima de sus cabezas. Era una estrategia defensiva muy antigua que utilizaban tanto los timoranos como los ettanos. Los muros de escudos y cuerpos le daban a la unidad que cargaba la oportunidad de avanzar con las mínimas bajas.

Si los habitantes de la noche utilizaban su furia para manipular los sentidos de los guardias más cercanos, tal vez consiguieran que fuera impenetrable.

Ari no era el verdadero rey, pero era tan inteligente y buen estratega como cualquier noble que yo hubiera conocido.

En cuanto salieron de la línea de árboles, un estruendo de cuernos advirtió del asalto. A través de las ramas y las zarzas vimos como una multitud de guardias de Aguja del Cuervo corrían hacia la puerta principal y los arqueros apuntaban por encima de los muros. Los gritos acabaron con el silencio melancólico que reinaba en la prisión.

—Tenemos que darnos prisa —dijo Siv.

Las dos juntas cruzamos a todo correr la hierba alta y seca hacia la otra puerta. Los huecos entre las tablas no eran lo bastante anchos para que pudiéramos colarnos, pero antes de que nos reuniéramos en el bosque, algunos agitadores habían partido uno de los postes por la mitad para que pudiéramos separar ambas partes y tener espacio suficiente para entrar.

Recorrí el poste con la mano hasta que una de las tablas se salió de su sitio y pude meter la mano por el agujero.

—Siv, aquí.

Levanté la tabla y Siv entró primero. Las dos torres de vigilancia que teníamos a la espalda estaban vacías. La distracción que había provocado Ari había atraído a los guardias, como esperábamos. Nos dirigimos a la carrera hacia el muro del manantial sin que nadie nos viera.

Al llegar a la esquina de la prisión, las sombras que producían unas antorchas anunciaron que se acercaban unos Cuervos. Ya me dolían las piernas y se me hundían las botas en el lodo.

«Tenemos que llegar hasta el muro como sea».

No teníamos otra opción. Me obligué a correr más rápido, resbalando sobre el reticente suelo de la prisión. Las sombras crecieron. Unos gritos resonaron en nuestros oídos. Con una zancada final me lancé contra el muro y me di un golpe tan fuerte contra él que me reverberó por toda la columna.

Me quedé sin aliento.

Una unidad de Cuervos con las armas preparadas apareció en el mismo punto en el que habíamos estado un segundo antes. Pasaron corriendo en dirección a la puerta principal.

No faltaba mucho para que me fallaran las rodillas, pero me obligué a continuar. El muro creaba una especie de callejón que bajaba hasta un hilillo de agua. Saqué la daga, levanté una mano para llamar la atención de Siv y las dos juntas nos acercamos despacio.

Había unas mujeres con sencillas faldas de lana arrodilladas en la orilla de una charca de agua limpia. Llenaban cubos de madera, una de ellas tarareaba una melodía triste y ninguna se dio cuenta de que nos acercábamos.

Estaba conteniendo la respiración. Exhalé y le rodeé el cuello con el brazo a la sirvienta más cercana. Antes de que tuviera tiempo de hacer el más mínimo ruido, le tapé la boca con la mano. Las otras chillaron hasta que vieron que Siv las apuntaba con el arco, una por una.

—Ni una palabra —le susurré al oído a la mujer—. Dos de vosotras tenéis que darnos vuestras faldas y los cubos. Después id corriendo a la puerta norte. En la valla hay una abertura. Entre los árboles encontraréis a gente de vuestro pueblo, ettanos. Venid con nosotros y seréis libres; si gritáis para llamar la atención de los guardias, os mataremos.

La mujer temblaba bajo mi brazo.

—¿Alguien quiere gritar? —preguntó Siv en voz baja y amenazante, con la flecha dirigida a las otras cuatro sirvientas.

Nadie se movió. Apenas se atrevían a respirar.

—Voy a apartar la mano —le dije a la mujer que tenía agarrada—. Pero no voy a quitar el cuchillo de tu espalda. Desvístete. Rápido.

Siv se acercó a otra que era más o menos de su altura. La mujer gimió, pero obedeció. Las dos se apresuraron a cambiarnos sus faldas por nuestras ropas.

—Vosotras tres nos llevaréis hasta donde están los guardias. Después venid con nosotras y esta noche seréis libres también.

Una de las sirvientas asintió con convicción y sus ojos oscuros brillaron. Me volví hacia las dos con las que nos habíamos cambiado la ropa y las empujé en la dirección a la puerta con la abertura. Cogí los cubos abandonados justo cuando oímos la puerta de hierro estrellarse contra el muro de piedra.

—Daos prisa —dijo un Cuervo alto y con cara de bruto. Escupió algo marrón a los pies de una de las sirvientas y después siguió mordisqueando una rama rota. Había un deseo ardiente en su mirada que hizo que me diera un vuelco el estómago.

Ulf tenía razón. Los guardias en ningún momento nos miraron a la cara; el deseo hacía que se fijaran más en otras partes de nuestro cuerpo. Menos mal que ninguno de los guardias se dio cuenta de que dos de las sirvientas llevaban runas pintadas bajo la suciedad y la ceniza.

Dentro de la prisión, el aire tenía un fuerte olor a podredumbre y humedad, pero el zumbido de la furia me aceleró el corazón. ¿Cuántos habitantes de la noche habría allí encerrados? Liberar a más sería una buena estrategia que Ari debería considerar, si alguna vez pretendía asaltar el castillo Aguja del Cuervo.

—Vamos. —Uno de los guardias me empujó. Me tropecé con un escalón y derramé un poco de agua. Él me agarró del pelo y me obligó a echar atrás la cabeza—. Zorra torpe. Menudo desastre acabas de montar.

El guardia me tiró todavía más del pelo, me obligó a ponerme de

rodillas y me acercó la cara al charco que se había creado.

—Lámelo.

—Knut —le llamó la atención el segundo guardia—. No tenemos tiempo. La entrada.

A Knut parecía no importarle nada lo que ocurría en la puerta principal. Enredó aún más los dedos en mi trenza. Yo apreté los dientes y seguí la línea de mi cintura con los dedos, en busca de la daga que llevaba pegada a la pierna.

El aliento cálido del Cuervo me rozaba el cuello.

—He dicho que lo lamas. Como un perro.

Rocé la empuñadura de la daga con los dedos, pero de repente algo pesado se estrelló contra un lado de la cabeza del guardia. Él gruñó y cayó.

Siv utilizó el cubo otra vez, esta vez dirigido al segundo guardia, que no dejaba de soltar maldiciones. Yo saqué la daga de la funda. Con el corazón desbocado y la mano temblando, clavé la hoja en las costillas del Cuervo.

Él dio un respingo y se giró hacia mí, intentando agarrarme la trenza o cualquier otra cosa.

Me estremecí y agarré la daga con más fuerza. Todavía poco acostumbrada a matar, me quedé petrificada, aturdida por la incredulidad y la angustia. Igual que la última vez que segué una vida.

La sangre me resbalaba por la mano. Cuando el guardia cayó, me arrastró con él.

Sufría. La herida lo estaba matando lentamente. No podía soportar ni un minuto más la respiración irregular, ni las oraciones que estaban pronunciando. Cerré los ojos con fuerza y empujé la daga para clavársela más profundo hasta que todo paró.

—Elise. —Siv me agarró por las axilas y me apartó.

Todo mi cuerpo se estremecía. Todo era por Halvar. Por el trono. Si no podía mantener la cabeza fría, no servía de nada allí.

Respiré con dificultad por la nariz varias veces y conseguí dar otro paso. Con el sabor de la bilis en la garganta, saqué la daga y

limpié la sangre en la falda. Las otras sirvientas no hicieron caso de la sangre y se lanzaron sobre el hombre al que Siv había golpeado con el cubo para buscar monedas en sus bolsillos.

—Las celdas inferiores —gritó Siv poniéndole el cuchillo en la garganta a una de las sirvientas—. ¿Dónde están?

La chica tragó con dificultad y señaló un pasadizo estrecho.

—Por ahí. En el cruce de caminos hay una puerta. Crúzala y baja las escalaras. Pero ahí abajo no hay salida.

—Ya —respondió Siv, apartando la hoja—. Lo sabemos. Si quieres ser libre, sal por donde hemos venido y corre hacia los árboles.

Las tres mujeres miraron a los guardias inmóviles y solo tardaron un segundo en echar a correr hacia la puerta del manantial.

—Elise —repitió Siv y me puso una mano en el brazo—. Tenemos que continuar.

Por Halvar. Por el trono. Por Valen.

Asentí.

—Vamos.

Capítulo nueve

La princesa rebelde

En el interior del pasadizo se oía el eco del ataque. La puerta que llevaba a las celdas inferiores estaba entornada, como si los guardias hubieran salido de allí con mucha prisa y se les hubiera olvidado cerrarla. Los escalones estaban cubiertos de un musgo húmedo y había muy pocas antorchas iluminando la escalera. Las sombras bailaban, saltaban y producían ilusiones que parecían demonios de las ciénagas que hubieran venido a perseguirnos en sueños.

Las escaleras desembocaban en el bloque de celdas inferiores. Unas tenían puertas de madera y otras de barrotes de hierro. Todo estaba en silencio, solo se oía el goteo constante del agua en medio de la oscuridad. El olor de la paja húmeda llenaba el aire, junto con el del moho y el fuerte hedor de los cuerpos sucios. Como las ventanas estaban abiertas y había grietas en las paredes, allí hacía mucho frío y cada vez que respiraba se formaba una nube de vapor delante de mi boca.

Siv fue hacia la izquierda y yo hacia la derecha, mirando por las puertas o al otro lado de los barrotes.

—¡Halvar! —llamé después de que comprobáramos al menos una docena de celdas. La mayoría estaban vacías, en dos de ellas encontramos cadáveres y en el resto había habitantes de la noche que se nos quedaron mirando. Me pasé los dedos por el pelo y sentí que mi pánico crecía—. ¡Halvar, respóndeme!

Nada.

Al menos no inmediatamente.

—No me sorprende que me pidas eso —contestó una voz áspera unos segundos después—, porque quién no disfrutaría ahora mismo del melodioso sonido de mi voz.

Solté una carcajada nerviosa y salí corriendo hacia la celda de la esquina. Estaba tumbado en un camastro de madera, con una rodilla en alto y una mano detrás de la cabeza.

Tenía una sonrisa en la cara y me sorprendió el alivio que sentí al ver a Halvar Atra de nuevo.

Giró la cabeza para mirar hacia los barrotes con esa chispa de ingenio en los ojos que tan bien conocía. Pero un instante después la sonrisa desapareció de sus labios y se levantó del camastro de un salto.

—¿Elise? Por todos los dioses, ¿estoy alucinando?

Yo me reí bajito y metí una mano entre los barrotes.

—No ves visiones. Hemos venido a sacarte de aquí.

—Yo no… ¿Cómo es que estás aquí? ¿Cómo has sabido que me habían encarcelado? Espera, ¿estás con él?

—No —contesté derrotada—. Nos enteramos de tu captura por otra vía. Pero date prisa. Solo tenemos una oportunidad para sacarte de esta celda.

—Espera, Elise. —Halvar se agarró a los barrotes. Entonces me fijé por primera vez en que tenía unos cuantos dedos retorcidos y magullados y que llevaba unos grilletes plateados en las muñecas que tenían grabadas unas runas, y que la piel de debajo se veía roja e irritada.

—Halvar. —Le acaricié los nudillos heridos—. ¿Te han hecho daño?

—Oh, sí —contestó sin darle mayor importancia—, pero eso es de esperar cuando te traen a este agujero.

Tragué con dificultad el nudo de ira que se me había formado en la garganta y señalé los grilletes.

—¿Qué son?

—Ligaduras mágicas. Me convierten en alguien tremendamente ordinario porque bloquean mi magnífica furia. Y queman como las llamas del peor de los infiernos.

Eran las ligaduras que mencionó Ari, las que había asegurado que podía abrir porque tenía la llave.

—Te las quitaremos cuando estemos fuera de aquí.

Él negó con la cabeza.

—Me voy a quedar.

—¿Qué? No.

Halvar estaba pálido y con los labios agrietados. Las brillantes ondas de su pelo se veían grasientas y cubiertas de una fina capa de polvo, pero su sonrisa era tan traviesa como siempre. Con un profundo suspiro volvió al camastro.

—Me siento halagado por el esfuerzo, de verdad. Aunque no me sorprende, claro; sabía que era a mí a quien más echabas de menos. Pero si vosotras habéis llegado hasta aquí, seguro que mis hermanos no tardarán en aparecer también. De hecho, por la forma en que salieron corriendo los guardias, no me sorprendería que ya estuvieran dentro.

—Imbécil —exclamó Siv—. ¡Los guardias se han ido gracias a nosotros! Los clanes están fuera provocando una distracción y arriesgando sus vidas para salvarte, maldita sea. Así que levántate y salgamos de aquí.

—¿Ese caos lo habéis creado vosotros?

—Sí —reconocí con un suspiro—. Siv, el polvo.

Siv buscó en su túnica y sacó un saquito de piel de cerdo atado con una cuerda. No teníamos llave para la puerta, pero Ruskig contaba con los talentos ocultos de los mejores expertos en venenos. La verdad era que daba un poco de miedo. Kjell, un anciano con una barba que le llegaba al ombligo, había preparado ese polvo para nosotras y Ari nos había asegurado que sería tan eficaz como una llave.

Con una cucharilla saqué un poco del polvo rojo y lo eché sobre las bisagras de la celda de Halvar.

—Ten cuidado —dijo Siv con voz aguda cuando escupí en la cucharilla—. Que el polvo húmedo no te toque la piel.

Asentí y volqué la cucharilla sobre el polvo seco hasta que se convirtió en una pasta del color de la sangre.

Casi al instante el polvo siseó y crepitó y del lugar donde lo habíamos echado salió un poco de humo blanco. Halvar se apartó y

nosotras también. Un fuerte olor a metal y cenizas llenó el pasillo húmedo de las celdas. En poco tiempo las bisagras se fundieron y la puerta de la celda se abrió lo suficiente para que Halvar pudiera salir.

—¿Dónde has aprendido ese truco, *Kvinna?* —Halvar parecía encantado.

—En Ruskig hay mucha gente interesante. Pero tenemos que darnos prisa.

Halvar dudó.

—Él vendrá a por mí y si no me encuentra, no dejará piedra sobre piedra.

Siv gruñó.

—Halvar, las que estamos aquí somos nosotras —respondí yo.

Él cerró los ojos y apretó los labios.

—Él no quiere…

Pero no llegué a enterarme de lo que el príncipe de la noche no quería, porque oímos que la puerta de la parte superior de las escaleras golpeaba contra el muro y todos guardamos silencio.

Saqué la daga.

—Halvar, nos vamos.

—Está bien. —Sacó las manos por la abertura y saltó por encima de la puerta rota—. ¿Algún arma?

Siv le dio un cuchillo de hoja estrecha. Pareció a punto de protestar, pero al final lo hizo girar en la mano.

Los gritos de otros dos prisioneros resonaban en mi cabeza. Ojalá tuviéramos suficiente polvo para liberarlos a todos, pero Kjell nos había dicho que ese veneno era muy caro y traicionero. Podíamos usarlo en una celda, pero nada más.

Por las escaleras llegaron al bloque varios guardias de Aguja del Cuervo. Sus jubones de cuero y sus protecciones oscuras estaban llenos de sangre. Nos gritaron que nos detuviéramos y al momento cargaron contra nosotros. Se me quedó la mente en blanco, por miedo o por instinto, no lo sé. Simplemente ataqué, corté y esquivé. Siv era

buena en la batalla, pero ver a Halvar era impresionante.

Y no dejó de sonreír ni un momento. Incluso con los dedos rotos, era como si bailara alrededor de los guardias. Cortaba una garganta o clavaba el cuchillo en unas costillas, en el corazón o el vientre como si no tuviera ni que pensarlo. El último guardia se tambaleó, después de que el cuchillo de Halvar le rajara un lado del cuello, y su cuerpo se estrelló contra mí.

Halvar me agarró del brazo y me guiñó un ojo.

—Cuánto me alegro de verte, ¿te lo había dicho ya?

—Sí —respondí mirando a los guardias muertos a mis pies—. Y ahora entiendo por qué los hombres de tu familia eran primeros caballeros.

Halvar se rio entre dientes, pero se acercó un dedo a los labios.

—Silencio. Eso es un secreto, querida Elise.

—No puedo dar detalles. La furia me mantiene los labios sellados.

—Ah, veo que eso sigue siendo un asunto espinoso para ti.

Puse los ojos en blanco y salí corriendo detrás de Halvar. Estaba muy agradecida de que siguiera con vida. Maltrecho, tal vez, pero vivo al fin y al cabo.

—Eh… Mi querida y astuta agitadora —empezó a decir Halvar al ver que Siv tomaba la delantera—, ¿por dónde vamos a salir de esta cárcel?

—Por arriba —fue su breve respuesta.

Subimos por la escalera hasta llegar de nuevo al nivel donde estaba la puerta del manantial y después giramos y subimos por otra. Allí arriba los gritos de los clanes resonaban en todas las estancias. Los guardias dieron una orden y los arqueros volvieron a disparar. Afuera había llamas por todas partes y se oía el entrechocar de los aceros, lo que indicaba que los agitadores habían logrado atravesar los muros y estaban en pleno combate.

—Aquí —gritó Siv. Derrapó y se detuvo delante de una ventana del muro exterior que había junto a una antorcha. Con el codo rompió el cristal, sacó la antorcha de su soporte y la agitó.

—¿Estás segura de que es esta?

—Sí —respondió jadeando—. Cinco más abajo del centro de la prisión.

Un cuerno sonó a lo lejos, la señal de retirada para el clan. Si a esas alturas podrían lograrlo era algo que aún estaba por ver.

Siv chasqueó los dedos.

—¡Apartaos!

Desde los árboles llegó una flecha que tenía atada una gruesa cuerda, silbó al cruzar la ventana y se clavó en la piedra húmeda de la pared de la cárcel. Siv comprobó que estuviera bien tensa, se subió al alféizar de la ventana y se quitó un cinturón de cuero que llevaba enroscado en una pierna.

—Bajaré yo primero.

Siv colgó el cinturón en la cuerda, cerró de nuevo la hebilla y se metió dentro. Ajustó su posición, lo aseguró bien debajo de los brazos y después saltó del alféizar hacia la oscuridad de la noche. Siv bajó por la cuerda con las piernas recogidas y así consiguió evitar los pinchos de la puerta solo por pocos centímetros.

—Toma. —Miré a Halvar, me levanté la falda de la sirvienta y saqué un cinturón igual que el que llevaba Siv en la pierna. Cuando lo aseguré en la cuerda, le hice un gesto para que se acercara—. Mantenlo siempre por debajo de los brazos.

—No te voy a dejar aquí —dijo él.

—Yo bajaré justo detrás de ti.

A regañadientes Halvar se subió al alféizar. Le ayudé a colocar el cinturón por encima de su cabeza, con cuidado de no tocarle las heridas que tenía en el cuerpo, y que no había visto antes, ni los dedos magullados. Me miró, sin duda a punto de protestar, pero de repente abrió los ojos como platos.

Gritó mi nombre y al instante siguiente todo se volvió borroso.

Un puño se había estrellado contra la parte de atrás de mi cabeza. Me tambaleé, miré primero al Cuervo que me había sorprendido y después a Halvar, que estaba intentando escapar del arnés

improvisado para ayudarme.

Me mordí el interior de la mejilla y lo empujé.

Halvar soltó una maldición mientras bajaba por la cuerda. Después volvió a gritar mi nombre, pero se perdió en la oscuridad con él.

Acerqué el filo de la daga a la cuerda para cortarla antes de que los guardias pudieran usarla para encontrar dónde se escondía el clan.

El grueso brazo del guardia me rodeó la cintura. Yo chillé, pataleé y lo mordí, cualquier cosa para intentar liberarme, pero no lo conseguí. Él me tapó la boca con la mano y me arrastró al interior de la prisión de la furia.

Capítulo diez

El príncipe de la noche

La cárcel era un pandemónium de gritos, órdenes y sangre. El calor y el sabor de esta despertaron la sed que aún habitaba en mi interior.

Hice girar una de las hachas en la mano. «Ahora no».

En ese momento necesitábamos más que nunca sacar a Halvar de allí y desaparecer. Tor se paró en medio del largo pasadizo y miró por la ventana una vez más.

—Son ettanos —anunció.

—¿Ettanos? —Fui a la ventana donde estaba él, aunque procuré mantenerme fuera de la vista.

Desde donde estábamos veíamos bien a los asaltantes. Llevaban escudos de madera pintados y embestían la puerta una y otra vez, pero no con un ariete, sino con otra cosa. La chispa de la furia se notaba en el aire. No tenía sentido.

—Tor, también hay habitantes de la noche —comenté, perplejo.

—¿Es una rebelión? —Parecía tan asombrado como yo—. ¿Y por qué ahora, después de tanto tiempo?

Sacudí la cabeza. No habíamos hecho todo lo que habíamos planeado para debilitar a Aguja del Cuervo, todavía no, pero aquel era el resultado que habíamos buscado todo ese tiempo y estaba sucediendo delante de nuestros ojos. Formaban un ejército bastante patético; eran pocos, en realidad, pero bien organizados.

Debía dirigirlos alguien con habilidad y una estrategia clara.

—No tenemos que preocuparnos por ellos —aseguré—. Podemos utilizarlo para sacar a Halvar. Date prisa.

Los pocos fae del aire que estaban encerrados en las celdas del bloque inferior no hacían más que golpear los barrotes y gritar maldiciones a los dioses, como si el caos de la batalla hubiera

despertado algo en ellos.

—¡Halvar! —gritó Tor.

—Por todos los infiernos —refunfuñó un hombre alto—, otra vez. Dadles una oportunidad a los demás. Él ya se ha ido.

Lo ignoré al principio, pero solo hasta que llegamos a la celda de la esquina y vimos que tenía la puerta rota. Las bisagras brillaban como ascuas y salía humo del hierro. La celda estaba vacía y Halvar no estaba allí.

La rabia me hizo hervir la sangre. ¿Habrían descubierto su verdadera identidad? Grité en medio de un ataque de ira y golpeé los barrotes con el hacha. El hierro se quejó y se dobló.

Nunca se me había dado bien controlar mi furia cuando me dejaba llevar por las emociones.

Miré al preso que había hablado, agarré los barrotes de su celda y los doblé. Él contempló cómo entraba en su celda con una mezcla de horror y admiración.

—¿Adónde se lo han llevado?

—No lo sé. Vinieron unas sirvientas… Rompieron la puerta y lo sacaron. Pero he oído hablar de ti. —Examinó la máscara y se fijó en el hacha que tenía en la mano—. ¿Eres el Espectro Sanguinario?

—Tor. —Ignoré al hombre y salí de la celda—. Tenemos que encontrarlo. Ya.

—Espera. Déjame ir contigo, Espectro.

—No.

—Soy un buen guerrero. Y sé usar bien mi furia. Por favor. Puedo ayudarte.

Lo fulminé con la mirada.

—¿Cómo te llamas?

—Stieg. Y combatiré a tu lado. —Volvió a examinar los barrotes doblados. Seguro que se le estaban pasando muchas preguntas por la cabeza—. Todos lo haremos.

Solo había en el bloque otras dos personas, que se unieron a sus súplicas para que los liberáramos.

—No necesitamos más seres con furia del aire —contesté y fui adonde estaba Tor.

Stieg me siguió.

—No todos contamos con esa furia. Estos dos tienen talentos diferentes. Llévanos contigo y te juraremos lealtad, Espectro. Estamos encerrados en este agujero, pero hemos oído lo que se cuenta sobre ti. Sabemos que has estado atormentando a esos desgraciados de los timoranos.

—Tú llevas ligaduras. —Era el único, los demás no las llevaban—. ¿Por qué ellos no?

Stieg se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Porque la mujer y yo no tenemos furia del aire —contestó el otro prisionero. Tenía los brazos llenos de cardenales y de sangre, pero sonrió—. Creen que han podido con nosotros y que ya no somos una amenaza.

—¿Quieres decir que aún lo eres?

—Claro que sí.

—¿Cuál es tu nombre?

—Casper.

Miré a las otras celdas. Casper tenía una barba desaliñada, la ropa hecha jirones y un ojo morado y cerrado, y la mirada de la mujer era tan feroz que parecía estar a punto de cortarle la garganta a cualquiera que se cruzara en su camino.

Tor me miró y sacudió un poco la cabeza, como si ya supiera lo que iba a hacer.

—La furia les revelará demasiado.

Era cierto, pero ellos tenían la misma mirada de odio por los Cuervos que yo.

—Si venís con nosotros, deberéis llamarme Espectro Sanguinario o Legion Grey. Seréis testigos de cosas que os darán qué pensar, pero mejor no lo hagáis. Si me llamáis cualquier otra cosa que no sea lo que os acabo de decir, os mataré. ¿Está claro?

—Si sacas mi cuerpo maltrecho de aquí, te llamaré como te dé la gana —confirmó Casper.

Era un riesgo, pero nos vendría bien un poco de ayuda, porque ahora teníamos que combatir para encontrar a Halvar. Me agaché y coloqué la mano sobre el suelo de piedra. Cuando era niño el ardor de la furia hacía que se me llenaran los ojos de lágrimas. Sol se burlaba de mí siempre, así que al final aprendí a disfrutarlo.

Noté calor en las yemas de los dedos que tenía sobre la piedra. Las celdas temblaron cuando el hierro, la roca y la tierra obedecieron a mi furia y se movieron. Los prisioneros soltaron exclamaciones y se apartaron cuando los barrotes crujieron, después se doblaron en diferentes ángulos y algunos se partieron.

Cerré los ojos y noté que aumentaba la tensión en mis hombros. La furia era agotadora y no la había utilizado tanto desde que la maldición desapareció.

—Por los tres infiernos… —dijo Stieg en un susurro.

Grité y lancé una última oleada. Por fin los barrotes se separaron y se rompieron. Cuando el polvo se asentó, los presos se me quedaron mirando, sin salir de las celdas, como si fuera a hacerles pedazos a ellos también.

Me limpié el sudor de la frente con el dorso de la mano, me levanté y cogí el hacha.

—Nos vamos. Podéis quedaros ahí y seguir con la boca abierta si queréis.

No los esperé. Salí corriendo hacia un sumidero que había al fondo del bloque.

—No, no —contestó Stieg entre risas—. Vamos contigo, Espectro. Es que nos hemos quedado todos boquiabiertos al verte controlar la tierra.

—Nos van a retrasar —refunfuñó Tor.

—¿Todos sabéis combatir? —pregunté.

—En Timoran todos los habitantes de la noche tenemos que saber usar una espada si no queremos acabar muertos —respondió Casper.

—Has dicho que no erais habitantes de la noche.

—¿Cuándo? —preguntó Casper—. No es culpa mía que los Cuervos no comprendan que existen más talentos que la furia del aire, el fuego y la ilusión. Mi talento es el del agua. Diferente, como el tuyo, Espectro, que controlas la tierra. Me pregunto si tú…

—¿Qué es lo que os he dicho? —lo interrumpí—. Utiliza solo esos dos nombres para referirte a mí o tendré que cortarte el cuello.

—Danos un arma o quítate del medio. Los hombres no sabéis más que hablar. —La mujer se abrió paso a empujones. Tenía el pelo oscuro y cortado en capas irregulares. Bajo la suciedad de su cara se veía que llevaba dos pendientes plateados en las mejillas. Tenía la piel de un color marrón claro, pero sus ojos eran casi dorados y no llevaba ligaduras plateadas en las muñecas.

—¿Tú eres habitante de la noche?

—No —contestó—. Me compraron para traerme aquí y que me utilizara tu rey, pero he oído que ha muerto.

Entorné los ojos.

—¿Qué te utilizara cómo?

—Yo soy lo que llaman una alver.

El estómago me dio un vuelco.

—¿De Oriente? Nosotros conocemos a uno del tipo elixista.

La mujer sonrió con sorna.

—Mis favoritos. Pero yo soy del tipo que llaman «profético».

—¿Qué demonios es un alver? —le preguntó Stieg en un susurro a Casper, pero este se encogió de hombros.

—Dentro de los proféticos, mi habilidad no tiene igual —explicó la mujer—. Mi mayor talento reside en el gusto. Estaba aquí para convertirme en probadora de venenos para tu rey.

—No es mi rey —respondí enfadado.

—No me importa. Sácame de aquí y estaré en deuda contigo. Seguiré a tu lado hasta que la salde.

—¿No volverás a casa?

Ella hizo una mueca. Acababa de hacer una grieta en su dura coraza.

—Pagaré mi deuda y después volveré. Tengo un marido que me está buscando. El elixista de mayor habilidad que hayáis conocido. No dejará piedra sobre piedra hasta que me encuentre. Y vosotros oléis bastante fuerte, pero me caéis bien. No me gustaría que acabarais siendo el blanco del fuego de su ira.

Sonreí bajo la máscara.

—¿Y cuál es tu nombre? Si vamos a sangrar juntos, debemos saber cómo llamarnos.

La mujer levantó la barbilla.

—Junius de Skítkast. Pero prefiero Junie.

El nombre de su tierra me sonaba. Bevan lo había mencionado alguna vez. Si era tan salvaje y agreste como decía él, seguro que Junius sabía arreglárselas con un arma.

—Tor, dales algo con lo que defenderse. —Con un gruñido, Tor les dio tres cuchillos. Yo recogí mi segunda hacha—. No sabemos quién está atacando la cárcel, pero nosotros no hemos venido a participar en el combate, sino a sacar de aquí a un miembro de nuestra Hermandad. Ayudadnos y seréis libres.

—Somos tuyos, Espectro Sanguinario —aseguró Stieg e inclinó la cabeza, como si sospechara algo más.

No me importaba que tuviera sus sospechas, porque había hecho lo que le había pedido y no había cuestionado nada de lo que había visto ni había utilizado ningún otro nombre que no fuera los que le había dicho para referirse a mí.

—Casper, ¿tu furia está conectada con el agua? —pregunté.

—Una rareza, eso decía siempre mi *Maj* que era yo. Soy un habitante de la noche atípico, más bien un nyk del agua.

—Hay canales bajo estas celdas. ¿Puedes apartar las aguas para que podamos pasar?

—Depende de cuánto caudal haya, pero creo que podré apartar la suficiente para que no nos ahoguemos, al menos.

Quité suciedad y paja podrida del suelo con el pie para despejar una de las rejillas de hierro. Tor y yo la levantamos y nos quedamos mirando la oscuridad húmeda.

—Ahí abajo. ¿Qué necesitas?

—Nada. —Casper se acarició la barba enmarañada. Movió el cuello hacia ambos lados para relajarlo y todos oímos el crujido que hacía—. Lo único que tengo que hacer es nadar.

—Ten cuidado. Habrá corriente —advertí.

—Soy buen nadador, Espectro, pero es conmovedor ver lo rápido que me has cogido cariño y que ya hasta te preocupas por mí. Te llaman el azote de Timoran, pero eres un pedazo de pan en el fondo, ¿verdad?

—Vale ya —lo interrumpió Tor y le dio un empujón al hombro de Casper—. A lo tuyo.

Casper sonrió y metió las piernas en el agujero. Me alegré de llevar la máscara aquella noche; no hacía falta que vieran que debajo estaba sonriendo un poco. Todo aquello me recordaba mucho a la vida antes de las invasiones, cuando los habitantes de la noche y los ettanos bromeaban, se reían y vivían juntos en paz.

Me hizo tener ganas de luchar por una corona que no quería. Que no merecía.

No tenía intención de ponérmela, pero sí que había hecho grandes planes para convertirla en cenizas.

Antes de desaparecer, Casper me miró.

—Os llamaré cuando esté despejado.

Y se fue.

El silencio era tan asfixiante como el humo y nos atenazaba la garganta y nos amortiguaba los sentidos hasta que lo único que fuimos capaces de hacer fue quedarnos quietos y esperar.

Un grito de dolor llegó desde el fondo.

—¡Casper! —gritó Stieg.

Nada.

Empezaron a sudarme las manos que sujetaban las hachas. No teníamos mucho tiempo; si tardaba tendríamos que abandonarlo allí y tomar otra ruta diferente. Si ni siquiera un ser con la furia del agua podía despejar los canales, los demás no tendríamos ninguna oportunidad.

Tal vez era el destino lo que nos había llevado allí con Casper, un ser con una furia del agua recién liberada. Una advertencia de que mi plan original no servía de nada. Iba a conseguir que nos mataran.

—¡Despejado! —se oyó la voz de Casper.

Exhalé y hundí los hombros, pero el alivio solo me duró un segundo.

—Vamos, baja —le dije a Junie.

Era valiente aquella alver extranjera, tenía que reconocerlo. No me cuestionó ni dudó, simplemente siguió el camino que había tomado Casper hacia la oscuridad. Tor y Stieg bajaron después. Yo me colé por el frío del agujero sin saber la profundidad de la caída que me iba a encontrar, pero un estruendo que se produjo en el exterior no me dejó otra opción.

Teníamos que irnos. Rápido.

El aire frío me azotó la cara durante unos cuantos latidos del corazón, pero enseguida caí en la tierra húmeda y embarrada El olor de la putrefacción llenaba el aire. Los muros estaban cubiertos de agua. Casper gruñó. Tenía las manos cerradas en forma de puños. El agua se había dividido y fluía hacia arriba por el túnel curvado con el techo abovedado, formando algo parecido a unas paredes en movimiento sobre los muros de piedra.

—Me vendría bien que os dierais prisa —pidió Casper, enrojecido y con cara de esfuerzo.

Asentí y seguí un rayo de luz que se veía a lo lejos. Cuando llegamos a la primera puerta que separaba los canales de los arroyos del bosque, agarré los barrotes. Mi furia se había debilitado después

de lo que había hecho en las celdas. Los barrotes cedieron un poco, pero no lo suficiente para que cupiera alguien del tamaño de Casper.

—Déjame pasar a mí —dijo Junie—. Soy la más pequeña y puedo abrir el candado desde fuera.

—¿Y quién nos dice que no nos dejarás abandonados aquí? —repuso Tor.

—Nadie os lo puede asegurar. Supongo que tendréis que confiar en que cumpliré mi juramento.

—Sal —ordené con los dientes apretados, todavía peleando con el hierro para que se doblara o se rompiera.

Junie se puso de lado y se coló por la abertura que ya había conseguido hacer. Se alejó un poco y durante un segundo creí que huiría. Si tenía familia, un marido, ¿por qué iba a quedarse?

Pero se dio la vuelta y estudió la puerta.

—Es un candado sencillo.

Se puso a manipular la cerradura con la punta del cuchillo durante unos minutos, que nos parecieron una eternidad. Casper seguía respirando con dificultad. El agua ya nos llegaba a las rodillas.

—Junius… —insistí.

—Cállate. —Se mordió la punta de la lengua y maldijo el cuchillo.

Intenté que los barrotes se abrieran más. Cedieron un poco, pero ya me temblaban los brazos y la furia ardía como si fuera a estallar bajo mi piel en cualquier momento.

—No puedo aguantarlo más —anunció Casper.

Stieg lo agarró del brazo.

—¡Pues tienes que hacerlo!

El agua me alcanzó la cintura y después el pecho. Cuando me llegó a los hombros, levanté la barbilla y me preparé para aguantar la respiración.

Justo en ese momento oí el chasquido de la cerradura.

Junius quitó el candado y abrió la puerta. Todos aterrizamos en el curso del arroyo y nos arrastró la corriente mientras intentábamos agarrarnos a algo.

Stieg soltó una carcajada y le dio unas palmaditas en la espalda a Casper.

—Muy bien, nyk del agua. Lo has hecho muy bien.

Casper agitó la mano y después se encaramó a la orilla para recuperar el aliento, pero Tor le dio un puntapié en el hombro.

—Levántate. No podemos quedarnos aquí.

Nos habíamos alejado un poco de la batalla, pero quedarnos en un terreno abierto era peligroso. Durante un momento me olvidé de que estaban los demás y me bajé la máscara.

—Esperaba que tuviera colmillos —le murmuró Stieg a Casper.

Los ignoré y miré alrededor.

—Stieg, ¿has dicho que a nuestro compañero se lo llevaron unas sirvientas?

—Sí. —Stieg vino a mi lado—. Pero dudo que fueran sirvientas de verdad. Tenían un polvo que disolvió las bisagras de la puerta.

—¿Y por qué irían a por Halvar? —le pregunté a Tor.

—Alguien debe haberse enterado de su conexión con el Espectro Sanguinario. No debería extrañarnos que pidan un rescate.

Era cierto que cualquiera podía haber averiguado que Halvar era miembro de la Hermandad de las Sombras, aunque lo más probable era que alguien supiera que era Halvar Atra, el primer caballero del recientemente reaparecido Valen Ferus.

Y tendríamos que pagar por él algo más que un rescate. Nos veríamos obligados a hacer lo que quisiera quien lo hubiera liberado, hasta que intercambiáramos algo por la libertad de Halvar o compráramos su silencio. La parte más oscura que vivía en mi interior prefería descuartizar a quien fuera que se lo había llevado y acabar con aquello de una vez por todas.

Tal vez pudiera cumplir sus deseos.

—Ocultémonos entre los árboles —ordené un momento después—. Decidiremos cuál será nuestro siguiente paso cuando estemos fuera de la vista.

Casper, Stieg y Junius cogieron sus cuchillos y corrieron detrás de Tor hacia la puerta. Al menos el ataque había servido para dejarnos el camino libre. Todos los guardias estaban en la parte de delante, intentando hacer retroceder a los asaltantes.

Teníamos que descubrir quién había atacado esa noche, claro. Podrían ser los mismos que se habían llevado a Halvar y necesitaba saber quién era el responsable de alimentar el descontento entre los ettanos y los habitantes de la noche.

A esa persona era a quién había que vigilar, apoyar o matar si se le ocurría volver a interferir en mis planes.

—¡Legion! —gritó Tor, con precaución de no utilizar mi nombre verdadero—. ¡Agáchate!

Detrás de nosotros, entre las sombras de un camino poco transitado, había un carro para trasportar prisioneros aparcado junto a la entrada trasera. Me oculté en una de las trincheras de lodo y paja que había por todo el lugar.

Cuatro Cuervos salieron como una tromba por la puerta. Alguien iba resistiéndose entre ellos. El conductor del carro saltó desde la parte delantera y abrió la puerta de atrás.

—¡Ari! ¡Ari! —gritaba la mujer mientras se revolvía y pataleaba, sin parar de pelear.

—*¡Kvinna!* ¡No! —gritó otra voz desde las puertas.

Se me paró el corazón. No. No, no podía ser…

Los asaltantes dirigieron los escudos hacia el carro. Estaban intentando llegar hasta ella, salvarla, pero había otros Cuervos que no hacían más que detener su avance.

—Llevádsela al rey —ordenó un guardia—. Ya la echaba de menos.

—Por todos los dioses —murmuré.

—Valen —susurró Tor y apareció a mi lado—. Valen, no, piensa…

No esperé a que terminara. Elise estaba allí y se la iban a llevar a Aguja del Cuervo.

Saqué las hachas y corrí hacia ella tan rápido como me lo permitieron las piernas.

Capítulo once

La princesa rebelde

—Es la *Kvinna* Elise —dijo el guardia cuando me apartó el pelo y me examinó la cara. Su sonrisa hizo que un escalofrío me recorriera los brazos—. La princesita traidora. Ahora ya no hay duda de qué bando ha elegido. —Escupió en mi bota—. Te has enfrentado a tu propio pueblo. Le haría un favor al rey si te cortara el cuello ahora mismo.

Silbó y aparecieron tres guardias que me rodearon, me agarraron los brazos y me sujetaron con una fuerza insuperable.

Me dejé caer y me arrastraron. Pataleé y un guardia me dio una bofetada.

Fuera, el humo de la batalla me hizo arder la garganta. Vi por el rabillo del ojo que había unos cuantos agitadores luchando cerca. No sabía de quién se trataba, pero eran mi única oportunidad. Halvar y Siv estarían en lo más profundo del bosque a esas alturas. Cuando vieran que yo no llegaba y quisieran volver a por mí, yo ya estaría de camino al castillo Aguja del Cuervo.

Y allí Calder me humillaría, Runa me torturaría y después me matarían.

—¡Ari! —chillé, desesperada porque alguien me oyera—. ¡Ari!

—Cierra la boca —me ordenó un guardia y me dio otro golpe en la cabeza con el puño.

—*¡Kvinna!* ¡No!

Suspiré de forma algo entrecortada. Ari. Me había visto. Y sonaba preocupado. ¿Pero se arriesgaría a venir a buscarme? Halvar tal vez. Siv y Mattis seguro. ¿Pero qué podían hacer ellos contra todo Aguja del Cuervo?

El guardia intentó meterme a empujones en la parte de atrás del carro. Yo me resistí y me gané otro golpe, esta vez en la boca.

—Entra de una vez, estúpida… —Entonces oí que hacía un ruido desagradable y de repente me soltó y los otros guardias se dispersaron.

Casi se me escapa un grito, pero se me quedó atravesado en la garganta.

En el centro de la frente del guardia sobresalía un hacha negra que le había partido el cráneo. Me tambaleé y tuve que apoyarme en el carro. Otra persona saltó desde arriba y atacó a otro guardia.

Se me hizo un nudo en la garganta. Él estaba allí.

Por todos los infiernos, quería ir a su lado, combatir con él. El Espectro Sanguinario arrancó el hacha de la cabeza del guardia y se volvió hacia el conductor y los dos guardias que quedaban. Ellos se

lanzaron a por él con espadas de bronce, pero él les hizo varios tajos en las piernas, a la altura de los muslos, y les clavó el hacha en el punto débil que tenían bajo los brazos.

El conductor se metió debajo del carro y huyó de la carnicería a gatas, en dirección a la parte delantera, tras recibir un tajo en el brazo.

Yo cogí una de las espadas de los Cuervos del suelo, fui a esperar al conductor en la parte delantera y lo recibí poniéndole la punta de la espada en la garganta.

—Levántate —dije con voz grave y baja.

Salió de debajo del carro con las manos en alto, pero un segundo después se lanzó a por mí e intentó quitarme la espada. Yo le di una patada en el tobillo y él cayó hacia delante, pero me tiró al suelo con él.

Intentó rodar para colocarse sobre mí, pero yo conseguí meter la espada entre ambos y apreté la hoja contra el cuerpo del guardia hasta que un gemido estrangulado salió de su garganta. La punta de la espada asomaba por su espalda, húmeda por la sangre y brillando en la penumbra. Había ensartado al hombre que tenía encima y su sangre me estaba cayendo en la cara. No pude seguir sujetando la espada y todo su peso cayó sobre mí.

Hasta que unas manos distintas me sacaron de allí.

Valen, con la capucha y la máscara, me ayudó a ponerme de pie.

—Valen —susurré. Por los tres infiernos, me daba la sensación de que habían pasado muchas órbitas desde la última vez que vi aquellos ojos oscuros—, estás aquí.

No sabía qué esperar. En sus ojos se veía ira. Podría darse la vuelta y desaparecer de un momento a otro. ¿Preguntaría al menos por Halvar?

De repente dejó caer una de las hachas y me acercó la palma a la mejilla. A mí se me olvidó respirar.

Estábamos rodeados de sangre y cadáveres, pero durante un segundo no fui capaz de moverme.

—Elise. —Su voz era suave y se notaba una cierta desesperación

en su tono. De repente se puso tenso—. ¿Pero qué has hecho? ¿Por qué estás aquí?

Ari necesitaba al Espectro Sanguinario. Y yo había accedido. Sin duda iban a intentar coaccionarlo. Ari y su gente deseaban con todas sus fuerzas que se uniera a su lucha y no dudarían en amenazarme y utilizarme contra él. Tal vez utilizarían también a Halvar, ya que yo se lo había entregado en bandeja a los agitadores.

Me aferré a sus brazos.

—Valen, los agitadores han organizado el ataque, pero a quien querían era a ti. Sabían lo de Halvar, así que planearon sacarlo para así llegar hasta ti.

Entornó los ojos. Se me cayó el alma a los pies cuando se apartó.

—¿Les has contado quién soy?

—No puedo. Tú te aseguraste de ello.

—No vas a parar hasta que no me involucres en una guerra que no quiero.

—No, por eso te lo digo, para que te vayas antes de que te vean. Halvar está a salvo, lo hemos liberado Siv y yo. Vete, Valen. Veo en tus ojos que no quieres estar aquí. Vete entonces. Recuperaremos esta tierra sin ti.

Había tantas palabras que no podía decirle… Quería suplicarle que se quedara, que luchara, que permaneciera a mi lado. Por todos los dioses, estaba furiosa con él y a la vez mi corazón lo deseaba.

Le di la espalda. Por los vítores de los clanes que llegaban hasta allí supuse que la batalla estaba a punto de terminar. Habían salido victoriosos y todo terminaría pronto.

—Elise.

Hice una mueca de dolor, pero no me volví. Si lo miraba, no podría separarme de él una segunda vez.

—¡Elise, agáchate! —Las manos de Valen me agarraron los brazos y tiraron de mí hacia el barro. Me cubrió el cuerpo con el suyo. Oí gritos que decían algo sobre arqueros en los aleros.

Dejé de escuchar cuando Valen no se apartó.

Su respiración era irregular, entrecortada y jadeante. Cambié de postura para poder sentarme.

—¿Qué ha pasa…? ¡No, Valen, no!

Me miró a los ojos y parpadeó muy rápido. En la base de su espalda tenía clavada una flecha y había una mancha de sangre alrededor de la herida.

—Tienes… que sacármela.

—Estate quieto —susurré y toqué la flecha con cuidado.

Tenía la frente cubierta de sudor. Le rasgué la túnica e intenté ocultar el horror que sentía. Había demasiada sangre manchándole la piel. Noté la bilis en la garganta cuando partí la flecha y después agarré el trozo que tenía clavado. Valen se desplomó, pero se quedó muy quieto, aguantando. A la de tres, arranqué la flecha. Él gruñó y cayó sobre un hombro. Salió más sangre burbujeante de la herida. En un arrebato me arranqué la túnica, a pesar de que me quedé en ropa interior, y apreté la tela contra su piel.

—Valen, mírame. —Tenía los ojos llenos de lágrimas. Él los tenía vidriosos, igual que cuando murió en mis brazos en la Tumba Negra. Cuando, igual que en aquel momento, se colocó delante para recibir el tajo de una espada que iba dirigido a mí—. Mantente despierto.

—Elise. —Su voz sonaba muy débil. Me tocó los labios con la punta de los dedos, sus párpados se agitaron y cerró los ojos.

—¿Valen? ¡Valen! —Le agarré los hombros y lo sacudí. Después pegué la oreja a su corazón. Estaba vivo, pero se iba. Su respiración era irregular y su pulso inestable.

—¿Pero qué demonios ha pasado?

Me giré bruscamente.

Ari, Mattis, Ulf y una docena de agitadores vinieron corriendo hasta nosotros.

—El Espectro Sanguinario —exclamó Mattis, sin aliento.

—Ayudadme —supliqué—. Le han clavado una flecha y está perdiendo demasiada sangre.

Ari se arrodilló a mi lado y me ayudó a poner a Valen de costado.

—¡Dejadlo! —gritó Tor, que venía con las armas en la mano acompañado de otros que no reconocí.

—La Hermandad de las Sombras, supongo —saludó Ari, que seguía ayudando a Valen. Yo asentí y continué presionando la herida. Ari les hizo un gesto con la cabeza a Ulf y a Frey—. Detenedlos.

Los dos le hicieron una señal a su unidad y se volvieron hacia Tor. Superaban en número al grupo de Tor en una proporción de tres a uno, pero yo sabía que Tor era formidable.

—Tor —le grité—. ¡Para! Lo estamos ayudando.

—¿Quién? —preguntó Mattis, pero se olvidó de la pregunta al instante y se enfrentó al ataque inminente.

Tor no escuchaba a nadie. Dejó caer la espada y, por primera vez desde que desapareció la maldición, fui testigo de lo que era capaz de hacer. En sus palmas aparecieron unas llamas azules como el hielo.

—Por todos los infiernos —exclamó Ulf y esquivó una ráfaga de fuego—. ¡Un fae del fuego!

No conocía a los otros que estaban con Tor y Halvar, pero blandieron sus armas contra los agitadores. No tenían un paso tan firme como Tor e iban vestidos con harapos, pero luchaban a pesar de todo.

Dejé de mirar. Valen necesitaba ayuda y rápido.

Ari me ayudó a levantarlo, aunque no dejaba de mirar la batalla de fuego y espadas. Soltó una maldición entre dientes y me apoyó la mano en el hombro.

—Mantenlo con vida, Elise.

Y se fue. Sabía que el rey autoproclamado contaba con una furia poderosa y unos momentos después Tor empezó a maldecir. Ari levantó una mano y la Sombra y los demás se agarraron la cabeza. Ilusiones, sin duda. Y por su reacción, debían de ser terribles.

Frey, Ulf y Mattis se apresuraron y le pusieron unos grilletes plateados en las muñecas.

Se me hizo un nudo en las entrañas.

—¡No! ¿Qué hacéis?

—Es necesario, Elise —aseguró Ari.

—Pero le hacen daño.

—Lo sé. —Ari se acercó después a ponérselas en las muñecas a una mujer. Ella no hizo ningún gesto, pero los miró con odio, como los demás. Ari volvió a mi lado con otros dos grilletes en la mano—. Tienes que entender que son necesarios en este caso.

—¡Los estás sometiendo por la fuerza, Ari! Es lo que hacen en Aguja del Cuervo.

—¡Nosotros no somos como Aguja del Cuervo! —gritó. Me preocupé al ver que su gesto travieso se convertía en algo duro e iracundo—. Son habitantes de la noche y ettanos. Si no están con nosotros, es que se han posicionado en contra de nuestra gente y son enemigos. —Ari cerró los ojos y dulcificó el tono—. Te juro que es solo para conseguir que nos escuchen. Les daré la oportunidad de oír lo que tengo que decir y unirse a nosotros.

—¿Y si no quieren? ¿Qué harás? ¿Encadenarlos? ¿Matarlos?

No respondió y miró a Valen. El príncipe de la noche seguía respirando, pero se notaba que lo hacía de forma débil y trabajosa.

—Necesita a nuestros curanderos. Utilizaremos el carro de la cárcel. —Ari chasqueó los dedos—. Ulf, Frey, subidlo.

Mattis los ayudó. Ulf se arrodilló junto a la cabeza de Valen, sonriendo.

—Vamos a ver quién hay tras la máscara del Espectro, ¿os parece?

—¡No! —grité—. Ulf…

Le bajó el trapo rojo. Mattis se apartó de un salto con la boca abierta.

—Es… él… —Después me miró a mí, atónito—. Elise, es Legion Grey.

Ari enarcó una ceja.

—He oído antes ese nombre… —Su sonrisa creció—. Y sé dónde, querida *Kvinna*. ¿No se encargaba de las negociaciones para tu matrimonio un hombre que se llamaba así?

—Maldita sea. —Mattis se puso de pie—. ¿Es que nadie dice la verdad? Te mintió. El Espectro Sanguinario estuvo metido en tu propia casa todo el tiempo.

—Basta —interrumpí, cansada de oírles hablar de Valen como si fuera una presa que se pudiera conseguir o matar—. Yo ya he aceptado su nombre, Mattis. Si yo he podido, los demás también deberíais hacerlo.

—¿Y por qué?

—Porque este hombre tiene más historia de la que conoces. Y te aseguro que no le va a gustar que lo hayáis encadenado.

—Entonces es una suerte que la decisión la tuviera que tomar yo y no tú, porque está claro que te dejarías llevar por tus emociones. —Ari estaba irascible. Acababa de librar una batalla y estaba cubierto de sangre. Todos estábamos al límite.

Ari no era malvado, como Calder, pero no se iba a ganar el favor de Valen obligándolo a actuar contra su voluntad. Después de haber sido esclavo de una maldición durante tanto tiempo, Valen no escucharía lo que tuviera que decir un rey autoproclamado como aquel. Y lo que más me irritaba es que no podía contarle toda la verdad a Ari ni explicarle por qué el Espectro Sanguinario nunca se pondría de su lado.

Apreté los labios y me di la vuelta.

—Olvídate de su cara durante un momento y ayúdame a salvarlo.

—¡No lo toquéis! —gritó Tor.

Ulf lo tenía contra el suelo desde que le había puesto las ligaduras en las muñecas, que le permitían controlarlo.

—Tor —dijo Mattis—. ¿El que acompañaba a Legion? ¿Y quién estaba en la cárcel, Elise? ¿Quién es la otra Sombra?

—Halvar —confesé mientras ayudaba a Frey y a Ari a subir a Valen a la parte de atrás del carro. Yo lo acompañé, sin apartar la mano de la herida. Mi túnica ya estaba empapada con su sangre.

—Halvar… —Mattis se rio con amargura—. Claro, quién si no.

Los agitadores metieron a Tor y a los demás también en la parte

de atrás del carro. Aunque Tor seguía llevando la máscara, en sus ojos se veía el miedo que sentía al ver a Valen inconsciente en el carro.

Ulf cerró la puerta y se sentó en el asiento del conductor con Frey. Sonó un látigo y la yegua avanzó.

—Tor —susurré y él levantó la vista—. No quería que pasara esto. Él… se lanzó a protegerme.

—Es lo que va a hacer siempre —respondió Tor con un gruñido —. Tú serás la causa de su ascensión o de su caída. Y ninguno de los dos lo ve.

Me cayó una lágrima por la mejilla.

—Los convenceré para que os liberen. A todos.

—No me importa lo que me pase a mí, Elise Lysander —aseguró Tor—. Pero te advierto que vais a tener que salvarlo, porque si no ninguna ligadura evitará que os mate a todos con mis propias manos.

Capítulo doce

El príncipe de la noche

En la celda, estuvimos mucho tiempo a merced del viento, que nos azotaba sin piedad. Unas duras heladas caían sobre la tierra y el falso rey obtenía placer sabiendo que tenía a los hijos de Arvad sometidos a los elementos. Me envolví los hombros con la fina manta de lana.

—Sol, ¿tienes miedo?

Sol levantó la cabeza. De los mechones sueltos del pelo y de las puntas de la barba oscura le colgaban carámbanos de hielo. Seguro que yo estaba igual.

Él tosió y el sonido salía del fondo de su pecho en estertores ásperos y cavernosos. Cuando se le pasó el ataque, mi hermano se dejó caer contra un lateral de la celda y cerró los ojos.

—Sí. Siempre tengo miedo.

Pero Sol no lo demostraba. Siempre se mostró imperturbable, nunca cedió ante los invasores timoranos. Incluso consiguió sacarle un ojo a uno de los guardias y por eso estábamos en esa especie de jaula.

—Pero ahora tengo más —continuó— porque saben cómo someterme. Han encontrado mi debilidad, hermanito.

—¿Te refieres a Tor?

Sol hizo una mueca de dolor y se envolvió el cuerpo como pudo con la patética manta que tenía. Yo no sabía si Torsten seguía con vida. Cuando los guardias se enteraron de que era el consorte de Sol, se lo llevaron a rastras y pasamos una noche entera escuchando sus gritos.

A la mañana siguiente Sol atacó al guardia y lo dejó tuerto.

—Solo hablo de él —admitió Sol—, pero mi debilidad se extiende más allá. Saben cómo hacerme daño a través de la gente que quiero. Se han llevado a Herja. A Maj. *Han torturado a nuestro padre delante de nosotros. Y te han encerrado aquí conmigo para que vea cómo te vas debilitando. —Dejó caer la cabeza y se le quebró la voz—. No puedo dormir. No soy capaz de cerrar los ojos porque temo que no te despiertes si*

lo hago.

—Sol —respondí con los ojos llenos de ira—, yo no soy nada. No dejes que me utilicen contra ti. Si tengo que morir, que así sea. Tú eres la esperanza de Etta. El destino determinó lo que te pertenece por nacimiento hace mucho y tienes que recuperarlo. No dejes que tu resistencia se vea minada por mí. Haz que tu corazón se vuelva de piedra si es necesario.

—¿Vivir con el corazón de piedra? Qué horrible tiene que ser eso.

—Mira a tu alrededor, hermano. Estamos en el infierno.

Sol resopló, pero me miró con una sonrisa torcida. Se parecía más a nuestro padre que yo. Una prueba más de que había nacido para ser rey.

—Deja que me hagan daño. Al menos así sabré que todavía tengo corazón. No me da vergüenza decir que si mueres, un trozo de mí morirá contigo. Siento amor y ellos utilizan eso contra mí, es verdad, pero nunca me voy a arrepentir de ello. Ni siquiera de quererte a ti, por muy tonto que seas.

Me eché a reír, aunque resultó más bien una mezcla entre carcajada y ataque de tos.

Aun así, no recordaba cuándo había sido la última vez que se me pasó por la cabeza siquiera reírme.

Ese recuerdo hizo que me despertara sobresaltado. Un viento frío me trajo a la mente los duros efectos de las noches heladas de invierno. Alguien me había tapado con una gruesa piel. Me arrebujé en ella como si estuviera preparándome para las noches gélidas del pasado una vez más, gruñí e intenté sentarme, pero el mundo empezó a dar vueltas como loco a mi alrededor.

—Túmbate —me ordenó una voz suave. Era dulce y la conocía—. Has perdido demasiada sangre.

—No hables como si no fuera un asesino, Elise. ¿Cuánta gente ha matado?

Me froté la cabeza porque el mundo se movía aunque estaba tumbado en una cama. ¿Cómo había encontrado una cama? ¿Quién me estaba hablando?

—Cállate. Solo estás enfadado porque te caía bien y ahora te sientes traicionado. Pero basta.

—Estás defendiendo a un hombre que te ha mentido y te ha puesto en un gran peligro.

—Nos ha salvado, Mattis.

¿Mattis? Conocía ese nombre, pero el aturdimiento de mi cerebro hacía que no pudiera ubicarlo.

—Estás ciega porque te resulta atractivo, admítelo.

—Mattis, si no tienes nada útil que hacer aquí, será mejor que te vayas a otra parte. Tal vez a hablar con Siverie, porque seguir regodeándote en tu enfado no te está sentando nada bien.

Poco después se oyó el chasquido de una puerta al cerrarse, un ruido que identifiqué a pesar del atontamiento. Algo fresco y húmedo me tocó la frente. Intenté apartarlo, pero alguien me agarró el brazo.

—Tienes fiebre —dijo la voz—. Deja que te ayude.

Abrí los ojos una rendija. Una luz pálida llenaba la habitación. Era la luz del amanecer. También había unas cuantas velas en la mesita. Lo siguiente que vi fueron sus ojos azules y su pelo del color del hielo, que llevaba suelto y le caía sobre los hombros. La estudié durante un segundo, ignorando la presión en mi pecho, y pensé en que su contacto me resultaba más curativo que ninguna otra cosa.

—Elise… —Tenía la boca seca como la arena y mi voz sonaba quebradiza.

—Estoy aquí, Valen —susurró.

Oír mi nombre verdadero salir de sus labios era como la música más dulce para mis oídos. Si lo había dicho en voz alta, seguro que estábamos solos.

—¿Qué ha pasado?

Volvió a pasarme el trapo fresco por la frente y suspiró.

—Una vez más te has empeñado en ser un héroe y has dejado que te clavaran una flecha. Es una costumbre que tienes y que yo no soporto.

No había logrado librarme por completo del aturdimiento y, en un momento de debilidad, extendí una mano para pedirle que se acercara. Ella obedeció y apoyó su frente contra la mía. Aunque la

veía algo borrosa, encontré con los dedos su mandíbula y sus labios. La locura se apoderó de mi lengua y reconocí la verdad antes de que pudiera evitarlo.

—Te he echado de menos.

Una gota caliente me cayó en la cara. Por todos los infiernos, la había hecho llorar. Nunca había tenido una habilidad extraordinaria para tratar con las mujeres, y estaba claro que no había mejorado. Aunque ella me sorprendió. Mis sentidos se pusieron alerta de repente cuando me cogió la cara entre las manos y me dio un beso suave en los labios.

Había soñado con un beso así.

Un beso que encendía hasta el último rincón de mi ser. Y del que debía huir.

Si algo había aprendido del pasado era que daba mejor resultado ocultar tu corazón que entregárselo a las personas que amas.

Así que huiría de ella. Por su bien.

Pero le devolví el beso. Débil. Suave.

Lo de huir lo dejaría para el día siguiente.

Elise me acarició la frente con los dedos y se apartó. La oscuridad me envolvió de nuevo. Me estremecí de frío, aunque tenía mucho calor. Su cara se desvaneció y volví a sumirme en un sueño inquieto.



No sé cuánto tiempo estuve dormido. Cuando me desperté de nuevo, tenía muchísima sed. Gruñí y me levanté de la cama tambaleándome, desorientado. La luz vacilante de las velas me sirvió

para saber que estaba en una habitación que no conocía, en una casa extraña hecha de ramas cubiertas de musgo. Y no llevaba camisa.

Envolví con la mano la piedra vidente que llevaba al cuello. Había perdido su poder, pero seguía trasmitiéndome una extraña tranquilidad.

Necesitaba agua. Se me rajaban los labios al más mínimo movimiento. Había un cuenco de arcilla en la mesita. Seguro que era el agua que había utilizado ella para aliviarme la fiebre, pero no me importó y me lo llevé a la boca. Tenía un sabor terroso y desagradable, pero cumplió su función.

Noté una punzada en el costado y al mirar vi que tenía un vendaje sucio alrededor de la cintura. De la herida salía un olor acre y fétido. Me aparté el vendaje con cuidado. Había sangre seca alrededor de la herida, que estaba cubierta con una pasta marrón de olor nauseabundo.

Busqué en mis recuerdos. La prisión. La flecha. Unas manos cariñosas. Un beso suave.

Elise estaba allí. La encontré en la prisión y después me trajo a este lugar, fuera el que fuera.

Volví a colocar el vendaje y me fijé en la parte inferior de mi cuerpo. Mis pantalones olían a sangre y a sudor. Me vendría bien lavarme, o al menos ponerme ropa limpia. Como había estado mucho tiempo en la misma postura, la suciedad se me había pegado a la piel y ya era como una nueva capa.

Me desabroché el cinturón que llevaba, pero tuve que detenerme al oír una voz.

—Oh, demonios, para. Hay cosas que no quiero ver.

Noté que toda la sangre se me subía a la cabeza, algo que sirvió para arrastrar los últimos restos del aturdimiento. Miré por encima del hombro. Junius estaba bebiendo de un cuerno con una sonrisa burlona.

Y no estaba sola. También estaban allí, sentados contra el muro, Casper, Stieg, Tor y… Halvar.

—Me alegro de verte levantado —dijo Halvar con una sonrisa—. Estábamos empezando a pensar que te habías resignado a volverte

gordo y perezoso.

Crucé la habitación. La herida me dolió cuando me acerqué y abracé fuerte a Halvar entre risas, pero no me importó.

—Estás vivo. No sabía si los guardias habrían decidido matarte por tu furia o porque hablas tanto que les estabas volviendo locos a todos.

Halvar sonrió. Tenía unas profundas ojeras, pero parecía en buen estado.

—Los tenía a todos engatusados. Aunque la verdad es que tardaste bastante en planear ese rescate tan patético, así que estaba empezando a pensar que cualquier día iba a terminar sin cabeza.

Stieg se rio entre dientes.

—Además no te rescataron ellos. Fue la chica.

—Ah, sí, mis hermanos llegaron tarde —reconoció Halvar—. Casi se me olvida que una *Kvinna* caída en desgracia y sus amigos agitadores fueron los que me sacaron de aquel agujero. Tal vez debería ir a darles el abrazo a ellos. Seguro que sería mucho más agradable.

Fruncí el ceño y le di un empujón.

—Como sigas hablando, amigo mío, no descartes dar con tus huesos en la prisión de nuevo. ¿Cuánto tiempo he estado durmiendo?

—Días —contestó Tor. Todavía no había sonreído ni mostrado alivio—. Nos tienen en Ruskig.

No había estado en Ruskig desde las invasiones. La costa de esa parte del país siempre había sido la favorita de mi madre, pero cuando se alzaron los muros de la furia, todo quedó en ruinas.

Tor se retorció las manos y se negó a mirarme.

—Te preocupa algo —dije—. ¿Qué es?

Él apoyó los codos en las rodillas.

—Al parecer, contamos con tres nuevos miembros en nuestra Hermandad. Al menos a ojos de los que mandan aquí. Creo que, si van a servirte, deberían saber la verdad.

—No es necesario que se queden —afirmé—. Ya hemos encontrado a Halvar. La tarea para la que se unieron a nosotros ha concluido.

Casper chasqueó la lengua.

—Si no os importa, yo prefiero quedarme. ¿Adónde voy a ir? Aguja del Cuervo me lo ha arrebatado todo; mis tierras, mi familia…

—Ahora el vínculo que nos une es de sangre —añadió Stieg—. Hemos luchado y sangrado juntos y hemos vencido. Eso no es algo que yo vaya a olvidar fácilmente.

Sacudí la cabeza y miré a Junius.

—Tú no huiste.

—Siempre mantengo mis promesas —dijo con una sonrisa pícara.

—Ya has cumplido.

—Es verdad, pero son tiempos peligrosos. Soy tan fugitiva aquí como en mi hogar. Debo tener cuidado. Esta gente y tú parecéis saber ser cautos y a la vez letales. Soy toda vuestra. Por ahora.

—¿Y ese marido que está dispuesto a quemar el mundo hasta los cimientos para encontrarte?

Soltó una risita mientras jugueteaba con las puntas de su pelo oscuro.

—Lo hará, te lo aseguro. Pero Niklas es un buen aliado para tener de tu lado si alguna vez lo necesitas. La Hermandad que protegió a su esposa sin duda será objeto de su agradecimiento. Él es el líder de la Hermandad de nuestro pueblo.

—¿Le enviarás un mensaje?

Junius se mordió el labio inferior.

—Me gustaría más que nada en el mundo, pero es peligroso. Me da miedo lo que podría pasar si decide actuar de forma precipitada. Volveré con él, pero cuando llegue el momento.

Respetaba la lealtad que sentía por su marido. Sin duda sería difícil seguir separados.

—Nosotros haremos todo lo que podamos para lograr que vuelvas de una pieza, cuando lo consideres oportuno.

Ella sonrió.

—Trato hecho. Me ayudaréis a regresar a mi país en su momento y yo os apoyaré a vosotros mientras.

—Nosotros ya hemos tenido esta conversación —interrumpió Tor con tono irascible—. Si ellos te van a jurar lealtad, mi consejo es que deben saberlo.

—Aunque, por supuesto, si se lo decimos y después de saber la verdad intentan huir, no tendremos más remedio que matarlos —advirtió Halvar.

Stieg abrió mucho los ojos hasta que Halvar soltó una carcajada y le dio una palmadita en la espalda.

Habría consecuencias si incluíamos a tres extraños en la Hermandad y les contábamos la verdad. Sus vidas, y las nuestras, estarían en peligro. Además, era difícil ganarse nuestra confianza. A esas alturas yo confiaba solo parcialmente en ellos, todavía tenían que demostrar muchas cosas.

Casper bostezó y se rascó la barbilla rasurada.

—Si lo que vas a decirnos es que eres el príncipe de la noche, ya lo sabemos.

—¿Eso es todo? —preguntó Stieg—. Qué decepción. Esperaba que fuera otro secreto.

Miré con la boca abierta a Tor y Halvar. Tor parecía a punto de matar a alguien. Halvar, por su parte, tenía una mirada de placer y diversión.

Junius carraspeó en ese momento.

—Perdón, ¿quién es el príncipe de la noche?

Casper me señaló.

—Valen Ferus. Con su furia puede controlar la tierra. Y fracturarla también, belleza extranjera. Él es la última persona conocida que cuenta con la furia de la tierra, si no me equivoco. Hace siglos este reino pertenecía a los de su linaje. ¿Los alver vivís mucho

tiempo, varias vidas?

Junie asintió.

—Igual que los habitantes de la noche. Me gustaría decir que simplemente lograremos vivir más que los tiranos de Timoran, pero no hacen más que tener hijos y perpetuarse. Así que él es el verdadero heredero al trono…

Levanté una mano para pedir silencio.

—¿Cómo…? ¿Cómo lo habéis sabido?

—Tu furia —contestó Stieg, como si fuera obvio.

—Te dije que era peligroso revelarla —gruñó Tor.

—Tengo una pregunta —intervino Casper—: ¿dónde has estado hasta ahora, príncipe Valen? ¿Por qué has dejado que pasemos tanto tiempo sufriendo?

Odiaba oír que todos creían que los había abandonado. Sabían la verdad, así que se merecían una respuesta. Con la ayuda de Tor y Halvar se lo conté todo: la maldición, lo que me había costado librarme de ella, lo que había pasado con mi familia y la historia de Elise Lysander, la princesa rebelde timorana.

—¿Y por qué no cuentas la verdad? —preguntó Stieg—. Dile a la gente quién eres y te apoyará.

—Tengo que vengar a mi familia. Y para poder hacerlo, Aguja del Cuervo no puede saber nada de esto o enviarán a todas sus fuerzas para acabar con mi linaje de una vez por todas. Por eso debéis seguir llamándome Legion, ¿entendido?

Casper y Stieg se miraron, pero al final ambos accedieron. Junie me estudió tras enterarse de la nueva información.

—¿Qué ocurre?

—No necesitas mi opinión para nada, pero no olvides que yo vengo de una tierra con cuatro regiones y en todas se ha ejercido la brutalidad contra los alver. Parece que aquí ocurre lo mismo. Si puedes hacer algo más, espero que lo hagas. Me parece que tu gente y tú ya habéis sufrido demasiado.

—No he permanecido al margen e indiferente. Intento volver al

pueblo de Calder contra él y ver cómo se destrozan entre ellos. No necesito una corona para hacer eso y la gente ya se está rebelando sin mí. Yo solo voy a ofrecerles una oportunidad. Tal vez el destino tenga previsto que otro asuma la corona por fin.

Stieg arrugó la nariz, pero no dijo nada en contra.

—¿Y esa mujer por la que dejaste que te clavaran una flecha fue quien te liberó? —preguntó Junius tras un largo silencio.

—Sí —reconocí—. Nos separamos porque ella no debe formar parte de mi venganza.

—Lo comprendo, pero estoy confusa, ¿qué ha cambiado? Ella luchó y lo perdió todo por ti, ¿por qué te ha tendido una trampa ahora?

—¿Una trampa?

—Te tiene que doler mucho la herida de la espalda si no lo has notado —comentó Halvar y se remangó. Llevaba dos grilletes plateados en las muñecas. Tor le enseñó los suyos también. Y Stieg y Casper hicieron lo mismo.

Junius se rio entre dientes y levantó las manos.

—Les he dicho un montón de veces que no tienen ningún efecto sobre mi mesmer, mi magia. Pero son bonitos, así que me los he dejado puestos.

Me miré las muñecas. Llevaba ligaduras mágicas en ambas.

Se me aceleró la sangre por el latido de la magia que mantenía bloqueada mi furia. Halvar tenía razón, no me había dado cuenta. La fiebre ardía con tal fuerza que no había notado el dolor de las muñecas.

Me tambaleé con el corazón desbocado. Unos recuerdos horribles y violentos del tiempo que pasé encadenado y encerrado en la prisión por culpa de Aguja del Cuervo hicieron que el estómago me diera un vuelco y no pude evitar agacharme sobre el lavamanos y vomitar.

Mi mente empezó a dar vueltas, acosada por los recuerdos de un dolor y un pánico sofocantes y la necesidad de sobrevivir.

Atrapado.

Me latía la sangre en la cabeza. Me ardían los pulmones y tenía la respiración acelerada. Tuve que apoyarme en la mesita.

Tor me puso una mano en el hombro.

—No nos van a mantener aquí encerrados. Te lo juro.

Me odié por mi debilidad.

—Tor… No puedo…

—No te van a volver a encarcelar. Otra vez no. —Se acercó a mí—. Pero tengo que pedirte algo: si tuvieran intención de… llevarme allí de nuevo, sé tú quien termine con mi vida, Valen. Antes de que tengan oportunidad de hacerlo ellos.

El profundo horror de su petición me dio ganas de vomitar otra vez, pero asentí.

—Si tú me prometes a mí lo mismo. Quiero morir con honor, no en una celda.

—Bueno, ya basta —intervino Halvar—. Por todos los infiernos, antes de hacer pactos de darnos muerte en el futuro, creo que deberíamos mantener la cabeza en el presente. Por lo visto, a Elise no parece gustarle nada lo de las ligaduras. No creo que haya sido idea suya.

—Pero ha dejado que nos las pongan. Ella sabe mejor que nadie lo que significa para nosotros ser prisioneros —dije casi con un gruñido. Se me olvidó por completo que tenía la piel sucia y sudorosa y que no llevaba camisa. Fui como una tromba hacia la puerta y la abrí de un tirón. Al salir me encontré una ciudad en pleno bullicio.

Ella me había cuidado durante mi enfermedad mientras me mantenía cautivo.

La odiaba.

La odiaba tanto que creía que la amaba. Y eso me hacía odiarla aún más.

—Valen. —Halvar se puso de pie y salió corriendo detrás de mí—. ¿Dónde vas? No sabemos quién hay ahí fuera.

Entorné los ojos.

—Voy a buscar a quien nos mantiene encadenados. Elise Lysander va a comprender enseguida el error que ha cometido.

Capítulo trece

La princesa rebelde

La estancia estaba llena de gente. Ettanos y habitantes de la noche. Hombres y mujeres. Algunos bailaban al son de la música de las liras y los tambores. Otros se reían, comían y bebían en la larga mesa que había en el centro, en la que estaba Ari. Las columnas, que se unían para formar arcos, estaban decoradas con cintas de colores vivos y estandartes con el emblema del cuervo de la antigua Etta.

Me mordí la uña del pulgar, incapaz de comer nada. Estaba de pie junto a un grupo que rodeaba la silla de Ari. Mattis y Frey se reían con el nuevo rey de los habitantes de la noche, disfrutando todavía del éxito que habíamos tenido en la prisión, aunque ya habían pasado varios días.

Se estaban haciendo nuevos planes y estrategias, pero yo no podía concentrarme en ellos.

Valen se estaba recuperando, pero los curanderos lo mantenían en reposo suministrándole una buena dosis de olmo nocturno, un potente narcótico.

Necesitaba hablar con él, advertirle de que allí no era del todo libre.

Cuando Ari ordenó que le pusieran los grilletes con las ligaduras mágicas a toda su Hermandad, incluyendo a los nuevos prisioneros que habían decidido seguir al Espectro Sanguinario, Tor me miró como si les hubiera apuñalado por la espalda. Un ataque a traición, como hacen los cobardes.

—Supongo que es justo, querida *Kvinna* —comentó entonces Halvar. Sonreía, como siempre, pero se oía claramente la amenaza en su voz—. También nosotros te llevamos a la fuerza cuando no quisiste acompañarnos.

Tor permaneció en silencio, lo que era aún más peligroso. Cumpliría su amenaza si le hacíamos daño a su príncipe o a alguien de su Hermandad, seguro.

Y el problema no eran solo los miembros de la Hermandad de las Sombras. Cuando Valen se enterara…

Cerré los ojos y me abracé la cintura mientras esperaba una oportunidad para volver a hablar con Ari.

—Han aceptado algo de comer —me dijo Siv, que estaba a mi lado. Tras haberse dado un baño y con un vestido, nadie podría sospechar que fue ella quien se infiltró en la prisión solo dos días antes.

Yo había pedido prestado un vestido largo también, pero no me había quitado la daga del cinto.

—Es un avance —reconocí. Durante la mayor parte del día la Hermandad de las Sombras se había encerrado en la habitación con Valen y lo había rechazado todo—. ¿Te han amenazado?

Siv sonrió.

—No. Me abrió uno de los nuevos. Me dio las gracias, me dijo que tenía que volver para seguir hablando mal de nosotros y cerró la puerta.

—¿Alguna noticia de… Legion? —Ni siquiera podía pensar en su nombre verdadero en presencia de tanta gente por culpa de la furia que bloqueaba mi lengua.

Siv negó con la cabeza.

—No he visto ni oído nada. Pero si han aceptado la comida, tal vez se haya despertado.

Noté un calor expandiéndose en mi pecho por la anticipación.

—Entonces necesito hablar con Ari.

Siv me siguió mientras me abría paso entre el círculo de gente que rodeaba al rey. Frey estaba contando una historia. Se había afeitado el principio de barba pelirrojo y sus ojos de color tierra brillaban divertidos; no era el hombre serio e irascible al que estaba acostumbrada pero, como ocurría con mucha gente de allí, según iba aumentando la confianza, las defensas empezaban a caer y las verdaderas naturalezas salían a la luz.

Mattis miró a Siv y por una vez sus ojos no la fulminaron como si

fuera escoria. En esa mirada había más bien tristeza, una cierta nostalgia. Si fuera capaz de renunciar a su terquedad, podría librarse de esa tensión que le atenazaba el cuerpo.

—Ari —lo llamé.

El rey no me oyó. Las risas aumentaron cuando Frey terminó su historia.

—Ari —insistí y le di un golpecito en el brazo.

—Ah, Elise —saludó sonriendo—. Esta noche estás preciosa. ¿Qué te parece este salón? No es tan grandioso como los sitios a los que estás acostumbrada, pero creo que ya vamos por buen camino en nuestro empeño por hacernos con el gran salón de Aguja del Cuervo. Allí sí que habrá sitio para hacer una gran fiesta, con baile y banquete.

—Me parece muy bien —contesté—, pero no quiero hablar contigo del tamaño de los salones. Necesitamos tratar el tema del Espectro Sanguinario.

—Sí, los curanderos dicen que está sanando, gracias a los dioses. Nos hemos esforzado tanto para traerlo aquí que sería una pena que muriera ahora.

—Ari ya suenas como un rey insensible, la verdad.

Se rio entre dientes y dio un trago a su cuerno.

—He estado practicando. —Me miró y suspiró—. Elise, no te preocupes por ese tema.

—No lo conoces. No le gustará nada que se le fuerce.

—Las ligaduras son por nuestra seguridad, a causa de su furia.

—¿Lo has visto utilizar la furia?

—No, pero digamos que supongo cómo será, por experiencia propia. —Ari se tocó las puntas de las orejas.

—Sí —intervino Mattis—. ¿Cómo pudo ocultar que era habitante de la noche cuando actuaba como negociador? Nunca he visto una cosa igual.

—Es un misterio —contestó Ari—, pero aunque el Espectro tiene características evidentes que lo definen como habitante de la noche,

tú, Elise, nunca me has dado una respuesta clara en cuanto al alcance de su poder. Su Hermandad está compuesta por fae peculiares. Él es su líder. No hace falta ser muy listo para entender que él tiene que ser el más fuerte de todos.

Ari me miró fijamente, inclinándose sobre el brazo de la silla. Sus ojos brillaban por la intriga. Me caía bien ese hombre, a pesar de que mi mente me aconsejaba lo contrario. Tenía una curiosidad insaciable y yo creía que era cierto que quería lo mejor para Etta. Pero se estaba equivocando en ese tema: a Valen no le iba a gustar su plan.

—Elise, ¿quieres contarme algo más sobre tu relación con el Espectro ahora? Admito que me sorprendió enterarme de que había sido tu negociador matrimonial, oculto tras un disfraz. ¿Conocías su verdadera identidad desde el principio? ¿Siempre planeaste enfrentarte a tu familia? ¿Qué fue lo que os separó? La Sombra que sacaste de la prisión dice cosas tan vagas como tú. Habla mucho, pero no dice nada.

Fruncí el ceño.

—Deberías llamarlo Halvar.

—¿Ves? Me refiero a eso. —Ari me señaló—. Los llamas por sus nombres de pila, como si fuerais amigos íntimos.

—Es porque se infiltraron en su vida. Eran amigos entonces. Suyos y de todos —puntualizó Mattis—. ¿No es cierto, Elise?

Lo estudié. Seguía enfadado y no me gustaba nada no poder contárselo todo.

—Lo es. Halvar estuvo en nuestras tierras durante casi una órbita antes de que llegara Legion.

—¿Pero por qué? —preguntó Ari—. ¿Por qué quisieron involucrarse en tu vida?

—Necesitaban mis contactos. Nada más. Había algo que mi familia les robó, un medallón muy valioso. Yo los ayudé a recuperarlo.

No era mentira. Al menos no del todo.

Ari soltó una carcajada y apoyó la cabeza en el respaldo de la silla.

—Muy bien, Elise, me creeré que planearon infiltrarse en tu vida para recuperar una reliquia familiar. Tenían que estar aburridísimos y con mucho tiempo libre para crear un plan tan complejo solo para eso.

—No te miento. Después del golpe de estado de mi hermana tuvimos que hacer planes sobre la marcha. No voy a decir que me gustara enterarme de que me habían estado engañando, pero fui consciente del error de mi familia y me di cuenta de que el Espectro Sanguinario no era un demonio. Cuando todo terminó, sencillamente seguimos caminos distintos.

—¿Que no es un demonio? —dijo Mattis y resopló—. ¡Pero si mata sin piedad!

Sonreí con tristeza.

—No, Mattis. Solo mata si es necesario.

Ari se dio unos golpecitos en los labios con un dedo y entornó los ojos.

—Le ocultas cosas. Es interesante. Me encantaría saber cómo logra ese hombre despertar esa lealtad en los demás. Incluso los presos de la prisión han elegido seguir con él, en vez de vivir en libertad con nosotros.

—La Hermandad de las Sombras los ha rescatado. Esas cosas despiertan la lealtad —sugirió Siv.

Ari asintió con la cabeza, de acuerdo pero sin añadir nada.

—¿Quieres su lealtad, Ari? —pregunté con voz suave.

—Naturalmente.

—Pues no la obtendrás si lo obligas a permanecer aquí.

Ari jugueteó con un anillo de plata que llevaba en el dedo y un músculo de su mandíbula se tensó.

—Entonces debería escuchar nuestros planes y unirse a nosotros.

—No lo hará —insistí. La frustración que sentía estaba empezando a asomar.

En el salón ya no se oía el bullicio de antes; estaba casi en total silencio cuando le sostuve la mirada a Ari. Él miró por encima de mi

cabeza.

—Si va a escuchar a alguien, supongo que será a ti.

—No creo que eso esté tan claro.

—Pues estamos a punto de averiguarlo. —Ari se levantó de la silla y abrió los labios como si estuviera a punto de decir algo.

Seguí la dirección de su mirada y mis entrañas se tensaron al instante. Valen consiguió que la multitud se separara a su paso sin tener que decir palabra. Solo tuvo que cruzar el salón, sin camisa y con un profundo ceño en la cara.

Me humedecí los labios y no me atreví a parpadear.

No apartaba la vista de mí mientras caminaba muy decidido.

—Espectro Sanguinario —lo saludó Ari—, estábamos esperando para hablar…

—Elise —dijo él con voz grave y salvaje—, ¿qué es lo que has hecho?

Entró en el círculo. Ulf y Frey se colocaron delante de Ari casi automáticamente y empezaron a sacar las espadas de sus fundas. Pero el Espectro no iba a por el rey. Se volvió hacia mí y me arrinconó contra la pared.

Me puso la mano en el hombro, rozándome el cuello con las puntas de los dedos. Se suponía que debía ser un gesto amenazante, a juzgar por su expresión, pero el contacto de Valen en mi piel siempre había sido suave.

—Apártate de ella. —Mattis le puso a Valen la punta de una espada en la garganta.

De repente el príncipe de la noche pareció darse cuenta de que no estábamos solos. Estudió a Mattis, lo miró de arriba abajo, y después apartó la espada de un manotazo.

—Déjanos solos, carpintero.

—No, Legion Grey —dijo con tono burlón.

—Mattis, por favor —pedí con los dientes apretados—. No me va a hacer daño. —Después miré a Valen, retándolo—. ¿Verdad que no?

Él levantó las muñecas en las que llevaba los grilletes mágicos.

—¿Por qué?

Ari carraspeó.

—Eso fue decisión mía. Era necesario, puesto que no te conocemos, pero me gustaría hablar tranquilamente contigo.

Valen ni siquiera miró a Ari.

—¿Has dejado que me encadenen? ¿Después de todo?

Mi lengua se negó a pronunciar su nombre, su verdadero nombre al menos.

—Legion, hablemos en otra parte.

—Como ya he dicho, Elise no fue quien te encadenó, Espectro —insistió Ari—. ¿Por qué no te sientas y comes algo? Tenemos una proposición que hacerte.

Valen me recorrió la mandíbula con el pulgar. Le temblaba todo el cuerpo por la ira. En su actitud se veía un choque de fuerzas opuestas, como si por un lado quisiera tocarme y a la vez odiara hacerlo.

—No voy a permitir que me esclavicen otra vez —aseguró, pero no se dirigía a Ari, sino que me hablaba a mí—. No tengo nada más que decir.

—¿Que te esclavicen? —Mattis resopló para demostrar su indignación—. Pero si vivías como un rico comerciante en Mellanstrad y tenías una buena posición. No sabes nada de la gente que hay aquí, ni de cómo se sufre en Timoran.

—Mattis… —dije con tono de advertencia.

—Es una afirmación muy atrevida, carpintero. —Una voz áspera se unió a la conversación. Todas las miradas se volvieron hacia el fondo del salón. Tor, Halvar y los otros tres aparecieron en medio de la multitud. Como era de esperar, Tor tenía una espada en la mano y Halvar cogió un cuerno de cerveza. Tor se adelantó y miró a Mattis—. Dices esas cosas cuando tú vivías la vida de un artesano que disfrutaba de la protección y el favor de una *Kvinna*. Tal vez seas tú el que no entiende lo que es el sufrimiento.

—Déjalo, Tor —interrumpió Valen—. No tenemos nada más que decirle a esta gente.

Se volvió para irse, tras fulminarme con la mirada una última vez, pero se detuvo cuando Ari se cruzó en su camino y le bloqueó la salida.

—Apártate.

Ari sonrió travieso.

—Creo que no.

La lengua se me quedó pegada al paladar. Solo Siv podía compartir mi preocupación porque era la única, fuera de su Hermandad, que sabía a quién le estaba faltando el respeto Ari. Si la tensión aumentaba, no iba a poder evitar vomitar.

Valen cerró los puños y empujó con el pecho a Ari.

—Quítate de mi camino. No dudaré en derramar sangre si es necesario.

—Tomo nota —contestó Ari—. Pero no me voy a mover hasta que me escuches. Al fin y al cabo, somos nosotros los que te salvamos.

—Sois los idiotas que os pusisteis en mi camino. Os llevasteis a mi Sombra y empezasteis una guerra con Aguja del Cuervo ¿con qué? ¿Un ejército patético de refugiados y exiliados? Apártate ahora mismo.

—Aquí no tienes ningún poder, Espectro. Estás encadenado, debilitado por tu herida y no tienes armas. ¿Qué daño puede hacerte escuchar lo que tenemos que decir?

—No me gusta tu forma de hablar. ¿Te parece suficiente?

Ari soltó una carcajada seca.

—Podría ordenártelo, pero prefiero no hacerlo. Me gustaría que fuéramos aliados.

—¿Ordenármelo? —Valen también se rio y miró a su Hermandad —. Dice que me lo puede ordenar. Y dime, fae, ¿quién eres tú para darme órdenes?

—Tu rey.

Cerré los ojos cuando el salón se llenó de murmullos. Frey y Ulf miraban a Valen como si fuera un insecto que Ari pudiera aplastar con una de sus botas.

Idiotas. Malditos idiotas.

La expresión de Valen cambió. La criatura que fue mientras estaba maldito, que asomaba segundos antes, desapareció y sus ojos brillaron. Al responder su actitud era provocadora.

—¿Mi rey? —Sonrió y miró a la Hermandad de las Sombras de nuevo—. ¿Lo habéis oído? La monarquía ha sido restaurada. ¿Y de qué linaje vienes tú?

—La tierra lo eligió —explicó Frey—. Todo lo que estaba muerto aquí volvió a la vida gracias a él.

—Oh, ya veo. Sí, Etta elige a quien debe gobernar, ¿pero qué es eso de que has traído la vida de nuevo?

—Mira a tu alrededor, Espectro —intervino Ulf—. El poder ha vuelto a este lugar.

Valen estudió a Ulf.

—Te conozco. Eres el imbécil de la caravana.

—No deberías haberlos dejado ir.

—Todo esto es culpa tuya —dijo Valen clavándole un dedo a Ulf. Parecía dispuesto a estrangularlo.

—Legion, por favor… —pedí en un susurro.

Me miró.

—¿Y tú apoyas a este rey? ¿Reconoces su legitimidad?

—Ari es un buen líder. Ha protegido a esta gente y los ha inspirado. No pasa nada porque escuches sus planes. Podrías tener un sitio aquí.

Recorrió el espacio que nos separaba de nuevo.

—Eso no es lo que te he preguntado. ¿Apoyas a este rey?

Tragué con dificultad y hablé tan bajo que apenas llegó a ser un

susurro.

—No veo a nadie más que quiera ocupar su lugar. Nadie más a quien pudiera a apoyar.

Ari rio entre dientes.

—Gracias, Elise. Esa devoción tan entusiasta resulta abrumadora.

Los ojos de Valen no se apartaron de mí. No parpadeó hasta que Ari volvió a su silla y carraspeó.

—Me da igual si crees que la tierra me eligió como rey o no, Espectro. Lo cierto es que acabamos de empezar una rebelión. Puede que fuera una llamada a la guerra muy infantil, pero ha iniciado algo de todas formas. Como en la mayoría de las guerras, hay que elegir bando. En esta hay dos. O te unes a tu gente, los habitantes de la noche, o ignoras todo lo que han tenido que soportar a manos de los timoranos. En ese caso, serías nuestro enemigo. Hasta que no nos informes de dónde reside tu lealtad, seguirás con las ligaduras. —Ari jugueteó con el anillo otra vez. Su expresión era serena, impertérrita, pero la amenaza de su voz era clara—. Veo ira asesina en tus ojos, pero te aseguro que si me matas, nunca lograrás quitarte esos grilletes. Yo soy el único que tiene la llave que los abre. Y está bien escondida.

La cara de Valen palideció un poco. Se llevó la mano a la cintura, como si buscara sus hachas, pero no encontró nada.

—Nos estás obligando a hacer lo que quieres. Muy timorano por tu parte.

Ari chasqueó la lengua.

—Hay demasiado en juego como para perder el tiempo con palabras amistosas.

—¿Y qué quieres de mí, rey?

—Quiero tu fidelidad, tu espada y tu reputación. Sé que eres capaz de maquinar y planificar cuidadosamente; es obvio si lograste engañar a todo Mellanstrad y a la casa real al completo. E irrumpiste en la prisión solo con un hombre a tu lado. Quiero que seas ese hombre para mí. Eres uno de los pocos que despierta el miedo en los falsos reyes. Ayúdanos, lucha por nosotros y serás libre aquí.

Valen cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Y si me niego?

—Seguirás con los grilletes y serás nuestro prisionero.

—Creo que prefiero matarte. Lo haré mientras duermes. Sin dolor. Rápido y limpio.

—Me parece que no lo estás entendiendo. —Ari guardó silencio un momento y después sonrió—. Esto es lo que va a pasar, Espectro Sanguinario. Tú y tus Sombras estaréis vigilados en todo momento. Y si os resistís, nos hacéis daño o se os ocurre planear, aunque sea en susurros, alguna forma de estropear lo que hemos empezado aquí, lo pagará otra persona.

Se me paró el corazón cuando Ari me miró.

Valen no fue ajeno a ese detalle.

—Habla claro, rey.

Ari entrelazó los dedos.

—Tu ira revela el dolor que te produce el papel que tuvo Elise en tu captura. Eso demuestra que te importa mucho más de lo que quieres dejar traslucir.

—Le harías daño a una mujer para conseguir lo que quieres… —Valen enarcó una ceja para demostrar incredulidad—. Pero qué hombre más valiente.

—Los reyes a veces se ven obligados a tomar decisiones difíciles.

—¿Ari? —Noté un calor enfermizo en la cara. Aquello no podía estar pasando.

—Elise Lysander será el precio, Espectro.

—Te mataré primero —gruñó Valen.

—Acabas de confirmar lo que acabo de decir. He encontrado el punto débil de tu armadura. Ella pagará el precio y la juzgaremos por ser de la realeza timorana y enemiga de nuestra corte y nuestro pueblo…

Di un paso hacia el centro del salón.

—He demostrado mi lealtad más de una vez.

Ari levantó una mano. De todas maneras me quedé sin palabras al oír lo que dijo después.

—O, como la propia reina Lilianna de la antigüedad, Elise servirá de puente entre los pueblos. La tomaré como consorte y se convertirá en mi reina.

Valen se quedó pálido al oírlo mencionar a su madre y después se puso escarlata cuando Ari sugirió que me iba a hacer reina consorte.

—Eres muy astuto —dijo Halvar—. Normalmente es una cualidad que respeto, pero me cae bien la pequeña *Kvinna* y no me gusta cómo hablas de ella.

—Me es indiferente si te gusta o no —continuó Ari—. Tienes que elegir, Espectro Sanguinario. Obedece, escúchanos, o Elise será quien pagará el precio.

Valen me miró un instante. Levanté la barbilla y le sostuve la mirada.

—No quiero participar en esto. Me niego a ser un peón. Haz lo que desees y olvídate de mí.

—Eso es imposible —dijo tan bajo que solo los que estaban más cerca pudieron oírlo. Después miró a Ari—. Yo no te sirvo a ti. No te aceptaré como rey hasta que demuestres que eres digno de Etta. Pero tampoco acabaré con ninguno de vosotros. Por ahora.

—¿Nos escucharás? ¿Te unirás a nosotros? Te quitaré los grilletes.

—Si me los quitas, no sé si seré capaz de resistirme a la tentación de acabar contigo.

Ari suspiró.

—Entonces tendrás que enfrentarte a las consecuencias.

—Te sugiero que me mantengas encadenado entonces. No me uniré a vosotros, pero tampoco opondré resistencia. Tienes razón, has encontrado el punto débil de mi armadura. Tienes a todos los de mi Hermandad encadenados como si fueran perros y has amenazado a Elise, la mujer que me salvó la vida y con la que aún estoy en deuda. Cualquier cosa que haga en tu nombre no será porque me haya unido a ti ni porque te sirva. Será porque me obligas. Ya estás demostrando el tipo de gobernante que vas a ser, *rey*.

Valen inclinó la cabeza con gesto asesino y salió como una tromba del salón. La Hermandad de las Sombras se quedó allí un momento, fulminando con la mirada a los que tenían más cerca, y después salió tras él.

Capítulo catorce

La princesa rebelde

—Estás enfadada conmigo.

Estaba disfrutando de la paz que me proporcionaba la pálida luna. Cuando me volví encontré a Ari de pie en el umbral. Tenía las manos unidas y dos guardias a su espalda. Cuando entró en mi pequeña cabaña, los guardias se quedaron fuera y cerraron la puerta.

No respondí, solo volví a mirar la luna.

—Lo comprendo. Ese tipo de conversaciones nunca son agradables.

—Perdóname, majestad, pero estoy bastante cansada esta noche.

Ari se acercó a mi lado con una sonrisa cauta. Se había dejado crecer un principio de barba oscura que ahora le cubría la barbilla. Llevaba pendientes de oro en las orejas y se había delineado los ojos con más kohl. Alguien le había trenzado el pelo en ambos lados y se lo había recogido en la mitad de la cabeza. Tenía un aspecto muy regio y atractivo y yo quise gritar.

—Elise, no te haré juzgar por traidora.

—¿Por qué lo has dicho entonces?

—Porque necesitaba que él comprendiera la importancia de mi petición.

Sacudí la cabeza.

—Sé que ser gobernante y líder nunca es fácil. No es todo blanco o negro. Los líderes de esta tierra han tomado malas decisiones, brutales incluso. Pero yo no quiero ser una pieza en este juego.

Los ojos de Ari reflejaron la luz de la luna y asintió.

—Lo primero que he dicho no era cierto, pero lo segundo… no me parece mala idea. De hecho, me parece bastante buena.

—¿Qué? —Arrugué la frente—. ¿La parte de convertirme en tu reina?

—¿Por qué no? Te aprecio y tú me toleras.

—Con dificultad.

Él se rio entre dientes y se apoyó en el alféizar.

—Pero lo más importante es que perteneces a la realeza timorana y cuentas con el favor de la gente de ambos bandos. He venido a decirte que tengo intención de pedirte que seas mi reina después de que me coronen oficialmente.

—¿Y por qué esperar? Podrías obligarme ahora mismo.

—Elise, no necesito obligar a nadie a ser mi amante. —Ladeó la cabeza—. Y no he sido coronado aún porque quiero ganarme el trono. Sabes que Etta elige a sus gobernantes. Yo… no he podido devolver la vida a la tierra de nuevo, como hice muchas semanas atrás, cuando toqué el arbusto de la luna. Quiero estar seguro de ser el rey que necesita esta tierra.

Sentía cierta lástima por Ari. Tenía cara de angustia. No era poder lo que buscaba; de verdad creía que la coincidencia de su contacto con la floración de los arbustos de la luna había sido consecuencia de su furia. Y se tomaba la responsabilidad como un deber, no como una aspiración.

Solo podía rezar para que tuviera la oportunidad de enterarse de la verdad: que el príncipe de la noche había regresado, que Valen Ferus era quien había devuelto esa vida a la tierra y que él simplemente estaba siendo un burro tozudo que se negaba a asumir ese mismo deber.

—Ari… —Tenía el cerebro lleno de pensamientos y no paraba de saltar de uno a otro—. No deberías quererme como reina.

—Pues es algo que sí quiero.

—Pero no me amas.

—No es ningún secreto que sería una unión estratégica, pero con el tiempo las emociones se consolidan y el cariño crece. A los dos nos importa esta tierra, la justicia y el pueblo. Lo haríamos bien juntos.

Me volví hacia la ventana para no tener que mirarlo a los ojos.

—Ari, pero si estaría desafiándote en todo momento… Te volvería loco. No está en mi naturaleza lo de permanecer callada.

—Nunca me ha gustado el silencio.

Me reí por lo bajo y le apoyé una mano en el pecho. Era joven, ambicioso y sincero en cuanto a su petición, lo veía en sus ojos.

—Mi propósito como segunda *Kvinna* era conseguir un enlace ventajoso en Mellanstrad. Cuando escapé de ese futuro me prometí que, si alguna vez llegaba a intercambiar votos con alguien, sería por amor, no por posición, ni estrategia.

Ari miró al suelo y me cubrió la mano con la suya.

—Es una intención encomiable, Elise, pero no creo que te hayas negado tan rápido porque no sientas amor por mí todavía, sino más bien porque ya le has entregado tu corazón a otra persona.

Noté que se me enrojecía la piel. Me aparté y volví a centrarme en la luna. No quería hablar de ese tema. Era un confesión que había estado evitando, una que temía desde que habían llevado a Valen a Ruskig.

Ari me acarició las puntas del pelo con los dedos. Su contacto fue tan sutil que apenas lo noté.

—Sigues guardando secretos sobre Legion Grey y lo que pasó realmente entre vosotros. Tú sabes por qué es el Espectro Sanguinario y la razón por la que odia Aguja del Cuervo pero no quiere unirse a nosotros.

—No me lo preguntes más, por favor. No puedo decírtelo.

—No lo haré. Espero que con el tiempo me lo cuentes por voluntad propia, porque llegues a confiar en mí. —Ari se alejó un paso —. Me voy. Pero no dudes, Elise, que te voy a pedir que seas mi reina. Espero que lo pienses. Entiendo que ya has entregado tu corazón, pero no estoy seguro de que él pueda corresponderte. Aunque quiera. Yo nunca te daré la espalda. Ni te silenciaré.

Me abracé la cintura. La sangre me latía en los oídos.

—Ya he dicho suficiente —aseguró al ver que no decía nada—.

Que duermas bien, Elise.

Solo cuando se hubo ido, dejé que cayera una sola lágrima.



Con el amanecer llegó una niebla fría, cuyos jirones se enroscaban alrededor de los árboles y las cabañas cuando salí de la mía. Pronto vendrían las heladas y entonces resultaría complicado alimentar a la gente de Ruskig si no nos poníamos a almacenar comida cuanto antes.

Me envolví los hombros con una estola de piel de zorro, cogí una cesta de mimbre y me adentré entre las sombras de los árboles. Ruskig estaba rodeado de setos, bosques y muros de zarzas y arbustos de la luna. Era un mundo aparte.

La hierba se volvía verde vivo con el rocío de la mañana y morado oscuro al atardecer. Un musgo verde y amarillo salpicaba los negros árboles. Había arroyos y manantiales de un azul pálido gracias a las piedras blancas de su lecho. Se veían ciervos pastando. Unos cuervos observaban desde las copas de los árboles. En un prado cercano unas flores azules, magenta y negro brillante se agitaban con la brisa.

Ruskig estaba lleno de magia. Así podía ser aquella tierra. Así debería ser.

Me arrodillé junto a un frondoso arbusto de moras de los pantanos. Los frutos dorados estaban maduros, en el momento justo para recogerlos. Cuando el sol disipó las nieblas, ya llevaba media cesta llena de moras, bayas de serbal, hierbas y especias.

Acerqué la mano a un arbusto que tenía un extraño fruto morado. A pesar de todas las aburridas clases de mis tutores a las que había asistido, no me sonaba la apariencia de esa planta ni conocía su nombre.

—Si yo fuera tú, no tocaría eso. —Me levanté de un salto, sobresaltada. Ella se rio al ver mi sorpresa. Era la prisionera que estaba con Valen. La mujer abrió la boca, se acercó al arbusto e inhaló profundamente—. Sí, es tóxica, seguro.

Arrugué la frente.

—¿Cómo lo sabes? ¿Qué es lo que haces?

—Noto el sabor del veneno que hay en ellas.

—Pero no te las has metido en la boca, ni te las has comido.

—Muy observadora.

La miré con el ceño fruncido.

—He oído que eres una alver. Es una palabra que he aprendido hace poco. Mi antiguo mayordomo también era alver.

—Sí, eso me han dicho. Los alver se dividen en diferentes tipos. Cada tipo tiene una magia distinta que potencia alguna parte del cuerpo o de la mente. Yo soy lo que se llama «profética», así que tengo más desarrollado algún sentido. Normalmente alguien como yo podría ver muy lejos, a distancias imposibles o en lo más oscuro de la noche, u oír mejor que un lobo. Algunos incluso tienen visiones, una especie de advertencias. Mi sentido es el gusto. Y esos frutos son muy venenosos —dijo señalándolos.

Me aparté al instante del arbusto.

—Te creo.

La mujer asintió despacio y se volvió hacia un arbusto muy soso, con hojas tan grandes como mi cabeza.

—Pero estas ayudan con la tos. Si las machacas, liberan un olor dulce que la calma.

Sonreí y arranqué unas cuantas hojas.

—Tu magia resulta un don muy útil.

—Y muy deseado. Utilizan a los proféticos en todos los reinos.

No supe qué contestar a eso. Era injusto que la utilizaran por sus dones, pero los reyes y los poderosos llevaban siglos creyéndose por

encima de la gente común. A esa mujer la raptaron y la utilizaron, igual que a Calista porque podía predecir el destino.

Me apoyé la cesta en la cadera y vi que la mujer cogía un poco de agua del arroyo con la mano y se la bebía. Era muy guapa. Exótica. Su piel era de un marrón claro y llevaba el pelo negro recogido en unas trenzas muy elaboradas.

—Me llamo Elise.

—Lo sé. —Se limpió la boca con la manga—. Yo me llamo Junius. Pero prefiero Junie.

—¿De dónde eres?

—De un lugar que se llama Skítkast. En Oriente.

—Oh, mi mayordomo, Bevan, me dijo que quería coger un barco para volver a Skítkast y vivir con una banda de contrabandistas alver.

Una sombra cruzó por la cara de Junie.

—Entonces pretende unirse a Niklas. Allí lo cuidarán bien.

Le tembló la barbilla. Me dio la espalda y se concentró en quitarse la suciedad de las uñas. Yo dudé, pero un momento después me arrodillé a su lado.

—No quería disgustarte. ¿Quién es Niklas?

La mejilla de Junius tembló un poco y se limpió bruscamente una lágrima.

—Mi marido.

No conocía a esa mujer, pero le puse la mano en el hombro de todas formas.

—¿Cuánto tiempo lleváis separados?

—Casi una órbita —confesó mientras se limpiaba los dedos con vigor renovado—. Estábamos juntos el día que me capturaron: habíamos ido a comprar suministros y me secuestraron mientras él regateaba con un comerciante. En plena calle, cuando me dio la espalda solo un instante. El mar es enorme y hay muchos reinos y regiones. Si no me hubieran liberado, estoy segura de que él no habría logrado encontrarme.

—Pero ahora…

Me miró a los ojos.

—Ahora tengo nuevos amigos que me ayudarán a hallarlo de nuevo. Mientras, serviré a los que están aquí.

—Al Espectro Sanguinario —murmuré.

—Al rey. Seguro que es un contacto que me servirá en el futuro.

—¿Ari es quien…?

Ella se rio entre dientes y me hizo un gesto para que no continuara.

—Vamos, las dos sabemos que no estoy hablando de Ari.

Me quedé con la boca abierta.

—Por todos los dioses, ¿te lo ha dicho?

—Su Hermandad decidió que teníamos que saber al servicio de quién estábamos. Yo le he prometido mi lealtad y él, a cambio, me ayudará a volver a casa.

—Te agradezco tu lealtad, pero me temo que servir a… Le-Legion… te va a obligar a participar en una guerra que no es la tuya.

Me miró con aire divertido.

—¿Por qué no utilizas su nombre verdadero?

—No puedo. No delante de la gente, al menos —reconocí con un bufido—. Ese idiota me ha bloqueado la lengua con su maldita furia. No puedo hablar de casi nada que tenga que ver con él.

Junie se echó a reír, se levantó y me ayudó a hacer lo mismo.

—Ahora todo tiene sentido. Tras descubrir todo lo que habías arriesgado para liberarlo, no entendía por qué guardabas en secreto lo que sabías.

—No sé si diría su nombre aunque pudiera. Está claro que no quiere ser rey y que ha estado maldito demasiado tiempo… ¿Por qué castigarlo obligándolo a aceptar una carga como la corona cuando no es lo que desea?

Junie esperó mientras yo recogía la cesta y juntas cogimos el camino de vuelta al asentamiento.

—Dime una cosa —dije cuando llegamos a la linde del bosque—. ¿Solo eres capaz de saborear las toxinas? ¿O todo lo demás también se ve acentuado?

Miró por encima del hombro y después contestó, bajando la voz.

—Tengo otro talento muy útil del que no le he hablado a nadie todavía, pero me parece que tú eres una buena persona y solo quieres ayudar a Valen.

Enarqué una ceja.

—No quiero hacerle ningún daño.

Junie sonrió.

—También noto el sabor de las mentiras.

—¿Las mentiras? Eso es imposible.

Ella se rio bajito.

—No exactamente. Nuestro mesmer es una magia del cuerpo, diferente de vuestra magia de la tierra. Cuando la gente miente, se produce una reacción en su cuerpo. La sangre fluye más rápido, por ejemplo. El pulso se acelera, aparece el sudor. Yo noto la diferencia.

—Es impresionante.

—Sí. Otra razón por la que me desean los reyes. Desgraciados. Como si yo tuviera intención de decirles si hay un traidor entre los suyos. Lo que haría más bien sería rezar para que los asesinaran.

Agarré la cesta con más fuerza.

—¿Eso es lo que quieres hacer con Legion?

Sonrió.

—Justo por eso te lo he dicho, Elise. Creo que eres la persona más leal que tiene a su lado. Y no, no le he hablado de ese talento a él todavía, no porque no confíe en él ni porque esté maquinando algo en su contra, sino más bien porque estoy acostumbrada a guardarlo en secreto. Pero sí que lo utilizo, de forma muy discreta. Por ahora la gente de aquí parece muy leal a Ari y a sus planes. ¿Se lo vas a decir a alguien?

—Supongo que sabrás si te miento.

—Oh, por supuesto.

—Pues creo que debería decírselo a Legion.

Sonrió de nuevo.

—Se lo diré yo. Pero imagino que comprendes las razones por las que no se lo cuento a todo el mundo.

—No te delataré. Es obvio que puedes resultar muy útil. Mucho.

Junie inclinó la cabeza para demostrar de alguna forma que estaba de acuerdo y me ayudó cogiendo la otra asa de la cesta.

—Creo que debería ocupar su trono —comentó un momento después—. Lo cierto es que pienso que al final se dará cuenta él mismo. He visto lo peor de las personas en mi Hermandad. Pero también he sido testigo de lo que ocurre cuando la gente honorable acepta su destino. Él encontrará la razón que necesita para ocupar su lugar. Y, como ya te he dicho, seguro que resultará ventajoso para mí ser amiga de un rey.

Cogió una mora de la cesta y se la metió en la boca, sonriendo.

—Ahí estás, belleza extranjera. —El prisionero corpulento estaba sentado en un barril, acompañado del otro preso, Tor y Halvar.

Junie puso los ojos en blanco.

—Casper, ya sabes cómo me llamo.

—Sí, pero «belleza extranjera» es más misterioso.

La mirada de Tor se cruzó con la mía, me la sostuvo un momento y después se alejó. Se me cayó el alma a los pies. Halvar sonrió y señaló el espacio que había quedado vacío en el barril.

Obedecí y me senté a su lado.

—Algo te entristece, *Kvinna*. Dime qué puedo hacer para animarte un poco.

Le di un empujoncito con el hombro.

—Me temo que tú eres el único que parece quererme cerca últimamente.

Halvar miró hacia el camino que había tomado Tor.

—Ya debes saber a estas alturas que nació con un carácter imposible. No es nada divertido.

—Y tú eres todo lo contrario.

—Me voy a tomar eso como el mejor de los cumplidos. —Halvar me rodeó los hombros con un brazo—. Pero no te equivoques con él, Elise. En realidad no está enfadado contigo. ¿Cómo iba a estarlo? Nos has liberado. Lo que ves en él es preocupación. Por lo que puede pasar, por lo que es probable que pase y porque aquí no tenemos ningún control. Tor no puede soportar no controlarlo todo.

Le di una palmadita en la rodilla.

—Te juro que seguiré peleando para que os quiten las ligaduras.

—Demonios, es que no nos vamos a librar nunca de ellas —se quejó Halvar—. Sobre todo si *my liege* no deja de pelearse con todos los que hay en este maldito asentamiento.

Me levanté.

—¿Dónde está?

—En plena pelea. —Halvar señaló el establo—. Creo que acaban de empezar, por si quieres interrumpirlos. A menos que te divierta mirar. Son bastante entretenidos.

La irritación hizo que me hirviera la sangre. La ira de Valen iba a acabar conmigo. Al fin y al cabo aquella era su gente.

Apreté los labios hasta que formaron una fina línea y fui directa al pequeño establo.

Cuanto más me acercaba, más claramente me llegaban los gritos.

—Dímelo y lo pensaré.

—Dámelas. —La voz de Valen sonaba peligrosa y ronca.

—¿Cómo conseguiste ocultar que eras un habitante de la noche? ¿Qué daño puede hacer contarme eso?

Gruñí. En eso se habían convertido: en dos niños que no hacían más que discutir.

Le di un empujón con el hombro a la puerta para abrirla. Mattis estaba apoyado en uno de los carros con cara de suficiencia. Valen se encontraba a cinco pasos de distancia. Se había recogido el pelo y llevaba una túnica negra. De repente me asaltó el recuerdo de las noches que pasó conmigo cuando lo nombraron mi guardián, antes del golpe de estado de Aguja del Cuervo.

Cuando me acarició y me besó en la vieja escuela.

Cómo habían cambiado las cosas…

Vi cuál era la razón de la frustración de Valen. Mattis tenía una de sus hachas negras en la mano. Y, por la forma en que la hacía girar en la mano y la inspeccionaba como si fuera un tesoro, no tenía duda de que lo hacía a propósito, solo para sacar a Valen de sus casillas.

—Me caías mejor cuando eras carpintero. Ahora eres bastante insoportable y yo no estoy de humor.

—Pues a mí también me caías mejor antes de enterarme de que eras un mentiroso, un ladrón y un asesino. —Mattis se rio por lo bajo—. ¿Qué vas a hacer, Espectro Sanguinario? Estás encadenado, no tienes armas y, si me tocas, le harán daño a Elise.

Valen apretó los puños.

—No va a ser siempre así y yo no olvido a aquellos que me ofenden.

Mattis recorrió con un dedo el filo posterior del hacha.

—Es impresionante. Qué destreza la del artesano. Una verdadera

hacha de batalla. Creo que me la voy a quedar. Le daré buen uso, en vez de dejar que la sigas utilizando para derramar sangre innecesariamente.

Valen dio un paso decidido hacia el carpintero.

—Ya basta —grité.

Los dos se giraron. La cara de Mattis se puso roja y Valen sonrió burlón, como hacía cuando era Legion Grey: siempre guardando la compostura, siempre maquinando.

—Elise —saludó—. No pasa nada aquí, pero creo que debería avisarte de que si tu amigo el carpintero desaparece de repente, yo no habré tenido que ver con ello, seguro.

—No lo vas a hacer desaparecer. —Fruncí el ceño, me acerqué a Mattis y le quité el hacha de la mano—. Y tú, déjalo ya.

—Pero si no puede usarlas de todas formas. Sería una pena que se desaprovecharan.

—Nadie debe tocarlas —advirtió Valen.

Extendí una mano para evitar que pegara a Mattis.

—Mattis, siento que pienses que te ha traicionado —continué—, pero dirige esa ira contra Aguja del Cuervo. Ellos nos han hecho daño a todos. Y le dieron razones a Legion para ocultar quién era en realidad. Fueron ellos quienes te torturaron, no Legion ni Siv.

—No es porque me haya traicionado a mí… Es porque pretendía hacerte daño.

—Yo nunca le habría hecho daño —intervino Valen—. No tienes ni idea.

—No la tiene, ¿verdad? —Atravesé al príncipe de la noche con la mirada hasta que se vio obligado a apartar la suya. Sacudí la cabeza y miré a mi amigo—. ¿No es suficiente para ti saber que me salvó, que yo lo salvé a él y que confiamos el uno en el otro, aunque tú no lo entiendas?

Mattis fijó la mirada en la paja del suelo, con la mandíbula tensa.

—Es suficiente con que crea que no te va a cortar el cuello. Pero no confío en él y creo que debería llevar esas ligaduras

indefinidamente. Es peligroso, lo veo en sus ojos. Parece que está deseando matar de nuevo.

Y dicho eso, Mattis se dio la vuelta y salió de allí por otra puerta.

El silencio se adueñó del lugar. Yo tenía el corazón acelerado y notaba una profunda angustia. Miré a Valen. Él no me miró a mí, solo apoyó un hombro contra un poste y observó a dos cabras bizcas.

—No se equivoca —reconoció en voz baja.

—¿En qué?

—En lo de las ganas de matar. La sed de sangre todavía está ahí.

Me apreté el vientre con una mano porque el estómago me dio un vuelco brusco.

—¿Sigues maldito?

—No —reconoció mirándome—. Ya no sufro esas trasformaciones, pero es como si las ganas irrefrenables de matar siguieran ahí, arrastrándome para que haga las cosas más atroces.

Llevaba mucho tiempo queriendo tocarlo, pero no como lo hice cuando tenía fiebre o cuando estaba enfadada, sino en un momento en el que estuviéramos a solas y tranquilos.

Le puse una mano en el brazo. Él no se apartó.

Valen me miró. Estábamos muy cerca. Sus dedos me rozaron la mejilla, con mucha cautela, como si estuviera luchando contra la necesidad de apartarla. Cuando sus ganas de cercanía ganaron, me cubrió un lado de la cara con la mano, yo me apoyé en ella y noté su calidez y los ásperos callos de su piel.

Él abrió la boca pero no dijo nada, solo la volvió a cerrar porque había cambiado de idea sobre lo que iba a decir. El príncipe de la noche me dio un suave beso en la frente.

—No puedo ser el líder de esta gente como tú quieres, Elise. No cuando esta oscuridad vive todavía dentro de mí.

—Pero tú no eres esa oscuridad, Valen.

Se apartó de mí otra vez y sus manos se separaron de mi piel demasiado pronto.

—Me voy.

—Qué sorpresa. No has hecho otra cosa que evitarme.

Sus ojos, oscuros como una noche sin estrellas, se fijaron en los míos.

—Y eso es lo mejor.

Mi corazón, que solo se había curado un instante, se hizo pedazos de nuevo. Valen se negaba a verse como alguien merecedor de algo más que sangre y muerte.

Mientras lo veía salir de los establos, poner distancia entre nosotros, me hundí por el dolor que me producía lo que sentía por él.

Iba a hacer todo lo que pudiera para que el príncipe de la noche viera que podía ser algo más, convertirse en la persona que Etta necesitaba, pero no iba a permitir que siguiera rompiéndome el corazón un hombre que no quería aceptarlo como suyo.

Capítulo quince

El príncipe de la noche

La fiel y nutrida guardia de Ari cruzó la entrada de la cabaña. Allí estaba también Ulf, el imbécil que había empezado toda aquella locura al interferir.

Llevaba la barba dividida por la mitad, trenzada y decorada con adornos de hueso y plata. Era un ettano formidable, pero nos miró con un ceño muy profundo cuando no respondimos de ninguna forma a su presencia. ¿Es que quería que le hiciera una reverencia? ¿Que me pusiera firme? Me resultaba ridículo y divertido al mismo tiempo.

Carraspeó.

—El rey os manda llamar.

—Me parece muy bien —contesté y me serví otro cuerno de la cerveza aguada que se bebía en Ruskig.

—Tienes que cumplir su orden.

—¿Eso crees?

Halvar y Stieg se rieron, burlones. Junius me miró con cara de cansancio. Ella no estaba de acuerdo con que siguiera ocultando mi verdadero nombre. Por todos los demonios, era casi tan pesada como Elise. Y no me ayudaba que las dos se llevaran tan bien que parecían viejas amigas.

La segunda *Kvinna* había conseguido, una vez más, meterse en el bolsillo a toda mi Hermandad. Les traía a escondidas dulces, más cerveza, pieles para sus camas. Y los defendía ante el supuesto rey, Ari. Era exasperante.

En las semanas que habían pasado desde que nos encadenaron como animales y nos prohibieron tocar cualquier tipo de arma y satisfacer el ardor de la furia, yo había hecho todo lo posible por mantener las distancias.

Pero, como me ocurría con la sed de la sangre, era como si algo me atrajera hacia ella.

Contra mi buen juicio, intercambiaba miradas furtivas con Elise Lysander o permanecía cerca, imaginando su piel contra la mía. Lo único que haría falta para tenerla a mi lado era reclamar el trono y revelar mi nombre verdadero. Hundí los hombros. No. No podía estar atada a mí, ni siquiera en esas circunstancias.

Sabía de primera mano lo que les pasaba a las reinas que ocupaban el trono de Etta.

No la quería como reina. Y tampoco quería ser el maldito rey. Solo quería librar a Etta de la tiranía timorana, lo que suponía un problema más entre nosotros: las personas a las que tenía pensado hacer pedazos eran de su sangre.

No lo sabía todavía, pero por muy terrible que fueran los miembros de su familia, sería muy difícil para ella verlos morir.

Ulf cambió de postura en el umbral, sacó el cuchillo y clavó la punta en una mesita, lo que provocó que mis pensamientos se apartaran de los ojos azules de Elise. Casper se echó a reír. Tor se preparó para el combate. Tanto Tor como yo éramos explosivos porque nuestra ira bullía en todo momento bajo la superficie.

Ulf chasqueó la lengua, después se sentó en una de las sillas y le arrebató el cuerno de cerveza a Stieg.

—Pues quedémonos aquí si quieres, Espectro Sanguinario. Yo lo prefiero.

—¿Cuál es la amenaza si se niega hoy? —preguntó Halvar, se arrellanó en su silla, puso los pies sobre la mesa y cruzó los tobillos—. Admiro vuestra creatividad.

—No hay ninguna amenaza —dijo Ulf metiéndose una nuez tostada en la boca—. Pero si no vais a escuchar el plan de nuestro rey, me temo que Elise tendrá que llevarlo a cabo por sus propios medios.

Solté un largo suspiro, pero sonó más bien como un gruñido.

—Una pena, Halvar. La amenaza es muy poco original —comenté.

—Cierto —murmuró Halvar—. Deberíais usar a Tor o a Stieg para convencerlo esta vez. A mí no, porque llevamos aquí hacinados demasiado tiempo y creo que a estas alturas ya estará encantado de que hagáis conmigo lo que queráis.

—Así es.

—Demonios, yo ya habría aceptado que te hicieran cualquier cosa ayer —añadió Casper—. ¿Tu mente y tu lengua paran alguna vez?

Halvar se rio y le dio a Casper un golpe en el hombro lo bastante fuerte para tirarlo de la silla. Pelearon un poco, sin parar de sonreír y de retarse. Tor refunfuñó y Junius salió de la cabaña cuando estuvieron a punto de tirarle el cuerno que tenía en la mano.

Estábamos todos ya inquietos y un poco hartos.

Ulf sonrió con malicia.

—No me habéis entendido. El rey Ari no amenaza con enviarla en tu lugar. No, Elise lo ha decidido. Pero tendrá más posibilidades de sobrevivir si Legion acepta acompañarla.

Había ganado ya. Ulf lo sabía antes de entrar en la cabaña. Ari conocía la forma de hacer sangre con el cuchillo que ya me había clavado. Sabía cómo convencerme.

Era astuto.

Una buena cualidad para un rey.

Aun así, ojalá tuviera mis hachas. Tal vez podría cortarle una oreja a Ulf. O quizá sacarle un ojo. Era arrogante y no me caía bien. La verdad era que me gustaba más Ari que Ulf. Por mucho que costara creerlo, era cierto, y por eso pensaba vigilar a ese imbécil de cerca.

—Dile a tu rey que iremos —contestó Tor en mi nombre. Él sabía, igual que los demás, que respondería si eso le servía a Elise de cualquier forma.

Ulf se levantó y cogió otro cuerno. Después de beber, exageró una exclamación y se limpió la boca con la manga.

—Se lo diré. Pero es tu rey también. No te vendría mal recordar quién ostenta el poder aquí.

En cuanto se cerró la puerta, Tor me miró con los ojos entornados.

—Sí, a mí también me vendría bien eso.

—Habla claro, Tor. No te escondas detrás de palabras veladas.

—¿Quieres que lo diga claro? Muy bien. Te tienen cogido por los huevos, Valen. Exigen que les prestes atención y que cumplas sus órdenes como si te hubieran condenado a la servidumbre. A ti, el príncipe de la noche. No puedo soportar verlo.

—Tú harías lo mismo si fuera a Sol a quien estuvieran amenazando —contesté con los dientes apretados.

Los dedos de Tor se sacudieron, pero no contradijo mi afirmación.

—Por fin admites que ella es tu *hjärta* —intervino Halvar—. Estoy a punto de recordarte que te lo dije.

—No lo es —insistí y me dirigí con grandes zancadas a la puerta —. Pero no quiero que sufra por mi culpa.

Era cierto. Luchaba con todas mis fuerzas por convencer a todos los que me rodeaban de que obedecía porque Elise fue quien nos liberó a todos de la maldición y no había ninguna otra razón, aparte de la enorme deuda que teníamos con ella, que no podríamos saldar por muchos años que viviéramos.

Y luchaba a brazo partido conmigo mismo para convencerme de lo mismo.

Ari estaba reunido con un grupo alrededor de una hoguera en el centro del asentamiento. No era muy grande: solo estaban su guardia, Elise, Mattis y Siv, a los que se unió mi Hermandad.

—Me alegro de que hayas querido unirte a nosotros, Espectro Sanguinario. —Ari, a quien alguien le había hecho una corona de hojas de serbal, presidía la reunión.

Al verla sentí una presión en el pecho.

Mis padres casi nunca llevaban corona, solo se la ponían cuando atendían algún asunto oficial, y las que llevaban en aquellas ocasiones se parecían a la de Ari.

Me consumía la venganza y rara vez me permitía pensar en ellos, en cómo se reían y bromeaban, en cómo mi padre me enseñó a combatir y mi madre sus conocimientos sobre hierbas y curación.

Parpadeé para apartar la mirada de la corona y me senté frente a la hoguera, en el otro extremo.

—Como decía —continuó Ari—, hay un grupo de refugiados al otro lado del fiordo. Están expuestos y debilitados. Pero el mensajero que han enviado nos asegura que, si los ayudamos, tienen algo de valor para nosotros. Si siguen en un lugar abierto, Aguja del Cuervo los encontrará y acabará con ellos pronto. Ya tengo voluntarios para la partida de rescate, pero necesito que la Hermandad de las Sombras los acompañe en su viaje.

Se me hizo un nudo en el estómago cuando Ari señaló a Elise, Mattis y Siv. ¿Ellos eran la partida de rescate?

—¿Y cómo esperas llegar hasta donde están esos refugiados, trasportarlos al otro lado del fiordo y traerlos a Ruskig sin que nos detecten? —preguntó Halvar con tono de incredulidad.

Ari se levantó, abrió una bolsa de piel y sacó un rollo de pergamino.

—Iréis por tierra. —El rey extendió el pergamino sobre una roca que había junto al fuego: era un mapa con las montañas y otros puntos geográficos destacados. Señaló un acantilado junto a las costas meridionales—. Aquí es donde nos están esperando.

Estaba a medio día a caballo de la taberna de Sven y había cuevas marinas y calas. Un lugar traicionero, pero habían sido inteligentes al refugiarse allí.

Cuando Halvar se acercó a Ari junto a la roca, un recuerdo que había olvidado surgió en mi mente.

Levantamos el borde del mantel. Nos habíamos escondido bajo la mesa del fondo, pero éramos demasiados. Me dolían las rodillas y me mordí el interior de la mejilla para dejar de pensar en ello.

Al otro lado del salón, mi padre se frotó la frente y cerró los ojos.

—Demonios, Daj *parece cansado.*

Sol me dio un codazo.

—No digas esas cosas, Val, o Herja se lo contará a Maj, *como hace siempre.*

Miró a mi hermana mayor y le sacó la lengua. Ella lo atravesó con la mirada y le enseñó las uñas, que se había afilado para que parecieran unas garras como las de ese gato tan feo y con la cara chata que tenía, y

después bufó.

Sol se apartó de ella.

Yo me tapé la boca para reírme. Sol nunca iba a admitir que Herja era más dura que él, pero… así era.

—Callaos —susurró Halvar. Estaba mordisqueando un arenque seco. Olía fatal y seguramente lo hacía solo para fastidiarnos—. Quiero oír lo que dicen.

—Nos vamos a meter en un lío —intervino Tor, el más bajito de todos. Era cuatro órbitas mayor que yo, pero en los últimos tiempos, con diez años recién cumplidos, yo ya había logrado sobrepasarlo en altura.

Sol le dio una palmada a Tor en la espalda y el dorado de sus ojos brilló como un pedazo de amanecer.

—No te olvides de por qué estamos aquí. La recompensa será grande, amigo. Hal… Estrategia.

Halvar cambió de postura. Era el que había ganado más músculo últimamente, porque ya había cumplido catorce años y había empezado a entrenarse con los caballeros.

—Utilizaremos una distracción. Valen es el más delgado…

—¡No! —protesté—. Tor es… —Gruñí cuando Tor me dio un puñetazo en el brazo—. Basta. Yo te supero en rango.

—No seas imbécil, hermanito —dijo Sol.

—Val es el más débil —continuó Halvar, lo que solo sirvió para empeorarlo—. Así que será el señuelo. Finges que eres astuto, mi pequeño príncipe, pero no lo eres. Cuando te pillen y se pongan a reñirte, nosotros saldremos a por los pastelitos de miel.

—¡Pero entonces yo me voy a quedar sin pastel! —me quejé.

Herja puso los ojos en blanco.

—Por todos los dioses, ya te guardaré yo uno.

—Le voy a decir a Maj *que has mentado a los dioses —aseguró Sol, cambiando de postura para aliviar el peso de sus rodillas—. Es un buen plan, Hal.*

—Pues acuérdate de mí cuando tengas que elegir a tu primer caballero —pidió Halvar y se apartó los largos rizos de la cara—. ¿Preparados? Y…

Entonces alguien levantó el mantel y todos soltamos gritos de sorpresa. Dagar, padre de Halvar y primer caballero, nos miró con el ceño fruncido.

—Anda, pero si tenemos infiltrados en el castillo. —Agarró a Halvar del cuello de la túnica y lo sacó de un tirón de debajo de la mesa—. Fuera todos.

Ninguno de nosotros probó los pastelitos de miel hasta la siguiente luna llena.

Sonreí al ver a Halvar inclinado sobre el mapa, reflexionando e ideando estrategias sobre la marcha. Me recordaba mucho a Dagar. Un buen hombre, inteligente y un magnífico estratega. Sin Dagar, no habría Ruskig. Él consiguió evacuar a la mayor parte de nuestro pueblo durante las invasiones y ayudó a construir los muros de furia. Ninguno de los que estaban allí entendía quién era Halvar y lo que les podía aportar.

Llegué a pensar en confesar la verdad en aquel momento, aunque solo fuera para otorgarle el mérito que merecía.

—Perderéis tiempo si viajáis solo de noche —repuso Ari.

—Sí, pero seguiremos vivos. Los Cuervos casi nunca patrullan en lo más profundo del bosque de noche. Tienen miedo de los habitantes de la noche, los *nyk* y los *wolvyn,* por lo que cuentan las historias —Halvar se rio sin ganas—. Ya nos ocuparemos de que se sigan creyendo esos mitos de principio a fin.

Ari sonrió.

—¿Entonces aceptáis ir?

Halvar se percató de lo que había dicho sin darse cuenta y me miró.

Fruncí el ceño. Ni un ápice de mí tenía ganas de cumplir ninguna orden que dieran Ari ni su guardia, pero Elise ya llevaba ropa oscura, una daga en el cinto y no se atrevía a mirarme. Iba a ir.

Por todos los dioses, esa mujer acabaría conmigo.

Y ya había muerto por ella una vez.

Nunca en la vida pensé que una criatura tan irritante, imprudente y hermosa fuera quien influyera en todas mis decisiones. Intentaba mantener las distancias, mostrarme frío, pero perdía los papeles solo de pensar que pudiera pasarle algo malo.

Ella no tenía furia, pero era como si contara con ella; Elise Lysander me había atrapado con un hechizo que no podía romper.

—Iremos —reconocí y me acerqué al fuego—. Pero nos tienes que quitar las ligaduras.

—De ninguna manera —respondió Ari sin mirarme—. No me puedo arriesgar a dejaros libres, rodeados de mi gente y mis guardias, sabiendo lo que queréis hacer.

—Con el debido respeto, Ari —intervino Elise, aunque seguía sin mirarme—, sería una ventaja para ti dejarles utilizar su furia.

Abrí los brazos sonriendo, como para indicar que tenía que estar de acuerdo con ella. Lo cierto era que últimamente, desde que estaba recuperando los recuerdos del tiempo en que mi palabra era ley, se estaba volviendo cada vez más difícil para mí fingir que obedecía a un rey al que sabía que no había elegido la tierra.

—Gracias por tu opinión, Elise —contestó Ari—, pero el Espectro Sanguinario y su Hermandad aún no han mostrado su verdadera cara. Llevan aquí semanas, pero todavía no los conocemos. No les quitaré las ligaduras. —Ari volvió a centrarse en el mapa—. Si eso cambia vuestra decisión sobre la participación en el rescate, podéis volver a vuestra cabaña.

Se me subió toda la sangre a la cabeza. Pero qué arrogante, pomposo…

—Demonios —exclamé con los dientes apretados—, iremos, pero estaremos armados y los guardias que vengan con nosotros harán lo que ordene Halvar. Nadie tiene una habilidad estratégica como la suya.

Ari me miró con una sonrisa torcida. Había ganado y no tenía reparos en restregármelo.

—De acuerdo. Quédate tranquilo, Espectro. Os iréis al anochecer.

Capítulo dieciséis

La princesa rebelde

Halvar insistió en que saliéramos de Ruskig antes de que la luna llena iluminara la noche. Justo cuando la última luz del día desapareció tras las colinas, un escalofrío de anticipación me recorrió. Lo de esa noche era complicado y peligroso, pero me parecía un gran paso adelante, más importante incluso que el asalto a la prisión.

La carta que había traído el mensajero de los refugiados decía que en el campamento custodiaban algo de valor que podía hacerle mucho daño a Aguja del Cuervo.

No paraba de mover los dedos cuando salimos por las puertas. Seguramente toda esa inquietud nacía de las emociones contenidas. Me había pasado los últimos días en Ruskig discutiendo con Ari sobre Valen, intentando que dejara a un lado su terquedad, o evitando a Valen, porque tenerlo tan cerca y ver que se comportaba como si yo no tuviera la más mínima importancia era como si me clavara un puñal en el corazón.

Apenas hablábamos.

Yo casi siempre trataba con Halvar, Stieg o Junius. Tor parecía en todo momento a punto de saltar y Casper se pasaba la mayor parte del tiempo con Valen.

Pero lo de aquella noche era algo que podía hacer para demostrar mi utilidad. Podía convencer a la gente que huía de mi hermana de que tenía una aliada en Timoran. Aunque importara mi nombre más que mis acciones, al menos estaba haciendo algo.

Cuando Halvar dio la orden, avanzamos a buen paso por el bosque y las zonas de maleza que había más cerca de los acantilados de la costa. Demasiado lejos para ver el mar, pero lo bastante cerca para que nos envolviera la bruma y en el aire se notara claramente el olor a salitre. Solo paramos para beber unos sorbos de nuestras cantimploras y masajearnos un poco los pies para calmar el dolor.

Los caminos eran irregulares y había piedras y salientes que se nos clavaban en los pies, a pesar de las botas, y provocaban que más

de uno tropezara. Incluso Mattis dejó de intentar mantener un paso implacable y se situó a mi lado, mirando bien dónde pisaba mientras subíamos por un sendero empinado del bosque.

Me ardían las rodillas y las uñas se me ensuciaron de barro.

Pero no pregunté por qué no íbamos por los caminos más fáciles. Observar a Halvar era impresionante. De vez en cuando se paraba para levantar la cabeza y mirar el cielo, o inspeccionaba las hojas, las cortezas y la tierra y después nos decía qué recodo tomar o qué colina subir.

Además, ya teníamos bastante con las discusiones que provocaban Ulf y Frey, no hacía falta que yo creara más problemas.

—¿Crees que se darán cuenta en algún momento de que él los ignora? —murmuró Mattis y señaló con la barbilla a los que tenían delante. Ulf insistía, una vez más, para que Halvar nos llevara más cerca del agua, porque el terreno era menos complicado y podríamos beber.

¿Su respuesta? Hizo girar en la mano una gastada hacha de batalla y se la colgó del hombro con el filo hacia arriba, perfectamente alineada para cortarle el cuello a Ulf con un solo movimiento.

Un músculo se tensó en la mandíbula del guardia del rey. Sacudió la cabeza y se apartó.

Sonreí.

—Creo que a Ulf le fastidia que Ari haya permitido que uno de los prisioneros esté al mando de la operación.

Mattis miró a la cabecera del grupo y su sonrisa desapareció.

—No tendría que seguir siendo prisionero si abandonara al Espectro.

Mattis se tomaba de forma personal cualquier tipo de engaño. Ojalá no fuera así, porque si no acababa confiando en ellos, ese resentimiento podría hacer que lo mataran.

—Halvar no lo abandonará nunca y tú tampoco deberías.

Miré a Valen. Iba un paso por detrás de Halvar y al lado de Tor. Aquella noche volvía a ser el Espectro Sanguinario, con la máscara

roja y la capucha negra. Lo único que le faltaba eran sus dos hachas negras.

Resultaba formidable y amenazador.

Lo echaba de menos.

—¿Y tú por qué sigues apoyándolo si casi ni te mira?

Hice una mueca de dolor. Sus palabras me dolieron como un corte breve y profundo.

—Cuando alguien confía tanto en ti como para mostrarte los pedazos rotos y astillados que hay en lo más profundo de su ser, ya no hay vuelta atrás y no puedes evitar querer ayudarlo a recomponerse. Tú también me has enseñado a mí los tuyos.

—¿Y estás segura de que ha compartido contigo sus verdaderos problemas y no solo lo que él sabía que querías ver y creer? —Mattis me cogió la mano y me ayudó a pasar por una parte especialmente complicada del camino.

—Sí. He visto todos los pedazos, hasta los más pequeños. No habría podido ocultarme nada, aunque hubiera querido. Puede que no me vuelva a dirigir la palabra, pero eso no cambiará mi certeza de que él nunca me hará daño. —Me froté los dedos mutilados sin darme cuenta—. Al menos intencionadamente.

Mattis me miró con el ceño fruncido.

—Entonces ayúdame a entenderlo, Elise. Cuando me llevaron a la cárcel, uno de los pocos consuelos que tenía era saber que Siv, tú y… Mavie habíais escapado con Legion Grey. Pero me he dado cuenta de que confié en él demasiado rápido. Aun así, como no vas a cambiar de opinión, quiero entenderlo.

—Mattis, no puedo contarte más, ni explicarte por qué es el Espectro Sanguinario ni lo fundamentales que eran sus razones para infiltrarse en mi vida. Tampoco puedo hablarte de su furia.

—¿Por qué? —Yo aceleré el paso para subir una cuesta y él hizo lo mismo para seguir caminando a mi lado—. ¿No ves que eso nos ayudaría a entenderlo mejor y a confiar más en él?

Solté una carcajada seca.

—Oh, sí. Seguro que ayudaría mucho.

—Entonces abre esa boca regia tuya y cuéntamelo.

Me volví para mirarlo con una sonrisa de frustración en la cara.

—Mattis, ¿es que no ves que lo haría si pudiera? Al menos te lo diría a ti, porque confío en ti, igual que me pasa con él.

—No lo comprendo. ¿Por qué…?

—¡Por todos los dioses! —interrumpió Siv, que apareció detrás de nosotros. Hasta entonces no había intentado hablar con Mattis. Supuse que su silencio se debía a que no quería enfadarlo aún más, pero en aquel momento se acercó y lo fulminó con la mirada—. ¿Cuántas veces tiene que repetir que lo haría «si pudiera»? Lo que quiere decir es que no puede. Le ha prohibido hablar de ello. La furia de un fae con la fuerza suficiente puede obligar a cualquiera a hacer su voluntad.

Sacudió la cabeza y nos empujó para pasar entre los dos. Mattis se quedó con la boca abierta. Estuvo contemplando cómo se alejaba unos momentos antes de comprender.

—Demonios. —Entonces me miró—. No puedes contármelo.

Resoplé.

—Ya te lo he dicho.

—Es un maldito desgraciado. ¿Y Siverie puede saberlo y yo no? —preguntó Mattis. No estaba enfadado, era más bien envidia.

Me reí bajito.

—Ella estaba allí. Vio lo mismo que yo. Y la han silenciado con la furia igual que a mí, así que ni lo intentes.

Mattis resopló.

—Te obliga a guardar silencio, te evita y tú sigues siéndole leal. Debe ser un amante extraordinario.

Noté un dolor en el pecho. Le di un puñetazo en el hombro.

—No es mi… amante.

Mattis sonrió por primera vez.

—Está bien. Sea como sea, deberías dejar de defenderlo. Quiere irse y lo hará en la primera oportunidad que tenga. Ten cuidado, Elise. Él no quiere estar aquí.

No hacía falta que me lo dijera Mattis. Yo sabía exactamente por qué quería largarse Valen Ferus y que lo que tuvimos una vez no era suficiente para que renunciara a su sed de sangre. Pero el muro que había construido para evitar el dolor que me producía era débil y quebradizo.

—Lo sé —logré contestar—. No estoy de acuerdo con él, pero creo que piensa que guardar las distancias es mejor para todos, que nos mantendrá a salvo.

—No lo sé. Al parecer solo lo sabéis Siv y tú. ¿Estás más segura lejos de él?

Negué con la cabeza.

—No. Yo creo que él es necesario aquí. Pero tiene que reconocerlo. Ha vivido una vida muy solitaria y confía en muy poca gente. —Le di un codazo suave a Mattis en las costillas—. Es curioso, pero esa falta de confianza es algo que tenéis en común los dos.

Antes de que pudiera responder, Halvar nos mandó parar.

Habíamos llegado a una zona llana del bosque. Estábamos rodeados de árboles y la oscuridad era total, como si estuviera hecha de tinta reciente.

—Dormiremos aquí —anunció Halvar—. Nada de hogueras. Tor y Legion harán la primera guardia.

Hubo unas cuantas quejas por parte del grupo de guardias. Con el mar tan cerca, el aire frío de la noche nos iba a calar hasta los huesos. Faltaba poco para el amanecer, estábamos justo en las horas más gélidas. Saqué dos mantas de lana enrolladas de una bolsa y me acurruqué bien pegada a Mattis y a Siv. Él permitió que ella se acercara, no protestó. No hacía falta que nadie se congelara de frío esta noche.

Me tapé con la manta hasta la nariz. Me ardían los ojos por el cansancio, pero antes de que pudiera dejarme llevar por el sueño, vi a Valen, que estaba recorriendo el campamento durante la primera guardia.

Se detuvo un segundo, como si me estuviera estudiando, memorizándome.

Durante unos instantes todos sus pedazos quedaron al descubierto. Estaba luchando contra sí mismo. ¿Indiferente? No me lo creía.

Eso intentaba creer.

Sonreí. Estaba claro que el príncipe de la noche iba a fracasar estrepitosamente en su empeño.



«Sol ha hablado con Arvad esta noche. Y salió de la reunión con una sonrisa renovada que trasmitía satisfacción.

¿Cuándo ha llegado mi primogénito a la edad de tener un consorte? Su elección no es ninguna sorpresa y estoy exultante. Torsten ha sido su mitad desde la infancia. Aun así, no puedo ver al príncipe solar como otra cosa que no sea un niño alegre y torpe al que le gusta corretear por los pasillos. Y de repente lo encuentro escribiendo una declaración sobre su *hjärta* para que todos lo sepan.

A Herja no le interesan los consortes, el matrimonio ni el amor. Está centrada en la espada. No hay problema. No quiero tener que compartir a otro de mis hijos tan pronto. Pero Valen, que siempre quiere ser como su hermano, ya está mirando con otros ojos a todas las cortesanas e hijas de la nobleza, buscando a alguna que le robe el corazón. Ahora el príncipe de la noche no quiere que nadie le recuerde que no tiene más que doce años recién cumplidos…».

Levanté la vista de las páginas y parpadeé ante la luz pálida de la mañana. Mis lágrimas hacían que se me emborronaran las letras. No sabía por qué esa escena me afectaba tanto, pero por eso me había colocado dándole la espalda al campamento y recé para que nadie me

viera.

Pero no tuve esa suerte.

—Lo que estás leyendo tiene que ser algo terrible si te provoca esas lágrimas.

Halvar se apoyó en un árbol y me sonrió. El estómago me dio un vuelco. Tras él aparecieron Tor y Valen, que volvían tras la primera guardia. Stieg, Mattis y Frey desaparecieron entre los árboles para ocuparse de la segunda.

—No —dije—. Ni mucho menos.

—¿Qué es? —Halvar se sentó a mi lado en una roca.

Evité la mirada de Valen, aunque la sentía fija en mi nuca.

—El diario de Lilianna.

—Ah —contestó Halvar con una risita—. Hemos pasado muchas órbitas burlándonos de nuestro querido príncipe por releer una y otra vez esas páginas, pero ahora que sé que cuentan cosas sobre nosotros, me interesan más. ¿Qué entrada estás leyendo hoy?

Tor tenía su expresión hosca habitual y permaneció en silencio, igual que Valen, pero tal vez le agradara saberlo.

—Oh, estaba leyendo sobre el momento en que el príncipe solar eligió a su consorte.

Halvar sonrió un poco y una sombra apareció en sus ojos. Los dos miramos con cautela a Tor.

Él arrugó la frente y su cara de contrariedad desapareció. Su expresión se volvió más agradable y sus ojos de repente parecieron tan oscuros como la noche. Se humedeció los labios y se acercó a mí.

—¿Puedo… verlo?

Le di el diario e hice crujir los nudillos mientras lo observaba leer las páginas. El corazón se me aceleró cuando vi asomar una sonrisa a sus labios. Era distante y parecía cansada, pero ahí estaba.

—Lo recuerdo —dijo, y me devolvió el diario haciendo un gesto de agradecimiento con la cabeza. Le dio un leve codazo a Valen—. Y también recuerdo que tú les preguntabas a todas las niñas de nuestras

clases si podrían soportar amar a un príncipe.

—Y se decepcionó mucho cuando ninguna se mostró interesada —apuntó Halvar.

Solté una carcajada alegre e incontrolable e inmediatamente me tapé la boca. Valen los fulminó a los dos con la mirada, pero por la forma en que apretaba los labios, deduje que estaba intentando con todas sus fuerzas no sonreír. En ese momento me pareció todo muy real, muy cómodo. Habíamos vivido tras unos muros demasiado tiempo; esos destellos de cómo era la vida cuando el príncipe de la noche era solo Legion Grey me resultaban muy difíciles de soportar.

El momento pasó demasiado rápido.

—Deberías intentar descansar —dijo Valen mirándome—. Nos iremos pronto.

—Pensaba que solo íbamos a viajar de noche. —Miré a Halvar para que me diera una explicación.

—Esa era la intención en un principio —respondió—. Hasta que descubrimos que una de esas malditas caravanas va de camino al castillo Aguja del Cuervo. Están demasiado cerca. Tenemos que seguir para sacar a esos refugiados de allí antes de que intenten moverse por su cuenta y salgan a campo abierto.

—¿Qué tipo de caravana?

Halvar se encogió de hombros.

—Seguramente una de las que van a la boda que tendrá lugar pronto.

Hice una mueca. Runa y Calder habían vaciado los cofres de riquezas que obtenían de esa tierra para organizar una extravagante ceremonia de intercambio de votos. Hacía semanas que carros y carruajes de todas las ciudades iban camino de Aguja del Cuervo para llevar invitados y suministros.

Sabía que el Espectro Sanguinario y la Hermandad de las Sombras habían atacado varias de ellas.

—¿La vais a dejar pasar? —pregunté.

—Ahora mismo estamos centrados en otra cosa —respondió

Valen. Se apartó y su expresión se suavizó—. Por eso deberías descansar.

Lo intenté, pero el sueño me eludía. Cuando Halvar ordenó que nos adentráramos en el bosque de nuevo, me escocían los ojos por la fatiga.

Cuanto más nos acercábamos a los acantilados salvajes e indomables junto a la costa, la ruta se parecía cada vez menos a un camino. La pizarra dura e irregular que había bajo nuestros pies estaba hecha pedazos. El aire limpio del mar despertaba los sentidos. Los árboles empezaron a escasear y se convirtieron en playas de guijarros negros con calas y cuevas irregulares.

Haberse escondido allí era una decisión inteligente, pero peligrosa. Por un lado, las patrullas del castillo Aguja del Cuervo no se arriesgarían a seguirlos hasta allí, preferirían dejar que murieran de hambre, pero por otro, ese sitio era famoso por sus extrañas mareas y sus fuertes vientos.

Halvar nos hizo detenernos. Examinó la costa vacía con la frente arrugada. Allí no había nada más que el humo de unas hogueras apagadas y una niebla marina. Se me erizó el vello de los brazos. A mi lado Siv soltó el cierre que sujetaba el cuchillo que llevaba al cinto.

Se me aceleró el pulso. Habíamos llegado demasiado tarde, era la única explicación. Ya se habían ido, o peor, Aguja del Cuervo se los había llevado.

Pero me equivoqué por completo.

Antes de que me diera tiempo a pensar en cuál habría sido su destino, gritos y aullidos sobresaltaron a los que estaban en la retaguardia. De la oscuridad de las cuevas salieron en tromba unas siluetas vestidas con capas raídas y gorros. Un segundo después alguien me puso un cuchillo en la garganta. Mi mente iba a mil por hora, pensando en cómo debía retorcerme o dónde golpear para liberarme.

Las voces que oía a mi alrededor me revelaron que Siv, Frey, Casper y posiblemente también Mattis estaban en la misma situación que yo.

Noté un aliento caliente en el cuello.

—Estate quieta y…

El hombre que me sujetaba no pudo continuar. Un cuchillo pequeño pasó volando junto a mi oreja. El hombre soltó una maldición y consiguió esquivar el cuchillo por poco. Dos respiraciones más y lo oí gritar. Valen y los que habían conseguido zafarse de la emboscada rodearon a esas siluetas oscuras.

El príncipe de la noche tenía otro cuchillo en la mano (no sabía de dónde lo había sacado) y miró con los ojos entornados al hombre que me rodeaba la garganta con la mano y mantenía el cuchillo junto a mi nuca.

—Quítale las manos de encima —ordenó Valen.

El hombre se agachó y me utilizó como escudo humano.

—No te acerques o se lo clavo.

—No vas a tener oportunidad.

Un silbido resonó en la noche. Apareció en la boca de una cueva un hombre que no era más que articulaciones hinchadas y piel suelta, como si le colgara directamente sobre los huesos, que salió a la luz del atardecer.

—Basta. Si no me equivoco, esta gente no es de Aguja del Cuervo. Mirad, han venido con Kjell.

Nuestros captores soltaron un suspiro de alivio cuando el mensajero salió de detrás de Ulf con las manos en alto.

—Han venido a rescatarnos —anunció—. Crispin, han venido a por nosotros.

Crispin (asumí que sería el hombre huesudo) sonrió. Hizo un gesto con la mano y el cuchillo se apartó de mi garganta, e incluso mi atacante murmuró un «lo siento». Valen dio un brusco paso hacia delante y el hombre que me había atrapado se apartó precipitadamente, tropezando con las piedras y soltando maldiciones.

—Has fallado —susurré mirando el cuchillo que había en el suelo.

El príncipe de la noche me agarró con fuerza la muñeca y tiró de mí para colocarme detrás de él. No estaba segura de que fuera del todo consciente de lo que hacía. Una sonrisa muy leve apareció en su cara.

—No, nunca fallo.

—Sois bienvenidos aquí. Estamos en deuda con vosotros —anunció Crispin y nos hizo un gesto para que entráramos en las cuevas—. Pasad para ver lo que tenemos para el nuevo rey de los habitantes de la noche.

Capítulo diecisiete

El príncipe de la noche

Las cuevas eran húmedas y frías y estaban llenas de gente que no paraba de temblar. Ninguno de ellos había comido decentemente en mucho tiempo y la mayoría tenían llagas o heridas en la piel consecuencia de la intemperie o de antiguas palizas.

Hice todo lo que pude para no quedarme mirando.

Crispin debía ser una especie de patriarca para los refugiados. Tenía el pelo ralo y gris como el amanecer. La barba que llevaba apenas merecía ese nombre, porque tenía muchas calvas y diferentes longitudes. Se envolvía los pies con trapos sucios que sujetaban unos trozos de cuero sobre las plantas, creando una especie de botas improvisadas. Con la ropa con la que contaban, si no volvían con nosotros, cuando cayeran las heladas la mayoría moriría.

—Por aquí —señaló Crispin y los guió al interior de la cueva.

Las piedras y el suelo resbalaban, húmedos por las salpicaduras del mar, porque la boca de la cueva daba al agua. La luz natural se colaba en la penumbra lo suficiente como para que pudiéramos distinguir a dos guardias de Aguja del Cuervo, maltrechos y con las rodillas encadenadas.

Crispin sonrió de una forma un poco desquiciada.

—Os dijimos que venir hasta aquí merecería la pena.

Ulf y Frey murmuraron entre ellos; Ulf estaba satisfecho con ese patético botín, mientras que Frey parecía más incómodo. Un movimiento en un rincón hizo que mirara a Elise. Su expresión mostraba ira y dolor al mismo tiempo. Resistí la necesidad de ir con ella, apreté la mandíbula y aparté la mirada. Aguja del Cuervo era mi enemigo y también el suyo, pero yo no podía olvidar que ellos también eran su gente.

Esos guardias… tal vez los conocía.

Quería protegerla de lo que ocurriría si seguíamos con los planes

de Ari. Vería morir a personas que conocía. O caería en manos de aquellos que amó una vez. El demonio que yo tenía dentro la maldijo por ser tan imprudente, por ponerse en esa situación. Pero la sed de sangre y batalla que también albergaba en mi interior me suplicaba que me mostrara indiferente ante la *Kvinna* repudiada.

En el fondo, casi todo mi ser quería olvidarse del conflicto y acariciarla hasta que se fundiera en mis brazos, como en el pasado.

Halvar se rio y se acercó a los guardias encadenados.

—¿Y qué se supone que vamos a hacer con estos desgraciados? Parece que llevan una semana sin comer.

—Exacto —confesó Crispin.

—¿Los habéis estado matando de hambre? —preguntó Elise, asqueada.

—Éramos nosotros o ellos —respondió Crispin y se acercó a uno de los guardias—. Quieren que los liberemos, y aún más que les demos de comer, así que están dispuestos a hablar y contarnos los planes del falso rey.

Halvar se agachó y miró a los ojos a uno de los Cuervos. Tenía la cara amoratada y cubierta de costras. También se le veían los ojos rojos y olía a vómito.

—Podrían mentir perfectamente.

—No lo haremos —murmuró el guardia. Estaba solo a un paso del Otro Mundo, estaba claro.

—¿Tanta hambre tienes?

El guardia cerró los ojos. Su respiración era irregular y trabajosa.

—Nosotros… conocemos sus planes.

—Pero también podéis volver a vuestro campamento y contarles lo que sabéis de nosotros.

—No lograrían cruzar las montañas —repuso Elise con el ceño fruncido.

—¿Es que esa mujer simpatiza con esos cerdos? —le preguntó Crispin a Tor en un susurro. O al menos él creyó que había sido en un

susurro, pero todos lo oímos.

Elise entornó los ojos.

—Simpatizo con la humanidad.

—No les están haciendo nada que no les habrían hecho a los refugiados si hubieran caído en manos de Aguja del Cuervo. Allí han hecho cosas incluso peores —intervine antes de que me diera tiempo a pensar antes de hablar.

Elise me miró con un dolor en sus ojos azules que yo sabía que no podía provocarle nadie más.

—Me tendréis que perdonar —dijo con un temblor en la voz por la ira—, pero yo no quiero ponerme al mismo nivel que Aguja del Cuervo.

Crispin soltó una breve carcajada.

—Entonces deberías mantenerte al margen de cosas como la guerra, *De Hän*. Porque siempre se ponen muy feas.

Uno de los guardias empezó a toser y ese sonido reverberó en la cueva. Elise levantó la barbilla, nos ignoró a todos y se acercó a él. Le examinó la piel, le comprobó el pulso y miró a Crispin.

—Lo menos que podéis hacer es traerles un poco de agua. Si queréis que hablen, tendrán que mojarse un poco la boca, maldita sea.

Crispin se puso rojo, aunque lo más probable es que no fuera de enfado, sino más bien de vergüenza por no haberse dado cuenta de eso antes. Miró a uno de sus compañeros refugiados y asintió. Unos momentos después este regresó con un cubo y una cuchara. Elise cogió el cubo y fue dándoles cucharadas de agua a los Cuervos con mucha delicadeza.

Uno se atragantó y estuvo a punto de vomitar lo que tenía en el estómago vacío. A pesar de mis reservas, fui a su lado y cogí la cuchara. Todo aquello me resultaba muy familiar.

—Se lo estás dando demasiado rápido —expliqué en voz baja.

Me observó las manos mientras yo les daba poco a poco pequeñas cantidades de agua a los guardias. Ella se retorció los dedos en el regazo y susurró:

—Lo haces como si tuvieras experiencia.

Me detuve. Me dejaron sin respiración unos recuerdos muy oscuros de aquellas noches en las que era como si el hambre me comiera de dentro para afuera y la sed me hacía arder todo hasta que ya ni siquiera podía hablar.

—Es que la tienes —continuó, hablando para sí. Fijó los ojos en el suelo de piedra y una expresión de profundo dolor estropeó sus bonitos rasgos.

¿En qué estaba pensando? Quería preguntárselo, pero en vez de eso le di la espalda, apartándola. Les ofrecí dos cucharadas más a los guardias y me levanté.

—¿Qué es lo que planea Calder?

Uno de los Cuervos, el más fuerte, levantó la vista y me miró de arriba abajo.

—Perdonadle la vida a mi hermana… o no diré ni una palabra.

¿Hermana? El segundo Cuervo se hizo una bola. Estaba cubierta con unas pieles muy gruesas y con el pelo pegado a la cara, por eso no me había dado cuenta de que era una mujer. Tenía un ojo morado y cerrado y los dedos magullados, como si se los hubieran roto más de una vez.

—No fuimos nosotros —se apresuró a aclarar Crispin, como si intuyera lo que estaba a punto de preguntar—. Se cayeron desde el acantilado a la costa. Así fue cómo los atrapamos.

—¿Cayeron desde lo alto del acantilado? —repitió Tor.

Crispin asintió varias veces.

—Cuando cae la noche cuesta mucho ver algo, las piedras están húmedas y está oscuro. No es que no crea que los Cuervos son idiotas, pero supongo que cualquiera podría precipitarse si se acerca demasiado al borde.

Miré a los dos guardias maltrechos.

—Si tú hablas, la curaremos.

—No puedes prometer nada, Espectro —gruñó Ulf—. Tú no eres quien manda aquí.

—Pero yo sí —respondió Halvar—. Y si quieres sacarle información a alguien, el Espectro Sanguinario es el indicado.

Los ojos del Cuervo se abrieron, desorbitados, cuando me agaché a su lado y apoyé una rodilla en el suelo.

—El Espectro Sanguinario —repitió en un murmullo ahogado—. Por todos los dioses.

—¿Cómo te llamas?

—Brant. Ella es Kari —contestó con voz quebrada.

—¿Dónde está el resto de tu unidad?

Brant cambió de postura para apoyarse en las rodillas e hizo una mueca de dolor.

—Nos… nos separamos. Nuestra patrulla vigilaba las ciudades y las costas del sur.

—¿Que os separasteis? Qué raro.

El Cuervo miró a lo lejos y se le dilataron las ventanas de la nariz.

—Mentir no te ayudará —intervino Elise y me miró fijamente.

Estaría pensando lo mismo que yo: que podíamos usar el don de Junius, pero ellos no tenían que enterarse. Elise carraspeó y lo presionó, como si fuera ella la que tuviera la capacidad de detectar las mentiras.

—No estás siendo sincero —continuó— y nosotros venimos desde lejos. Estamos irascibles y se nos acaba la paciencia.

El orgullo me llenó el pecho. Qué *Kvinna* más lista. Conocía las señales que indicaban que alguien mentía como cualquier otro de los guerreros que había allí. Siempre había sido diferente de los demás nobles timoranos y, por mucho que lo intentara, no me cansaba de ella. Tenía recuerdos de muchas órbitas, pero nunca había conocido a una mujer, ni siquiera entre la nobleza de la antigua Etta, que me desquiciara, me desafiara y me tuviera tan encadenado como Elise Lysander.

Brant miró preocupado a su hermana.

—Uno de… Uno de los capitanes de nuestra unidad… Lo… Lo

pillé intentando violar a Kari. Y… lo ataqué.

—Agua —pidió Halvar cuando Brant tuvo que interrumpir su historia por otro ataque de tos.

Junius fue la que se acercó para humedecer los labios del Cuervo.

—Gracias —susurró él.

Le di un golpecito en la mejilla y él continuó.

—¿Atacaste a tu oficial? Eso significa pena de muerte.

—¿Tienes hermanas, Espectro? ¿O hermanos?

Elise dio un respingo sin querer, al menos eso pareció por la forma en que apretó los labios. Fue como si una hoja de acero ardiendo me atravesara el pecho, se clavara hasta lo más hondo y después rebuscara en la herida.

—Sí.

Brant asintió.

—Entonces lo entiendes. Podría haber sido el mismísimo rey y yo lo habría hecho pedazos igualmente. No es común en Timoran que las mujeres se dediquen a ser guerreras, por eso cuando lo hacen muchas veces acaban acosadas, violadas o incluso muertas. Nosotros no tenemos a nadie más y, cuando me uní a la guardia, ella no tenía adónde ir. Demostró su fuerza y la aceptaron también, con la condición de que permaneciera conmigo, bajo mi responsabilidad. Prometedme que no la matareis y hablaré.

Lo creí. La agonía que me produjo no poder proteger a Herja y a mi madre todavía me atormentaba. Tenía una infinidad de pesadillas grabadas a fuego en el cerebro, en las que revivía todas las cosas que podría haber hecho, que debería haber intentado para salvarlas.

—Tienes mi palabra de que ella vivirá. ¿Qué es lo que sabes?

Brant pareció más tranquilo, o tal vez era que estaba demasiado cansado para discutir. Carraspeó y habló muy despacio.

—El rey… Calder… va a la caza de los habitantes de la noche. Cree que con su sangre puede… crear elixires, venenos y magia que les serán de utilidad a los timoranos. Pretende usarlos como armas. Ya ha envenenado a algunos habitantes de la noche. Los manipula con

una furia oscura y retorcida, y a los que son demasiado débiles para servirlo, los desangra y se lleva su sangre para estudiarla y experimentar con ella.

—Eso es imposible —dije.

—¿Eso crees? —Brant me miró con el ceño fruncido—. Yo lo he visto. Tienen habitantes de la noche a su servicio. Y son fuertes. Ya han conseguido elixires que hacen crecer las cosas en la tierra, como la furia, y otros que la pueden envenenar.

—¿Y cómo manipulan a los habitantes de la noche?

Brant cerró los ojos durante unos segundos.

—Es una furia extraña. No proviene de los habitantes de la noche, al menos eso creo. En el castillo vive una bruja. Hay historias que dicen que las que son como ella pueden conceder cualquier deseo. Lo único que tiene que hacer es escribirlo y las Parcas del destino alteran los caminos de este para cumplirlo. Incluso puede hacer que los habitantes de la noche cambien sus lealtades y los sigan a ellos.

Me puse tenso cuando Elise me tocó el hombro. Tenía los ojos muy abiertos y me miró con algo que parecía terror.

—Calista —susurró—. La hechicera.

Palidecí. ¿Estarían maldiciendo a más habitantes de la noche?

—¿Qué hechicera? —Ulf se abrió paso—. ¿De qué estáis hablando?

Elise parpadeó, todavía atónita.

—Eh… La reina Annika tenía una especie de bruja, así la llamaba ella. Era capaz de… escribir historias sobre el destino.

Brant intentó sonreír.

—Sí, eso describe muy bien a la bruja de la que he oído hablar. Por lo que he entendido, el castillo Aguja del Cuervo cuenta con esas brujas desde tiempos antiguos. Quién sabe cuántas habrá.

Una. Elise me miró. Los dos sabíamos que tenían una. Las otras, entre ellas la que me maldijo a mí, habían muerto hacía mucho. A la que quedaba la estaban obligando a cumplir sus órdenes. Aunque aquella niña me salvó, a su extraña manera: escribió una historia que

me llevó a la Tumba Negra. ¿Pero cuánto tiempo podría luchar contra ellos antes de acabar en el Otro Mundo?

—Pero las unidades reciben una orden más importante que la de cazar habitantes de la noche —prosiguió Brant—: encontrar a la hermana de la nueva reina.

Un temblor nervioso recorrió la cueva. Los pies se movieron sobre las piedras. El odio me nubló los sentidos. Me daría un gran placer matar a ese rey casi infantil si se le ocurría intentar tocarle un pelo a Elise.

—¿Y para qué la quieren? —pregunté con la voz ronca típica del Espectro.

Brant se encogió de hombros.

—Su bruja ha dicho que no la pueden matar o que es necesaria para alguna cosa. Algo así. No lo sé todo. Lo único que tengo claro es que debíamos encontrarla y llevarla al castillo. Viva.

Así que la bruja del destino estaba protegiendo a Elise en cierta forma. Muy valiente por su parte. Y no había duda de que, fueran cuales fueran los planes de Runa y Calder, nosotros nos ocuparíamos de llevarlos al traste.

Me levanté.

—Nos has proporcionado algo útil, como prometiste —afirmé mirando a Crispin—. Así que nosotros mantendremos nuestra parte del trato. Soltadlos y dadles algo de comer.

—¿Qué es eso de dar órdenes? —intervino Ulf—. Apenas hablas con el rey Ari, pero pretendes que hagamos todo lo que dices.

—Será mejor que te calles —dijo Halvar de forma condescendiente.

—Lleváis las ligaduras. Todos —continuó Ulf—. Frey y yo somos los guardias reales, nombrados personalmente por Ari. Lo que decimos nosotros es en nombre de nuestro rey. Tú ni siquiera has escogido un bando. No tenemos ninguna necesidad de cuidar a dos Cuervos.

—Son fugitivos —exclamó Elise—. No van a volver con su unidad.

—No me importa. Siguen siendo enemigos —insistió Ulf.

—Pero incluso en la guerra debemos guardar el decoro —interrumpió Halvar y me recordó mucho a su padre—. Dejad de fastidiar y de quejaros porque vuestro rey ha dejado el mando en manos de un grupo de habitantes de la noche encadenados. A nosotros nos disteis de comer, así que tratad a los Cuervos como prisioneros si queréis. A mí no me pareció tan malo. Igual así los convencéis de que se unan a vuestro bando.

—Yo no los quiero conmigo —gruñó Ulf.

—Basta —dijo Frey y se colocó delante del otro guardia—. Ari es un rey justo. Incluso con los enemigos. Sacadlos de este maldito lugar tan húmedo y dadles algo de comer.

—No tenemos gran cosa —respondió Crispin.

—Hemos traído algunas provisiones de Ruskig para vosotros —intervino Siv.

Crispin asintió y varios refugiados se acercaron y les cortaron las ligaduras de cuero a los dos Cuervos. Aunque estaba muy débil, Brant corrió junto a Kari al ver que su hermana se precipitaba hacia delante. Cuando le quitó el pelo de la cara, se vieron claramente sus rasgos femeninos. Tenía la cara fina, la nariz cubierta de pecas y las pestañas largas.

Halvar la cogió en brazos. Ella abrió un segundo los ojos y después se le cayó la cabeza hacia atrás. Frey y Mattis ayudaron a Brant a salir tambaleándose de la cueva. Los demás nos quedamos allí en silencio.

Unos momentos después, Crispin unió las manos.

—Bueno, supongo que deberíamos prepararnos para partir.

Cuando me dirigí a la entrada tras el anciano, Ulf se plantó delante y me acercó un dedo acusador a la cara.

—Ten cuidado con lo que haces, Espectro. Sé que tienes planes en esa endemoniada cabeza tuya y no confío en ti.

—Lo mismo digo. —Sonreí burlón. Las ganas que tenía de reventar a ese guardia desafiaban la lógica.

Ulf salió como una tromba. Junius me dio un golpecito en el hombro con un ceño de preocupación.

—Su ira tiene un sabor amargo.

—¿Y eso qué significa?

Ella sacudió la cabeza.

—No lo sé todavía. Pero normalmente indica que pronto dejaré de confiar en él. Lo mantendré vigilado.

Yo iba a hacer lo mismo.

Los demás fueron pasando a la cueva principal. Elise iba tropezando con las rocas y evitando mi mirada.

«Di algo», pensé. Habían hablado de ella, era parte de los planes de su hermana y se merecía que me preocupara por ella. Ninguno de los otros había dicho ni una palabra.

Tenía que hablar con ella, olvidar por un momento que la había apartado, dejar a un lado la venganza, la sangre, y recordar los momentos en que nos escondíamos en los rincones y el mundo nos parecía perfecto.

—Tu primo no te va a encontrar. —Unas palabras vacías y no lo que debería haber dicho, ni mucho menos.

Elise se detuvo y me miró con esos ojos tan brillantes, vivos y cercanos.

—Puede que sí.

Me acerqué un paso más.

—No, seguro que no.

—Si lo hace… —dudó y se mordió el labio por los nervios—, mátame antes de que me lleven con él.

—Elise…

—Voy a ver a los Cuervos —me interrumpió—. Gracias por hacer lo que has podido para salvarles la vida. Estoy segura de que no ha sido fácil, dado el odio que sientes por los timoranos.

Y se fue sin decir nada más. Y sin mirarme de nuevo. Normalmente lo hacía con nostalgia, ira o frustración, pero yo prefería cualquiera de esas cosas a la nada.

¿Por qué me sorprendía? ¿Es que no era eso lo que yo quería, que ella me borrara de su vida? Lo había conseguido y sabía que estaría más segura si dejaba de tener esa conexión con un príncipe vengativo.

¿Por qué entonces esa mirada vacía me dolía como si me hubieran hundido un puño en el corazón?

Capítulo dieciocho

La princesa rebelde

No nos quedamos en las cuevas mucho tiempo. Descansamos un poco, comimos medio rollito de miel duro y tomamos un poco de vino aguado y Halvar insistió en que volviéramos a Ruskig.

Con los refugiados ya formando parte del grupo, el viaje iba a ser mucho más lento y había que elegir estratégicamente los caminos que tomábamos. Antes nos habíamos quejado de los senderos rocosos, pero tenía que reconocer que eran mucho mejor que el fango y el lodo pegajoso de las marismas y las ciénagas que había cerca de la prisión de la furia. La decisión definitiva fue tomar una ruta que nos llevaría un día más y además nos haría rodear el castillo Aguja del Cuervo.

Cuando Halvar anunció que iba a llevarnos por allí, Ulf le dijo más de una vez que era un idiota y que quería matarnos a todos.

Solo un día después de abandonar las cuevas, ya más de uno en nuestro grupo se había puesto del lado del guardia real. Algunos incluso empezaron a murmurar que Halvar y el Espectro Sanguinario estaban maquinando algo en nuestra contra y que nos abandonarían cerca del castillo para que los Cuervos pudieran atraparnos sin dificultad.

Estaba harta de sus quejas constantes, pero no quería acercarme a Valen. Era exasperante y muy guapo, y no quería que me afectara ninguna de las dos cosas.

Fui ralentizando el paso hasta que acabé al final de la fila, donde iba Brant, con las muñecas atadas, tras un carro en el que llevábamos a su hermana, que la noche anterior había logrado recuperar la consciencia, solo para volver a sumirse en un sueño inquieto.

Brant tenía la cara limpia y se había quitado el sudor y la suciedad de la barba. No era mucho mayor que yo, tal vez solo unas cuantas órbitas. Era guapo, con unos ojos azul hielo inteligentes, y tenía los hombros hundidos, como si llevara todo el peso del mundo sobre ellos.

Le di una patada a una piedra, que se estrelló contra una rueda

del carro. Brant la siguió con la mirada y después la levantó para estudiar mi perfil.

—Tú eres timorana —dijo con voz ronca.

—Sí.

Una media sonrisa apareció en su cara.

—Y si tuviera que aventurar algo, diría que no eres una timorana cualquiera.

—No soy nadie.

Él se rio entre dientes.

—Sí, y a mí no me están arrastrando para encontrar la muerte al final.

—No es así —aseguré.

—¿De verdad? ¿Porque lo ha dicho el Espectro Sanguinario? Él es un asesino, no se puede hacer mucho caso de su palabra, *Kvinna*. —Hice una mueca y Brant se rio de nuevo—. Como ya he dicho, no eres una timorana cualquiera.

—¿Cómo lo has sabido?

—Cuando dije que Aguja del Cuervo te estaba buscando, tuviste una reacción. Bueno, tú y la mitad de tu grupo. Estaba demasiado aturdido para fijarme entonces, pero ahora veo claro que te has aliado con ellos. ¿Por qué le has dado la espalda a tu familia?

—Porque Calder y mi hermana quieren masacrar a gente inocente. Han usurpado el trono dando un golpe de estado. Esta tierra no los eligió. —Me di un tirón de la trenza y suspiré—. Esta tierra no ha elegido a nadie de mi linaje.

—Son palabras de traición, *Kvinna* —señaló. No lo dijo de forma amenazante, sino más bien traviesa, como si esperara que dijera algo así.

Lo miré con una sonrisa maliciosa.

—¿No estás de acuerdo?

—Sí —contestó Brant. Miró por encima del borde del carro

cuando Kari se estremeció en sueños—. Estoy de acuerdo. Los timoranos son invasores. Nuestros ancestros robaron la mayoría de las cosas y después nosotros luchamos para mantenerlas.

—¿Y si no tuviéramos que hacerlo? Luchar, quiero decir. ¿Y si estuviéramos todos unidos? Eso fue lo que el rey Arvad y la reina Lilianna intentaron hacer.

—¿El rey de los habitantes de la noche?

—Su reina era timorana.

Brant me miró con una ceja enarcada. Un momento después asintió.

—Tienes razón. Prácticamente lo había olvidado, pero tenía una *Amma* que nos contaba la historia de cómo la tierra del hielo se unió con la magia gracias a su matrimonio. *Amma* Pjoke siempre accedía a contarle a Kari historias románticas. Decía que, en el momento de la unión de esos reyes, los dioses abrieron los cielos e hicieron temblar la tierra para demostrar su aprobación. —Se rio bajito y miró al cielo—. No sé si la paz es posible. No eres consciente de la fuerza que está adquiriendo Calder. Lo apoyan los reinos orientales y algunos de los occidentales también. Y manipula a los habitantes de la noche para que lo sirvan.

El estómago me dio un vuelco. Seguro que Calder había reunido a un ejército formidable, uno al que le costaría enfrentarse incluso a Valen. Si al menos Ari le quitara esas ligaduras… Ojalá el príncipe de la noche dejara de ser tan testarudo y quisiera ocupar su lugar.

Aparté esos pensamientos sobre él. No era el momento. Todavía no. Con una sonrisa precavida, me desplacé hacia un lado hasta quedar hombro con hombro con Brant.

—¿Estás bien? ¿Necesitas descansar? Halvar te escuchará si se lo pides.

—¿Halvar es el que dirige? —preguntó Brant antes de soltar una maldición cuando se le hundió el pie en un charco de lodo espeso y asqueroso.

—Sí, forma parte de la Hermandad de las Sombras.

—Otra sorpresa. El Espectro Sanguinario y su Hermandad demostrando humanidad…

—No es la primera vez.

Brant dejó escapar un largo suspiro.

—Yo estoy bien. Y ese hombre, Halvar, ha preguntado por Kari varias veces. Incluso ha encontrado a una anciana que sabe algo de hierbas para ayudarla a luchar contra la infección de sus heridas.

Sentí calor en el corazón. Halvar era un buen hombre. Todos lo eran. Solo… estaban perdidos.

—¿Pero ellos también son prisioneros? —preguntó Brant.

—Es un poco complicado —respondí—. El Espectro Sanguinario prefiere luchar contra Aguja del Cuervo por su cuenta, pero el rey Ari lo quiere como aliado. Por eso les ha bloqueado su furia, pero a la vez les ha dado permiso para ayudar con los refugiados.

No veía la necesidad de contarle que yo era el señuelo que Ari quería utilizar con Valen. Eso solo provocaría más preguntas.

Brant se rio entre dientes y estiró el cuello para librarse de los dolores.

—No entiendo a los hombres como el Espectro Sanguinario.

—Ni lo intentes —comenté sonriendo.

Al oír un silbido, nos detuvimos. No me había dado cuenta de que estábamos muy cerca de las afueras de Lyx y los alojamientos reales.

—Ahora llega la parte divertida —murmuró Brant.

Me clavé las uñas en las palmas de la mano cuando Tor y Halvar recorrieron la fila dando instrucciones para acometer la siguiente parte. Tor (que desde que leyó la entrada del diario de Lilianna parecía estar más alegre, aunque fuera solo un poco) se detuvo a nuestro lado.

—Vamos a utilizar los caminos secundarios que cruzan las tumbas antiguas. —Tor me clavó la mirada.

La Tumba Negra. Dejé escapar el aire, temblorosa. Estuvimos allí cuando Valen murió y después renació.

Le toqué el brazo a Tor y bajé la voz.

—¿Está… está bien?

Su mandíbula se tensó.

—Sobrevivirá. Como siempre. Mantén los ojos abiertos, Elise. No me fío de lo que puede haber en este lugar.

Saqué la daga y miré a Brant.

—Voy a confiar en ti.

Él gruñó de alivio cuando las correas de cuero que lo ataban cayeron al suelo y se frotó las muñecas hinchadas. Le di una navaja que Mattis había cogido del armero de Ari. En la cara del Cuervo apareció una expresión de alivio.

El lugar en el que estaba la Tumba Negra no había cambiado mucho. Al fondo se veían los montículos cubiertos de barro y hierba alta. El espacio seguía delimitado por espesos arbustos de la luna con sus ramas retorcidas. Entre esos muros vegetales había unas torres decrépitas y ruinosas que convertían toda aquella zona encantada en algo similar a una gran plaza. Los montículos centrales y los senderos suponían una zona peligrosa, en la que tendríamos la muerte asegurada si en lo más alto de esas torres había Cuervos que podrían arrasar ese espacio con sus flechas. O si regresaban aquellos guardianes de sombra, no lo quisieran los dioses.

Los arbustos de la luna envolvían la Tumba Negra. Entre ellos se veían los escudos de la familia Lysander. Me estremecí. Era perturbador ver los símbolos y las runas de nuestra familia allí. Antes no estaban en aquel lugar. ¿Es que Runa había visitado la tumba? ¿Calder sería consciente de lo que yo había hecho? ¡Por todos los infiernos! ¿Sabrían lo de Valen?

Le di la espalda a esos escudos fantasmagóricos para mirar los túmulos funerarios, redondos y cubiertos de tierra. Alrededor de ellos había nuevos tótems de los dioses y junto a estos, lanzas con cabezas clavadas. Y no eran cabezas cualquiera: eran de Cuervos.

El estómago me dio un vuelco violento y me tapé la boca para no vomitar. Sentí vergüenza porque pensé inmediatamente en Valen. ¿Lo había hecho él? Me alejó de él cuando Aguja del Cuervo envió a sus guardias. ¿O serían esos los restos de los pobres guerreros que habían fallado al nuevo rey?

Tuve oportunidad de preguntárselo. Valen recorrió toda la fila de

gente que cruzaba vacilante los densos arbustos y entraba en la Tumba Negra. Sus ojos se veían muy oscuros y llenos de tristeza y llevaba la máscara roja con la que se cubría la nariz y la barbilla.

Cuando me encontró, se situó a mi lado, pero no dejó de mirar hacia delante y siguió caminando, sin decir nada.

Reduje la velocidad de mis pasos y también lo hizo el príncipe de la noche. Cuando Brant y el carro se hubieron adelantado unos diez pasos, lo miré con los ojos entornados.

—¿Eres tú quien está detrás de esa carnicería?

El silencio que siguió me puso nerviosa, pero un momento después Valen se acercó y dijo:

—No. Pero esos desdichados, que por desgracia han visto su cabeza separada de su cuerpo, son la razón por la que estoy aquí para cruzar contigo.

—Oh, ya veo que ahora te importo mucho. —Una respuesta cruel tal vez, pero estaba tan enfadada que podría haberle gritado y las palabras me salieron solas, sin que yo pudiera evitarlo.

Valen se echó a reír, lo que me irritó aún más.

—¿Esa es la forma que tienes de decir que me echabas de menos?

Era el príncipe de la noche. El heredero al trono ettano. Lo habían maldecido, utilizado, maltratado y matado de hambre. Me había mentido. Pero no había perdido esa lengua ingeniosa, arrogante y exasperante que tenía y que me arrancaba una sonrisa siempre, contra mi voluntad.

—Ni me había dado cuenta de tu ausencia. —Las comisuras de sus ojos se arrugaron. Demonios, ojalá pudiera ver esa sonrisa. Cuando aparté la vista, sacó dos espadas de hoja estrecha—. Veo que han confiado lo bastante en el Espectro como para darle armas. Supongo que estarás orgulloso.

—Oh, no, *Kvinna*. Nada de confianzas. Las he robado.

Valen sujetó una rama de arbusto de la luna y me indicó que pasara. Examinó una de las flores con una mirada de nostalgia.

—¿Por qué crees que está aquí el escudo de mi familia?

—No lo sé —reconoció Valen—. Puede ser una provocación de tu hermana, que sabe lo que significa este sitio y espera que vuelvas por aquí, o algo más simple: que Calder le haya regalado estas tierras a su futura reina.

—Pues esperemos que sea la segunda opción.

Valen hundió la barbilla.

—Esperemos.

No me ayudaba saber que el príncipe de la noche estaba alerta. Lo ocultaba con su tono desenfadado y la conversación fluida, pero la mirada de Valen no había dejado de revisar aquel espacio abierto. Pasamos entre las ramas de arbustos de la luna con cuidado, pero cuando crucé, me choqué con la espalda de Brant. El Cuervo se había quedado junto a las plantas y miraba la zona de la Tumba Negra.

—¿Brant?

—Este lugar llama a la sangre —susurró—. He estudiado las sagas. Está maldito.

Valen y yo nos miramos. El Cuervo no tenía ni idea de los secretos que encerraba aquella tierra ni tampoco cuánta razón tenía en lo que acababa de decir.

—Creo que estuvo maldita en el pasado —contesté con cautela—, pero ahora no es más que un cementerio.

—No —insistió Brant—. Hay algo en esta tierra. Lo sé. El rey Calder hizo cosas aquí. Y llama a la sangre.

—¿Qué es lo que sabes? —preguntó Valen con tono de urgencia.

—Nada, solo que este lugar atrapa a la gente y que los del castillo Aguja del Cuervo vinieron aquí hace poco. Han hecho algo en él, estoy seguro. Lo noto.

—Brant —intenté calmarlo a la vez que lo empujaba para que siguiera adelante. Había oído hablar de las consecuencias que tenían los traumas en la mente y, aunque Brant fuera un Cuervo, había pasado por situaciones complicadas. Seguro que debía tener la mente afectada—, avancemos despacio. Mira, Kari va en el carro con los demás y ya han entrado en la zona de la tumba y no ha pasado nada.

—Digamos que es una corazonada.

—A ver si vas a tener algo de habitante de la noche… —dijo Valen haciendo girar la espada en su mano.

Valen lo decía en broma, pero Brant asintió y dijo con voz monótona:

—Creo que puede ser. Siempre he notado cosas que otros no podían y sé qué hacer en ciertas situaciones o detecto si va a pasar algo malo. Y este es uno de esos casos.

Se me puso la piel de gallina. Intenté ocultar mi reacción, pero noté que Valen se tensaba y no me pasó desapercibido que sacó la segunda espada.

—*Kvinna*, ten cuidado —insistió Brant.

Yo no dije nada. La forma en que me miró, como si supiera la conexión que tenía con aquel lugar, me puso los pelos de punta. El guardia cerró los ojos y entró en el lugar.

No ocurrió nada.

—Está perdiendo la cabeza —murmuró Valen.

Tal vez. Era posible que los traumas le estuvieran pasando factura. Pero yo noté que un escalofrío me recorrió los brazos. La advertencia de Brant, su confesión de que tenía intuiciones que no eran habituales, me había puesto en alerta.

—¿Lista? —preguntó Valen.

—¿Y tú?

Él miró hacia delante.

—No, ¿pero qué otra opción tenemos?

No sabía por qué, pero esa respuesta tan sincera me hizo sentir mejor. Si el príncipe de la noche tenía sus dudas (tal vez también un poco de miedo), puede que yo no fuera tan cobarde. Valen me tendió la mano y yo se la cogí y se la apreté.

Y juntos entramos una vez más en las tierras que rodeaban la Tumba Negra.

Las estrellas brillaban sobre nuestra cabeza y la brisa me sacudía

el pelo. Nada cambió.

Me reí, nerviosa y avergonzada por haber sido tan tonta y haber tenido miedo. La maldición se había roto. Como le había dicho a Brant, aquello no era más que un cementerio.

Solo nos dio tiempo a dar dos pasos más cuando la tierra se estremeció. Valen se detuvo y me agarró la mano con más fuerza. Me quedé petrificada cuando la brisa desapareció y la oscuridad se tragó las estrellas.

No podía gritar ni moverme.

El muro de oscuridad se dividió para dar paso a unas apariciones de individuos y vimos el brillo dorado de las hojas de fuego resplandeciendo en la oscuridad.

Los guardianes de sombra chillaron, nos rodearon y atacaron.

Capítulo diecinueve

El príncipe de la noche

Los guardianes aparecieron en un instante. Casi no tuve tiempo de alzar la espada para clavársela en el vientre a uno, cuando ya había aparecido otro detrás de nosotros. Elise intentó sacar su espada, pero la empuñadura se le quedó enganchada en la funda de cuero. Me moví para colocar mi espalda contra la suya y ensartar a los guardias antes de que pudieran acercarse más a ella.

—¿Qué estáis haciendo? —gritó el imbécil del carpintero. Mattis nos miraba como si hubiéramos perdido la cabeza.

—¿Qué te parece? —grité—. Coge una espada y enfréntate a ellos.

—¿A quiénes?

Por todos los dioses, no tenía tiempo para ocuparme de Mattis y sus incesantes preguntas. Elise se irguió a mi espalda, con el arma por fin en la mano, y soltó un grito de rabia cuando un guardián intentó atravesarle el corazón.

—¡Son demasiados! —chilló.

Solté una maldición entre dientes. Las sombras seguían abalanzándose sobre nosotros. Aquellas malditas espadas de fuego despedían un calor que me hacía arder la cara. Pero un momento después quedó claro lo que querían esos guardianes y se me hizo un nudo en las entrañas por el puro terror. Era a Elise. Todos sus ataques iban dirigidos a ella.

En cuanto lo descubrí, lo vi clarísimo. No sabía cómo, pero esos espectros estaban centrados en ella. Yo solo estaba en su camino.

Dábamos mandobles y clavábamos nuestras armas. Algunos de los refugiados nos observaban como si nos hubiéramos vuelto locos. Los oscuros restos de la criatura que todavía habitaba en mi interior me hicieron desear cortarles el cuello a todos por quedarse allí mirándonos como pasmarotes y no venir en nuestra ayuda.

Tor y Halvar llegaron corriendo, con las armas en alto.

—¿Qué ocurre? —gritó Tor—. ¿Qué es?

—¿Qué…? —gruñí mientras atacaba a un guardia. Un chillido de otro mundo me estremeció la sangre y el guardián se desvaneció en una niebla fría tras recibir mi estocada.

Tor y Halvar tenían sus armas en la mano y estaban a unos veinte pasos, pero actuaban como si no supieran por dónde atacar.

—¿Es que no los veis? —grité. Un tajo. Esquivé un golpe. Ensarté. Elise gritó a mi espalda y le clavó la daga a un guardián; si hubiera tenido garganta, se la habría destrozado.

—¡No! —contestó Halvar. Stieg, Casper y Junie se habían unido a ellos, pero nos miraban tan desconcertados como ellos.

—¡Son guardianes de sombra, maldita sea!

Tor se acercó, dando mandobles con la espada sin ton ni son, y alcanzó a un guardián por casualidad.

—¡Dinos dónde están! ¿Por qué demonios no los vemos?

—Están… —No pude acabar la frase porque tuve que concentrarme en dos guardianes que me atacaban por los flancos. Me ardían los brazos con los que sujetaba las dos espadas. Maldije a Ari. Mi furia habría acabado con esas sombras, sin duda, pero el imbécil del rey y sus malditas ligaduras hacían que no pudiera utilizarla para protegernos. Para protegerla a ella.

—¡Están por todas partes! —informó Elise.

Tor y Halvar entraron en el círculo. Y los demás también. Junie cerró los ojos y, un segundo después, empezó a girarse hacia los guardianes y a atacar con una precisión casi perfecta. ¿Podría sentirlos?

Frey y Ulf nos miraban a todos atónitos, sin hacer nada. Siv corrió hacia Elise, pero un guardián la apartó. Gritó, seguro que de sorpresa, porque no veía la fuerza que la había detenido. Mattis había dejado de hacer preguntas estúpidas y había levantado el hacha de batalla, pero nadie sabía dónde atacar.

—Creo que es la sangre —nos gritó el guardia lunático.

Pero me costó oírlo. Me dolían los brazos. Elise estaba jadeando. Aparecieron más guardianes. Pronto podrían con nosotros. Había estado a punto de verla morir allí en el pasado y me negaba a que ocurriera de nuevo.

—¡Es la sangre! —gritó el Cuervo de nuevo. Sonreía, como un loco—. ¡Espectro, quieren su sangre!

—¿Pero qué demonios…? —No pude acabar la frase. Tenía que conservar las fuerzas.

—¡Está marcada para una Lysander! —siguió gritando Brant—. La tierra está maldita y la busca a ella. ¡Quiere su sangre!

—¿Y cómo es que él también los ve? —preguntó Halvar.

No importaba. Fuera por instinto o por desesperación, tuve una idea que no dejó de repetirse en mi mente. Una vez aquel lugar había exigido sangre para romper una maldición. Los guardianes la podían derramar en cualquier parte, pero nosotros debíamos hacerlo en un punto específico para romper las ataduras de la furia.

Era la única oportunidad que teníamos.

Sin avisarla, agarré a Elise por la muñeca y eché a correr pendiente arriba.

—Valen… —Debió darse cuenta de adónde nos dirigíamos, porque aceleró el paso.

A nuestras espaldas aumentaron los chillidos y aullidos, como si hubiera fantasmas entre los árboles. Nosotros seguimos avanzando por el terreno elevado camino del símbolo de piedra que había en lo más alto de la colina: una esfera de brezos y serpientes enroscadas alrededor de la empuñadura de una espada. Arrastré a Elise hasta el centro. El escudo que había acabado con mi maldición seguía allí.

—¡La mano! —grité.

Elise me la tendió. En un segundo le hice un profundo tajo en la piel blanca y vertí la sangre sobre la piedra.

Nada.

Por todos los infiernos. Nada.

Los guardianes venían a por nosotros. A por ella. Eran demasiados

y a mí no se me ocurría otro plan. Como no podía hacer nada más, envolví a Elise con mis brazos, la apreté contra mi pecho y la tiré sobre la piedra. Cubrí su cuerpo con el mío. Ella se aferró a mí, enterró la cara en mi pecho y yo cerré los ojos. Le envolví la cabeza con la mano, la abracé fuerte y esperé notar la quemadura de esas hojas llameantes.

De repente la luz atravesó mis párpados apretados, los gruñidos y resoplidos desaparecieron como el humo con el viento y un momento después lo único que oía eran mis jadeos y el latido de la sangre en mi cabeza.

—¿Qué ha pasado?

Creo que fue Frey quien hizo la pregunta. Abrí despacio un ojo. Una cúpula de luz pálida nos envolvía, pero se disolvió para convertirse en una leve neblina.

Pasó un instante más y Halvar apareció a mi lado.

—¿Ya no están?

Negué con la cabeza, todavía aferrado al cuerpo de Elise, que estaba temblando. O tal vez el que temblaba era yo.

—Ha sido igual que aquella noche —susurró Halvar para que solo pudiéramos oírlo nosotros—. La sangre ha resplandecido y después ha aparecido la luz.

—Trae al Cuervo. —Tenía que hacerle unas preguntas a Brant. Nos sentamos, pero no solté a Elise y ella tampoco a mí. Trajeron a Brant y lo obligaron a ponerse de rodillas—. Has dicho que la maldición estaba hecha para ella. ¿Cómo lo has sabido?

—Ya te lo he dicho —contestó—. Noto cosas y he oído lo bastante sobre maldiciones de la furia como para saber que hace falta sangre para romperlas. Si esta tierra está maldita de verdad, supuse que eso era lo que hacía falta. Los escudos de los Lysander… Ellos fueron los que me sugirieron que hacía falta la sangre de la *Kvinna* Elise. No he utilizado ninguna magia poderosa y no te estoy ocultando nada. Lo he deducido todo a partir de esa sensación.

—Pero si querían a Elise —intervino Frey—, ¿por qué el Espectro Sanguinario veía a los espíritus pero los demás no?

Brant me miró fijamente.

—No lo sé. Lo único que se me ocurre es que esta tierra conoce al Espectro Sanguinario y por eso no podía ocultarse de él.

Mi sangre había manchado aquella tierra durante mi sacrificio. No podía contárselo, pero lo que Brant decía tenía sentido. Por desgracia, lo que había dicho llamó la atención de todo el mundo. Frey y Ulf me atravesaron con la mirada como si fuera un nuevo enemigo. Siv se mordió el labio inferior porque ella sabía tan bien como nosotros por qué me conocía esa tierra. Mattis ladeó la cabeza y me estudió a mí y después a Elise.

Tor se adelantó.

—Podemos elucubrar sobre las maldiciones de la furia luego. Por ahora, yo diría que salgamos rápidamente de esta tierra maldita en la que además estamos al descubierto.

La Hermandad de las Sombras se los llevó a todos lejos de la piedra, a donde estaban los refugiados, más abajo. Elise y yo los seguimos, pero en cuanto estuvimos al resguardo de los árboles, le cogí la mano. Después de lo de los guardianes, no podía apartar las manos de ella por mucho que lo intentara, aunque solo fuera durante un tiempo breve.

Cuando estuvimos a solas, miré a Elise. Ella se apoyó en mí cuando le recorrí el brazo con la mano.

—Odio este lugar —reconocí.

Ella se echó a reír y apoyó su frente contra la mía.

—Por todos los dioses, yo también. Y tampoco me gusta que sigas utilizando tu cuerpo como escudo para mí.

Elise me puso una mano sobre el corazón y yo se la cubrí con la mía.

—Eres más pequeñita que yo. Es lógico que yo sea el escudo.

—No, esto no tiene nada que ver con el tamaño. Tienes una necesidad enfermiza de hacerte el héroe.

—¿Soy tu héroe?

Me dio un golpe en pecho. Me reí y le rodeé la cintura con el brazo mientras manteníamos las cabezas juntas.

Elise me acarició un lado de la cara con las yemas de los dedos y su sonrisa desapareció.

—Preferiría que siguieras respirando y no que fueras un héroe estúpido.

—Yo nunca seré un héroe estúpido, sino uno formidable.

—Creo que te odio.

Yo también me eché a reír y, antes de que me diera tiempo a pensar lo que estaba haciendo, la besé en los labios. Ella dio un respingo, pero solo fue un segundo. Después me devolvió el beso. Nuestros alientos se mezclaron hasta que respiramos como un solo ser. Le agarré la trenza con fuerza y apreté su cuerpo contra el mío. Después sonreí.

—Si eso es odio, creo que me gusta.

Me dio un golpe en el brazo y después me agarró el cuello de la túnica.

—Pienso demasiado en ti —admitió jadeante y me rozó el labio con los dientes.

Un gruñido reverberó entre ambos (no sé si lo emití yo o ella) y me recorrió las venas.

—¿Ah, sí? —La suave piel de su cuello me resultaba cada vez más seductora, una tentación demasiado grande para poder ignorarla. La besé ahí y ella me ofreció la garganta—. Cuéntame en qué piensas.

¿Por qué estaba permitiendo que aquello continuara? Debería parar y alejarme. Mi lógica y mis miedos me pedían a gritos que la soltara. Pero en ese momento estaban enterrados en lo más profundo de mi mente y casi olvidados. Deseaba aquello. Era una debilidad y no estaba bien. No traería a mi vida más que insatisfacción y tal vez incluso la muerte.

—Pienso… —dijo Elise acariciándome con mucha suavidad el principio de barba— en lo idiota que eres.

—Hum. —Sonreí junto a su boca—. Qué romántico.

—En cómo me mentiste y me engañaste. —Sus dedos se enredaron en mi pelo, cubierto de suciedad y de sudor, pero no le

importó—. Aquella noche en la vieja escuela.

Se me tensó el vientre. Un deseo sensual y oscuro de tenerla debajo de mi cuerpo, igual que aquella noche, creció en mi interior.

—Pienso —continuó en un susurro— en que lo volvería a hacer todo si con ello pudiese conseguirte.

Yo no merecía la corona de Etta. Un rey lógico y razonable mantiene la mente centrada en lo que es más importante, en vez de dejarse llevar por los instintos más básicos y tomar lo que quiere de la forma más egoísta.

La besé, con fuerza y pasión, deseando solo poder volver a aquella noche oscura e íntima. Mis manos recorrieron las curvas de su cuerpo y disfruté de su sabor y de su lengua contra la mía. Quería que el tiempo retrocediera a antes de que ella descubriera que era el Espectro Sanguinario y el príncipe de la noche, a cuando solo éramos Legion y Elise.

Aquello no iba a acabar como nosotros queríamos, estaba seguro. Yo tenía intención de destruir el castillo Aguja del Cuervo y pocas esperanzas de salir de allí vivo. Ella merecía algo más que un hombre que ansiaba sangre. Elise tenía que vivir una vida larga y tranquila. Y cuando pasara todo, si Ari se salía con la suya, tal vez ella podría elegir a quién amar en vez de permanecer al lado de alguien oscuro y perdido como yo.

Hundí la barbilla y me aparté. No la miré, pero la mantuve contra mí.

—Valen —murmuró y me frotó el ceño—. No tienes que apartarte de mí.

—No lo entiendes —confesé, abriendo un poco mi corazón para dejarla entrar—. Los recuerdos que tengo… Lo que te harían… Elise, va a ser peor que el recuerdo más horrible.

—Estoy en peligro contigo y sin ti.

Lo sabía, a cierto nivel. Era consciente de que la perseguían por su nombre, no por el mío. Pero si a eso le añadíamos que la *Kvinna* Elise había liberado al príncipe de la noche, se convertiría en una presa aún más apreciada que yo para Aguja del Cuervo. Una auténtica traidora. Y sabía lo que les hacían allí a los traidores.

No dije nada.

Elise suspiró y me dio un beso en un lado de la cabeza.

—No comprendo los horrores que te atormentan, Valen Ferus. Ojalá los compartieras conmigo alguna vez, para aliviar un poco esa carga. Pero tienes que saber que no he dejado de creer que en ti hay más que venganza y nunca dejaré de hacerlo. Tienes el poder de sanar esta tierra.

Me tocó con suavidad la punta de la oreja, después se apartó de mis brazos y me dejó a solas con mis pensamientos y un deseo insaciable que no podía satisfacer.

Capítulo veinte

La princesa rebelde

Aquella noche el fuerte olor de la taberna de Sven me resultó reconfortante. Halvar nos sacó de la Tumba Negra, conmocionados, y decidió que la zona de matorrales que rodeaba la taberna estaba lo bastante despejada para que pudiéramos acampar. Y Sven agradeció las monedas que llenaron sus cofres cuando los guardias de Ari se instalaron en su salón. El viejo tabernero saludó a Valen llamándolo Legion, le preguntó cuándo iba a volver a sus actividades anteriores y después fue de acá para allá cobrando extras por cosas absurdas como abrir una ventana o quitar los pies de las mesas.

Yo me dediqué a alimentar la hoguera que habíamos hecho en la linde del bosque mientras oía las risas de los guardias y de algunos miembros del grupo de Crispin, que estaban jugando y bebiendo en las mesas de Sven.

—¿Está bien? —le pregunté a Halvar, que le estaba refrescando la frente a Kari con un trapo mojado.

—Tiene mucha fiebre —contestó—. Pero está luchando.

—Te has volcado en cuidarla —añadí—. ¿Por qué?

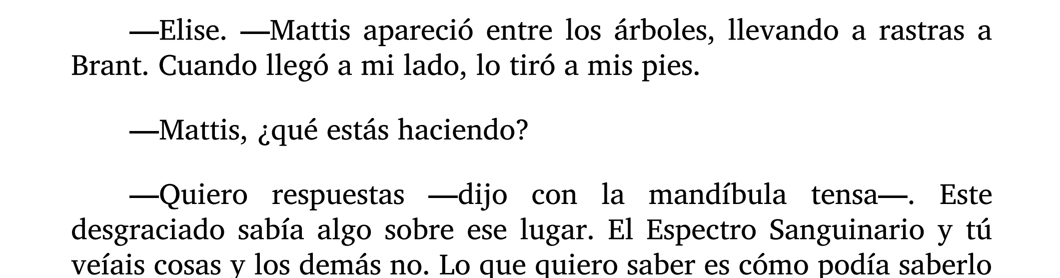
Halvar se encogió de hombros.

—No lo sé. Es una guerrera, pero se ha visto obligada a hacer cosas contra su voluntad. La han tratado mal y no se lo merecía, aunque sea timorana.

Le sonreí y él volvió a su tarea de refrescarle la piel ardiente. Lo que quería decir con eso era: ella es como yo. Valen había sufrido, pero también Halvar y Tor. Todos estuvieron encerrados en la prisión y vieron las atrocidades que les hacían a su gente y a sus familias.

Y tuvieron que vivir con la maldición.

Aunque clamaban venganza, aquellos tres hombres de la corte de los Ferus tenían unos corazones enormes. Nunca lograrían lo que planeaban. Les importaba todo demasiado.



—Elise. —Mattis apareció entre los árboles, llevando a rastras a Brant. Cuando llegó a mi lado, lo tiró a mis pies.

—Mattis, ¿qué estás haciendo?

—Quiero respuestas —dijo con la mandíbula tensa—. Este desgraciado sabía algo sobre ese lugar. El Espectro Sanguinario y tú veíais cosas y los demás no. Lo que quiero saber es cómo podía saberlo este Cuervo.

—Mattis, has oído las razones que nos ha dado igual que yo. Lo dedujo.

—Prefiero pensar que fue algo más complicado que eso —intervino Brant, pero se calló al ver la mirada fija de Mattis.

—¿Lo conoces? —Mattis entornó los ojos.

—No. —Fruncí el ceño—. No lo había visto nunca antes de la cueva.

Mattis parecía a punto de estallar.

—¿Quién es el Espectro Sanguinario? ¿Por qué algo os atacó a los dos en ese lugar perdido de la mano de los dioses? Todos estos secretos me están volviendo loco. Te aprecio mucho, Elise, pero no sé cómo os voy a proteger a ti y a Si… —Dejó la frase sin acabar y sacudió la cabeza.

—Cálmate. —Junius apareció junto al fuego—. Creo que yo puedo darte algunas respuestas sobre ese guardia. —Se arrodilló a su lado y sacó un cuchillo pequeño. Brant se irguió, intrigado—. Extiende la mano.

Ella le hizo un corte poco profundo en la palma de la mano; Brant no protestó, solo reaccionó con una leve mueca. Yo arrugué la nariz al ver que Junius se inclinaba sobre la gota de sangre y la olisqueaba.

Brant apartó la mano.

—¿Pero qué estás haciendo?

Junius levantó la cabeza, sonriendo.

—No eres habitante de la noche. Eres parcialmente alver.

—¿En serio? —Enarqué ambas cejas y me acerqué. Había un olor

diferente en el aire, fuerte y penetrante, como el aroma dulce y enfermizo de algo podrido.

—¿Es que nunca has olido tu sangre? —preguntó Junius—. Tiene un olor que la mayoría no puede ignorar.

La cara de Brant se puso escarlata.

—Mi familia siempre ha creído que tenía la sangre débil o alguna enfermedad. ¿Qué es un alver?

—Yo soy una alver —explicó—. Nosotros también tenemos magia, como vuestros habitantes de la noche. ¿Has dicho que percibes cosas?

Asintió.

—Y no puedo ignorarlas.

—Sí, hay algunos tipos de alver que tienen sentidos extraordinarios: la vista, los sentimientos, el instinto, algunos incluso hasta tienen visiones. Tú eres del mismo tipo que yo, un profético. Así llamamos a los que tienen sensaciones inexplicables.

—¿Un profético?

—Sí, conozco a muchos que tienen esas mismas percepciones que tú. Es un don impresionante. Aunque diría que no tienes un mesmer muy fuerte…

—¿Mesmer?

—Así llaman ellos a la furia —le aclaré a Brant.

Junie se dio unos golpecitos en la barbilla.

—¿Tus padres son de estas tierras?

Brant se revolvió un poco y se retorció los dedos en el regazo.

—La esposa de mi padre no podía tener hijos, así que él tenía muchas consortes. Algunas habían sido sirvientas en el pasado. Pero nunca nos dijeron quiénes eran nuestras madres, nos crio su esposa como si fuéramos hijos suyos. Ella era nuestra verdadera madre, al menos en los aspectos que importan, supongo.

—Ah. Entonces una de esas consortes podría provenir de algún país extranjero.

Brant se encogió de hombros.

Junius se cruzó de brazos y sonrió con aire de suficiencia.

—La buena noticia es que eres alver, sin duda. La mala es que ahora intentarán cazarte como si fueras un lobo en la noche. Bienvenido al mundo de la magia.

Ulf y Frey se unieron a la reunión. Ulf se inclinó y miró fijamente a Junius.

—¿Cómo sabes que tiene la misma furia rara que tú?

—Mesmer —corrigió Junius—. Y lo sé porque su sangre es muy potente.

—Y fue él quien nos salvó en la Tumba Negra —añadí yo.

—Sigo sin comprender cómo lo hizo —dijo Mattis con un mohín.

—Magia, carpintero —respondió Junius riendo—. ¿No puedes conformarte con eso? Es probable que tuviera una visión en su mente y creyera que era algo que se le había ocurrido a él.

—Esto es… —Brant sacudió la cabeza y miró hacia donde estaba su hermana, todavía dormida—. ¿Y Kari? ¿Será una alver también?

—No —aclaró Junie—, no necesariamente. A veces ni siquiera dos alver tienen hijos alver. Es una característica que surge en quienes elige el destino, más bien.

Ulf señaló con frustración las ligaduras que llevaba Junius en las muñecas.

—Oh, sí. Ya os lo he dicho. Para mí no son más que unas bonitas pulseras.

Entonces el guardia de Ari, con una sonrisa peligrosa y cruel, sacó un cuchillo de su bota.

—En ese caso, yo digo que os cortemos el cuello. ¿Quién nos va a asegurar que no utilizaréis vuestra magia contra nosotros? Primero te mataremos a ti y después al Cuervo.

—Apártate, Ulf. —Valen y el resto de la Hermandad aparecieron entre los árboles—. No le vas a tocar ni un pelo.

Ulf soltó una carcajada. Su aliento olía a cerveza.

—¿Y qué vas a hacer para detenerme, Espectro Sanguinario? Todavía llevas esas bonitas ligaduras. Y tenemos a tu amante. —Me señaló a mí, pero ni me inmuté—. Ahora no eres más que el perro de Ari.

—Legion… —dije a modo de advertencia.

Pero no lo hice lo bastante rápido o a él le dio igual, no había forma de saberlo.

Antes de que acabara de decir su nombre, Valen ya había lanzado un cuchillo de hoja recta (no sabía de dónde sacaba las armas). La punta pasó a un milímetro del cuello de Ulf y se clavó en uno de los postes de la esquina de la taberna.

Ulf se quedó perplejo y en un silencio ebrio. Valen cruzó la distancia que los separaba con una sonrisa burlona, despreocupada y controlada en la cara.

—Me estoy cansando de ti. —Inspiró hondo y le dio una palmadita en la mejilla a Ulf—. Puede que yo sea su perro, pero me pregunto qué pensará tu adorado rey cuando se entere de que cada dos por tres has estado amenazando con matar o con desobedecer a las personas que él puso al mando. Estamos aquí siguiendo sus órdenes, ¿no? Deja al Cuervo y a los de mi Hermandad en paz. Y… —Valen ladeó la cabeza y la acercó a la de Ulf, tanto que habría podido darle un beso en la mejilla si hubiera querido—. Deja de amenazar a la *Kvinna* Elise delante de mí.

El corpulento guardia se puso tenso. Las venas de sus brazos se hincharon. Le estaba costando contener su rabia mientras miraba a Valen alejarse, con su Hermandad detrás. Frey se acercó a Ulf, pero este lo apartó de un empujón y se fue, dando grandes zancadas, en dirección opuesta a la que había tomado la Hermandad de las Sombras.

El príncipe de la noche no se dirigió a mí en ningún momento y yo tuve ganas de estrangularlo. La noche anterior me había quedado dormida pensando en su boca sobre la mía, sus manos recorriendo mi cuerpo y en el deseo que sentía por mí, pero al que se resistía. Por todos los dioses, yo intentaba contenerme también, pero ninguno de los dos lo conseguía.

Intenté ser comprensiva. No sabía qué cosas horribles ocupaban

su cabeza, pero veía el miedo en sus ojos y oía el dolor en su voz cuando admitía que lo acosaban pesadillas sobre lo que podrían hacerme en Aguja del Cuervo.

Aunque él no era consciente de que compartíamos las mismas pesadillas.

Más de una vez me había quedado tumbada y despierta, imaginando lo que Calder haría si se enteraba de que el príncipe de la noche había regresado, el tipo de tortura que tendría que soportar Valen si lo capturaban otra vez.

Pero el miedo no mitigaba el dolor que me producía la necesidad de él que sentía. Estábamos libres y yo solo quería pasar tiempo con él. «No durará». Intenté apartar ese pensamiento frío que se había colado en mi mente, pero no pude. «Aunque sobrevivas, él es un príncipe y tú no eres nada».

Me sobresalté cuando alguien me tocó el brazo.

—Ay, Siv —exclamé con una mano en el pecho—, me has asustado.

—¿Cómo estás?

Miré por encima del hombro. Mattis estaba cerca de Brant, con la espalda apoyada en un árbol y una expresión de contrariedad en la cara, pero ambos estaban lo bastante lejos de nosotras como para no poder oírnos, y Frey había salido detrás de Ulf con la cabeza gacha y cara de derrota. De todas formas hablé en voz baja.

—¿Cuánto tiempo más vamos a fingir que servimos a un rey, cuando sabemos que el verdadero heredero está entre nosotros, sacando de quicio a todos los que se atreven a hablar con él?

Siv hizo una mueca. Ah, a ella le parecía divertido… Pues yo no le veía la gracia.

—Elise —dijo cuando le di la espalda—, no podemos obligarlo. Tengo fe en que, cuando llegue el momento adecuado, él se dará cuenta de que puede hacer más, ser más, si acepta el camino que el destino ha elegido para él.

—Ojalá fuera tan optimista como tú.

—Ven conmigo. Quiero hablar contigo de una cosa. —Siv me

llevó entre las sombras, junto a un gran álamo blanco—. La Tumba Negra estaba maldita de nuevo y creo que lo hizo la misma niña bruja que conociste allí.

Negué con la cabeza.

—No, Calista quería ser libre.

—No digo que lo hiciera por propia voluntad, solo que puede que Aguja del Cuervo sepa lo que es capaz de hacer.

—¿Crees que conocen la verdad sobre Valen?

Siv se encogió de hombros.

—No lo sé, pero Elise, si están usado a esa niña para alterar el destino, si el Cuervo dice la verdad, ¿qué otros tipos de magia oscura estarán utilizando?

Las posibilidades empezaron a darme vueltas en la mente hasta que estuvo a punto de reventarme la cabeza.

—Tenemos que prepararnos para cualquier cosa. Pero Calista es inteligente y los odia. No creo que intente sabotearnos a nosotros. Al menos no a propósito.

—¿Quién es esa bruja? —Mattis apareció entre las dos. Se había acercado tan sigilosamente que no lo habíamos oído.

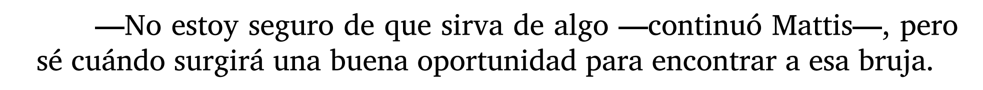
Siv lo miró y algo oscuro apareció en sus ojos. Había mil cosas por hablar entre ellos.

—Era una prisionera cuando la conocimos, antes del golpe de estado. Una esclava que utilizaban para entretener a los miembros de la realeza con su magia. Pero podía predecir el destino, incluso alterarlo. Es un don que podría ser peligroso para nosotros.

—Entonces deberíamos enviar a un asesino para acabar con ella —respondió Mattis—. Tal vez podría ir el Espectro Sanguinario, ya que le gusta tanto matar.

—Deja de comportarte de esa forma —repliqué y lo fulminé con la mirada—. No vamos a matar a esa niña. Allí no es libre. Pero no me parece mal idear un plan para rescatarla.

Siv asintió para mostrar que estaba de acuerdo.



—No estoy seguro de que sirva de algo —continuó Mattis—, pero sé cuándo surgirá una buena oportunidad para encontrar a esa bruja.

—¿En serio? —preguntó Siv—. ¿Cuándo?

—Será arriesgado y tendremos que volver a Aguja del Cuervo.

—Esta guerra va a acabar inevitablemente en el castillo Aguja del Cuervo —reconocí.

Mattis sonrió burlón.

—Es cierto. Estoy hablando de la boda. Dentro de poco Calder y tu hermana intercambiarán sus votos matrimoniales. Ya hay caravanas cruzando el país y los muelles están llenos de los productos más exquisitos para la maldita ceremonia. Podremos entrar entonces.

—¿Cómo? ¡Pero si habrá muchísimos guardias protegiéndolos!

—Tendremos que ser creativos. —Mattis se acarició la barbilla. En ese momento eché de menos los días de despreocupación en los que entrenábamos en el campanario, cuando nos burlábamos de las tradiciones de la nobleza y comíamos pastelitos con glaseado de leche como si no hubiera ninguna diferencia de rango entre nosotros.

—Necesitaremos el apoyo de Ari y su dirección —aseguró Siv—, pero le veo la lógica. Tenemos que encontrar una forma de colarnos sin que nadie nos detecte y atacarlos donde más les duele. Levantarles las faldas y ver qué esconden debajo.

Por primera vez en semanas, Mattis le sonrió a Siv e inclinó la cabeza en un profundo asentimiento.

—Eso es, mi sanguinaria Siverie. Exactamente.

Capítulo veintiuno

El príncipe de la noche

—Valen —me llamó Stieg, jadeando, y le dio una palmada al dintel de mi puerta—, creo que vas a querer ver esto. Ven rápido.

Me levanté de un salto de la cama llena de bultos. Estaba a medio vestir. Desde que habíamos vuelto hacía dos días, tras el rescate de los refugiados, apenas me había dado la luz del sol. En parte porque Ulf buscaba problemas cada vez que nos cruzábamos. Y también porque quería evitar hundirme en los ojos de Elise, que eran como un mar tormentoso. Si volvía a verlos, no podría alejarme otra vez.

Ya estaba totalmente atrapado.

Me puse una túnica limpia y salí con prisa detrás de Stieg. Tor y Casper ya me esperaban fuera. La última vez que vi a Halvar y a Junius estaban cuidando a la Cuervo enferma. La mujer había recuperado la consciencia, pero los curanderos de Ruskig la mantenían casi siempre dormida, como hicieron conmigo.

Una lluvia fresca que había caído durante la noche hacía resplandecer la hierba de un verde vivo, pero también había generado un barro que nos cubrió las botas mientras subíamos por la cuesta hacia la casa del rey. Nos recibió el olor a pescado hervido y verduras silvestres cuando entramos. El fuego ardía con fuerza y la gente bebía de jarras de madera y vasos de hueso. Alrededor de un estrado cubierto de pieles, una vez más se había reunido una multitud que mantenía una conversación con Ari.

Los ojos oscuros del rey me detectaron cuando miró por encima de las cabezas de sus seguidores.

—Ah, Espectro Sanguinario. Suponía que vendrías en cuanto te enteraras de la noticia.

Entorné los ojos y me acerqué al estrado. Elise, que estaba a su lado, me estudió. Se había adornado la trenza del color del hielo con unas hojas frescas de serbal y el cuello con un collar de cuentas de hueso pintadas de colores. Al pensar en ella se me aceleró el pulso. Me quedé mirando demasiado tiempo la bonita curva de su garganta y me

asaltó el recuerdo del calor febril de su piel bajo mis labios.

Era un idiota. Esconderme en mi diminuta habitación, como si todo mi ser no me pidiera a gritos estar cerca de esa mujer, como si la distancia que guardaba fuera una especie de protección para ella. La verdad era que empezaba a pensar que en el fondo lo que quería era protegerme a mí mismo. Me habían arrancado a demasiados seres queridos y no podía soportar perder a alguien más.

—Ven con nosotros —sugirió Ari, sonriendo.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Estamos hablando de los preparativos.

Me estaba provocando para que preguntara, y le funcionó.

—¿Preparativos para qué?

—Para la boda. ¡La ceremonia se celebrará pronto!

Apreté los puños y miré a Elise.

—Tú no puedes haber accedido a eso.

Ella enarcó una ceja, confundida.

—Oh, ya veo. No, lo has entendido mal —aclaró Ari riendo—. Aunque estoy seguro de que Elise acabará por adorarme, no me refiero a nuestra boda, sino a la del falso rey y la *Kvinna* Runa, que se casarán en la siguiente luna llena.

—Perdona —se disculpó Stieg en voz baja, dándome una palmadita en el hombro—, pero hablaba como si la boda real se fuera a celebrar aquí…

Ari soltó una carcajada.

—Sí, me ha parecido una maniobra muy inteligente por mi parte y estaba seguro de que el Espectro Sanguinario vendría corriendo en cuanto oyera ese rumor.

—Ari, te gustan los juegos peligrosos —dijo Elise con los dientes apretados.

—Me gustan los juegos divertidos.

—Por todos los dioses, ¿quieres decirnos qué pasa con la boda? —interrumpió Tor.

—Pasan muchas cosas —contestó Ari para llamar nuestra atención sobre lo que bullía en su mente—. A esa ceremonia asistirán nobles de todo el país. Y sin duda de otros países también. Obligarán a infinidad de sirvientes ettanos a trabajar en ella. Es nuestra oportunidad de mostrarle al mundo que hay un nuevo pretendiente al trono. Y, como han sugerido mis amigos —señaló a Mattis y a Siv—, será nuestra oportunidad de ver lo que oculta el castillo Aguja del Cuervo. Nuestra intención es llevarnos a los habitantes de la noche y a la bruja que tienen encerrados allí.

—¿La bruja? —Miré a Elise. Ella lo confirmó con un leve asentimiento: querían a la hechicera del destino.

—Será una demostración de fuerza, pero si también les arrebatamos su furia —continuó Ari—, nos aseguraremos de que el reinado de Calder sea breve y de que podamos recuperar lo que nos han robado.

Se oyeron murmullos alrededor del fuego. En la mirada de Ari se veía una especie de locura salvaje. Quería burlarme de él, decirle que sus planes eran una insensatez, pero no me quedó más remedio que reconocer que tenía cierta razón, por todos los infiernos. A la boda real acudirían todas las casas de la nobleza. Si Ari quería debilitar las fuerzas de Calder matando a gente de alcurnia y llevándose a los fae que el rey tenía bajo su control, ciertamente esa era la oportunidad perfecta.

Ari se recolocó el manto de pieles que llevaba sobre los hombros y volvió a mirar a los allí reunidos.

—Tenemos trabajo que hacer antes de la boda. Necesitamos contarle nuestras intenciones a la gente corriente, a los sirvientes y a muchos de los que en el pasado llamábamos amigos. Nos hace falta mucha gente. No hay otra forma. Solo en el castillo Aguja del Cuervo el falso rey tiene más de mil Cuervos. Y si contamos los de todo el reino, hablamos del triple.

—Por lo menos —intervino Halvar. Se lo tomaba casi todo a broma, pero nadie entendía mejor que él la fuerza y la estrategia de un ejército—. Y no te olvides de las alianzas que habrán hecho con reinos lejanos. No sabemos cuáles son las verdaderas fuerzas que hay tras los muros del castillo Aguja del Cuervo.

Ari asintió, preocupado, con un puño apretado sobre la boca mientras contemplaba las llamas.

—Una buena puntualización y otra razón por la que tenemos que reunir a cuantos más de los nuestros mejor.

—Pero necesitamos una forma de entrar —apuntó Mattis.

—Sí. Creo que nuestra mejor opción es utilizar la tapadera de un bardo y trovador —propuso Ari—. Han convocado a muchos de ellos, y también bufones, para entretener a los invitados durante un acontecimiento así.

Frey dejó escapar un silbido.

—Va a hacer falta mucha planificación y sobornos.

—Sí, y como he dicho, también mucha gente. —Ari unió las manos—. Así que deberíamos empezar por donde sabemos que están los que nos son leales. Elise y Mattis ya han accedido.

—¿A qué? —pregunté y miré a Elise. Ella me sostuvo la mirada un segundo, pero después se volvió hacia Ari.

—A volver a Mellanstrad y reclutar a los suyos que han quedado allí después del golpe. Son leales a Elise, no a su familia. Mattis tiene amigos entre los artesanos. Aunque, según tengo entendido, también los tenía Legion Grey, el comerciante.

Ah, esa era la verdadera razón por la que Ari quería que participara. Y no se equivocaba. Mientras me dediqué a alimentar la reputación de Legion en Mellanstrad, conocí a mucha gente rica, pero también sirvientes, gente de los muelles o jugadores. Todo tipo de gente. Quería (necesitaba) ser muy popular para que me eligieran como negociador matrimonial.

¿Pero se unirían a nosotros? Era gente mezquina, sin habilidades especiales y no estaban acostumbrados a servir a otros. No podía estar seguro.

—¿Y cómo van a confiar en él cuando descubran todo lo que ha hecho? —intervino Mattis.

—No van a conocer su faceta de Espectro Sanguinario —explicó Ari—. Volverá como Legion Grey, el leal protector de una *Kvinna* que sigue siendo uno de los suyos.

Siv carraspeó. Nunca hablaba mucho y casi siempre evitaba mi mirada, pero en aquel momento se me quedó mirando fijamente.

—Creo que es un buen plan, pero Legion está… diferente a como se fue. Ahora no puede negar que es un habitante de la noche. Tendrá que darles una razón.

—Una buena puntualización, querida Siverie —respondió Ari y ladeó la cabeza—. Espectro, ¿qué les vas a decir? Si accedes a volver allí, claro.

—¿No me vas a obligar? —pregunté—. Qué raro.

La sonrisa de Ari reveló su irritación.

—Yo ya he establecido los términos para que me sigas. Conoces las consecuencias. Pero finjamos que has decidido participar en nuestro impresionante plan, en vez de quedarte ahí enfurruñado como un niño. ¿Qué les dirás? ¿O prefieres que te corte la punta de las orejas para que sea más fácil?

—Tampoco es que sea un gran secreto cómo oculté mi origen —dije conteniendo una oleada de ira—: con la furia, así que eso es lo que voy a decir. No resultará difícil de creer que un habitante de la noche quisiera ocultar su naturaleza en Mellanstrad.

—Hablas de una furia extraña.

—Ese no es mi problema.

Ari se rascó la barbilla.

—¿Estás diciendo que vas a ir o no? No quiero estar aquí esperando toda la noche. Tenemos cosas que hacer.

Volví a mirar a Elise. Esta vez se levantó, me miró con los ojos entornados y dijo:

—Decide sin tenerme en cuenta. Yo lo voy a hacer contigo o sin ti. No necesito tu protección. Ya no.

«Sé sincero con ella por una vez en tu vida». No había duda de que la verdad me daba miedo y me había vuelto un cobarde que se resistía a ella hasta el punto de apartar a Elise de mí una y otra vez. El cariño y el amor eran ventajas que podían usar los enemigos en tu contra. Y acababan en dolor. Elise era mi agonía.

Aquel era el momento preciso en que necesitaba a la bestia, al monstruo sin sentimientos que tenía dentro.

Ante mi silencio, Elise se dio la vuelta y salió de la casa.

Los que nos rodeaban probablemente no entendieron el significado oculto de sus palabras. Acababa de liberarme de cualquier deuda que tuviera con ella por haberme librado de la maldición. Había elegido esa guerra, sin contar conmigo. Yo le había prometido que la protegería siempre, aunque no estuviera con ella.

Pero ella ya no quería esa protección.

Era raro, pero la idea de que ella ya no me necesitara, no me quisiera, me dolía más que la flecha que me clavaron en la espalda.

Tras pasar tantos días en Ruskig, la venganza se había ido diluyendo hasta convertirse en una molestia.

Cuanto más tiempo permaneciera allí, más dependerían de Elise mis ganas de combatir contra Aguja del Cuervo. Lo haría todo por un deseo (una necesidad) de protegerla de cualquier cosa. Ari se equivocaba. Elise no solo era el punto débil de mi armadura, suponía su total destrucción.

Miré a Tor y a Halvar. Sus caras no revelaban nada. Iban a seguirme, fuera cual fuera mi elección.

Levanté la vista para mirar el trono del rey y dije con voz profunda y baja:

—¿Cuándo nos vamos?

Capítulo veintidos

El príncipe de la noche

El agua golpeaba la madera del barco largo y estrecho. Las tablas oscuras se fundían con las sombras del río. Y cada palada de los remos se daba con sumo cuidado para no generar muchas olas ni mucho ruido.

Ari me había sorprendido. No sabía cómo había conseguido el barco, pero gracias a él logramos llegar hasta Mellanstrad. Cruzamos el fiordo remando despacio y llegamos al río que recorría el Bajo Mellanstrad.

No era un barco de guerra, ni siquiera uno digno de algún noble. Tenía una docena de remos, una vela raída y una cabeza de cuervo en el mascarón, en vez de la típica serpiente marina Jörmungandr. Pero nos ahorró tiempo y nos proporcionó un método de huida para no tener que hacerlo a pie si descubríamos que el castillo Aguja del Cuervo controlaba Mellanstrad, a pesar de que los espías decían que los pocos Cuervos que quedaban allí se pasaban el tiempo en las tabernas o durmiendo en casas abandonadas.

No me fiaba de la veracidad de esa información, así que estaría alerta.

Tor añadió un cuchillo a su cinto. Halvar, Frey y él desembarcaron primero y revisaron los árboles cercanos. Cuando nos dieron el visto bueno, Ari nos ordenó a los demás bajar del barco. Junius y Casper se quedarían para protegerlo, porque Casper era un fae del agua y Junius una guerrera muy hábil.

Aunque no tenía sentido lo de Casper, porque Ari se negó a quitarle las ligaduras. Yo le señalé lo absurdo del asunto, pero ese imbécil solo respondió con una carcajada.

Elise bajó del barco con Mattis y Siv. No me había dicho ni una palabra durante el trayecto por el río. ¿Pero qué teníamos que decirnos? Yo acumulaba muchas palabras, pero era incapaz de construir con ellas un mensaje que mereciera la pena. No me gustaba nada que hubiera venido y que tuviera que enfrentarse a su hogar y a lo que significaba. Lo iba a ver quemado y en ruinas, como la noche

en que aquel desgraciado intentó tocarla.

Debería haberlo matado.

Apreté los puños, pero no me di cuenta hasta que ella se quedó observándolos, extrañada, y después me miró a los ojos como si me estuviera suplicando, sin decir nada, que le contara lo que me tenía preocupado. Como guardé silencio, ella decidió situarse junto a Ari.

—Iremos a los garitos de juego primero —dijo Stieg a mi espalda —. ¿Ari va a enviar a Elise a sus tierras?

—No lo sé, pero si lo hace, la pondrá en un grave peligro.

Como si eso fuera una señal, Ari apareció entre ambos.

—*Herr* Grey —dijo con tono divertido—, iremos contigo a las calles de Mellanstrad. Y rezo para que todavía tengas amigos.

El nuevo rey parecía disfrutar de mi incomodidad. Se había negado a devolverme mis hachas, un error por su parte. Si nos atacaban, me vería obligado a quedarme sentado mirando, sin hacer nada.

Halvar me dio un golpecito en el hombro, me pasó una bolsa y me guiñó un ojo. Miré dentro: una máscara roja, una túnica con capucha negra y una daga con su funda, robada del armero personal de Ari.

La idea era ser solo Legion Grey esa noche, a no ser que necesitara ser alguien más. Un personaje más letal.

Me eché al hombro la bolsa con el disfraz de Espectro Sanguinario y me coloqué en la cabecera del grupo para cruzar la zona de árboles.

El Bajo Mellanstrad había cambiado. En las casas se veía menos vida. La mayoría de las habitaciones estaban vacías después de que Aguja del Cuervo hubiera arrasado las calles. Donde antes había cuerdas con sábanas y pantalones tendidos, ya solo quedaban tendederos vacíos. Yo notaba un fuerte olor a sangre en el aire. Y cada paso que dábamos por las calles de tierra mojada se liberaba aún más. Seguro que no era el único que se había dado cuenta.

En mi pecho crecía por momentos una necesidad que conocía bien, la de inhalar profundamente ese olor y sumergirme en la violencia.

Me detuve delante de una casa antigua encalada y estudié el marco de la puerta quemado y las ventanas rotas.

—¿Qué? —Ari se abrió paso entre el pequeño grupo de Ruskig—. ¿Qué ocurre?

—Aquí era donde Legion hacía sus negocios —explicó Halvar.

Le di la espalda a ese lugar y me dirigí al garito de juego. El poco dinero que dejé en aquella pequeña oficina ya se lo habrían apropiado Calder y Aguja del Cuervo. Me resultaba extraño echar de menos aquella época. Incluso aunque sufría por los efectos de la maldición, hubo momentos de mi vida como Legion Grey en los que encontré un poco de paz y una sensación de pertenencia y de utilidad.

Desde que conocía mi verdadero nombre, no me quedaba más propósito que la muerte y el odio.

Mientras caminábamos, unas cuantas personas nos saludaron y nos pidieron monedas o pan. Unos cuantos hombres y mujeres de la corte de Ari (que se autodenominaban «cortesanos») les ofrecieron refugio en Ruskig. La mayoría de los que pedían en la calle nos miraron como si nos hubiéramos vuelto locos, pero otros se unieron al grupo.

Oculté mi asombro y mi placer cuando Elise fue de las primeras en ofrecerles cerveza y pan a los necesitados. Unos cuantos soltaron exclamaciones e inclinaron la cabeza. Otros pronunciaron oraciones de agradecimiento por el regreso de la *Kvinna*. La mayoría estaban demasiado sumidos en su sufrimiento como para darse cuenta de nada.

El garito estaba situado cerca de los muelles. Antes de que Aguja del Cuervo se volviera contra Mellanstrad, aquella casa ya se inclinaba hacia un lado. En aquel momento también le faltaban tejas y la puerta colgaba un poco de las bisagras. Allí cerca siempre se notaba una brisa que traía un fuerte olor a salitre, sal y sudor, eso no había cambiado.

—Parece que está a reventar —comentó Ari.

Era cierto: por las ventanas del salón se veía la luz de las velas y unas cuantas carcajadas explosivas interrumpían el silencio de la noche cada pocos segundos. Fuera había hombres tambaleándose, borrachos y satisfechos. Algunos tenían en brazos a mujeres u otros hombres.

Antes nunca habían permitido el acceso a las mujeres. Tal vez había dejado de importarles después de que pusieran sus vidas patas arriba.

Ari me dio una palmada en el hombro.

—Vamos a ello.

Ari, Frey y los cortesanos empezaron a bajar la cuesta embarrada hacia ese lugar.

—Estarán desesperados —comentó Tor—. No debería ser difícil convencerlos.

Si no se unía más gente a la causa de Ari, estaba seguro de que él se casaría con Elise solo por su nombre. No se equivocaba al creer que la gente de Mellanstrad apreciaba a la segunda *Kvinna*.

Su temperamento y su sentido de la justicia eran cualidades que yo detecté cuando buscaba a algún miembro de la realeza que rompiera mi maldición. Sin duda, si ella apoyaba al nuevo rey de los habitantes de la noche, muchos la seguirían.

La idea hizo que me diera un vuelco el estómago.

—No hace falta que lo hagas. —Elise apareció detrás de mí. Se quitó la capucha y vi que tenía el ceño fruncido.

Quería extender la mano y tocarla, sentir la suavidad de su piel. Y a la vez tenía ganas de huir.

—Debo hacer lo que me pide el rey.

Ella resopló.

—A ti no te importa lo que te diga Ari. Vuelve. Esta no es tu guerra.

—Elise… —La voz se me quedó atravesada en la garganta. Ella me miró sin decir nada mientras yo intentaba encontrar algo que decir, cualquier cosa, pero no lo logré.

—Ojalá te fueras en vez de torturarme con tu indiferencia. Déjame olvidar y… —Sacudió la cabeza e intentó alejarse.

Le cogí la mano y tiré de ella para que regresara. Mis ojos se posaron en los dos dedos mutilados. Muchas cosas nos habían unido,

pero también había otras que intentaban separarnos.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó en un susurro—. Si aguantas lo bastante, Ari te liberará porque dejarás de tener utilidad para él. Y no utilices sus patéticas amenazas sobre casarse conmigo como excusa. Sé cómo arreglármelas solita y, de todas maneras, tampoco creo que te importe tanto.

Sí que me importaba. Muchísimo.

—Eres demasiado inocente —dije en vez de todas las cosas bonitas y amables que habría querido trasmitirle. Acerqué la cara a la suya—. Ari es el rey que la gente ha reconocido y esto es la guerra. Si una alianza contigo le sirve para reforzar su ejército, no tendrás elección.

—Yo siempre cuento con otra opción.

Negué con la cabeza.

—Eres tan inocente… Ahora finge ser tu amigo, pero tienes que admitir que, si una alianza con él beneficia a este país, accederás.

Ella levantó la barbilla y habló en voz baja.

—Estoy cansada de reyes pretenciosos que creen que pueden controlar mi vida. A partir de ahora deja de considerarme una carga sobre tus hombros. Mi destino es solo mío.

Elise se fue y bajó como una tromba por la colina sin decir nada más.

Le había hecho daño, sus ojos revelaban la verdad. Primero fue su tío el que exigió que se casara con algún imbécil de Timoran. Después Ari amenazaba su libertad y su corazón. Y además estaba yo, que era el peor de todos: había huido de ella cuando me suplicó que permaneciera a su lado, había perturbado su paz, le había arrebatado su posición y la había empujado a esa lucha para luego permanecer distante antes de acercarme de nuevo, solo para volverla a alejar al final, como si su sacrificio no importara.

Me ajusté la bolsa que llevaba al hombro. Quería que me fuera, pero eso era totalmente imposible.

Halvar, Tor y yo entramos primero en el garito. El salón olía a humo y suciedad, pero mi cuerpo se relajó. Aquello era casi como

volver a casa.

—¡Por todos los infiernos! ¡Si es Legion Grey!

Korman, un vigilante nocturno que tenía tendencia a beber demasiado, alzó su cuerno. Siempre había sido un pendenciero, pero vi que tenía calvas en la barba, le faltaban dos dientes delanteros y lucía una nueva cicatriz en el labio.

Sonreí.

—Ha pasado mucho tiempo, amigo. Y estás más feo que antes.

—Y a vosotros tres os han crecido orejas feéricas.

—Así es.

—Siéntate. Tienes que contarnos la historia y yo tengo todo el tiempo del mundo. —Korman soltó una carcajada estruendosa y estrelló el cuerno contra la mesa. Sacó una silla que había a su lado, sonrió y la señaló para que me sentara—. Tráele algo de beber.

El tabernero asintió y buscó tras el mostrador. Korman sorbió por la nariz y se apoyó en los codos.

—Legion Grey… Creía que las Nornas habían cortado tu hilo de la vida para mandarte al olvido hace mucho. Pero lo primero que quiero saber es cómo has podido ocultar que eras un habitante de la noche. Hay unos cuantos fae por ahí escondidos a los que les encantaría saber cómo hacerlo.

Sonreí y me arrellané en la silla.

—Con unos hechizos de furia muy complejos. De los que requieren sacrificios de sangre y comerte a tu primogénito. No merece la pena.

Korman soltó otra carcajada mientras se frotaba la barbilla.

—Bueno, voy a hacer como que me creo ese cuento… ¿Pero dónde demonios has estado? No he oído hablar de ti desde el ataque a Aguja del Cuervo.

—Sobreviviendo, como todo el mundo. Pero cuéntame, ¿cómo está Mellanstrad ahora?

Korman hizo una mueca y dio un largo trago a la cerveza.

—Parece el segundo infierno. Frío, aterrador y lleno de hombres a los que les gustan demasiado los cuchillos. Nos vigilan como si escondiéramos a miembros de la familia real aquí. Y nos asfixian con impuestos y multas. El único lugar que tiene un poco de vida es este, y solo porque a los Cuervos les gusta la cerveza de Hugo.

—¿Creen que estáis ocultando a la *Kvinna?*

Korman se rio.

—La maldita reina cree que su hermana va a ser la perdición de su trono robado. Ni que fuera una deidad con poder para cambiar el destino… Dime, *Herr* Grey, ¿sabes dónde está la pequeña *Kvinna?* He oído que el Espectro le cortó el cuello.

Me esforcé todo lo que pude por mantener la expresión neutra. Korman se quedó mirando su cerveza durante unos segundos y después continuó.

—Hemos acogido a la gente de las propiedades de los Lysander. La que queda, al menos. Yo creo que está muerta o ha huido. Los miembros de la realeza timorana nunca han sido muy valientes.

—No dirías eso si conocieras a la *Kvinna* Elise.

Korman se encogió de hombros.

—Supongo que tú lo sabrás mejor que yo. ¿Tienes idea de adónde fue? Estabas con ella en el castillo.

—Sí, pero después nuestros caminos se separaron y…

—Estoy aquí, Korman.

Dejé escapar un gruñido de irritación cuando Elise se abrió paso entre la multitud creciente. La fulminé con la mirada, suplicándole que saliera de allí.

Korman se quedó mirándola, atónito. El salón se llenó de murmullos cuando ella se quitó la capucha para mostrar su pelo pálido y se sentó a mi lado en la mesa. Mantenía los hombros atrás y no se le veía sombra de duda. Incluso le dio un trago al cuerno que Hugo había traído para mí.

—*Kvinna*… —saludó Korman con un susurro ahogado—. Yo… había oído que el Espectro Sanguinario la raptó y la devoró.

Ella sonrió.

—Aunque seguro que eso me habría resultado muy placentero, me temo que me dejó ir.

Korman la miró como si estuviera loca. Yo me ruboricé.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté con los dientes apretados—. Tenías que esperar y permanecer oculta.

—No pienso quedarme sin hacer nada mientras la gente de mi ciudad cree que la he abandonado. —Elise volvió a mirar al vigilante —. ¿Qué han hecho Runa y Calder aquí? ¿Y por qué?

Korman me miró.

—No sé por qué hacen lo que hacen. Arrestan a gente. Los ejecutan porque dicen que la están ayudando a usted. ¿Por qué la tienen miedo?

—Porque Elise es un miembro de la realeza de Timoran que apoya al nuevo rey de los habitantes de la noche.

Fue Ari quien habló y después apareció, altivo y sonriente, como si todo aquello fuera un juego. Yo solo pude poner los ojos en blanco, otra vez. ¿Es que nadie sabía atenerse a un plan?

—Korman, este es Ari Sekundär, el rey que han aceptado los ettanos y los habitantes de la noche en Ruskig —presenté.

Korman puso los ojos como platos.

—Por todos los dioses. Sí que tienes una buena historia que contar.

Ari se sentó al otro lado de Elise y sonrió a todos los que estaban en la mesa.

—Fue una sorpresa, pero como todos sabemos, Etta elige a sus reyes y reinas.

—El rey Ari devolvió la vida a los arbustos de la luna. Yo lo vi con mis propios ojos —aportó Frey—. Tocó un arbusto y floreció.

Miré a Elise. Ella me devolvió la mirada un segundo. Casi podía oírla diciéndome que Etta había elegido a su rey, pero él había decidido ignorar esa elección.

Unos cuantos hombres se apiñaron alrededor de Korman para escuchar a Ari hablar de su refugio de Ruskig. También les contó el ataque a la prisión de la furia y cómo se produjo su alianza con la *Kvinna* Elise, la timorana que siempre había sido justa y buena con los ettanos.

—Hemos venido a buscaros —concluyó Ari con la voz serena y firme—. No queremos dejaros indefensos ni un minuto más. La *Kvinna* Elise ha insistido en que vosotros también sois su pueblo y yo estoy de acuerdo. Tenemos a Elise y a Legion Grey entre nosotros, son amigos vuestros. Y la furia está de nuestro lado. Lo que necesitamos es gente fuerte que quiera luchar por esta tierra. El destino nos está diciendo que ha llegado el momento.

Se hizo el silencio en el garito. Korman se pasó los dedos por el pelo grasiento. Las mujeres rezaban. Algunas personas asentían y sonreían con cierta malicia. Otros parecían a punto de salir disparados por la puerta.

Halvar dejó su cuerno y le dio una palmada en el hombro a Korman.

—Vamos, ¿a qué viene tanto silencio? Sois los que habitan lo peor de estas tierras. Violentos, hábiles y sin conciencias.

—Déjalo ya —replicó un estibador de los muelles que se llamaba Harald—. Con tus halagos no vas a conseguir nada.

Halvar se rio entre dientes.

—Esta es vuestra tierra. Os la arrebataron a base de sangre y torturas. Combatid con nosotros. Por vuestro pueblo. Todavía queda vida en esta tierra y no podremos conseguirlo si nuestra gente no se une a la lucha.

Korman suspiró profundamente.

—¿De verdad entrasteis en la prisión de la furia?

—Sí —aseguró Ari.

El vigilante miró a Elise.

—Los suyos la van a desollar viva, *Kvinna*. La harán pedazos. ¿Cómo sabemos que de verdad está de nuestro lado?

—Lo está —aseguré—. Yo he sido testigo de los sacrificios que la *Kvinna* Elise ha hecho por gente que no es de los suyos, y también por mí.

—Ella siempre nos trató bien. —La vocecilla de una mujer resonó por encima de todas aquellas cabezas.

Elise se levantó, examinó la gente que había al fondo y por fin sonrió.

—¡Arabella, estás aquí!

Me levanté cuando Elise cruzó la multitud para ir con una mujer ettana que tenía un cuervo tatuado en la garganta, la marca de una sirvienta.

Sin dudar, esta se abrazó a Elise y se echó a reír.

—Sabía que si estaban tan obsesionados con usted era porque seguía con vida.

—¿Cómo estás? ¿Dónde está Ellis?

—Trabaja para Hugo, cuidando sus cerdos. Ahora vendrá. Me alegro de verla, *Kvinna*. —Arabella miró a los que llenaban la sala—. Yo servía en la mansión de los Lysander, como muchos de vosotros. Elise nunca trató mal a los sirvientes. Nos traía comida a escondidas y nos defendía de la ira de su padre. Y también del antiguo rey: nos escondía cuando llegaba en busca de sirvientes que llevarse para vender.

Elise se limpió las lágrimas de los ojos y le apretó la mano a Arabella. Después miró a Korman.

—Nací timorana, pero yo no tengo país. No soy ettana y he traicionado a los míos. Ahora he elegido unirme a la gente de Ruskig.

El vigilante no dijo nada. Unos cuantos murmuraron. Yo me tensé, preparado para defender a Elise si se volvían contra ella. Había sido una estupidez por parte de ella y de Ari aparecer así. Cualquiera podría atraparlos y entregarlos para conseguir el favor del rey.

Me ardía el pecho porque llevaba mucho rato conteniendo la respiración cuando Korman se rio con el cuerno en la mano.

—Ah, no esté tan preocupada, *Kvinna*. La habríamos aceptado sin

necesidad de discursos. Se puede considerar ettana, aunque tenga un poco de invasora también.

Todos en el salón se echaron a reír y yo estuve a punto de relajarme y hasta de sonreír.

Pero entonces la puerta de la taberna se abrió bruscamente y Stieg entró corriendo, muy rojo y jadeando.

—¡Aguja del Cuervo! ¡Están aquí!

—¿Qué? —Me puse de pie en un abrir y cerrar de ojos.

La gente se dispersó. Korman abrió una trampilla que había en el suelo y le gritó a las mujeres y a los niños que se metieran dentro.

—¿Cómo lo han sabido? —refunfuñó y después miró a la barra—. ¡Oh, demonios, Hugo!

Entonces me di cuenta de que no se veía al tabernero por ninguna parte. Notaba cómo me palpitaba la sangre en la cabeza.

—¿Os ha delatado?

—Se habrá asustado al verla, seguramente —dijo Korman señalando a Elise—. Hay un campamento de Cuervos en los terrenos de los Lysander. Sus mejores guardias, Legion, la élite. Un par de veces he visto incluso a algún guardia real. La quieren a ella. Cueste lo que cueste.

—Elise, tenemos que irnos —dijo Ari.

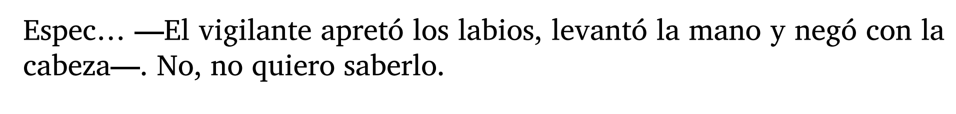
—No hay tiempo —respondí y metí la mano en la bolsa—. Los que puedan, que vayan corriendo a los muelles del sur. Hay un barco esperando en el río.

Stieg miró por la ventana.

—Hay que darse prisa. Viene hacia aquí un maldito carruaje real.

Elise me miró con los ojos desorbitados por el horror. Sacó la daga que llevaba en una funda en la pierna. Mattis y Siv vinieron desde el fondo del salón y se colocaron a ambos lados de ella. Yo no aparté los ojos de Elise mientras me ponía la capucha y la máscara roja en la cara.

—Por todos los infiernos —exclamó Korman—, pero si eres el


Espec… —El vigilante apretó los labios, levantó la mano y negó con la cabeza—. No, no quiero saberlo.

—Creo que sería un buen momento para devolverme mis hachas —le pedí a Ari.

—Pues no vas a tener suerte —contestó él mirando nervioso por la ventana—. Se quedaron en Ruskig.

—Imbécil. —Saqué la daga de la bolsa. Ari la vio, pero la ignoró y se volvió hacia uno de los suyos—. Lleva a esta gente al río.

El hombre no dudó y cruzó la trampilla por la que habían entrado las mujeres. Korman sorbió por la nariz y se la limpió con el dorso de la mano. Después se plantó a mi lado.

—Deberías huir —aconsejé.

—Prefiero no hacerlo.

—Podrían matarte.

—Entonces tendré que asegurarme de llevar la espada en la mano cuando muera, Espectro. —Me guiñó un ojo y sacó una espada corta y muy usada que llevaba al cinto—. Me gustaría cenar con los dioses.

—Frey, dime qué está pasando —pidió Ari con una mano en la empuñadura de la espada.

Frey fue hasta la ventana y miró a ambos lados.

—Hay al menos dos docenas de Cuervos. Y un carruaje, mi rey. Uno elegante. Como ha dicho Stieg, tiene que ser de la realeza o de un noble importante. Un momento, va a bajar alguien. Demonios, es el capitán de la guardia real, maldita sea.

Elise se quedó pálida y me miró. Sin darme cuenta, me había situado a su lado. Le cogí la mano, entrelacé los dedos con los suyos y susurré muy cerca de su oído.

—¿Es él?

Si estaba ahí fuera Jarl Magnus, el desgraciado que estuvo a punto de matar a Elise, lo abriría en canal, clavándole la espada desde el ombligo hasta la nariz sin pensármelo ni un segundo.

—No lo sé. —Se estremeció y yo le apreté la mano.

Una voz que llegó desde fuera hizo que la taberna se quedara en total silencio.

—Venimos en son de paz. Declaro una tregua. Solo queremos hablar un momento.

—Es Jarl —confirmó Elise.

La furia que no podía utilizar me hervía en las venas.

Jarl continuó.

—Hemos venido para hablar con la *Kvinna* Elise Lysander. Decidle, si está ahí dentro, que su hermana, la reina de Timoran, quiere verla.

Capítulo veintitrés

La princesa rebelde

La taberna estaba sumida en un silencio incómodo. Lo único que oía era la sangre que me latía en los oídos.

—Elise —gritó Jarl—, sal y no te haremos ningún daño, ni a ti ni a ninguno de los que están contigo.

—No —dijo Valen con una voz que sonaba peligrosa. No me había soltado la mano y tiró de mí hacia él.

—Ve con ellos. Saca de aquí a toda esa gente —le ordenó Ari a Frey.

El guardia asintió y abrió la trampilla del suelo una vez más. Había Cuervos por todas partes y, si Jarl estaba allí, significaba que Calder y Runa habían enviado a sus mejores guerreros.

Ulf miró por la ventana y su mandíbula se tensó tanto que parecía de piedra.

—Son demasiados. Nos van a aniquilar.

—El destino está de nuestro lado, Ulf —dijo Ari con voz firme.

El corpulento guardia cerró los ojos; no me pareció que tuviera tanta fe en eso como su rey.

Mattis y Siv sacaron sus armas; ella una daga y él un hacha y un cuchillo. La mirada de Siv se cruzó con la mía y percibí el miedo que sentía bajo su apariencia valiente. Mattis la miró y la emoción que se veía en sus ojos era totalmente diferente.

—Elise —volvió a llamar Jarl—, no quería llegar a esto.

Un sonido nuevo atravesó la noche. Un grito. De un niño. Un segundo después se oyó otro de Arabella.

—¡Ellis! —La sirvienta salió corriendo hacia la puerta, pero Tor la interceptó. Arabella se revolvió, gritó y pataleó, luchando para ir con su hijo, pero Tor la mantuvo apretada contra su cuerpo hasta que las

fuerzas la abandonaron y se derrumbó, sollozando en sus brazos.

Él me miró a mí y después a Valen. Incluso con la máscara se veía la ira de Valen porque irradiaba de su cuerpo como si fuera una gran llamarada.

—Sal y el niño vivirá —dijo Jarl—. Sigue escondida como una cobarde y te enviaré ahí dentro su cabeza, para que su madre pueda enterrarla.

Arabella dejó escapar un sollozo estrangulado. Después vomitó, todavía sujeta por los brazos de Tor.

Yo saqué uno por uno los dedos de entre los de Valen.

—Elise —dijo y me agarró—, no te atreverás.

—No voy a dejar que el niño muera por mí. Ya has visto lo que Jarl es capaz de hacer… No dudará en hacerle daño al crío. Abre la puerta, Ulf.

—Espera —me detuvo Ari—, debería ir yo.

—Me quieren a mí —insistí—. Ari, no saben qué aspecto tienes. Es una ventaja. No conocen a la persona que lidera a los habitantes de la noche.

Ari pareció a punto de discrepar, pero al final asintió.

—No vas a salir ahí —exclamó Valen—. Están jugando contigo.

Lo ignoré.

—Abre la puerta.

A veinte pasos, Jarl tenía a Ellis agarrado por el brazo. El niño lloraba, pero intentaba mantenerse firme.

—Suéltalo —grité.

La sonrisa de Jarl convirtió mis entrañas en algo ácido.

—Ya empezaba a preguntarme si de verdad estabas aquí.

—Suelta al niño, Jarl, o no daré ni un paso más.

Jarl levantó las manos y Ellis se tambaleó, pero un segundo

después salió corriendo hacia el garito y los brazos de Arabella. Aunque tenía once años y era bastante grande, su madre lo acunó, le cubrió las mejillas de besos sin dejar de llorar y le acarició el pelo negro despeinado.

—Lleváoslos —ordenó Ari—. Rápido.

Arabella me miró con los ojos llenos de lágrimas. Le temblaba la barbilla, pero desapareció por la trampilla con otro de los guardias de Ari.

Siv apareció a mi lado y me cogió la mano.

—No lo hagas.

—No tengo elección.

Mattis apareció detrás de ella.

—Elise, por favor…

Les cogí las manos a ambos.

—Ayudad a evacuar a la gente. Por favor, necesito que lo hagáis. No me van a hacer daño. Todavía no. Quieren algo de nosotros primero.

—No te voy a dejar salir ahí fuera —insistió Mattis.

—Mattis, esto es la guerra. Las negociaciones y las treguas son parte de ella. La gente de Mellanstrad está desarmada, pero vosotros dos sabéis usar una espada. Luchad por ellos.

Les di la espalda inmediatamente. Detrás de mí, algunos de los guardias de Ari les dieron instrucciones a mis amigos sobre el camino que tenían que coger para ayudar a los estibadores, los pescadores, las mujeres y los niños a ponerse a salvo.

No podía pensar en ellos en ese momento.

Valen cruzó el salón con tres zancadas.

—Yo voy con ella —anunció.

Halvar, Tor y Stieg se pusieron alerta, listos para luchar o protestar. Probablemente ambas cosas.

—No —exclamé y me dio vergüenza ver que me temblaba la voz. Le puse una mano a Valen en el pecho—. No puedes. Eres necesario aquí.

Valen acercó mucho su cara a la mía. A pesar de la máscara, sus labios me rozaron la mejilla.

—Intenta detenerme.

—Ve con ella —animó Ari con los ojos como dos piedras negras —. Que se mueran de miedo, Espectro.

No solo el Espectro Sanguinario salió conmigo en medio de la noche; toda la Hermandad de las Sombras se puso la máscara y sacó las armas. Me rodearon formando un círculo letal, listos para saltar a la menor amenaza.

Lo cierto era que tenerlos a mi lado me hizo erguirme un poco más.

Jarl llevaba unas gruesas pieles sobre los hombros, una espada a cada lado de la cadera y la empuñadura de otra asomaba por encima de un hombro porque la llevaba en una funda en la espalda. Desde la última vez que lo vi (la noche en que me ató a una cama y trató de obligarme a casarme con él), se había dejado crecer el pelo, que le llegaba a los hombros, y también lucía una barba rubia.

Me miró con los ojos pálidos entornados.

—Deteneos. Ni un paso más, Espectro Sanguinario. Se viene ella sola.

Valen se echó a reír. Su voz ya no era la del príncipe de la noche, sino la grave, baja y áspera del Espectro.

—¿Tienes miedo de que termine lo que empecé la última vez que nos cruzamos?

Jarl hizo una mueca, pero fijó la mirada en mí.

—Ven sola, Elise, o…

—¿O qué, Jarl? —dije con desprecio—. ¿Qué vas a hacer? Ya has liberado a tu rehén. Y tienes muchos hombres, pero ya sabes cómo lucha la Hermandad de las Sombras.

—He declarado una tregua.

—Nosotros no recurriremos a las armas si no es necesario. Pero no creas que estoy tan loca como para ir sola contigo a ninguna parte.

Apretó la empuñadura de bronce de su ancha espada. Nos superaban en número, pero me alegró ver el evidente miedo que Jarl le seguía teniendo al Espectro Sanguinario y a la Hermandad de las Sombras.

—Seguidme —dijo por fin, tras un doloroso silencio.

Jarl nos llevó a una tienda con un toldo blanco que había tras unos carruajes y una fila de guardias de Aguja del Cuervo. Sentada en un cojín mullido y ataviada con un vestido largo, Runa nos miró de arriba abajo con desprecio, como si no fuéramos más que el polvo que manchaba sus zapatos.

Mi hermana llevaba una corona de oro. Le habían trenzado el pelo, anticipando su futura boda, lucía pendientes de oro en las orejas y anillos en los dedos, y le habían tatuado runas en los dorsos de las manos.

Odiaba a mi hermana, pero no quería pelearme con ella.

—No tengo ni idea de cómo has acabado con unas amistades tan violentas, hermana —dijo Runa—. El Espectro Sanguinario… Estaría impresionada si no estuvieras demostrando ser tan estúpida.

—Hay muchas cosas que tú no sabes, *hermana.*

Una figura apareció en el fondo de la carpa y di un respingo.

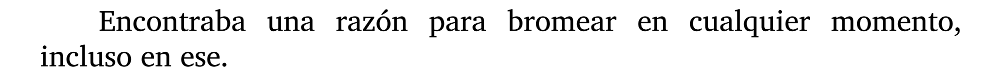
—*Daj* —susurré. Mi padre estaba allí, erguido e impresionante. Ya no tenía la piel pálida y demacrada, su cabello estaba más denso y llevaba la barba trenzada y decorada con cuentas de plata. Leif Lysander volvía a parecer el príncipe consorte que fue una vez.

La historia que escribió Calista para asegurar la enfermedad de mi padre había perdido su efecto cuando se rompió la maldición de Valen, al parecer.

La mandíbula de mi padre estaba tensa. Y vi una leve sombra de dolor en sus ojos antes de que su mirada se volviera dura.

—Hija, me avergüenza la compañía que frecuentas.

—Más bien te aterra —dijo Halvar tras la máscara.



Encontraba una razón para bromear en cualquier momento, incluso en ese.

—Runa, ¿qué quieres? —pregunté.

Mi hermana me observó durante un momento.

—Quiero que termine esta enemistad entre nosotros, Eli. Somos de la misma sangre. Hermanas. Debes estar con tu gente y tu familia.

—Mi familia intentó que me mataran —contesté sin emoción.

—No, te equivocas. Intentábamos mantenerte a salvo.

—¿Después de matar a nuestro tío? ¿A salvo de qué, de vuestras acciones?

Runa frunció el ceño.

—No espero que lo entiendas, Elise. Nuestro tío estaba convirtiendo Timoran en el páramo helado del que huyeron nuestros antepasados. Nosotros lo vamos a salvar. Le hemos devuelto la vida.

Me reí con sorna. Todo el mundo aseguraba ser el responsable de haberle devuelto la vida a Timoran. Ojalá supieran que el hombre que estaba a mi lado era quien tenía la magia para salvar el país y curar unas cicatrices que ya eran muy profundas.

—Elise, el rey ha preparado para ti una vida cómoda si recapacitas y vuelves con nosotros —informó mi hermana y le hizo un gesto a Jarl—. Jarl y tú os casaréis y…

—No —interrumpió Valen.

Mi hermana se sobresaltó al oír su voz. Necesitó un momento para apartar los ojos del Espectro y continuar.

—A los dos se os concederán tierras en Lyx, mejores incluso que las que tenían nuestros padres, y tú nos ayudarás a asegurar la paz con los ettanos. Ellos confían en ti, te aprecian. Juntas podemos convertir Timoran en lo que está destinado a ser.

—No voy a aceptar los planes que tenéis para los habitantes de la noche —repuse—. Sé que estáis intentando utilizar su furia en vuestro beneficio. Torturáis a los ettanos, a los habitantes de la noche y a vuestro propio pueblo para lograr lo que ambicionáis. Si quieres que cesen las hostilidades, tendrás que jurar que renunciarás al trono y



entonces sí que se terminarán nuestros problemas.

Runa sonrió con desprecio.

—Eres una idiota, Elise. Mucha gente resultará perjudicada si no paras.

Me hirvió la sangre y apareció ante mis ojos una neblina roja. Las risas y los recuerdos de cuando éramos pequeñas se diluyeron y se convirtieron en algo parecido al odio. Sentí una extraña mezcla de emociones: desprecio, dolor, arrepentimiento, tristeza. Me apoyé en una mesita estrecha en la que había un cuerno con adornos de plata para la futura reina y nuestras caras quedaron a solo unos centímetros la una de la otra.

—Te sientes amenazada, hermana, o no me habrías pedido que viniera. Tal vez la idiota seas tú.

Runa se puso de pie de un salto.

—Mataremos a Legion Grey.

Enarqué una ceja.

—¿Qué?

Runa mostró una sonrisa retorcida y altanera.

—Sí. Después de que huyeras, encontramos a tu negociador matrimonial. Si no recuerdo mal, te sentías atraída por él. Yo misma me ocuparé de que le arranquen la piel centímetro a centímetro. Sus gritos estremecerán esta tierra y te acompañarán hasta tu último aliento.

Runa tenía la respiración acelerada. Me costó mucho no echarme a reír.

Pero Halvar no pudo contenerse.

—Qué descripción más brutal.

Cuando yo solté una risita, mi hermana me atravesó con la mirada.

—¿Crees que no soy capaz?

Estaba desesperada por parecer la reina oscura y formidable del país. Pero iba a fracasar en su empeño.

—Creo que mientes —respondí.

—Me sorprende. Creía que le tenía más cariño a ese hombre. —Miró a Jarl—. Que se haga lo que he dicho.

Jarl asintió. Yo me mordí el labio.

—¿Eso es lo único con lo que puedes amenazarme?

—Le sacaré primero los ojos —añadió Runa—. Tal vez puedas guardarlos como recuerdo de tu crueldad.

—Esto es agotador y, la verdad es que también un poco decepcionante. Esperaba algo más de Aguja del Cuervo —intervino Valen—. Mientes, sabemos que es así, y nunca nos pondremos del lado de tu trono falso y robado.

—Os equivocáis —insistió Runa con los dientes apretados—. Morirá para…

—Basta. —Valen soltó un suspiro de hartazgo y antes de que yo pudiera protestar, se bajó la máscara roja—. Tus amenazas son infantiles. Está claro que no tenéis a Legion Grey.

Lo cierto es que me produjo una gran satisfacción ver palidecer a Jarl y a Runa tambalearse. Mi padre fue el único que solo pareció irritado.

—*Herr* Grey es… ¡Estuvo en mi propia casa todo el tiempo!

—Resulta extraño, ¿verdad? —contestó Valen.

La mirada de Jarl iba del uno al otro. No sabía qué ideas se le estarían pasando por la mente. ¿Estaría pensando en cómo matar a Legion? ¿O en cómo ocultarse de él? Esperaba que le quitara el sueño saber que Legion Grey se había burlado de todo el reino.

Y seguía engañándolos a todos.

Runa, cuando recuperó la compostura, le dio un empujón a un guardia y ordenó:

—Sácale un ojo.

Valen sacó su espada, pero para mi total horror, ella no estaba señalando al príncipe de la noche.

Runa miró al guardia y señaló a nuestro padre.

—Runa… —exclamó mi padre, perplejo.

Mi hermana se giró para mirarme.

—Esto es por tu culpa, Elise.

Dos guardias agarraron a mi padre por los brazos. Él se revolvió y gritó cuando lo obligaron a ponerse de rodillas. El guardia al que mi hermana le había dado la orden sacó un vial de su túnica. Yo esperaba que fuera un cuchillo, pero me imaginé que el líquido turbio era algún tipo de veneno.

—¿Es que has perdido la cabeza? —le grité. Valen sacó una daga. Tor, Halvar y Stieg hicieron lo mismo.

—Hija, no. —Mi padre luchó contra los Cuervos. Cerró los ojos con fuerza cuando acercaron el vial a su cabeza.

Runa levantó una mano para que el guardia se detuviera.

—Su destino está en tus manos, Elise. Ven con nosotros y evítale el sufrimiento a nuestro padre. Si no lo haces, definitivamente habrás muerto para nosotros.

Un brazo me rodeó la cintura y tiró de mí. Valen me arrastró hacia la entrada de la tienda.

—¡No! —chillé. La sonrisa de Runa desapareció. Bajó la mano y asintió. El corazón se me paró—. ¡No! ¡Para!

Valen me mantuvo agarrada contra su pecho cuando el guardia vertió el contenido del vial en el ojo derecho de mi padre. El veneno siseó al caer. Unos regueros muy negros salieron del ojo de mi padre y le cayeron por la cara y el cuello.

Yo deseaba desesperadamente apartar la mirada, pero seguí observando sin parpadear.

Lo que fuera que le habían echado parecía estar pudriéndole el ojo de dentro afuera. Sus gritos me resonaban en la cabeza. ¿Cómo podía estar haciendo eso? ¿Qué le había pasado a mi hermana para que se hubiera convertido en una persona tan cruel y horrible?

Fijó su mirada oscura y malvada en mí.

—Matadlos.

Los momentos siguientes fueron como un torbellino. Valen me sacó de la tienda. Tor y Halvar lanzaron unos cuchillos inmediatamente, casi al mismo tiempo, y mataron a los dos guardias que sujetaban a mi padre. Stieg se enfrentó a Jarl. El ruido del choque de metal resonó en la noche.

—No puedo dejarlo. —Me revolví en los brazos de Valen. La cabeza no paraba de darme vueltas.

—Te matarán —aseguró—. Es veneno pestilente, Elise. Furia oscura. Ya no puedes hacer nada por él.

Apenas me di cuenta de que había una fila de habitantes de la noche ante la puerta de la taberna, con Ari en el centro, que esperaban con las espadas en alto.

—¡Listos! —gritó Ari.

Le hizo un gesto con la cabeza a Valen. A mí apenas me miró. No hacían falta explicaciones para saber que algo había ido mal y que el Espectro Sanguinario me estaba salvando la vida. Los guardias de Ari alzaron las armas y los habitantes de la noche las palmas. Desde la tienda, Runa les chilló a los guardias para que atacaran y los mataran a todos.

Valen silbó y un segundo después Stieg, Halvar y Tor volvieron corriendo a la taberna.

—¡Mostradles la furia de esta tierra! —gritó Ari—. ¡Lo que nunca tendrán!

Su voz penetró en mi sangre y despertó algo en mi interior. Ari no era el verdadero rey, algún día se daría cuenta, pero no había duda de que era un gran líder, capaz de infundir miedo.

Los habitantes de la noche se movieron como si fueran uno. Unos abrieron las manos y otros se arrodillaron para sacar la furia de la tierra. La suya no era como la de Valen, que podía controlar y fracturar el suelo, pero las ramas y espinas de los arbustos respondieron y se extendieron como dedos delicados, que envolvieron la tienda de Aguja del Cuervo.

El resplandor de la magia envolvió el garito; sin duda algún tipo de ilusión estaba evitando que los guardias vieran con claridad.

Algunos de ellos gritaron, confusos, cuando las ramas se enroscaron en sus tobillos, los tiraron al suelo y, como si fueran serpientes que reptaran entre la hierba, los atraparon en cuanto cayeron.

—¡Aguantad! —gritó Ari—. Separaos por unidades. ¡Dirigíos hacia el río!

Ulf miró sin expresión la nueva oleada de guardias que venía del campamento de mi hermana. La furia nos ayudaba momentáneamente, pero no dejaban de aparecer más Cuervos, eran como una plaga.

—¿Qué demonios es eso? —gritó Stieg.

El brazo de Valen todavía me sujetaba por la cintura, pero en cuanto lo vi, me quedé petrificada. Algo oscuro avanzaba por la tierra. Una sombra… No, era algo tangible; parecía tinta que se infiltraba en las ramas controladas por la furia. Esa negrura devoraba la hierba, despojándola de su color. Le arrebataba la vida a todo y lo dejaba seco y quebradizo. Cuando los regueros de negrura llegaron a donde estaban los guardias atrapados, sus aullidos me helaron la sangre.

—¿Qué es eso? —insistió Stieg.

—¡Vámonos! —gritó Valen. El evidente miedo de su voz hizo que un escalofrío me recorriera la espalda—. La furia no nos protegerá.

Ari no vaciló.

—¡Retirada! ¡Al barco, ya!

En un segundo, la barricada de furia se disolvió. A mi alrededor los hombres de Ari se perdieron en la oscuridad. Me pareció que alguien decía mi nombre. La cabeza me iba a mil por hora, en un frenesí doloroso que me afectaba al cuerpo y me atenazaba los músculos. ¿Qué había pasado allí esa noche? ¿Cómo se había vuelto mi hermana tan cruel, tan ávida de poder?

La conmoción que me había producido todo aquello me atontaba y ralentizó cualquier pensamiento, hasta que me quedé bloqueada.

—Elise.

Valen. Noté sus manos en los hombros y me gritó junto a la cara.

—Vete. Tienes que correr.

¿Por qué tenía el arma en la mano? ¿Por qué no huía?

Parpadeé.

—Ven conmigo.

—Los retendré.

Sentí un frío en el pecho que me sacó del aturdimiento. Recuperé toda mi atención y noté el corazón en la garganta.

—No… Las ligaduras…

Grité cuando una mano me agarró la muñeca. Stieg tiraba de mí.

Valen se lo había ordenado.

—¡No! No puedes luchar contra eso.

El príncipe de la noche me ignoró y me dio la espalda demasiado rápido, como si no pudiera dejarme de otro modo.

La Hermandad de las Sombras y el Espectro Sanguinario sacaron sus armas. Lo último que vi fue esa especie de tinta negra devorando las ramas controladas por la furia de Ari y una nueva unidad de Cuervos que iba corriendo por la ladera arrasada hacia la Hermandad de las Sombras.

—¡Stieg, no!

—Los frenarán —gruñó—. Nos darán algo de tiempo. Vamos, deja de patalear. Por todos los dioses, qué testaruda eres.

Cuando perdimos de vista la taberna, me rendí. Stieg era tres veces más fuerte que yo. Sin fuerzas, dejé que me arrastrara entre los árboles retorcidos hasta que el suelo se volvió húmedo y noté el olor del agua estancada y el moho en el aire.

El barco cabeceaba en el agua, bastante lejos de la orilla. Había hombres vadeando el agua y otros en la borda, tirando de ellos para subirlos al barco.

Stieg no dudó y se metió conmigo en el río helado.

Tosí por el dolor que me provocaba el frío, pero obligué a mis

pies a seguir.

Valen aparecería en cualquier momento entre los árboles.

No necesitaba la furia. Cuando vivía con la maldición no sabía que tenía furia y sobrevivió. Era tanto el Espectro Sanguinario como el príncipe de la noche.

—*¡Kvinna,* aquí!

No sé quién me subió al barco. ¿Korman? ¿Frey? En cuanto caí sobre la cubierta, me volví para mirar hacia los árboles.

—Remad —ordenó la voz jadeante de Ari.

—¡No! Ari, todavía están allí.

El rey apretó los dientes y soltó una maldición. Miró hacia los árboles, examinando la oscuridad, igual que los demás.

—No podemos esperar —insistió Ulf—. Nos veremos atrapados.

—Ari —supliqué con la voz quebrada—, no los abandones. Te lo suplico.

Su mandíbula se tensó. Examinó la orilla del río de nuevo y chasqueó los dedos junto a los costados. Tras unos momentos tensos, me miró.

—No podemos quedarnos aquí, Elise. —Vaciló—. Lo siento.

Los remeros dieron una primera palada fuerte y el barco empezó a avanzar.

—No. —Corrí hacia la proa desesperada. Mi cerebro registró vagamente que Siv y Mattis estaban en el barco. También Arabella y Ellis. Y Junie y Casper. Pero no Valen. Por favor. Por favor. Me cubrí la garganta con una mano y apoyé un pie en la borda, lista para saltar —. ¡Esperad! ¡Parad!

Señalé hacia los árboles con un dedo tembloroso. Tres figuras salieron de la oscuridad y corrieron hacia el río.

—Deteneos —ordenó Ari. —La corriente nos alejaba de la orilla, pero íbamos lo bastante despacio como para que tuvieran tiempo de llegar.

La Hermandad de las Sombras llegó al barco nadando. Korman, Mattis y Casper se inclinaron sobre la borda y los cogieron por los antebrazos antes de que la corriente los arrastrara. Yo me quedé petrificada en la proa, aún con la mano en la garganta, mientras Tor, Halvar y Valen subían a bordo, empapados, pero respirando.

Ari se echó a reír, pero parecía una risa nerviosa. Le dio una palmada a Valen en el hombro cuando el príncipe de la noche se quedó sentado en cubierta.

—Sabía que no me iba a arrepentir de tenerte de mi lado.

Valen resopló y apartó la mano del rey, pero sonrió.

—Nos seguirán, así que sugiero que nos saques de aquí cuanto antes, rey.

Los remeros recuperaron el ritmo. En el barco reinaba una calma tensa. Todos estaban alerta, pero la tranquilidad fue creciendo según nos adentrábamos en el río. Yo clavé las uñas en la madera del barco. Desde donde estaba veía bien a Mattis. En aquel momento le cogió la cara a Siv entre las manos, le susurró algo que solo ella pudo oír y la besó.

Una sonrisa asomó en mis labios.

Siguió besándola hasta que ella dejó de resistirse y le rodeó el cuello con los brazos.

Idiotas testarudos.

Recorrí un lateral del barco. Rodeada de madera y humedad, mi cuerpo se iba fundiendo a cada paso. Me dolía todo cada vez que me movía.

Miré a Valen, que estaba al otro lado del barco. Sus ojos se encontraron con los míos. Quería que viniera a donde estaba y a la vez que apartara la mirada. Enseguida los hombres del garito de juego rodearon a Valen y a su Hermandad de las Sombras, se pusieron a hacerles preguntas y a contar chistes verdes malos, y perdí la esperanza de que viniera a mi lado.

Capítulo veinticuatro

La princesa rebelde

Volvimos a Ruskig antes de que el amanecer asomara entre los árboles. Los que dejamos esperándonos recibieron a los guerreros cansados con sopa de ortigas y rollitos de hierbas. Ari ordenó que encontraran sitio para alojar a los que habíamos traído de Mellanstrad.

Siv desapareció entre los árboles con Mattis; seguro que no volvían hasta el mediodía.

Valen, rodeado por su Hermandad de las Sombras, me miró desde el otro lado del salón de la casa del rey. Su mirada me atravesaba como la punta de un cristal roto. ¿Cómo podía controlar todo mi cuerpo así? ¿Cómo seguía teniendo ese poder sobre mí, a pesar de que no me había dirigido la palabra durante todo el viaje de regreso?

Y, tal vez la pregunta más importante, ¿por qué lo permitía yo?

No tenía energía para estar en su presencia en ese momento. Y menos si él se empeñaba en levantar muros entre nosotros. Lo que iba a hacer era construir uno yo. Las lágrimas amenazaron con caer, pero me froté los ojos para evitarlas y me fui a mi cabaña.

Dentro apagué todas las luces excepto una vela, me puse el fino camisón, me senté y abrí el diario de Lilianna. Los recuerdos de su madre eran la única forma que tenía de sentir cercanía con el príncipe de la noche últimamente.

Solo había leído dos páginas cuando la puerta se abrió de un tirón.

Yo solté un grito estrangulado, abracé el diario contra el pecho y me volví para ver quién era.

El pulso se me aceleró.

Valen estaba de pie en el umbral. Sus ojos parecían un pedazo de medianoche. La túnica y los pantalones negros se confundían con la oscuridad reinante, pero la luz de la vela hacía relucir su piel de color

bronce.

Entró y cerró la puerta.

De repente me di cuenta de que el camisón era casi trasparente. Crucé los brazos sobre el pecho y le di la espalda sin decir nada. Ni siquiera le pregunté por qué estaba allí.

El peso de su cuerpo hizo que las tablas del suelo protestaran. El príncipe de la noche se quedó parado delante de mí, inseguro.

Carraspeó.

—Siento lo de tu padre. No es fácil ver cómo le hacen daño a la gente que quieres.

Hice una mueca de dolor.

—Mi padre nunca me ha demostrado mucho cariño, pero es quien me trajo al mundo al fin y al cabo. ¿Por qué has venido? ¿No podíamos haber hablado de esto en el barco?

Valen cambió el peso de un pie a otro. Después se miró las uñas.

—¿Estás…? ¿Tienes alguna herida?

No quería hablar de lo que había pasado en Mellanstrad ni fingir que apenas teníamos relación. No cuando nos conocíamos demasiado bien.

—Estoy bien. —Otro silencio. Fingí volver a leer el diario—. ¿Y tú?

Él sonrió.

—Ni me han tocado.

Tragué con dificultad, porque tenía la garganta seca, y jugueteé con una cucharilla de madera que tenía junto al té frío en la mesa.

—¿Puedo hacer algo más por ti?

—¿Quieres que me vaya?

«No. Quédate». Ojalá supiera por qué huía de mí para luego volver una y otra vez. Podría habérselo preguntado en voz alta, pero decidí fingir que seguía leyendo.

—¿Qué lees?

Me mordí el labio para evitar las ganas de sonreír. Él no paraba quieto: entrelazaba los dedos, jugueteaba con el cinturón, se pasaba una mano por el pelo. Un príncipe (un rey) hecho un manojo de nervios era algo muy divertido.

—El diario. La reina acaba de pillar al sinvergüenza de su hijo menor con la hija de un cortesano en los establos. Es bastante escandaloso.

Ya no pude contener más la sonrisa. Cuando miré a Valen, él se ruborizó.

—Resulta muy divertido ver como una madre se encuentra a su hijo en un estado de… —continué.

—Está bien. —Se acercó y me quitó el diario de las manos—. Dártelo fue un error por mi parte, está claro.

—En aquel momento no sabías que hablaba de ti.

—Sí. Pero ahora que lo sé, creo que deberías ser consciente de que mi madre registraba en él todos los detalles de lo que ocurría a su alrededor, pero tenía una tendencia a… dramatizar, la verdad.

Enarqué ambas cejas y me hice la extrañada.

—Príncipe de la noche, ¿me estás diciendo que tu madre exageraba cuando escribía?

—No —contestó acercándose un poco más—. Yo no diría que mi madre era una mentirosa, pero te equivocas en algo.

—¿En qué?

No respondió al instante. Sonrió, travieso, dejó el diario en la mesa y colocó los brazos a ambos lados de la silla en la que estaba, atrapándome.

Me ardía el pecho.

Sus ojos tenían una magia propia. Ese negro ardiente estaba intentando atravesar el muro que yo había construido. Unas cuantas grietas aparecieron en mi resolución de permanecer indiferente a Valen Ferus ante el olor a limpio de su piel, su sonrisa y la forma en que arrugaba la frente. Con el más mínimo contacto, el muro podría

derrumbarse.

Débil. Era débil. No había otra forma de describirlo.

—Era joven —confesó—, pero no soy un sinvergüenza.

Se me hizo un nudo en la garganta. Estaba muy cerca. Le veía los destellos dorados y verde oscuro en los ojos. Si no tenía cuidado, quedaría totalmente a su merced.

—¿Qué…? —Se me quebró la voz y tuve que carraspear—. ¿Qué haces aquí?

—Estoy cansado de la distancia.

—Que has impuesto tú.

—Por buenas razones. Al menos eso creía. —Valen apoyó su frente contra la mía y habló en voz baja—. He pasado miedo por ti hoy.

Me humedecí los labios. Me ardía la piel por las ganas de acercarme aún más.

—Es lógico. La situación era aterradora.

—Pero no tuve miedo por nadie más.

Me recorrió la mandíbula con los dedos y después bajó por el cuello. Yo di un respingo.

—Valen —susurré—, ¿qué estás haciendo?

Vaciló.

—¿Crees que me mantengo alejado de ti porque me eres indiferente?

—Sí —respondí sin dudar—. Creo que disfrutas conmigo, o te gustaría hacerlo. Como en la Tumba Negra.

—Haces que parezca que no has significado nada y que solo eres un cuerpo con el que calentarme.

Me encogí de hombros. Sí que había visto deseo en su mirada, pero yo sentía algo más que eso. Para mí era mucho más y odiaba no poder olvidarme de él. «Condenados desde el principio». Esa maldita

voz fría se coló en mis pensamientos otra vez. Sacudí la cabeza y aparté la cara.

Valen me levantó la barbilla con un nudillo y se acercó un poco más.

—La maldición ya no está, así que debo tener alguna otra razón para seguir cerca de ti, ¿no?

—Te sientes en deuda conmigo.

—Ah —fue lo único que dijo.

Negué con la cabeza y temí que, si no me movía, me iba a ahogar por la necesidad y el deseo.

Me levanté de la silla y me zafé de sus brazos.

—Valen, tal vez al principio sentías algo diferente, pero sé que ahora no quieres estar aquí. Te conozco…

Las palabras se me atragantaron. Valen cruzó el espacio que nos separaba, me rodeó la cintura con el brazo y me puso la mano en la mejilla. Nuestros pechos y nuestras caderas chocaron. Mi cuerpo ardía por él.

—Te equivocas. —Su voz sonaba profunda y ronca. Me acarició el labio inferior con el pulgar—. Quiero estar en cualquier sitio donde estés tú, Elise Lysander. Los he perdido a todos. Vi cómo los utilizaban contra mí, cómo los torturaban. Pero pensar en perderte a ti es peor que cualquier dolor que haya sentido en el pasado. Y me odio por ello.

Yo le agarré la túnica para mantenerlo cerca.

—¿Por qué?

—Tu nombre hace que tu cabeza tenga precio. Si me añades a mí a esa ecuación, los riesgos se multiplican por diez. ¿Cómo puedo hacerte algo así?

—¿Y quién dice que esa decisión la tienes que tomar tú solo?

Me enredó los dedos en el pelo y me echó la cabeza hacia atrás.

—Mantener la distancia entre los dos es más seguro. Es lo mejor. Para ti.

—¿Y por qué estás aquí entonces?

Me miró con una media sonrisa.

—Porque, como escribió mi madre, elegir la mejor opción nunca fue lo mío.

Valen apretó sus labios contra los míos.

Y al instante le rodeé el cuello con los brazos y abrí la boca. Su lengua era suave y cálida. Le clavé las uñas en los hombros.

Avanzamos tambaleándonos hasta que mi espalda chocó con la pared.

—Tú mandas sobre mí. —Sonrió contra mi boca—. Sobre todo mi ser. Y es muy irritante, porque soy un príncipe.

Le di una patada en la espinilla.

—No. Eres un rey.

Interrumpí el beso. Los dos teníamos la respiración y el corazón acelerados. En sus ojos se veía el fuego del deseo. Una de sus manos hábiles se deslizó por mi cintura, levantó el satén del camisón y después su piel áspera me acarició el muslo suave.

Una sonrisa traviesa apareció en su boca.

—*Kvinna,* si un hombre te tocara así, ¿te gustaría?

Mi mente revivió aquellos momentos en que era Legion Grey, un hombre que tenía prohibido tocarme pero que lo hizo de todas formas. Cerré los ojos y dejé que me cayera la cabeza contra la pared. Sus dedos ágiles me hacían arder aún más la piel y me mantenía en pie solo porque seguía aferrada a su túnica.

—¿Y esto? —Sonrió contra mi nuca mientras con la otra mano subía desde la cintura a las costillas. Me rozó la piel con los labios y los dientes, lo que hizo que varios estremecimientos me recorrieran la espalda.

—Sí —respondí en un susurro casi sin aliento.

Subió la mano aún más y se volvió más atrevido. Cada respiración era más profunda y trabajosa, hasta que empezó a darme vueltas la cabeza por el placer y estuve segura de que me iban a fallar las

piernas de un momento a otro.

Valen continuó con el control que ejercía sobre mi cuerpo, manteniéndome de pie y más pegada al suyo. Me arqueé contra él y enredé su pelo entre mis dedos. Temblé de deseo mientras sus manos recorrían cada centímetro de mí. Entonces nuestros labios se encontraron de nuevo.

Legion Grey había encendido una pasión cegadora en mi alma antes, pero que aquellos momentos hubieran desembocado en estos, en mi cabaña, con un príncipe que ya había muerto una vez, me produjo una necesidad insaciable.

De algo más profundo.

Algo como el amor.

Metí los dedos bajo su túnica y recorrí los contornos de su pecho. Valen gimió junto a mi boca y su cuerpo se tensó. Dejé la mano sobre su corazón y lo empujé hacia atrás. El borde de mi cama se estrelló contra sus rodillas, así que tuvo que sentarse. Yo me quedé de pie delante de él, con los dedos entumecidos pero el resto del cuerpo en llamas.

No era el príncipe de la noche ni el negociador matrimonial. En aquel momento era solamente Valen, un hombre que se había hecho un hueco en mi corazón y no lo había abandonado nunca.

Era mío.

La noche en la vieja escuela de Aguja del Cuervo sus manos reclamaron mi cuerpo. Entonces se ganó mi lealtad, pero aquel momento era diferente. Ya no quedaban secretos entre nosotros. Ni ilusiones.

Me temblaban las manos cuando tiré de las mangas de mi camisón. Cuando éramos niñas, Runa y yo pensábamos en amantes y nos preguntábamos cómo sería acostarse con ellos. Nos reíamos e imaginábamos gestos impresionantes de guapos guerreros y noches de lujuria sobre pétalos de flores y gruesas pieles.

Aquello no era como me lo había imaginado.

Pero no cambiaría nada.

Mi camisón se deslizó por mi cuerpo y cayó a mis pies. Los labios

de Valen se abrieron y su mirada recorrió mi cuerpo desnudo, provocándome una oleada de calor. Tragó saliva y después me cogió la mano y me atrajo hacia él.

El príncipe de la noche me sentó en su regazo y me empujó las caderas para que quedara a horcajadas.

—No me des la espalda otra vez, Valen Ferus —susurré, acariciándole la mejilla con los dedos.

—No podría aunque quisiera.

—Ellos ganan si nosotros no sobrevivimos.

Con una mano me recorrió la cadera y con la otra la pierna, hasta que acabó metiéndola entre mis muslos. Yo me dejé llevar por él, jadeante y febril, y le saqué la túnica por la cabeza. El calor de su piel contra la mía hizo que un escalofrío me recorriera los brazos. Él gimió cuando le rocé la oreja con los labios.

Valen me tumbó de espaldas y se colocó sobre mí, con las piernas entrelazadas y nuestros cuerpos en llamas. Se quitó los pantalones muy rápido y yo solté una exclamación junto a su boca cuando nos unimos. Él se apartó, como si esperara que yo quisiera parar, separarme de él.

Pero lo que hice fue besarlo hasta que su respiración irregular se acompasó con la mía. Estiré el cuello, deseando poder estar más cerca aún, pero ni eso sería suficiente. Cada vez que me tocaba, me dejaba la piel ardiendo.

Valen me besó la frente sudorosa. Sus ojos no me abandonaban mientras sus caderas se mecían pegadas a las mías. Nuestros cuerpos se aceleraron y unos suaves gemidos llenaron la noche, rápidos y apasionados, después suaves y tiernos. Con cada movimiento y cambio de posición en la estrecha cama, las risas se mezclaban con los besos.

Todo el deseo y la necesidad que habíamos acumulado desde que nos conocimos estallaron en un arrebato de pasión, deseo y también algo más tierno.

Algo dulce y duradero.

Cuando terminamos, Valen me recorrió el contorno de los labios con los dedos y me besó como si fuera la primera y la última vez. Yo acerqué su cabeza a mi pecho y Valen se puso a dibujarme suaves

líneas en los brazos.

Antes de que me pudiera el sueño, él me susurró en la oscuridad:

—Elise. Elijo vivir.

Capítulo veinticinco

El príncipe de la noche

—Te qui-quieren a ti, hermano —susurró Sol. Tenía los labios azules y las gruesas pestañas negras cubiertas de escarcha—. Tu sa-sanarás la ti-tierra.

—Basta —contesté con una voz que era apenas un susurro. Me dolía hablar, porque era como si con cada palabra me estuviera arrancando trozos de la garganta—. No ha-hables así.

Sol me puso una mano en la parte de atrás de la cabeza. Sus músculos se estremecieron por el frío, pero consiguió acercar mi frente a la suya.

—Pro-prométemelo, Valen. Prométeme que cuando te lib-liberen, recuperarás el tro-trono.

—Calla. —Le rodeé los hombros escuálidos con el brazo y lo acerqué a mí—. Cállate, Sol.

—Soy una amenaza para ellos, herma-mano. Les doy miedo. Cuando se llevaron a Daj, *su-supe que me matarían a mí también. No podemos sal-salvar a Etta. Pero si tu fu-fu-furia. Querrán utilizarla.*

—No la salvaré. Para e-ellos no.

—Para nosotros, Valen. Para nuestro pu-pueblo.

—El destino te eligió a ti.

Sol cerró los ojos, agotado. Lo entendía. Ser coherente durante mucho rato era demasiado. La mayoría de los días en nuestra celda invernal nos turnábamos para permanecer despiertos y asegurarnos de que el otro seguía respirando.

—El destino te eligió a ti —repetí, cubriéndole un lado de la cara con la mano. Sol sería el rey. Yo recuperaría lo que nos habían arrebatado.

Pero algo en mis huesos me decía que aquello solo era el principio de los retorcidos planes que el destino tenía para nosotros.



El sol disipó la niebla del amanecer. Fuera, la cháchara de la gente de Ruskig me indicó que ya se estaba acercando el mediodía.

Pero yo todavía no me había atrevido a salir.

Desde la silla que había junto a la mesa tenía una visión perfecta de su cara mientras dormía. Elise sonreía en sueños. Tenía el pelo alborotado y yo no recordaba haber visto nunca algo tan hermoso.

Durante toda la noche me había pertenecido a mí el honor de dormir a su lado, con su cuerpo entre mis brazos. Apenas me moví hasta que se coló en mi mente una idea, tal vez originada por uno de los últimos recuerdos que tenía de mi hermano.

Necesitaba hablar con los demás, pero no quería dejarla.

Recorrí con los dedos el borde del vaso de madera que tenía en la mano; el efecto de las hierbas era potente. Como si hubiera sentido que la estaba mirando (o tal vez fue el olor de las hierbas), los párpados de Elise se agitaron y se abrieron a la luz de la mañana. Se desperezó estirando los brazos y miró a su alrededor para orientarse.

Una bonita sonrisa apareció en sus labios rosas cuando me vio.

—Soy una mujer afortunada: abro los ojos y me encuentro a un príncipe semidesnudo. Sería mejor que estuviera desnudo del todo, pero me conformo con lo que hay.

Entorné los ojos, me acerqué a la cama, me arrodillé a su lado y enredé los dedos en su pelo. Atraje su boca hacia la mía para que mis labios acariciaran los suyos mientras hablaba.

—No me tientes o no voy a salir de aquí nunca.

—Entonces seguiré tentándote toda la mañana. —Me besó de una forma lenta, dulce y sincera.

Le tendí la taza con el té de hierbas.

—Eh… Te he preparado esto. No quiero ser presuntuoso, pero por si acaso.

Ella arrugó la nariz.

—¿Qué es?

—Mi hermana lo utilizaba. —Me rasqué la cara—. Para evitar la descendencia…

Elise arrugó la frente y dio un sorbo.

—Muy inteligente. No quiero ni imaginarme lo que haría Runa si yo tuviera un hijo.

Justo lo que había pensado yo.

—No es que yo no quiera… contigo. Es que…

—Valen, por favor —me interrumpió y me puso una mano en el brazo—. Ya te gustaría tener la suerte de ser el padre de mis hijos.

Sonreí, le quité la taza de la mano y le hice cosquillas hasta que se puso muy roja de tanto reír. Cuando me aparté, nos sumimos en un silencio cómodo. Un momento después, Elise me acarició un lado de la cara, una maravillosa costumbre que tenía y que no sabía que me gustaba. Su sonrisa desapareció de repente.

—¿Qué te preocupa?

Hundí los hombros. Me senté en el suelo y me apoyé en el borde de la cama. Elise me masajeó la cabeza, lo que me produjo un estremecimiento en la nuca. Su contacto me calmaba y me maldije por haberme empeñado en rehuirlo durante tanto tiempo.

—Valen —susurró—, te lo veo en los ojos. Algo te agobia. Yo no puedo olvidar lo de anoche si ahora…

—No. —Me giré bruscamente e interrumpí esa terrible frase con un beso—. No hay vuelta atrás ni arrepentimientos, Elise.

—¿Entonces qué es?

—Necesito hablar con la Hermandad, contigo y supongo que con Siv, ya que también sabe quién soy. Con nadie más.

Elise se incorporó apoyándose en un codo.

—¿Cuándo? —fue la única pregunta que hizo.

—Cuanto antes.

—Voy a buscarlos. Seguro que si asomas la cabeza, la mitad de Ruskig querrá discutir alguna estrategia contigo, o Ari te enviará a alguna otra aventura peligrosa.

Sonreí, pero no le llevé la contraria. El rey se negaba a liberarme del ardor constante de las ligaduras, pero quería que me comportara como su primer caballero o su asesino particular.

Apartó las pieles con las que se tapaba y saltó de la cama. Su piel pálida me dejó sin aliento. Debí hacer algún ruido primitivo, porque ella miró por encima del hombro y se sonrojó.

—¿Qué pasa, príncipe de la noche? ¿Es que verme así te perturba?

—Me cautiva más bien. No sé si podré pensar en otra cosa que no sea en tu cuerpo de ahora en adelante.

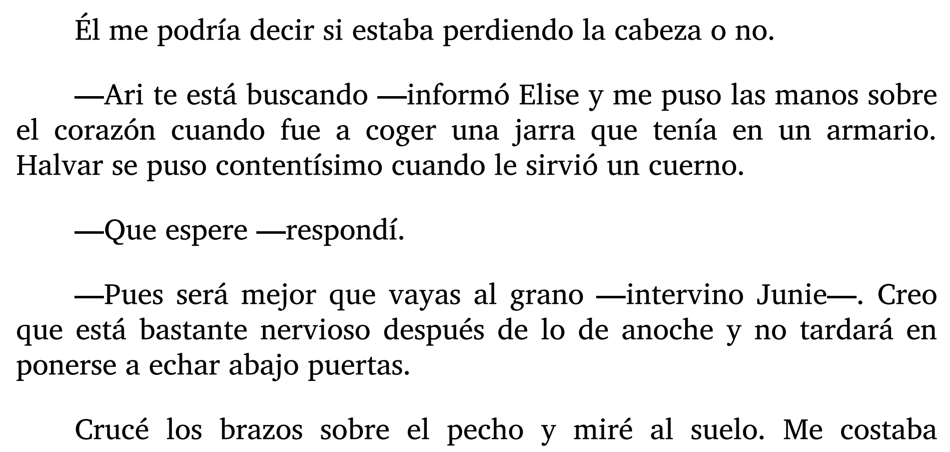
Se echó a reír y se vistió rápido con un vestido sencillo. Antes de salir de la cabaña, Elise se acercó y me dio un beso en la boca. Después se fue en busca de la Hermandad de las Sombras.

Yo recorrí el pequeño espacio, nervioso, preguntándome si había perdido la cabeza. Hice la cama e intenté ocultar cualquier evidencia de lo que había pasado allí. No me avergonzaba, pero no sabía cómo se sentiría Elise si todo el mundo se enterara de que éramos amantes.

Aunque estaba seguro de que muchos lo sospechaban ya.

Incluso intenté preparar té, pero había algo quemado en el fondo del cazo y abandoné la tarea.

Poco después se abrió la puerta y Junie entró la primera. La siguió Siv y el resto de la Hermandad. Elise cerró por dentro e invitó a todo el mundo a sentarse. Casper y Stieg parecían medio dormidos. Halvar buscó la cerveza que insistió que Elise tenía escondida. Siv y Junie se sentaron en la cama y Tor miró por la ventana.



Él me podría decir si estaba perdiendo la cabeza o no.

—Ari te está buscando —informó Elise y me puso las manos sobre el corazón cuando fue a coger una jarra que tenía en un armario. Halvar se puso contentísimo cuando le sirvió un cuerno.

—Que espere —respondí.

—Pues será mejor que vayas al grano —intervino Junie—. Creo que está bastante nervioso después de lo de anoche y no tardará en ponerse a echar abajo puertas.

Crucé los brazos sobre el pecho y miré al suelo. Me costaba organizar mis pensamientos porque no sabía por dónde empezar.

—Algo me ha estado preocupando desde que la hermana de Elise le sacó el ojo a su padre. —Tor cerró los ojos y tensó la mandíbula. No estaba loco. A él también se le habían pasado cosas por la cabeza—. Todos visteis cómo se extendía esa oscuridad, ¿no?

—No, pero Frey y Ari no hablan de otra cosa —reconoció Casper y se estremeció—. Me da escalofríos. ¿Qué tipo de furia tiene ese efecto?

Apreté los labios y me atreví a mirar a Tor. Estaba pálido y tenía unas bolsas oscuras bajo los ojos. Había dormido poco la noche anterior.

—¿Valen? —me animó Elise cuando me quedé en silencio demasiado tiempo.

—Yo solo he visto ese tipo de furia oscura, veneno pestilente lo llaman, en una persona. —Me quedé callado. ¿Cómo podía explicárselo? Era un secreto que solo conocían los más cercanos al linaje Ferus. A mí nunca me gustó tener que guardarlo, como si fuera algo vergonzoso, porque no lo era. Solo era diferente. Levanté la vista y miré a Elise. Ella era mi calma en medio de la tormenta—. Mi hermano.

Elise se quedó con la boca abierta.

—Él también tenía furia entonces.

Asentí.

—Sí, pero nadie hablaba de ella.

—Es ridículo —refunfuñó Tor—. Sol no era capaz de hacerle daño a nadie.

Miré fijamente a Tor para que mantuviera la calma.

—Sol iba a ser rey y, por recomendación de su consejo, nuestros padres creyeron que lo mejor era mantener su furia en secreto. Probablemente por eso mi madre nunca la menciona en sus diarios. Era el príncipe solar, la esperanza de Etta, pero su furia traía la muerte, la enfermedad y la oscuridad.

—Solo el príncipe Valen podía contrarrestarla —añadió Halvar con gesto serio.

—Espera —intervino Elise—. Los agitadores enfermos, los que atacaron mi casa. ¿Crees…?

—Demonios —exclamó Halvar—, ya casi se me había olvidado, pero… sí. Valen, creo que tú los curaste. Estabas en pleno cambio por la maldición en aquel momento, pero creo que conseguiste detenerla.

—Yo no curo cuerpos —aclaré.

—No lo recuerdas, pero hiciste retroceder el veneno aunque… eso no los curó, los mató. Deben de haber manipulado esa furia de alguna manera, pero la tuya logró repelerla de todas formas.

Elise me puso una mano en el brazo.

—¿Y cómo contrarrestas algo así con la furia de la tierra?

—Sol y yo éramos opuestos. —Sacudí la cabeza y sentí un dolor en el pecho. Por todos los dioses, cuánto echaba de menos a mi hermano—. Yo podía hacer que el mundo floreciera y él destruirlo. Lo que me preocupa, y ahora que hemos hablado de los agitadores mucho más, es que Aguja del Cuervo haya conseguido manipular el veneno y que pueda utilizarlo contra nosotros.

—A Sol —corrigió Tor con una voz baja y tensa—. Manipularon a Sol y su legado y están utilizando lo que queda de su magia para hacer el mal.

—Eso no lo sabemos, hermano —dijo Halvar y le dio una palmada en el hombro a Tor.

—No podemos saberlo —lo apoyé yo.

—¿Crees que…? —Stieg dudó—. ¿Crees que tienen a un fae oscuro con el mismo talento?

—Supongo que es posible. Pero anoche fue diferente de todas formas. Nunca lo había visto así, en un vial. Y entonces no teníamos poder sobre los cuerpos, al menos no con la furia de Sol. Él traía la enfermedad a la tierra y yo podía neutralizarla. Pero si Aguja del Cuervo sabe cómo matar con venenos de furia… Corremos un riesgo mayor del que creíamos.

—Tenemos que encontrar al ser que están usando —concluyó Stieg.

—Y cortarle el cuello —añadió Casper.

—O a quien ha creado el veneno —sugirió Elise—. ¿Quién sabe si han encontrado la forma de fabricarlo a partir de un experimento?

—Os lo cuento para que estéis alerta —añadí—. Necesitamos preparar pociones curativas. Los arbustos de la luna son poderosos y puede que sean nuestra única posibilidad si nos enfrentamos a un veneno pestilente que afecta al cuerpo. Todos deberíamos llevar encima una dosis.

Elise se colocó a mi lado.

—Tienes que decírselo a Ari.

—Hazlo, pero no menciones a Sol —dijo Tor—. No quiero que unos imbéciles, que temen una furia que no comprenden, ensucien su nombre.

Elise se apartó de mí y se acercó a Tor. Él no era de los que aceptaban la compasión de nadie, pero la miró con una sonrisa triste cuando ella le cogió la mano y se la apretó.

—Creo que necesitamos esto para que nuestro intrépido rey deje de temer tu furia —intervino Halvar—. Tiene que quitarnos estas ligaduras.

—Podrías contarle la verdad —propuso Casper.

Negué con la cabeza.

—No ha cambiado nada. Yo no quiero la corona. Ari puede seguir siendo el líder.

—Pero Etta no lo eligió a él —repuso Halvar.

—Con el tiempo lo hará —insistí—. Además, ahora mismo necesitamos que la gente se centre en sobrevivir. Aguja del Cuervo volverá y debemos estar preparados, no sumidos en una batalla interna por ver quién lleva la débil corona de los rebeldes.

Por sus caras quedó claro que ninguno de los que había en aquella habitación estaba de acuerdo, pero por una vez nadie discutió. Ya había visto lo que pasaba con la gente que no quería perder el poder. Ari no era cruel y ambicioso, pero se estaba convirtiendo en una espina en el costado del castillo Aguja del Cuervo. Si revelaba mi identidad, frustraría todos sus esfuerzos.

Pero estaría bien que ese idiota nos quitara de una vez las malditas ligaduras.

Si ese veneno era lo que quedaba de la magia de mi hermano, tal vez yo fuera el único que podía destruirlo.

Si era otra cosa, entonces tendría que rezarles a todos los dioses para que encontráramos una forma de sobrevivir a él.

Capítulo veintiséis

La princesa rebelde

Repasé las primeras páginas del diario de Lilianna. Los fragmentos que leía más a menudo estaban en las páginas centrales o finales, después del nacimiento de Valen, pero examiné el principio buscando cualquier referencia a la furia de Sol. La reina era inteligente, elegía con cuidado las palabras, pero tras saber la verdad sobre el príncipe Sol, encontré unas cuantas pistas.

«Se me rompe el corazón por el príncipe solar. Es un niño muy solitario. Aunque la verdad es que es lo mejor. Su instrucción debe realizarse dentro de los muros del castillo hasta que madure lo suficiente para asistir a clase en la escuela de los nobles…

La fiebre de Herja está cediendo. Sol sigue desconsolado, da igual cuantas veces le expliquemos que las molestas heladas han sido la causa…»

Metí el diario en mi bolsa con un suspiro.

Cómo deseaba que Liliana estuviera allí. Tenía muchísimas preguntas que hacerle, y no solo sobre sus hijos. La madre de Valen era timorana y supo encontrar el equilibrio entre ambos mundos. Sus hijos y su marido pertenecían a la magia y a Etta, pero su pueblo venía de los páramos y la guerra. Mi corazón estaba allí, entre los habitantes de la noche y la furia, y junto a Valen, pero ansiaba la emoción de la guerra, como mis antepasados. Y también amaba a mi pueblo.

Ese día calentaba el sol, pero había mucha tensión. Quedaba muy poco para la boda.

Desde la mañana a la noche la gente de Ruskig trabajaba en los preparativos. Se confeccionaron disfraces muy coloridos para los que iban a hacer el papel de bardos itinerantes y bufones de la corte: gorros puntiagudos con hilos dorados, zapatillas con la punta curvada con campanillas en el extremo, jubones con botones metálicos y medias con rayas negras y blancas.

Conseguir provisiones llevó su tiempo. Aunque «conseguir» era

otra forma de decir «robar». A Ari le pareció bien que Valen pasara de ser el Espectro Sanguinario, famoso asesino, a convertirse en su ladrón particular.

A mí no me provocaba ningún sentimiento de culpa y no estaba segura de que se pudiera llamar ladrones, en el sentido estricto del término, a los miembros de la Hermandad de las Sombras. Era una extraña forma de robar. En la mayoría de los casos toda la Hermandad o algunos de sus miembros esperaban junto al fiordo a los barcos que pasaban o a las caravanas que recorrían las rutas comerciales, los acorralaban, se llevaban lo necesario y después les dejaban con una bolsa de monedas de plata y la seria amenaza de no hablarle a nadie de ellos.

Aunque lo que no me gustaba era la forma que tenía Ari de utilizar al príncipe de la noche como un simple forajido.

Pero cuando nos metíamos juntos en la cama, una noche tras otra, el heredero de Etta se aseguraba de recordarme que eso era solo temporal. Si queríamos vivir, vivir de verdad, necesitábamos derrocar a los reyes del castillo Aguja del Cuervo.

Me hormigueaban los dedos por la anticipación. Ulf y sus exploradores habían traído información sobre la bruja del destino. Sentí un gran alivio al saber que Calista estaba viva y fuera de la celda de la Tumba. La niña se había puesto en peligro para ayudar a unos extraños; conocía la maldición de Valen, sabía que él era importante y escribió la historia que logró su libertad.

Cuando nos encontráramos de nuevo, no la iba a dejar atrás. La liberaríamos de ese lugar. Aunque los demás querían acabar con cualquier fae oscuro que Calder estuviera utilizando para crear el veneno pestilente, yo creía que lo que hacía falta era salvarlos a todos, entre ellos a Calista.

¿Quién sabía qué torturas había tenido que soportar?

Tor insistía tanto como Valen en que, aunque tenía furia oscura, el príncipe Sol era una persona buena y cariñosa. Había muchas posibilidades que aquel fae oscuro también fuera así, pero lo hubieran obligado a actuar para el beneficio de sus enemigos.

—Elise. —Junius me saludó con la mano. Estaba sentada delante de una gran tina junto a Siv y media docena de curanderos—. Ya estamos preparados para añadir más.

—Voy a por ellas —contesté y levanté la bolsa.

Junius asintió y volvió a centrarse en la tina, donde estaban machacando con un grueso palo una mezcla líquida de pétalos, tierras y zumos de hierbas.

Al menos Ari había escuchado a Valen con respecto a utilizar los arbustos de la luna como antídoto contra cualquier venero. Lo único que había hecho falta había sido que unos cuantos curanderos confirmaran las propiedades curativas de las flores de la luna y desde entonces todo el mundo llevaba días llenando pellejos y viales con el elixir.

A mí me gustaba recoger flores. Me sacaba del bullicio y me permitía adentrarme en el silencio que había entre los árboles.

Los arbustos de la luna crecían densos y frondosos cerca del arroyo. Me arrodillé junto a uno de ellos y seleccioné las flores plateadas más sedosas.

Un gruñido a mi espalda hizo que se me erizara el vello de la nuca. Saqué la daga de la bolsa, me oculté en el lecho de un arroyo poco profundo, con cuidado de no pisar ramas u hojas muertas, y miré entre los arbustos.

Los nervios desaparecieron al instante y noté una oleada de calor en el pecho.

Un poco más allá vi sentado en el suelo a un grupo de niños que se reían, se revolvían y aplaudían a sus compañeros, que estaban aprendiendo a luchar en un corralito hecho de ramas.

Y no estaban practicando con cualquiera.

—Bloquea, aquí —señaló Valen y ajustó la posición de la espada de madera, con la que entrenaba Ellis, delante del pecho delgado del niño—. Dime, ¿qué zonas hay que guardar todo el tiempo?

—¡La cabeza, el corazón y la entrepierna! —gritó Ellis.

Valen miró a Halvar, que soltó una carcajada. Con un suspiro colocó la espada de entrenamiento a la altura del vientre del muchacho.

—Casi, pero lo que tienes que proteger siempre son las entrañas. No hagas caso de lo que te digan los estúpidos que hay por ahí, hijo.

—¡Estúpidos! —exclamó Halvar enjugándose las lágrimas—. ¿Es que tú querrías que te dieran una puñalada ahí?

Al lado de Halvar estaba Kari, con expresión nerviosa pero los ojos brillantes y una sonrisa tímida. La Cuervo había recuperado algo de fuerza en los últimos días y, como Brant estaba ocupado con los cartógrafos que dibujaban las rutas de salida del castillo, ella andaba siempre cerca de Halvar. Yo había hablado un poco con ella. Era tímida y respetuosa. El tiempo que había pasado en la guardia la había hecho más fuerte que la mayoría de las mujeres, pero tenía unas facciones suaves y unos ojos llenos de bondad.

—¿Quién va después? —preguntó Valen mientras despeinaba a Ellis, antes de que el niño volviera a la fila.

Una niña con las mejillas sucias, las orejas puntiagudas y los ojos grises se levantó de un salto.

—¡Daga!

Valen ladeó la cabeza y buscó una hoja de entrenamiento más corta. Se la dio a la niña, que enseguida dio un tajo en el aire y se rio cuando Valen fingió que se la había clavado.

—Parece que el Espectro Sanguinario no es rival para Inge —gritó Mattis. Tuve que mirar dos veces para asegurarme, pero sí, era Mattis. Sonrió y después se echó a reír cuando los niños animaron a Inge a vencer al Espectro. Unos cuantos ataques y alguna que otra instrucción después, Valen cayó de rodillas cuando Inge le hizo un corte imaginario en el pecho.

Después se tiró al suelo boca arriba, fingiendo estar muerto.

A una señal de Halvar, el enjambre de niños se lanzó sobre el príncipe de la noche. Las risas resonaron en mi cabeza. Esos niños no tenían ni idea de quién estaba invirtiendo su tiempo en enseñarles a defenderse. No sabían que era su rey y que llevaba metido en aquella guerra mucho más que todos nosotros.

Noté una presión en el pecho. Valen estaba encontrando de nuevo su lugar entre su propia gente. Solo pensarlo me afectaba tanto que me ponía al borde de las lágrimas.

Nunca había sentido algo así por nadie, hasta el punto de llevarme a pensar cosas raras y a imaginarme una vida más allá de las batallas y las maldiciones, en la que cada noche y cada mañana viera

su cara. En la que pudiéramos ser amantes, amigos y reírnos de esa forma siempre.

Lo quería todo con él. Nunca había amado a nadie antes, pero los sentimientos que había desarrollado por Legion Grey se habían despertado de nuevo por Valen Ferus.

Lo amaba.

Amaba al príncipe de la noche de Etta. «Pero él es un rey, ¿y qué eres tú?». Hice una mueca al oír esa voz fría que siempre expresaba mis dudas, pero ese día me enfrenté a ella. Era cierto que Valen era el heredero de esas tierras, detalle que lo convertía en rey, pero aquel rey me había elegido a mí, la *Kvinna* caída en desgracia, sin nombre, sin tierras y sin país. A mí.

Di un paso para unirme a la diversión, pero me detuvo el sonido de un cuerno.

Me puse pálida y miré hacia el asentamiento. Era un aviso de ataque. ¿Cómo…? ¿Cómo era posible?

La furia protegía Ruskig… No se podía entrar a menos que alguien te diera acceso.

Crucé los setos hacia donde estaban los niños. Valen ya estaba de pie y con la espada de verdad en la mano. Kari abrió los brazos para indicarles a los niños que la siguieran y palideció también cuando vio a Halvar ponerse la máscara y sacar la espada.

Valen me agarró del brazo.

—¿Qué pasa?

—No lo sé —confesé—. Estaba recogiendo flores y… No tengo ni idea.

Me cubrió la mejilla con la mano y la mirada de súplica que me dedicó pudo conmigo.

—Ve con Kari. Esconded a los niños.

—No —negué con la cabeza—. No te voy a dejar…

—Elise, te lo suplico. Protégelos. Kari no tiene fuerzas suficientes.

Quise protestar, acusarlo de quitarme de en medio porque temía

por mí, pero estaba decidido. Como hizo una vez cuando era Legion Grey, sacó la daga de mi bolsa y me la dio.

—Recuerda que me lo prometiste.

Recordé entonces el momento en que los dos nos encerramos juntos en el estudio de mi padre, después de sobrevivir al ataque de los agitadores, cuando me dijo: «Yo he jurado defenderla, pero tengo que saber que usted también se protegerá. A cualquier precio. Prométamelo».

Ninguna parte de aquella promesa había cambiado.

Cogí la daga. El dolor de tener que dejarlo era insoportable.

No le importó que alguien pudiera vernos cuando tiró de mí hacia él y me besó. El beso era fruto del miedo y fue demasiado corto. Noté un temblor en su voz cuando susurró contra mi oreja:

—Nunca dudes de por quién late mi corazón.

Valen me soltó y cogió un cuchillo largo que le tendía Mattis antes de ponerse la máscara roja sobre la barbilla y convertirse en el Espectro Sanguinario.

Sería egoísta ir con él y una imprudencia no atender a su súplica por miedo a perderlo. Valen tenía que cumplir su obligación y conocía los riesgos. Había elegido vivir, a pesar de ellos. Un escalofrío me recorrió la columna cuando resonaron gritos a lo lejos. La desesperación me pedía salir corriendo hacia el asentamiento, donde estaban mis amigos, pero el deber me exigía otra cosa.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y me di la vuelta. El crujido de las hojas y las ramas interrumpió la quietud del bosque cuando salí corriendo detrás de Kari. La Cuervo era rápida y ya había desaparecido entre los árboles.

Los encontré poco después en una ladera, donde un corrimiento de tierra había tumbado algunos árboles en uno de los lados. Mi error fue aparecer detrás de Kari sin avisar. Antes de que pudiera hacer el más mínimo movimiento, la Cuervo ya tenía la punta del cuchillo bajo mi barbilla.

Había fuego en su mirada y respiraba con dificultad pero, en cuanto se dio cuenta de quién era, apartó el cuchillo.

—Perdón, *Kvinna*.

—Das mucho miedo —reconocí mientras ayudaba a una niñita a pasar por encima de un tronco y la dejaba al lado de Ellis.

—Me prometí que no iba a permitir que me atacaran por sorpresa nunca más. —Le latía la mandíbula mientras acariciaba las cabezas de los niños.

—Kari, tienes que esconderte con ellos aquí —le dije—. Todavía te estás recuperando.

—Lucharé si es necesario, *Kvinna* Elise —contestó llena de energía —. Sé que aquí no confían en mí, pero los niños están al margen de todo eso. No dudaré en defenderlos. Lo juro.

La creí. Intenté ignorar los gritos lejanos que traía el viento. Con los ojos aún llorosos, miré las caras asustadas que había bajo los troncos.

—No hagáis ruido. Debéis haceros pequeñitos, como unos ratoncillos silenciosos. No importa lo que veáis u oigáis, no os mováis ni digáis nada. —Me llevé un dedo a los labios—. ¿Lo habéis entendido?

—Sí, *Kvinna* —dijo la voz de Ellis, que llegó desde la izquierda.

Le toqué el brazo a Kari.

—Voy a esconderme detrás de los árboles para vigilar. Si veo algo, os haré una señal silbando como un arrendajo. Escóndete, yo te cubro.

Kari se agachó en medio de la pila de troncos. Si era necesario, ella podía sacar a los niños por un lado y huir. Cuando su cabeza quedó bien escondida, me agaché tras unos árboles, a cierta distancia, y esperé.

El humo hizo que me ardiera la nariz. La sangre me latía en la cabeza. El bosque estaba tranquilo, pero en mi alma había un torbellino de emociones. No podía pensar en nada más que en la gente del asentamiento, en si podría defenderse. Siv, Junius… ¿tendrían tiempo de coger sus armas y combatir? ¿La guardia de Ari sería suficiente?

Valen y su Hermandad de las Sombras sabían combatir. Me

obligué a recordar que los habitantes de Ruskig eran también los agitadores de Timoran, así que eran capaces de utilizar las armas.

Una sombra se movió en la periferia de mi visión. Mis sentidos se agudizaron. No vi nada, pero ahí había algo, alguien.

Movimiento. La levísima rotura de una rama.

En un grupito de árboles que había a la izquierda, una figura agachada se acercaba muy despacio a la ladera en la que estaba escondida Kari.

Si me desplazaba un poco, podría atacarlo por detrás.

Para que no hiciera ningún ruido, tenía que taparle la boca primero y después cortarle el cuello. Los puntos débiles de la armadura de Aguja del Cuervo eran las articulaciones, donde se solapaban las protecciones, las axilas y el cuello. Si llevaban escudo, había que atacar las piernas o la espalda. Las lecciones que había aprendido a lo largo de los meses que había vivido lejos de la nobleza se reprodujeron en bucle en mi cabeza mientras seguía a la figura, que ya veía claramente que era un guardia armado.

Tenía que haber más. Mantuve los ojos abiertos por si había otros entre los árboles, porque no tenía sentido enviar a un solo guardia allí, pero no vi a nadie. Eso me puso más nerviosa que ningún otro detalle. El Cuervo ascendió hacia donde estaba oculta Kari. No creía que supiera que había niños y una antigua guardia allí, pero era evidente que estaba buscando fugitivos.

Doce pasos. Diez.

Me dolían las piernas de ir agachada. Se me pasaron por la cabeza todas las formas posibles de matarlo y mi mente se llenó de oscuridad. El primer asesinato casi pudo conmigo, pero en aquel momento mataría por cualquiera de los de Ruskig sin pensármelo dos veces. Por terrible que fuera, deseaba la muerte de aquellos que amenazaban a cualquiera a quien yo quería; un breve destello de lo que imaginaba que sería la sed de sangre.

Cinco pasos. Tres.

Junto a su espalda, levanté la daga.

El Cuervo se volvió hacia mí tan rápido que caí hacia atrás. Mi cuerpo no chocó contra el suelo, sino que caí en unos brazos.

Protecciones de cuero, manos con guantes y el aliento rancio con olor a hierbas. Un Cuervo me agarró con fuerza y pronto aparecieron entre los árboles más guardias, gritando órdenes y riendo.

Chillé, pataleé y me retorcí entre esos brazos. Se me quebró la voz, pero silbé. Hacer la llamada del arrendajo, una mezcla del graznido del cuervo y la melodía de un pájaro cantor, era un talento que tenía desde la infancia.

Le clavé un codo en el punto blando bajo los brazos y el guardia me tiró al suelo y me dio una patada en las costillas. Después se puso a horcajadas sobre mí y me agarró la cabeza con la mano. Otro guardia me apartó el pelo sin miramientos.

Se miraron y ambos sonrieron mostrando sus dientes amarillentos. El Cuervo que me sujetaba contra el suelo gritó por encima del hombro:

—¡Tenemos a la *Kvinna!* ¡La tenemos! —Me miró fijamente—. ¡Vamos!

No grité para protestar. ¿Qué sentido tenía decir: «No, por favor»? ¿Es que alguna vez alguien había hecho caso cuando un prisionero decía algo así?

No dije ni una palabra, pero mantuve la promesa que le había hecho a Valen. Peleé. Luché con cada gota de sangre guerrera que corría por mis venas. Cuando los Cuervos intentaron levantarme del suelo, le clavé las uñas a uno en las mejillas. Él me dio una bofetada. Entonces le di una patada en la rodilla a otro desde donde estaba en el suelo.

Maldijeron, me dieron patadas y lucharon conmigo.

Encontré una piedra y se la tiré a la cabeza a un guardia. Me resistí hasta que al fin un guardia me agarró de la trenza y tiró de ella con fuerza. Todos los Cuervos juntos me obligaron a tumbarme boca abajo y se arrodillaron sobre mi espalda, para que me quedara quieta.

A pesar de que no dejé de intentar liberarme, lograron atarme las manos detrás de la espalda y levantarme. Pero seguí pataleando y soportando sus golpes. Un Cuervo me tapó la boca y otro me cogió por los tobillos y cargaron conmigo así, entre los dos, como si fuera uno de los troncos caídos. Me habían superado.

Me iban a llevar con ellos, pero yo pensaba morir luchando, que



nadie asumiera ni por un momento lo contrario.

Capítulo veintisiete

El príncipe de la noche

El asentamiento estaba destrozado. Habían quemado las cabañas y una unidad de Cuervos había saqueado las tiendas, volcado los carros y derramado sangre.

La hierba ya no era de un vivo color verde, sino que se veía aplastada y oscura, salpicada de charcos de sangre. La oscuridad rugía en mi interior. La furia de mi sangre me abrasaba bajo la piel, desesperada por liberarse. No podía quitarme las ligaduras de las muñecas, pero sí hacer estragos con un arma.

Antes de cruzar el límite del asentamiento, agarré a Mattis del cuello y acerqué su cara a la mía.

—Mis hachas. Ahora.

Mattis no se mostró arrogante. Simplemente asintió y corrió a los establos, donde tenía guardadas bajo llave mis armas.

—Príncipe de la noche —dijo Halvar a mi lado—, hoy vamos a luchar por nuestra gente.

Hice girar la espada que tenía en la mano. Un nuevo fuego se encendió en mi pecho. ¡Esa era mi gente! Mi padre y mi familia murieron defendiendo a ese pueblo durante las invasiones. Por primera vez desde que había recuperado los recuerdos, la sensación del deber dejó de resultarme asfixiante y el honor que suponía me inundó el corazón.

Esa tierra había elegido a mi linaje, a mi sangre. Me había elegido a mí.

«¡Lucha, Valen! ¡Hazlo como nunca antes! ¡Como los dioses!». La voz de Sol me dio energía.

—Legion. —Mattis había vuelto y me dio las dos hachas negras que brillaban, limpias y bien conservadas.

Le di la espada que llevaba al carpintero y no perdimos más tiempo. Nos metimos de lleno en el caos.

La furia hacía hervir el terreno. Las raíces, los sarmientos y la tierra se volvían contra los Cuervos. Los habitantes de la noche luchaban como sabían, pero no era suficiente. Había demasiados guardias. Los fae no tardaron en darse cuenta de que, cuando se paraban a usar la furia, morían por el rápido tajo de una espada.

Yo me acerqué a un guardia por detrás y enterré una de las hachas en su espalda. La mujer a la que perseguía enseguida se puso de pie de nuevo, me sonrió con malicia, cogió la espada del Cuervo y se la clavó a otro que tenía cerca.

No tardaron en oírse voces que llamaban la atención sobre la presencia de la Hermandad de las Sombras. Al otro lado de la plaza Junius luchaba al lado de Stieg y Casper. Cerca de la casa del rey, Tor, enmascarado y feroz, combatía junto a Ari y Frey.

Mis hachas me trasmitían calma. Las dos hojas me proporcionaban equilibrio y a la vez despertaban la oscura necesidad de muerte que tenía dentro. Con ellas sentía que ejercía el control. Podía matar y atacar de nuevo con la cabeza más clara. Tal vez su poder estaba solo en mi mente, ¿pero qué importaba? Era ágil y letal con ellas en la mano de nuevo.

Tres guardias corrieron hacia mí. A uno le hice un corte profundo en un muslo. Cuando cayó, le abrí el pecho a otro. Luego giré y clavé el filo de una de las hachas en la nuca del primero. Dos muertos. El tercero vaciló.

Le di tiempo para tomar aliento una vez más y le tiré las dos hachas, que se hundieron profundamente en su vientre.

Para cuando cayó al suelo, ya se las había arrancado y pasado al siguiente.

Otros dos Cuervos se acercaron. Todo mi entrenamiento con los caballeros de la corte me había servido de mucho cuando era el Espectro Sanguinario, aunque entonces no recordara quién me había enseñado. La rapidez de mis pies me mantenía fuera del alcance de los golpes. Un guardia dio un mandoble con su espada. Yo di un paso atrás y noté la ráfaga de aire que produjo el arma al pasar junto a mi cara. Él se apartó, esperando que atacara yo, seguro. Pero no me moví. Mi intención era evaluar su habilidad. No me impresionó y su compañero, aún menos.

—¡Fane! —grito el Cuervo que había intentado atacarme, sin aliento y sangrando por el labio—. ¿Es que te vas a quedar ahí

parado?

Las palabras parecieron despertar a su compañero y empujarlo a la acción. Atacó con una espada corta, intentando clavármela en el corazón.

«Hazlos tropezar, mi príncipe».

Sonreí ante el recuerdo de Dagar. El padre de Halvar me enseñó muchas cosas. Preciso y estratégico, maniobré con mi cuerpo para hacer tropezar a mi oponente. Atacó de frente con su espada y yo me incliné para proyectar el vientre hacia atrás y evitar el golpe.

Después lo intentó desde abajo. Lo esquivé. Cuando se tambaleó hacia delante, yo lancé un tajo con el hacha que le cortó la mejilla y le di una patada en la espalda para apartarlo a un lado. Que sangrara. Debajo de la máscara apareció en mi boca una sonrisa cuando el primer Cuervo retomó la lucha donde la había dejado el otro.

Este se desenvolvía con más seguridad. Tuve que pensar un poco más. Me agaché, ataqué, esquivé y corté. Los aceros entrechocaron cuando su espada se estrelló contra mis hachas.

Hacer que tropezaran. Después de tantos siglos, los guardias de Aguja del Cuervo seguían sin enseñarles a sus guerreros a protegerse los pies. El guardia se lanzó al ataque con fuerza. En el último momento me aparté y le di una patada en la parte de atrás de las rodillas.

El Cuervo se tambaleó. Sus hombros subían y bajaban a un ritmo frenético cuando cayó.

—Mátame con el honor de un guerrero, Espectro. Es lo único que te pido.

Yo aparté su espada de una patada.

—Los ladrones de esta tierra no se merecen compartir mesa con los dioses.

No llevaba la espada en la mano, pero le concedí una muerte rápida. Tenía la máscara empapada de sangre. La lucha estaba en su apogeo. Corrí hacia la casa del rey, dando golpes y esquivándolos, para ayudar a Ari y a Tor.

Entonces el grave sonido de un cuerno interrumpió la batalla. Los

guardias del castillo Aguja del Cuervo se retiraron casi al instante y corrieron hacia la frontera, dejando a todos los habitantes de Ruskig perplejos. Pero unos segundos después la gente empezó a vitorear. Celebraban nuestra victoria.

Agarré con más fuerza las hachas. Algo no iba bien. Aguja del Cuervo no se retiraba así, de repente.

Entonces un grito que conocía muy bien resonó por encima del cuerno. Seguido de un chillido agudo que me atravesó el pecho.

Por todos los dioses, no.

Junto a las puertas, un grupo de guardias llevaba en volandas a Elise, que no dejaba de revolverse. Chillaba y pataleaba y mordió a uno cuando intentó taparle la boca.

—¡Elise! —rugí y fui directo a por ella.

—¡Legion! —Por todos los demonios, cómo se resistía. Pero cuando su mirada se encontró con la mía, vi que en sus ojos había un miedo que intentaba ocultar.

Encontré unos cuantos guardias en mi camino. Ataqué con las hachas, aunque no maté a casi ninguno, solo pretendía apartarlos. Pero cuanto más intentaba llegar hasta ella, más cuerpos sangrantes aparecían en mi camino.

—¡Elise! —La desesperación me inundaba el cuerpo y pesaba como el plomo. Se la iban a llevar. Habían venido a buscarla y yo la había dejado en el bosque, sola.

Un Cuervo se plantó delante de mí, pero no me frenó ni un instante. Cayó muerto a mi paso y su sangre me salpicó la cara.

Los guardias ya casi habían atravesado las puertas con ella. Todavía me quedaban cien pasos para llegar. No lo iba a conseguir. Mi cuerpo se estaba debilitando, como si cargara con todo el peso del mundo sobre la espalda.

—¡Elise! ¡Lucha! ¡Iré a por ti! ¡Iré a buscarte!

Desapareció. En cuanto los invasores cruzaron las puertas, el muro de piedras, espinas y brezo creado con la furia se cerró.

Caí de rodillas. No podía respirar. La tierra se desmoronó entre

mis dedos cuando enterré las manos en el suelo.

—Lucha —repetí con la voz rota y ahogada—. Lucha, por favor.

El tiempo ya no importaba; no sé cuánto estuve así hasta que llegó Tor, me agarró y me levantó. Cuando miré a mi amigo, me temblaba el cuerpo por una rabia que no podía controlar.

—No voy a dejar que me arrebaten a nadie más.

—No tendrás que sufrir el dolor de perder a tu *hjärta*.

Esta vez no se lo negué. Ya no podía. Elise Lysander me había robado el corazón cuando todavía estaba maldito y nunca había logrado recuperarlo. Clavé las dos hachas en la tierra. La ira se instaló en mi interior como un segundo ser.

—¡Ari! —grité. Elise no estaba y no iba a dedicar ni un momento a otra cosa que no fuera recuperarla. El rey estaba cerca de su casa. Tenía la cara salpicada de sangre y el cuerpo cansado, pero estaba ayudando a los heridos—. ¡Ari!

Me miró. La altanería que mostraba siempre había desaparecido. En ese momento era un hombre derrotado y roto.

No me importaba. Le coloqué las muñecas ante la cara.

—¡Libérame! ¡Si no lo haces ahora mismo, te corto el cuello!

Se rio sin ganas y sin humor.

—Legion, no te puedo liberar. No tengo la llave ahora. Y tal vez eso sea lo mejor, porque no puedes ir tras ella sin un plan. Utiliza la lógica.

Me dio la espalda, pero yo lo agarré de la túnica y lo obligué a mirarme.

—Dijiste que tenías la llave. Encuentra una forma de liberarme, desgraciado.

Una sombra cruzó su cara.

—¡No nos vamos a apartar del plan, Legion Grey! Iremos a Aguja del Cuervo, lucharemos y les arrebataremos su furia. Y haremos todo lo que esté en nuestra mano para recuperar a Elise. Te lo aseguro.

—No quiero tus promesas. Devuélveme mi furia y yo me ocuparé del resto.

—Hermano. —Halvar se abrió paso entre la gente que se había quedado mirando. Me puso una mano firme sobre el corazón acelerado. Muy pocas veces se dirigía a mí como lo hacían los caballeros, pero en aquel momento lo necesitaba. Lo miré con los puños apretados y sin pestañear—. Sabes que solo tenemos una oportunidad. Si nos precipitamos, morirá sin remedio.

—¿Y crees que no la matarán si no nos damos prisa?

—No te olvides de que la necesitan. Lo viste en la cara de su hermana en Mellanstrad. Yo lo noté. Quieren a Elise viva. Por ahora.

Me aparté y me pasé los dedos por el pelo.

—Legion, ayúdanos a ocuparnos de los muertos —pidió Ari— y después planearemos la venganza.

No era una orden y Ari no sonaba como el rey que pretendía ser. Lo miré, me acerqué y le puse un dedo acusador delante de la cara.

—Tú cumplirás mis órdenes. Yo lideraré el ataque. Y seré el que se enfrente al falso rey. —Tenía intención de arrancarlo de mi trono con mis propias manos.

Una parte de mí se preguntó si Ari notó que algo había cambiado en mí, porque no discutió, sino que agachó la cabeza.

—No puedo proteger a mi gente. Si tú puedes llevarnos allí y combatir mejor que yo, tú serás el líder. Yo ya no quiero más muerte.

—Tienes que quitarme estas ligaduras.

—Si lo hago, si voy a por la llave, ¿me dirás quién eres en realidad? Hoy nos ha traicionado alguien. Tengo que saber en quién puedo confiar.

Me acerqué hasta que nuestras cabezas casi se tocaron.

—Libérame y lo sabrás enseguida.

Ari asintió.

—Legion, no te equivoques al pensar que eres el único a quien le importa. Todos apreciamos a Elise, pero en esta batalla hay cosas más

grandes en juego.

Tenía razón. Esa guerra era más importante que la vida de cualquiera. Yo lo sabía. Incluso Elise era consciente de ello. Pero no podía evitar que su vida me importara más que el resto.

—Todos queremos recuperarla —añadió Frey.

Sin duda pretendían calmarme y no alimentar mi ira. Grité con todas mis fuerzas mirando al cielo. Durante un momento las ligaduras que tenía en las muñecas me apretaron y resplandecieron. Por todos los infiernos, mi furia estaba a punto de reventarlas. Ari y Frey se miraron con la misma expresión de asombro e intriga.

—No dudo que sintáis cariño por ella, pero yo la amo —les grité. Me di la vuelta y me alejé—. Vosotros tendréis vuestras propias razones para ir a Aguja del Cuervo—continué hablando por encima del hombro—. Yo voy a por Elise Lysander.

Nadie me siguió. Ni intentó calmarme de nuevo.

Entré como una tromba en su cabaña y cerré la puerta con llave. Apoyé la espalda en la madera y me la arañé con ella al deslizarme al suelo.

Hice un voto en mi mente: encontraría a Elise antes de que acabara el día siguiente. No podía aguantar más tiempo.

Para el final del día siguiente, sería rey.



El fuego de la pira se elevó sobre los tejados destartalados. Nos quedamos todos formando una fila sombría mientras los muertos ardían hasta convertirse en cenizas.

Los niños lloraban por sus madres y padres perdidos. Las madres y padres lloraban por sus pequeños. Ellis estaba de pie junto a Halvar. Le temblaba la barbilla mientras miraba las llamas. Habían encontrado a Arabella en su cabaña; seguramente fue una de las primeras en sucumbir. Kari le había puesto las manos en los hombros al niño.

Me acerqué y me puse en cuclillas a su lado.

Él me miró con los ojos vidriosos.

—*Herr* Grey —me saludó, muy valiente. Le temblaba la voz.

De la bota saqué una navaja estrecha. La empuñadura era de hueso y tenía una flecha grabada en el acero.

—Este cuchillo me ha sido muy útil. Hoy has luchado bien. Has protegido a los otros niños. Kari me ha contado que, tras oír el aviso de Elise, la has ayudado con los más pequeños. Tu madre estaría muy orgullosa.

Parpadeó y le cayó una lágrima por la mejilla. Le di la navaja y empecé a levantarme.

—*Herr* Grey —dijo el niño con voz suave y yo volví a mi posición inicial—, *Kvinna* Elise decía que usted era más fuerte que el falso rey. La oí hablar con *Maj* de que debía confiar y creer en usted. Yo confío en usted.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Cuida esa navaja —fue lo único que logré decir—. Supone para ti una nueva responsabilidad.

Después toda la Hermandad de las Sombras se reunió en la diminuta cabaña de Elise. Estar allí me hacía sentir más cerca de ella. Nos llevó media noche ocuparnos de los muertos y asegurarnos de que el asentamiento estuviera completamente seguro. Ulf no tardaría en llegar con su grupo de exploradores y, con la información que trajera, podríamos hacer nuevos planes sobre cómo entrar en Aguja del Cuervo durante la boda. Al día siguiente era luna llena y sería la última que vería el falso rey en ese trono.

Un golpe en la puerta interrumpió mis frenéticos paseos arriba y abajo.

Junius fue corriendo a abrir y se apartó para que pudiera entrar Ari, que venía acompañado de Mattis y Siv.

El rey examinó la habitación.

—Quiero que me jures que no me matarás cuando recuperes tu furia. Intenta comprender por qué tuvimos que ponerte las ligaduras.

Tor lo atravesó con la mirada, pero Casper se rio con ganas.

—Nos gusta tu forma de reinar, así que no te mataremos. Pero no olvides que podríamos hacerlo.

Siv se acercó a todos, uno por uno, y nos dio unos cuencos de madera. Cuando la miré, vi que tenía restos de lágrimas en las mejillas. Con una leve inclinación de la cabeza me dio el cuenco que me correspondía y fue a cerrar las ventanas.

—Recuérdame otra vez por qué tanto secretismo —pidió Ari—. No me interpretes mal: estoy muy intrigado, pero un poco inquieto.

—Tienes un traidor en tus filas —explicó Halvar—. Es mejor que solo tú sepas que hemos recuperado nuestra furia. Lo entenderás todo pronto, confía en mí.

—Pero aquí también está Mattis…

Miré al carpintero.

—Confiamos en él.

Él se hinchó al oír eso y le cogió la mano a Siv.

—Bien —contestó Ari—, porque es él quien tiene la llave de las ligaduras.

—¿Qué? —Me quedé mirando a Mattis.

Él dio un paso adelante con timidez.

—Yo era el que más enfadado estaba por todo, así que el rey Ari pensó que nunca cedería y te daría la llave.

Mattis, que tenía una runa de plata en la mano, se acercó a Casper primero.

—Tened a mano los cuencos —sugirió Ari—. La sensación cuando



se retiran las ligaduras es bastante desagradable y a muchos se les revuelven las tripas.

—Todos hemos llevado ligaduras antes —murmuré, pero dejé el cuenco cerca.

Casper y Stieg dieron varios respingos y vomitaron cuando Mattis les quitó las ligaduras. Stieg fue el primero, pero Casper fue más escandaloso. Junie se quedó pegada a la puerta con cara de asco.

Tor y Halvar resistieron más que ninguno, pero incluso ellos sucumbieron y se aferraron a sus cuencos. Mattis dudó cuando se acercó a mí.

—Confío en ti —me dijo— y lucharé a tu lado, sea cual sea tu furia.

Por su forma de decirlo, tuve la sensación de que creía que yo era un fae oscuro. Supongo que era una sospecha lógica, porque sabía lo del veneno pestilente.

Pasó la runa sobre las ligaduras, que cayeron al suelo con un repiqueteo. Un dolor ardiente y blanco me aceleró la sangre. La bilis me subió por la garganta. Gruñí y me puse de rodillas, respirando por la nariz. No vomité igual que los demás, pero hasta los reyes sufrían por el efecto de las ligaduras.

Un momento después la urgencia pasó y me incorporé. Tor sonrió cuando abrió la mano y una bonita llama azul serpenteó entre sus dedos.

Ari suspiró profundamente.

—Sois todos unos fae poderosos. No sé si he tomado una buena decisión o he cometido un error fatal.

Sentí mi cuerpo íntegro de nuevo y la mente más clara. Lo primero que hice fue ir adonde estaba Siv, deseando poder haber hecho eso mismo con Elise.

—Te libero del hechizo que te prohibía hablar de mí.

Cerró los ojos y sus hombros se relajaron.

—Ah, eso responde algunas preguntas —exclamó Ari—. Supongo que nuestra querida Elise estaba bajo el mismo hechizo de la furia. Ahora tengo más curiosidad aún, Legion Grey. Tantas advertencias por su parte por mis juegos y mis amenazas… ¿Qué tipo de hombre

peligroso eres? ¿Qué es lo que puedes hacer? Me prometiste que lo sabría cuando recuperaras la furia.

Le sostuve la mirada a Ari durante un momento. Había demostrado que se podía confiar en él, ¿pero cómo reaccionaría cuando se enterara de que su reinado había terminado? Me había cedido el liderazgo, incluso sin saberlo. Tenía que confiar en que sería leal a Etta, fuera quien fuera su gobernante.

Me coloqué en el centro de la habitación.

—Apartaos.

Todos se pegaron a las paredes cuando me arrodillé. La furia se reforzó en cuanto mi mente se imaginó lo que quería hacer. Apreté la palma contra el suelo, controlando cuidadosamente el movimiento de la tierra para que el resto del asentamiento no notara nada.

La cabaña se estremeció. Ari y Mattis eran los únicos que parecían nerviosos. Mattis incluso soltó una maldición cuando la madera se astilló y se quebró.

Elise tendría que perdonarme por destrozar su alojamiento. No me costó mucho esfuerzo; en cuanto la madera se partió, una profunda fisura fracturó la tierra y la piedra que había debajo de la casa.

Abrí los ojos y me levanté, limpiándome el polvo de las palmas.

Ari y Mattis miraron con la boca abierta la grieta en el suelo y después a mí.

—Eres… Tienes la furia que controla la tierra —susurró Ari.

—Sí.

—Qué divertido es esto —le murmuró Halvar a Tor.

—Pero la única persona en mil años que… —empezó Mattis, aunque dejó la frase sin terminar. Se quedó mirando a Siv. Ella solo le cogió la mano.

Ari volvió a mirarme.

—¿Cuál es tu nombre? Tu nombre verdadero.

Ya no había secretos. Había llegado la hora. Por Elise y por Etta,

era el momento.

—Tengo varios —contesté con total tranquilidad—, pero la mayoría me conocen como Valen Ferus, el príncipe de la noche.

Capítulo veintiocho

La princesa rebelde

Las celdas de la prisión de la furia eran como yo me había imaginado que serían casi todas. Pero en las del castillo Aguja del Cuervo apenas había prisioneros. Eran solitarias, húmedas y sucias. En un rincón de mi celda un flujo constante de agua dejaba un reguero de moho negro sobre la piedra y le aportaba al aire un desagradable olor a charca. Las cerraduras de las puertas eran grandes y con varios pestillos. Me pasé casi una hora intentando abrir la mía, pero lo único que conseguí fue un dolor en el cuello y un corte en la yema de un dedo.

Cuando la horquilla de la trenza se me resbaló de nuevo, me corté otro dedo con el hierro frío.

—Por todos los infiernos —exclamé en voz alta.

Un suspiro de exasperación llegó desde alguna de las otras celdas de la misma hilera.

—No eres muy lista. Si estas cerraduras se pudieran abrir así, ¿no crees que ya habría salido de aquí hace siglos? Son imposibles.

Conocía esa voz.

—¿Calista? —La niña soltó una risita. El corazón me dio un vuelco—. Por todos los dioses, Calista. Creía que seguías encerrada en la Tumba Negra.

—No. Aunque no es mucho mejor estar en las entrañas fétidas de este castillo.

—Estuve allí —confesé en voz baja—. Volví a la Tumba Negra y… tuvimos que huir. Me dolió pensar en dejarte en aquel lugar otra vez.

Ella vaciló. La niña era joven, pero estaba segura de que había tenido una vida complicada. Aun así noté que intentaba desesperadamente ocultar la emoción en su voz y sonar despreocupada, como si no le estuviera dando importancia.

—Tampoco es que fuera tu obligación volver a por mí —dijo.

—Nos ayudaste. A mí y al príncipe de la noche.

—Escribí una historia para ayudarme a mí misma. Si de paso él se liberó, pues bien, pero esa es otra razón por la que me resulta irritante encontrarte aquí. No entiendo por qué te has dejado atrapar y has estropeado todo mi minucioso trabajo.

Contuve las ganas de echarme a reír. Calista era una niña extraña, pero incluso aunque sabía que había lanzado una maldición sobre mi propio padre para retorcer los caminos del destino y que yo acabara implicada en esa guerra, me caía muy bien.

—¿Cuándo te trajeron aquí?

—Justo después de la última vez que nos vimos.

—¿Sabes qué pasó con la Tumba?

—Son muy estúpidos, pero al final me obligaron a decirles lo que era capaz de hacer. —Había dolor en su voz. Cerré los ojos. Seguro que lo que quería decir era que le hicieron daño hasta que claudicó. Calista suspiró—. Creían que había hecho algo que interfería con la magia de la Tumba, así que me hicieron maldecirla de nuevo y después me encerraron aquí. Pero antes tuve la oportunidad de darles un susto que casi se mean encima.

Se rio con picardía y en ese momento me recordó a Ellis. Era una niña lista y traviesa que intentaba sobrevivir en un mundo duro.

—La maldición que hiciste era para mí.

—Sí, y de nada, por cierto. —Se revolvió y el eco del roce de sus pies resonó entre las celdas—. Los tuyos querían mutilarte, pero yo hice que esos guardianes de sombra fueran lentos y torpes. No podía escribir «no la toquéis», tal cual. No, tuve mucho cuidado con las palabras, pero he aprendido algunas nuevas. Añadí unas cuantas cosas como «apáticos ante sus fuerzas» y «sujetar sus espadas plúmbeas» (eso significa que pesan mucho). Así conseguí que fueran lentos, pero a esos imbéciles les sonó a que serían muy feroces.

Sonreí. Por todos los dioses, algún día esa niña sería una fuerza que no se podría ignorar.

—¿Y por qué querían maldecirme a mí?

—Para atraparte, supongo.

—¿No para matarme?

—No después de que yo les convenciera de lo contrario.

—¿Qué hiciste?

Dudó y dejó escapar un suspiro de frustración.

—Copié una idea que utilizó en el pasado una antigua contadora de historias. Lo sé, lo sé, no hace falta que me lo digas: es poco original y muy vago por mi parte, pero es que era una idea muy buena.

—Calista, ¿qué hiciste? —insistí con tono divertido. Si tenía que estar encarcelada en un hoyo hediondo, separada de mis amigos y de Valen, al menos me alegraba un poco compartir el encierro con ella. Parecía que no era del todo consciente de su complicada situación y lo que hacía era enfrentarse a ella con la cabeza alta. Tal vez era su forma de sobrevivir, pero en esa actitud también había una inocencia casi infantil.

—Le dije a esa nueva reina, que es tu hermana, que si mataban a la miembro de la realeza perdida que era de su misma sangre, la tierra lloraría, su corazón moriría y volvería a ser el páramo que fue una vez. Cambié un poco las palabras, porque no soy tan vaga, pero es más o menos la misma idea de la contadora de historias que maldijo al príncipe. Sabes que lo hizo para detener la matanza, ¿verdad? Según dicen, estaban acabando con todos los miembros de la realeza del pasado, así que ella los salvó mintiendo sobre lo que pasaría si morían. Yo he hecho lo mismo. Tu cruel e insensible hermana te necesita viva. Al menos eso cree ella.

—¿Así que voy a vivir? —No era una afirmación, sino una pregunta que nacía de la incredulidad.

Calista se rio.

—Supongo. Pero por lo que la he oído decir, no tiene intención de que tengas una vida cómoda.

Unos escalofríos me recorrieron los brazos. Apreté la frente contra los barrotes de mi celda, intentando ver a la niña, pero lo único que pude distinguir fueron sus brazos, que asomaban entre los barrotes. También descubrí que no estábamos las dos solas allí. En una celda al

otro lado de pasillo y a la izquierda de la de Calista, había un cuerpo grande acurrucado en un rincón, envuelto de los pies a la cabeza en una manta de lana sucia.

No intenté averiguar quién era el tercer prisionero. No se había movido ni había dicho una palabra hasta el momento.

—Tenemos que salir de aquí. ¿Puedes escribir otra historia?

—No —se lamentó Calista—. Se han llevado los pergaminos y las runas.

Cerré los ojos. Tenía que pensar algo.

—Entra agua. Tal vez podamos encontrar algún agujero y enviar un mensaje. O quizá, cuando vengan a llevarse los cubos que usamos para hacer nuestras necesidades, podríamos…

—¿Atacarlos y escapar? Vamos, chica de buen corazón, no son idiotas. Vendrán preparados.

—No podemos quedarnos aquí sin más. Se está planeando una rebelión muy cerca. Él está allí. —Maldita fuera la furia de Valen que no me permitía hablar de él. Aunque tal vez eso fuera una ventaja si a Runa se le ocurría torturarme.

Calista se rio otra vez.

—Vaya, ojalá hubiera podido verle la cara cuando lo entendió todo. ¿Ahora es arrogante? ¿Es mandón? O tal vez se trata de uno de esos príncipes taciturnos.

—Es… —Se me hizo un nudo en la garganta al pensar en Valen. Cuando me sacaron a la fuerza de Ruskig, resonaban en mis oídos sus gritos desesperados—. No quiere ocupar el trono. Pero no es como dices. Es fuerte, pero inseguro. Implacable, pero bueno.

—Ya veo —dijo Calista—. Suena como si no tuviera ni idea de quién es. Solo hace falta que se decida de una vez por todas.

Esta vez sí que me eché a reír y me dolió la garganta al hacerlo porque la tenía muy seca.

—Sí, seguramente eso es lo que debería hacer.

—Ya viene —dijo una voz gutural y áspera que salió de la tercera celda.

El preso no se movió ni se quitó la manta. Durante un segundo me pregunté si habría hablado alguna vez antes, hasta que Calista soltó una risita.

—Oh, ese es Bulto. Yo lo llamo así porque está ahí sentado, hecho un bulto, todo el tiempo. —Se oyó otra risita—. No para de decir cosas así.

—¿Quién es? —le pregunté a ella, porque tenía claro que el preso de la manta no me iba a responder.

—No lo sé. Vienen muchas veces a por él, pero nunca me cuenta lo que le hacen. Tampoco se resiste. Siempre obedece. Pero es muy muy viejo, así que supongo que uno acaba así cuando pasa demasiado tiempo metido aquí.

—¿Y no lo llaman por su nombre cuando vienen a por él?

—No, usan calificativos despectivos. A mí me llaman bruja, pero a él le dicen todo tipo de cosas. Yo normalmente les grito que se callen, pero creo que eso solo sirve para que se diviertan aún más.

—Eres buena con él. En el fondo eres tú la que tiene buen corazón, Calista.

—No es verdad —repuso—. Predigo el destino y sobrevivo. Pero Bulto no le hace daño a nadie y a veces me enseña palabras nuevas, así que no me gusta que lo insulten.

Enarqué ambas cejas y miré de nuevo al preso que no se movía.

—¿Te ha estado ayudando con tus historias?

¿Sería un aliado ese prisionero?

—No, solo cuando me atasco con alguna palabra. Él sabe más que yo, ¿verdad, Bulto?

El preso solo se envolvió mejor los hombros con la manta.

El ruido de una puerta al abrirse resonó en el bloque de celdas. Nos quedamos calladas al oír unos pasos pesados. Yo me preparé para lo que estaba por venir. Si había llegado el momento en que tendría que soportar cualquier tortura que Runa tuviera en mente, lo haría sin doblegarme. La miraría a los ojos y nunca me arrodillaría. Ante ella no.

A pesar de mi determinación, cuando los tres Cuervos se detuvieron delante de mi celda, se me hizo un nudo en el estómago por el miedo. Me sonrieron con maldad y abrieron la cerradura.

—Vamos —dijo un guardia y me agarró del brazo con fuerza, pellizcándome la piel—. La reina quiere ver a su hermana.

—La última vez que la vi me dijo que ya no tenía hermanas —respondí con voz monótona. Hice una mueca de dolor cuando el guardia apretó la mano con la que me sujetaba.

—Si tienes algo de cerebro, será mejor que aprendas a cerrar esa bocaza, niña.

—Pues mi intención es seguir hablando hasta volverte loco.

Calista se rio bajito, pero el guardia estrelló la porra contra los barrotes de su celda para asustarla.

No volvieron a dirigirse a mí. Me sacaron a rastras de las frías celdas y me llevaron a través de varias estancias del castillo. Me asaltaron recuerdos de cuando corría de unas a otras en plena inocencia, cuando todavía me caía bien mi primo Calder, y cuando Runa y yo nos acurrucábamos en una de las camas por la noche y no parábamos de reírnos hasta que nos dormíamos.

Levanté la barbilla cuando los guardias me llevaron al salón del trono. «No te doblegues. No muestres cobardía. No es el rey. El verdadero rey duerme a tu lado todas las noches».

En un estrado, sentados en unas sillas con respaldo alto, Runa y Calder contemplaban la penosa procesión. Calder tenía una barba corta rubio oscuro cubriéndole el mentón y llevaba anillos en los dedos. Su manto era de unas pieles blancas y muy suaves. Tenía la cara delgada, con las facciones marcadas y frías. Runa iba cubierta de oro, incluso su vestido era de color dorado. Llevaba polvo de oro alrededor de los ojos, que iluminaba el azul de sus iris, y delicadas cadenas del mismo material le adornaban el pelo.

Intenté no mirar, pero no pude evitar darme cuenta de que a su lado, incondicionalmente, estaban mi madre y mi padre. Mi padre tenía la cuenca del ojo derecho cubierta con un parche, que daba un poco de miedo. Mi madre era solo fina piel y huesos. Se la veía pálida y preocupada, no era la orgullosa Mara Lysander de siempre.

Los Cuervos me obligaron a ponerme de rodillas y se apartaron.

—Prima —dijo Calder tras una larga pausa—, me alegro de verte. Ha pasado mucho tiempo.

—Ojalá pudiera decir que me alegro también.

Un Cuervo se acercó para pegarme, pero Calder levantó una mano y sonrió con malevolencia.

—Elise, esa lengua tan afilada que tienes siempre me ha resultado divertida.

—Me gustaría volver a mi celda —pedí—. Prefiero estar allí que aquí.

Calder se levantó con la mandíbula apretada y un brillo cruel en los ojos. Bajó unos escalones y se paró delante de mí.

—Prima, la hermana de la que pronto será mi esposa no puede marchitarse en una celda. Y menos cuando hay tanto que celebrar. Las bodas siempre son un acontecimiento feliz.

La boda. Se me hizo un nudo en las entrañas. Ari y la gente de Ruskig estaban esperando ese acontecimiento, que se celebraría con la luna llena. Todavía quedaban dos días para eso. Evité la mirada de Calder y no dije nada.

—A Runa se le rompería el corazón si su hermana no estuviera allí para acompañarla —continuó Calder—. Y yo siempre quiero complacer a mi reina.

Manteniendo una docena de consortes diferentes, sin duda.

—Así que se me ha ocurrido una forma de que la boda sea aún más… perfecta. —Calder no dejó de sonreír con maldad mientras un Cuervo abría una puerta lateral para darle paso a Jarl, que entró en el salón del trono. El estómago me dio un vuelco y estuve a punto de vomitar. Le di la espalda, negándome a mirar su espantosa cara. Calder apoyó una mano en el hombro de Jarl—. Elise, prometí cuidar de tu familia y tengo intención de mantener esa promesa. Un buen matrimonio para ti servirá para aliviar la preocupación de mi futura esposa por su díscola hermana. Y así además volverás a donde perteneces. —Calder se rio por lo bajo, burlón, y después se agachó para que sus ojos quedaran a la altura de los míos—. Dime que no es una idea brillante, prima.

Apreté los puños y mordí su anzuelo.

—¿Qué idea?

—Dos bodas en un mismo día.

No. La bilis me subió del estómago a la garganta. No, no podía querer decir que…

—Te he prometido con Jarl. Una esposa que domar es un buen reto para un guerrero de su valía. Y, si no recuerdo mal, en el pasado os teníais aprecio. Tal vez con el tiempo consiga que se lo vuelvas a tener.

Runa me miró con una sonrisa cruel. Calista tenía razón: me dejaría vivir, pero una vida de dolor y sufrimiento.

—Yo nunca me casaré con Jarl —afirmé—. Creía que la última vez que lo intentó había aprendido la lección. No me gusta rodearme de hombres débiles.

El ambiente en el salón cambió. Jarl entornó los ojos y se llevó la mano al costado. Esperaba que fuera porque recordaba la flecha de Halvar que le atravesó el cuerpo en ese lugar.

—Ya —respondió Calder con desprecio—, mi reina me contó una historia fascinante a su regreso de Mellanstrad. El Espectro Sanguinario es tu… aliado. Pero no es solo el Espectro Sanguinario, ¿verdad?

—Vendrá y os matará a todos —advertí.

Calder volvió a su trono.

—Oh, espero que venga. Y que lo haga con toda su Hermandad. Estaremos preparados. Mira, Elise, yo no me convertí en rey de la forma en que lo hice…

—Con un asesinato.

Los ojos de Calder se oscurecieron.

—No me gané mi trono mostrando debilidad. Me subestimas, prima. Tengo ojos en todas partes, incluso en tu triste refugio.

Un movimiento a un lado atrajo mi mirada. El dolor de la traición se convirtió en una ira asesina y empecé a temblar de odio.

—Ulf…

El guardia de Ari me miró. En aquel momento se le veía más duro y parecía más timorano que ettano.

—Elise —saludó con un asentimiento.

Me reí con una risa un poco desquiciada y cargada de ira.

—Espero que él te dé tu merecido, traidor.

—Oh, tu reyecillo fae y el Espectro Sanguinario no tienen ni idea —comentó Calder—. Después de ver nuestras fuerzas en Mellanstrad, este ettano demostró tener algo de cerebro en la cabeza y entendió qué bando terminaría venciendo. A tus amigos les va a llegar la noticia de lo que queremos hacer contigo y, si Jarl y tu hermana están en lo cierto, Legion Grey vendrá a por ti. Sin duda vendrán todos a atacarnos durante nuestra boda. Y cuando esos exploradores en los que tanto confían los traigan hasta aquí, los estaremos esperando.

—Eres un imbécil. ¿De verdad crees que puedes vencer al Espectro Sanguinario? Lleva muchas órbitas eludiéndoos a tu padre y a ti.

—Sí, pero eso era antes de que tuviera algo que perder.

Me mordí la lengua. Calder me usaría de señuelo para Valen y yo no tenía ni idea de cómo iba a resultar eso. Lo que más temía el príncipe de la noche era perder a más seres queridos. Me había eludido, ignorado, y había hecho todo lo posible para evitar esa situación. ¿Podría mantener la cabeza fría? ¿O se dejaría llevar por la ira y acabaría muerto?

Calder chasqueó los dedos y Ulf salió del salón del trono para volver a Ruskig y mentirles a todos. Imaginé cien tipos distintos de muerte para él.

—Veo que estás preocupada, hermana —dijo Runa—. Tal vez puedas ocultárselo a los demás, pero yo reconozco que estás nerviosa. Hay una forma de asegurarte de que Legion Grey no sufra ningún daño. Cásate con Jarl sin resistirte y el Espectro Sanguinario no acabará muerto.

Cerré los ojos. Viviría, pero en una celda. No lo dejarían libre nunca. Estaría encadenado durante el resto de su vida. Pero si Calder era más listo de lo que creía, ¿soportaría verlo morir?

—Le hemos dado a Elise mucho en que pensar —intervino Calder

y le tendió la mano a Runa, que se levantó entre un murmullo de tela —. Vete. No tienes mucho tiempo para prepararte. Tu madre os ayudará a la reina y a ti con todo lo necesario para la ceremonia.

Dos Cuervos me agarraron cada uno de un brazo y me pusieron de pie. Mi hermana fue la primera en salir del salón del trono y mi madre iba detrás de mí.

En cada paso notaba el peso del riesgo, que me hundía un poco más, hasta que me obligué a sumirme en un estado de total indiferencia.

—¿Cómo puedes permitir esto, *Maj?* —pregunté con amargura y sin mirarla.

Ella suspiró.

—Elise, no tienes ni idea de lo que dices.

—Eres una cobarde.

Un silencio ensordecedor llenó el espacio entre ambas hasta que la oí susurrar:

—Si hacer todo lo que puedo para salvar a mi hija es cobarde, no tengo problema en serlo.

Levanté la barbilla. Mi madre tenía defectos, pero estaba obedeciendo por mi bien. No estaba de acuerdo con su manera de hacer las cosas: habría preferido que las dos lucháramos por nuestras vidas o muriéramos en el intento, porque su silencio me iba a sentenciar a un futuro peor que la muerte. Una sola noche como esposa de Jarl Magnus sería peor que todos los infiernos. O amanecería muerta o por la mañana desearía estarlo.

No le había dicho a Valen que lo amaba. Debería haberlo hecho y también haberlo mantenido a mi lado un poco más. Pero lo único que podía hacer era rezar para que, si yo moría, él no perdiera la cabeza. Les pedí a los dioses silenciosos que encontrara su lugar y sanara Etta. Y que hallara el amor de nuevo.

Me cayó una lágrima por el príncipe de la noche. Por lo que podía haber sido.

Capítulo veintinueve

El príncipe de la noche

—Ari quiere verte —anunció Tor jugueteando con la punta del cuchillo sobre la mesa—. Por fin.

Resoplé y terminé de abrocharme el cinto.

Después de revelarle mi nombre, Ari soltó una carcajada, como si acabara de contarle un chiste. Cuando se dio cuenta de que nadie se reía, ni siquiera sonreía, vi como poco a poco el color abandonaba su cara. Me estudió durante largo rato y después salió con prisa.

No lo había visto desde entonces y ya habían pasado varias horas. Mattis se tomó la noticia de otra forma. Se quedó muy callado y quiso que se lo contáramos todo: lo de mi época como Legion Grey, por qué necesitaba a Elise Lysander, la maldición y por qué no había reclamado el trono. No paró de insistir hasta que le contamos la historia completa.

Me puse las hachas en el cinto y me volví hacia los que estaban en aquella habitación: la Hermandad de las Sombras, Siv y Mattis.

—Preparaos para partir en cuanto vuelva.

El aire en el exterior estaba cargado del olor a muerte y a sangre. La mayoría de la gente no había salido de sus cabañas porque tenía miedo a enfrentarse a lo que trajera el amanecer después del ataque. Lo comprendía, pero no les iba a quedar más remedio que encontrar una forma de enfrentarse a esa parte de la guerra. Sin duda habría más muertes antes de que todo terminara.

El salón de la casa del rey estaba vacío, pero oí el ruido de unas botas sobre las tablas del suelo en la habitación del fondo.

Aparté la piel que colgaba sobre la puerta. Ari dejó de recorrer la habitación, se puso la mano en la barbilla y me miró con cierto asombro y bastante temor.

—Has venido.

—Me has mandado llamar.

—Yo… —Sacudió las manos—. No era una orden, solo te he pedido que lo hicieras si…

—Ari —lo interrumpí—, ¿qué necesitas? ¿Sabes algo?

—Espero que Ulf vuelva pronto con su informe. Pero hay… otra cosa de la que quiero hablar, si me lo permites…

—Por todos los dioses —exclamé—, di lo que tengas que decir. Yo estoy tan acostumbrado a mandar como tú a mostrarte humilde. Deja de vacilar, te lo suplico, y sé el líder que has sido hasta ahora.

—Perdóname —dijo con cierta irritación—, pero sigo intentando digerir que el príncipe muerto, al que he servido siempre y en el que he creído hasta hace unos meses, está vivo y lo ha estado todo el tiempo. Me cuesta aceptar que me he equivocado completamente y que no fui yo el que despertó la vida en esta tierra. Una mera coincidencia me puso donde estoy ahora. Aparte de que no puedo parar de recordar cada exigencia y cada palabra desagradable que te he dicho y rezo para que no quieras mi cabeza por ello.

Si Elise no estuviera en peligro mortal y mi desesperación de ir a por ella no fuera tan grande, creo que me habría echado a reír. Ari estaba hecho un manojo de nervios y resultaba muy gracioso.

—No tengo intención de pedir tu cabeza.

—Eso es bueno, supongo. —Ari cruzó la habitación y desenrolló un mapa dibujado a mano en un trozo de vitela—. Antes del ataque, Ulf trajo esto. Se lo dio un contacto del Bajo Mellanstrad. Me dijo que hay pasadizos en la parte de atrás de Aguja del Cuervo. Esa es la forma más sencilla de entrar, pero supongo que, bueno, como tú has vivido allí… ¿Qué te parece?

Miré el trozo de vitela.

—Han cambiado algunas partes del castillo en este tiempo, la verdad.

Ari se encogió de hombros.

—Aun así, tú tienes más información de la que puede proporcionar cualquier dibujo.

Lo estudié en silencio, intentando rebuscar en mis recuerdos de Aguja del Cuervo. Hacía poco tiempo había cruzado aquellas estancias

para huir del castillo, pero no nos adentramos en la parte de atrás ni en los niveles inferiores durante el golpe. ¿Pero qué recordaba de aquel lugar cuando era mi casa? Nunca me había parado a intentar recordar los días en que Aguja del Cuervo era el hogar de los Ferus.

Y no me ayudaba en el proceso tener a Ari mirándome fijamente e intentando leer mis pensamientos.

—¿Qué ocurre, Ari? —pregunté sin mirarlo.

Él cambió el peso de un pie a otro y vino a mi lado.

—Elise lo sabía.

Los músculos de mi mandíbula se tensaron.

—Sí. No mentía cuando te dije que Elise me salvó. Lo sacrificó todo para que yo siguiera vivo y… evitó que eligiera el odio.

Ari inspiró hondo y se apoyó en el borde de la mesa.

—Creo que…, y perdóname por lo que voy a decir, pero la gente debería saberlo también. Se pondrán a tu servicio de buena gana. Lo cierto es que les dará una nueva esperanza. No quiero cuestionar tus decisiones, pero no entiendo por qué no aceptas este trono. Estoy dispuesto a abdicar inmediatamente.

—Sigues sin saber quién te ha traicionado y Aguja del Cuervo no conoce mi identidad. Es una ventaja para nosotros que eso siga siendo así hasta que llegue el momento adecuado. —Le puse una mano en el hombro y lo sentí tenso bajo mis dedos—. Tienes que seguir siendo su líder, Ari. Has sido un buen rey y esta gente se merece que el líder que conocen los dirija en esta batalla. Tú ves más allá que yo en este momento y yo… —me costó encontrar las palabras— me alegro de poder decir que eres mi aliado.

Una leve sonrisa apareció en sus labios.

—Siempre. Mi rey.

Puse los ojos en blanco.

—Mantén la boca cerrada un poco más. Sé que te va a costar, pero hazlo.

—Sí, mi rey. —Se rio bajito y señaló el dibujo—. ¿Qué te parece?

—No lo reconozco —admití—. Hay varias cosas que me parece que no están bien.

No tuve tiempo de explicar nada más, porque la piel de la puerta se apartó de nuevo. Frey, Ulf y unos cuantos de los guardias de Ari entraron en la habitación. Tardó un segundo, pero después de que lo fulminara con la mirada, Ari se irguió con actitud regia.

—¿Qué informes traes?

Ulf dio un paso adelante, sucio y sudoroso por el viaje.

—Hay un rumor en Lyx. La boda se ha adelantado a esta noche, mi rey.

—¿Qué? —Ari rodeó la mesa—. ¿Estás seguro?

Ulf asintió y me miró.

—Pero eso no es todo. —El hombre se revolvió nervioso—. El falso rey planea… concederle la mano de la hermana de la reina al capitán de su guardia y que ambas bodas se celebren a la vez.

Al principio el alivio por saber que Elise seguía viva fue como un golpe en el pecho. Pero al segundo siguiente la ira estalló en mi cuerpo, me entumeció la lengua y me cegó hasta que dejé de ver por completo.

—¿Va a obligar a Elise a casarse?

Ulf asintió y miró al suelo.

—No tiene elección. El precio es Ruskig y la vida de sus padres.

—¡Maldita sea! —Le di una patada a la pata de la mesa y me pasé los dedos por el pelo. ¿Qué le había dicho a Elise hacía muy poco? Que ella haría lo que fuera necesario para proteger a Etta y a su gente. En aquel momento eso significaba acceder a casarse con Ari, pero estaba seguro de que, para salvarnos a todos, Elise se dejaría atrapar y poner en las crueles manos de Jarl.

Pensé en cómo le iba a cortar los dedos a ese hombre, uno a uno.

—Han destruido los disfraces —comentó Ari—. Ya no podemos entrar haciéndonos pasar por artistas.

—No me importa —gruñí—. Soy capaz de atacar directamente las

puertas del castillo.

—Pero eso no le servirá de nada a Elise ni nos dará la oportunidad de arrebatarles la furia. Debemos seguir con nuestro plan —aseguró Ari con voz dura e inflexible—. Lo demás no importará si acabas muerto.

Entendí lo que quería decir con eso, aunque los demás solo verían a su rey reprendiendo al Espectro Sanguinario.

—Estoy de acuerdo con que supone un reto —dijo Ulf—, pero hay una vía de entrada. —Señaló el plano abierto—. Aquí, en este muro, hay menos guardias por el riesgo de inundaciones debido a la proximidad del río. Es bajo y no dejan de repararlo por lo cerca que está de la orilla. Podemos entrar por ahí.

—Sí, ¿no tienes en tu Hermandad a un fae del agua? —preguntó Ari, aunque conocía la respuesta. Tenía las muñecas cubiertas por la túnica. Ulf y Frey no sabían que nos habían liberado.

—Sí —contesté con los dientes apretados.

—Entonces creo que te voy a liberar, Espectro Sanguinario. A ti y a tu Hermandad, para que nos ayudéis a cruzar esos túneles. —Me puso una mano en el hombro. Ari sabía la verdad, pero estaba haciendo bien su papel. En aquel momento casi me pareció un amigo más que cualquier otra cosa—. Subiremos por el río. Nuestro barco es rápido y, con la ayuda de la furia y el destino, lograremos entrar en su fortaleza. Podemos conseguirlo. Y ganar.

—Ulf —dije sin dejar de mirar a Ari.

—¿Qué?

Ari se encogió un poco, sin duda inquieto por el desprecio que oyó en la voz del guardia. Pero a eso me había acostumbrado; era el respeto lo que más me costaba aceptar.

—¿Adónde llevan los túneles de atrás?

—Creo que desembocan en las celdas.

Eso me hizo pensar. No había estado en las celdas del castillo desde que era pequeño, cuando mi padre insistió en que debíamos conocerlas. Podía ser que me fallara la memoria o tal vez que hubieran hecho algún cambio, pero no recordaba que hubiera ningún

pasadizo que llevara de las celdas al río o a la parte de atrás del castillo.

—Con lo de la boda dudo que haya muchos Cuervos en los niveles inferiores —añadió.

—No podemos estar seguros —comentó Ari—. Llevaremos todo lo que podamos en el barco. Y sacaremos también las barcas. Nos organizaremos como una flota y nos prepararemos para cualquier tipo de resistencia.

Me miró y supuse que buscaba mi aprobación. Después de la visita a Mellanstrad, planeamos construir más embarcaciones y teníamos unas cuantas barcas toscas que habían sobrevivido al ataque. No teníamos mucho tiempo, pero necesitábamos tantas manos como fuera posible.

—Me ocuparé de que las terminen cuanto antes —le dije a Ari.

—Bien. Todos ayudaremos. Ulf, Frey, decídselo a la gente y procurad que todo el que pueda ayudar tenga herramientas y cuerdas. No tenemos tiempo que perder.



Contábamos con cincuenta hombres. Conseguimos construir con mucha prisa tres barcas que podían soportar el peso de doce hombres y mantenerse a flote. El resto se metió como pudo en el barco, que iba delante, abriendo camino por el río. Rodeé con el brazo el timón de la popa y miré hacia la espesa niebla. Halvar y Casper habían unido sus furias para humedecer el aire y ocultarnos tras una niebla gris, además de obligar a la corriente a empujarnos para que avanzáramos más rápido.

Por la forma en que sus músculos se flexionaban y temblaban, faltaba poco para que ambos cayeran agotados.

—No sé por qué Ari mantiene atados a los dos Cuervos —dijo Junius. Estaba mirando a Kari, que a pesar de que tenía los tobillos atados, les llevaba agua a Calder y Halvar. Brant estaba afilando hachas y espadas cerca de la popa—. Podrías ordenarle que los libere y te obedecería.

—Está haciendo su papel —respondí—, el de un rey que no confía en nadie. La verdad es que lo comprendo. Son Cuervos. Nadie puede asegurarle que no vayan a salir corriendo para unirse a los suyos en cuanto lleguen a Aguja del Cuervo.

—Yo sí puedo —insistió Junie—. Les he preguntado si quieren volver y me han dicho que no. También si siguen siendo fieles al rey Calder y han respondido que lo odian. El hermano tiene magia, la hermana ha sido maltratada. Son leales a la gente de aquí. El único sabor que noto en ellos es el de la verdad. Sé que han venido para guiarnos, pero nos vendría bien contar con dos guerreros con experiencia.

—A mí tu palabra me basta. Se lo diré a Ari. —Junie cogió un rollito de semillas, más tranquila, pero distante—. ¿Te preocupa algo más?

—Me he dado cuenta de que el mundo es muy pequeño, y que los problemas que hay aquí, son más o menos los mismos que en mi hogar, solo que allí no hay gobernantes, solo señores feudales y profecías que hace mucho que se han convertido en mitos. Pero la magia se compra y se utiliza, y mi gente tiene que esconderse si no quiere que la conviertan en monstruos. Estando aquí siento que esta guerra va más allá de tu tierra. Tal vez esto logre traer cambios también para mi pueblo. —Junie se encogió de hombros y miró al río —. Ojalá Niklas estuviera aquí para verlo. Le encanta irritar a los ricos.

Sonreí y apoyé los codos en la borda del barco.

—Si, no sé cómo, el destino nos permite salir vivos de esta y llego a ocupar ese trono, te prometo, Junius, que tu pueblo y tú siempre tendréis amigos aquí.

Ella no dijo nada, solo sonrió.

—Espectro Sanguinario —Ulf apareció a mi lado—, el rey Ari me ha dicho que tú vas a liderar el ataque al castillo.

—Así es.

—Entonces debes saber que los Cuervos han acampado en la orilla este. Aunque ir por el oeste nos obligará a recorrer una ruta un poco más larga, creo que deberíamos atracar allí.

Junius hizo una mueca y giró la cara. Ulf esperó con tranquilidad una respuesta. No apartaba los ojos de mí, seguramente enfadado porque una vez más tenía que obedecerme.

—Está bien —contesté. Cuando nos quedamos solos, le pregunté a Junie—: ¿Qué ocurre?

Miró al otro lado del barco, a Ulf.

—Mentía, Valen.

—¿Estás segura?

—Después de oírlo me dieron ganas de lavarme la boca. Todas sus palabras sabían a humo y podredumbre.

Ulf había mentido sobre los Cuervos. Si era el traidor…

—Junie, habla con Frey y con cualquiera que esté cerca de Ulf. Hazles preguntas genéricas para ver si mienten sobre el ataque a Ruskig e intenta averiguar si hay alguien más implicado.

Se puso a ello inmediatamente. A mi espalda oí la risa de Junie, que revelaba que estaba hablando con los hombres mientras se pasaban entre ellos pan de semillas y cerveza. Yo no podía mirar hacia allí. Si lo hacía, mi cara revelaría demasiado y Ulf acabaría con un hacha en el cuello.

A poca distancia de la orilla en la que teníamos que atracar, Junius volvió. Su cara no revelaba nada y se apoyó en la borda como si nada.

—Frey dice la verdad. La invasión le produce una ira genuina. Ulf estuvo especulando con él. Valen, mentía. Como mínimo sabe quién organizó el ataque. Si tuviera que apostar, y eso se me da muy bien, diría que fue él.

Me humedecí los labios. Teníamos que hacer las cosas bien. No podíamos permitir que supiera que lo habíamos descubierto, por si avisaba a alguna otra persona implicada o a algún Cuervo que estuviera en posición y a la espera.

—Trae a Ari. Dile que se comporte como si viniera a darme instrucciones.

Junie se fue de nuevo para volver un momento después con Ari.

—Admito que me resulta incómodo que me pidas que finja —confesó Ari. Miraba hacia la oscuridad, sonriendo—. Dime, ¿debo mostrarme contundente? ¿Te estoy reprendiendo por algo? Puedo hacerlo, ya lo sabes. Las reprimendas se me dan muy bien. Creo que es mi parte regia.

Negué con la cabeza.

—Hemos encontrado al traidor.

—Por todos los dioses. —Ari no dejó de sonreír, incluso gesticuló como si me estuviera dando órdenes—. Está en el barco, ¿verdad?

—Ulf.

Ari me fulminó con la mirada, pero me lo tomé como parte de la actuación.

—Lo voy a matar.

—No, eso déjamelo a mí. Nos encontraremos una emboscada en la orilla oeste, seguro, pero tenemos que atracar allí.

—Pero…

—Confía en mí. Parecerá que seguimos su plan, pero en realidad sus aliados serán los que se dejen atrapar por los nuestros. Necesito que se lo digas a mi Hermandad. Junie te ayudará. Diles que utilicen la furia a mi señal.

Ari apretó los labios.

—Como ordenes, mi rey.

—Ah, Ari —susurré—, suelta a los Cuervos y dales una espada.

La niebla empezó a disiparse cuando llegamos a donde debíamos atracar. La orilla oeste estaba cubierta de árboles. Había muchos lugares en donde los Cuervos podían estar escondidos y a la espera. Tenía las hachas en sus fundas. Era un riesgo, pero si todo iba bien, nadie regresaría a Aguja del Cuervo para contarlo.

—¿Listo, Espectro? —preguntó Ulf.

Le sostuve la mirada más tiempo del que debería.

—Más que listo.

Ari estaba acompañado de Frey. Tor y Halvar vinieron a mi lado. Kari y Brant repartieron armas entre los demás antes de coger una. Yo desembarqué primero. Mi Hermandad se situó, lista para actuar. Ulf avanzaba rápido y les gritó a todos los que iban en las barcas que desembarcaran rápido. Ari recorrió la fila, murmurando órdenes, y yo dejé que Ulf se adelantara.

—No tardaremos en encontrar el camino, Espectro —anunció Ulf.

No, seguro que lo encontraríamos pronto.

Ulf nos guio por un recodo y de entre los árboles salieron multitud de sombras. Más Cuervos, vestidos de negro, aparecieron detrás de los arbustos dando unos gritos ensordecedores. Alzaron las espadas y apuntaron unas flechas llameantes hacia nuestro barco. Los arqueros soltaron las flechas, pero Stieg y Casper estaban listos.

Con un pie aún en el río, el fae del agua creó una pared líquida que se tragó todas las flechas, y Stieg generó una ráfaga de viento que desvió las que quedaban. Los Cuervos cargaron con un gran estruendo y las espadas en la mano.

—¡Dejad que se acerquen! —grité—. ¡Que vengan! ¡Esperad!

Ari repitió la orden. Necesitábamos atraerlos a todos.

—No puedes ganar esta batalla, Espectro. Ya te habrás dado cuenta —me gritó Ulf. Fue a coger su espada despacio, pero la expresión de su cara era de dolor. Pronto moriría cargando con esa culpa.

—Dime, ¿cómo te sentiste contemplando la pira funeraria y sabiendo que habías hecho que mataran a tu gente?

Los Cuervos continuaban su carga. Por fin los últimos salieron de entre los árboles. Levanté una mano. Ari gritó de nuevo que esperaran y Ulf pareció darse cuenta por primera vez de que sabíamos más de lo que parecía.

—¡Estaba intentando salvar vidas, Espectro! Aguja del Cuervo te

quiere a ti y a tu Hermandad. Entrégate y tu mujer se salvará. Y no solo ella, también otras vidas.

—Eres un idiota. Es una pena. —Abrí las palmas para despertar el calor de la furia. La primera línea de Cuervos estaba solo a veinte pasos. Un poco más. Solo unos segundos y caerían en la trampa—. Deberías tener más fe en tu gente. Me hicieron prisionero una vez por culpa de unos traidores, ¿sabes? Los odio.

Apreté los puños y una ráfaga de aire salió de mi cuerpo. La magia llamó a los árboles. Las raíces asomaron. Los álamos y los gruesos robles se desgajaron de la tierra y cayeron sobre los Cuervos. Sus gritos llenaron la noche.

—¡Tor, ahora!

Tor corrió hacia el caos del bosque destrozado. En sus palmas se veían unas llamas azules y lanzó una ráfaga de fuego. Una serpiente ardiente rodeó a la última fila de Cuervos, atrapándolos en mi red.

Ulf empezó a retroceder, pero allí estaban Junius y Brant para atraparlo.

Con las manos hundidas en la tierra fría, envié una última oleada de furia que fracturó la tierra y el lecho de roca, creando una fosa digna de los dioses del infierno. La piedra se agrietó. Grandes rocas rodaron por las laderas. Unos árboles enormes se partieron y cayeron. La gente de Ruskig chilló, igual que los Cuervos. Ari gritó por encima del ruido de mi furia y del bosque destrozado para que su gente siguiera esperando.

Por fin la tierra se abrió. Los Cuervos atrapados en el anillo de fuego aullaron y chillaron cuando la tierra se los tragó. Algunos intentaron saltar por encima de la grieta, pero los tentáculos de mi magia los arrastraron al fondo.

Me temblaba el cuerpo y me dolían los músculos. La furia me dejaría agotado si no me controlaba. Y todavía tenía que enfrentarme a lo que encontrara en Aguja del Cuervo.

Con una mueca de dolor aparté las palmas del suelo y cerré las manos. Un momento después cesaron los temblores. Había polvo y humo flotando sobre el agujero. Los Cuervos que quedaban vivos estaban maltrechos, asombrados y atontados. Se oyó la orden de Ari de iniciar el ataque.

Solo hicieron falta unos minutos sangrientos para que todos los guardias acabaran muertos o enterrados en el agujero. Frey se limpió la frente con el dorso de la mano y me miró con la boca abierta cuando volví a la orilla. Notaba todas las miradas fijas en mí. Unas cuantas personas se sobresaltaron y se apartaron de un salto. No importaba que me temieran. No tenía tiempo para más explicaciones.

Brant y Junie tenían a Ulf cerca del barco. Me miró con cara de horror cuando me acerqué y estrellé mi pecho contra el suyo.

—¿Pero quién eres?

Sonreí con gesto cruel.

—Soy el hombre que va a matarte. Pero aún no. —Le hice un gesto a Brant—. ¿Preparado para guiarnos?

—Sí —respondió con una sonrisa cauta en la cara.

Agarré por la nuca a Ulf hasta que hizo un gesto de dolor.

—Vamos. Tenemos que asistir a una fiesta en el castillo.

Capítulo treinta

La princesa rebelde

Mi madre me colocó un tocado iridiscente en el pelo y sonrió al ver mi imagen en el espejo. Yo permanecí con expresión seria e imperturbable. Un momento después dejó de mirarme y centró su atención en el dobladillo del vestido azul. En el corpiño resplandecían unas bonitas cuentas y el satén tenía una caída perfecta.

Me daba asco.

Cuando mi madre se levantó, me cogió la mano y me puso algo frío en ella.

—Para tu noche de bodas.

Miré lo que me había dado y vi un pequeño cuchillo, lo bastante fino como para ocultarlo en el muslo sin que nadie lo notara. La miré confusa.

Ella me dio un beso en la frente, el mayor gesto de ternura que había mostrado nunca.

—Utilízalo bien.

Por todos los infiernos, ¿me estaba diciendo que matara a Jarl? No sabía qué pensar.

Se oyó la risa cantarina de Runa, que estaba al otro lado de la habitación, poniéndose unos anillos en los dedos.

—Pero, madre, dudo que Elise necesite consejos sobre eso. Dime, hermana, ¿cómo es ser la puta de un hombre tan violento?

Mi madre cerró los ojos y se puso pálida.

—No lo sé —respondí. Aunque Runa se estuviera burlando de mí, hablar de Valen me ayudaba a calmar mi corazón acelerado—, porque conmigo es leal y tierno. Es el hombre más atento que he conocido. Sé que quieres avergonzarme por ser su amante, pero yo no puedo sentir vergüenza por ello. Él me da todo lo que le pido, incondicionalmente. —Elegí las siguientes palabras con mucho cuidado—. De hecho, solo

se muestra despiadado cuando amenazan a la gente que quiere. Espero que seas consciente de ello, hermana. —Era muy cierto y disfruté al ver como la sonrisa desaparecía de la cara de mi hermana.

Runa frunció el ceño y me dio la espalda para colocarse una tiara de plata en la cabeza.

—Perdona, ¿te ha sentado mal? ¿Es que Calder no te satisface? —pregunté con mala intención—. ¿O es que todavía no ha ido a la cama de su reina y prefiere pasar las noches en otra parte?

—¡Cállate, Elise! —Runa se puso en pie de un salto—. Crees que eres muy lista y muy fuerte. Pues deja que te diga algo, hermanita: mañana por la mañana ese Espectro Sanguinario tan especial estará en manos de Aguja del Cuervo. O se pone a nuestro servicio o verás cómo lo hacemos pedazos en el potro. Espero que tú seas consciente de eso.

Insistió en que nos fuéramos de inmediato y cruzó la puerta como una tromba. Mi madre recorrió la habitación cogiendo flores para ponerme en el pelo y en el dobladillo del vestido para la boda. Me sacaba de mis casillas.

—Déjalo, *Maj* —pedí—. No me estás acompañando a una boda deseada. Nos dirigimos a escuchar mi sentencia de muerte.

Mi madre se quedó parada. En sus ojos apareció una mirada que nunca le había visto y que los hizo brillar como si hubiera ascuas en ellos.

—¿Eso crees? Debo haberme equivocado entonces. Si yo tuviera un amor como el que describes, me imagino que encontraría las fuerzas para seguir viviendo hasta recuperarlo. Disculpa si he juzgado mal tu convicción.

Y me dejó allí con el doloroso eco de sus últimas palabras. Durante toda mi vida mi madre, aunque tenía una posición superior a la de mi padre, siempre había sido una figura silenciosa, el premio que consiguió el hijo de un hombre rico. Pero acababa de demostrar, durante un momento, que tenía en las venas el fuego de una luchadora. Una verdadera guerrera.

Me recogí el vestido sintiendo que la esperanza revivía en mi interior. Aunque me obligaran a casarme, eso no cambiaría nada. Mi corazón solo le pertenecía a un hombre y lucharía hasta el día en que pudiera decirle lo que sentía.

Aunque eso acabara conmigo, aunque fueran mis últimas palabras, Valen Ferus sabría que era suya y que siempre lo había sido.



En la celebración no faltaban colores, música, ni dulces. En una tienda de color negro, los trovadores recitaban acompañados de la música de laúdes, liras y una alegre flauta de pan. Los altos postes que rodeaban la zona donde se iban a sentar los invitados estaban envueltos en telas de color rojo solar, azul marino y naranja, como las flores de madreselva. Había farolillos con pálidas llamas en su interior, que iluminaban la penumbra del atardecer con un resplandor de otro mundo; era como si hubieran logrado embotellar la luz del sol y usarla para el disfrute de los asistentes.

Mientras los invitados esperaban, los bardos bailaban entre las hileras de gente, cantando historias maravillosas sobre nuestra tierra y nuestra gente. Giraban poniéndose de puntillas, se subían a las sillas y hacían su actuación. Al final de las canciones, los bardos pasaban los sombreros pidiendo monedas o alguna otra cosa de valor y los invitados se las daban de buena gana.

A ambos lados del patio había mesas a rebosar de comida. Peras caramelizadas empapadas en salsa de azúcar, rollitos y pastelitos rellenos de frutos del bosque, mantequilla dulce, chocolate amargo o jalea, pollos asados con salsa de hierbas en bandejas de plata e infinitas jarras de vinos ácidos y cervezas dulces, que los huéspedes no pararían de beber durante la noche.

Yo estaba detrás de unas lanzas cruzadas, acabadas en cuchillas curvas, que sujetaban dos Cuervos. Tenía los tobillos encadenados bajo el vestido y las muñecas atadas con cuerdas ocultas por las mangas con vuelo. Mi madre esperaba a mi lado, impasible. No hizo ni un ruido cuando vio a Runa y a Calder colocarse bajo un arco hecho de arbustos de la luna.

Sonreí al ver las flores. Incluso en aquel día doloroso, Valen estaría allí conmigo.

El sacerdote del Padre de todos los dioses se situó delante de ellos, con su hábito rojo, y repitió los votos para mi hermana y el rey. Otro religioso les puso unas coronas de oro con alas de cuervo sobre la cabeza cuando se arrodillaron.

—*Stig upp vär herre och dam* —dijo el sacerdote.

Y Calder y Runa se levantaron, cogidos de la mano, ya convertidos en rey y reina.

Los aplausos y los vítores se elevaron por encima de la música tranquila. Después de dar una vuelta alrededor del patio, Calder y Runa se dirigieron a los tronos de roble negro que había encima del estrado dedicado de los reyes. A sus pies había montones de regalos: desde oro, plata y bolsas de monedas, hasta brillantes telas exóticas y zapatos.

Mi hermana sonrió, disfrutando del poder que acababa de adquirir, y después se volvió para mirarme con toda su maldad. Con un gesto de su cabeza mi destino quedó sellado.

Los Cuervos apartaron las lanzas y me agarraron ambos brazos. Mi madre insistió en acompañarme, pero se lo negaron. Las dos nos miramos. Nunca habíamos estado unidas, ni había habido cariño entre nosotras, pero en esa mirada vi el miedo y el dolor que sentía por mí, porque entonces no era una segunda princesa insignificante, sino solamente su hija.

Jarl esperaba delante del rey y la reina y junto al mismo sacerdote. Me obligó a cogerle la mano. Estaba segura de que los invitados a la boda veían que tenía las muñecas atadas, y me dio asco comprobar que nadie dio ni el más mínimo respingo. Seguro que todos los que estaban allí creían que yo no merecía casarme con un hombre como Jarl Magnus, que sería mejor clavar mi cabeza cortada en una pica, como se hacía con los traidores.

—Espera, sacerdote —dijo Calder cuando el hombre abrió la boca —. Quiero asegurarme de que mi prima no tiene ninguna duda.

Miró hacia la izquierda del estrado e hizo una señal. Un Cuervo trajo a una niña delgada, vestida con una túnica blanca y con la cara oculta tras un velo. El alma se me cayó a los pies.

—Bien, pequeña bruja, asegúrate de que esto suceda.

Calista se estiró la túnica y carraspeó. En su voz se notaba claramente la ironía.

—Oh, dioses que me escucháis y que dirigís el destino, aseguraos de que esta gente estúpida reciba justo lo que se merece.

Chilló cuando el guardia que tenía más cerca le dio un puñetazo en la cabeza.

—¡Para! —grité—. Dejadla en paz.

Runa se rio.

—Hermana, tienes predilección por unos habitantes de la noche de lo más extraño.

Calista se frotó la parte de atrás de la cabeza y cuadró los hombros otra vez. Seguro que había maldecido a Runa por llamarla habitante de la noche, pero no dijo nada para que no la volvieran a golpear.

—Es una niña —respondí—. No la maltratéis.

Calder sonrió. Había ganado.

—Como quieras, *Kvinna* Elise. Compórtate como es debido, haz lo que te ordena tu rey y la pequeña bruja no se verá obligada a lanzar sus hechizos del destino y nadie la tocará.

—No obedezcas, chica de buen corazón. Puedo soportarlo.

—Esposo, parece que mi patética hermana ha estado haciendo amigos mientras estaba en las celdas.

Calder soltó una carcajada y los asistentes hicieron lo mismo. Runa quería humillarme, pero esa gente no significaba nada para mí, ya no. Que se rieran. No se imaginaban lo que podía hacer esa niña ni tampoco la ira de los que esperaban al otro lado de aquellos muros.

—Proseguid —dijo Calder.

El sacerdote de hábito rojo se volvió hacia nosotros y empezó el ritual en lengua antigua. Jarl me devoraba con los ojos y no se molestaba en ocultarlo.

—He estado mucho tiempo deseando que llegara este momento. Quiero saber cómo es poseer a la *Kvinna* Elise. Deberías haberme escogido hace mucho y nos habríamos ahorrado toda esta incomodidad.

—No te habría elegido nunca —aseguré.

—Porque creías que podías amar a tu negociador matrimonial.

—Porque tienes el alma negra y al final te habría visto como realmente eres.

Jarl sonrió.

—Estoy deseando volver a ver al Espectro Sanguinario. El rey me ha permitido darle el primer golpe. Tenemos formas de someterlo, ¿sabes? De hacer que obedezca.

—¿Esos venenos de la furia? Él es más fuerte que cualquier cosa que tengáis.

Jarl se inclinó hacia delante. Tal vez desde fuera pareció un gesto romántico, pero sus palabras eran gélidas.

—No tienes ni idea de qué tipos de furia encierra este castillo.

—Y tú no tienes ni idea de qué tipos de furia hay fuera de él.

La sonrisa de Jarl se volvió tensa y bajó la voz.

—Te doblegaré, Elise. Te haré olvidar para qué vale esa voz y vivirás para obedecerme. Y todo empieza esta noche, esposa.

No dije nada, solo respondí a su desprecio con el mío. «Lucha». Lo haría. Tenía más cosas que decir y que hacer antes de que ese hombre me borrara de la tierra. Estaba tan perdida en mis pensamientos que casi ni me di cuenta de que el sacerdote había terminado de hablar. Nos declaró casados. Se me aceleró el pulso. Jarl entornó los ojos y su expresión se volvió feroz y cruel. Me agarró por detrás de la cabeza y me obligó a acercar la boca a la suya. Yo le mordí el labio hasta que noté el sabor de la sangre.

Él se apartó con un respingo, se limpió el labio y levantó el puño. Pero antes de que tuviera oportunidad de dar el golpe, un temblor hizo que los postes que rodeaban a los invitados se estremecieran.

Jarl miró al suelo, confuso, pero enseguida pasó. Me agarró por el

pelo, sonriendo y con los dientes llenos de sangre.

—Mi rey, suplico tu permiso para abandonar la celebración con mi esposa. Quiero enseñarle cómo debe comportarse una auténtica timorana.

Calder se rio con malicia.

—Te lo concedo. Y que los dioses te den suerte.

Intenté no decir nada, pero Jarl me tiró del pelo con tanta fuerza para arrastrarme fuera del lugar de la ceremonia que solté un grito de dolor.

El cuchillo que me había dado mi madre me quemaba la piel. Se lo iba a clavar a Jarl en la espalda pronto. Mataría a quién hiciera falta y huiría, cualquier cosa para salir de aquel lugar y volver con Valen Ferus.

La multitud soltó una exclamación colectiva cuando la tierra tembló de nuevo, con más violencia esta vez, la suficiente para sacar al pollo más gordo de su bandeja de plata.

Jarl no me soltó el pelo, pero se detuvo. Sonreí de oreja a oreja, sin intentar ocultarlo. Unas lágrimas de alivio me llenaban los ojos cuando ladeé la cabeza para mirar a Jarl y me reí.

—No hará falta que lo busques, Jarl Magnus. Él ya te ha encontrado a ti.

Entonces los Cuervos de la puerta principal dieron la alarma. Calder se levantó de su trono y ordenó a los guardias más cercanos que rodearan el patio. Yo solté una carcajada cuando una fuerte sacudida hizo que los invitados se pusieran de pie entre gritos.

Jarl me miró y cambió de posición: me rodeó el cuello con un brazo, con fuerza, y me puso un cuchillo en las costillas.

El patio estaba en la parte más baja, así que era difícil ver las puertas desde ahí. Unos aullidos reverberaron en la colina. Después llegaron los gritos y el aire se llenó de humo y del sonido de aceros entrechocando. No sabía cuánto tiempo había pasado, solo unos segundos o toda una vuelta de reloj, pero cuando una silueta familiar cruzó el humo, que aumentaba por momentos, me fallaron las rodillas y dejé que cayera una lágrima.

Era Valen, vestido de negro y con un hacha en la cintura y otra pegada a la garganta de Ulf. Cruzó las nubes de humo llevando a rastras al traidor, que no paraba de gimotear. Los guardias que rodeaban el patio alzaron las espadas, en alerta.

La distancia que nos separaba hacía que me costara ver su cara, pero su voz me llegó de forma clara: profunda, dura y exigente.

—¿Esperabas que llegáramos por la parte de atrás, falso rey? Mala suerte. Encontramos a tu espía y hemos decidido traértelo por la puerta principal.

Jarl giró para volver al estrado donde estaba el rey y me arrastró con él. Runa estaba nerviosa y apretaba tanto los brazos de su trono que tenía los nudillos blancos. La cara de Calder estaba tensa. Me fulminó con la mirada y después miró a Valen.

—Legion Grey, te superamos en número. Detén este ataque imprudente que has empezado. Ven y hablemos como los hombres de buena posición que somos.

—Yo no soy un hombre de buena posición ni he venido a hablar contigo, falso rey.

—Si has venido a por la *Kvinna* Elise —gritó Calder—, me temo que acaba de casarse con otro. Has llegado tarde.

No lo veía, pero cuando oí la voz de Valen, supe que sonreía.

—Unas cuantas palabras obtenidas por la fuerza no significan nada para mí. Quiero devolverte a tu espía.

La multitud soltó una exclamación y chilló cuando Valen le cortó la garganta a Ulf con su hacha. Durante un segundo el hombre corpulento se estuvo ahogando con su propia sangre hasta que Valen tiró su cuerpo inerte por la ladera.

—Y ahora te aviso de que Elise se viene conmigo —añadió.

Calder murmuró a sus guardias que lo atraparan, o lo mataran, si era necesario.

—¿Alguna otra cosa, Espectro Sanguinario? ¿Alguna otra exigencia que quieras hacer, aunque no tengas derecho a presentarte en mi corte?

—Sí —continuó. La tierra tembló y esta vez incluso Calder se tambaleó cuando una grieta se abrió en mitad del patio—, quiero que dejes de llamarme Espectro Sanguinario o Legion Grey. Esos nombres me irritan y ya se han quedado obsoletos.

Calder resopló, pero se le notaba inquieto.

—Oh, por favor, dinos entonces cómo debemos llamarte a partir de ahora, para que podamos identificar tu tumba correctamente.

La grieta se agrandó. Jarl se vio obligado a apartarse de un salto y los dos aterrizamos, enredaros, junto a uno de los postes de madera. Le clavé el codo, pero él me mantuvo la cabeza pegada a la tierra. No importaba, así que dejé de luchar, deseando oír lo que iba a decir después.

—¡Soy Valen Ferus, el príncipe de la noche de Etta! Y tú, falso rey, estás ocupando mi trono.

Capítulo treinta y tres

La princesa rebelde

Se produjo un momento de calma y un brevísimo silencio. Hicieron falta unos segundos para que las palabras calaran en la mente de todos los que había en el patio de Aguja del Cuervo; instantes después fue como si se convirtieran en cuchillas afiladas y llegaron los gritos. Las mujeres y los hombres chillaron de terror (porque creían que Valen decía la verdad o que estaba loco), se levantaron como pudieron de sus asientos y salieron corriendo.

A mi alrededor todos los colores se mezclaron y la tierra se hizo pedazos cuando Valen utilizó su furia. Nunca la había visto en todo su esplendor, pero entonces contemplé cómo la piedra del patio se fracturaba y tomaba nuevas formas, creando muros y pozos mortales. No me extrañaba que dijeran que controlaba la tierra.

A mi lado, los adoquines del camino reventaron y se abrió una gran grieta. Aproveché el caos para estrellar mi codo contra las costillas de Jarl. Él gruñó y aflojó la mano que me sujetaba. Yo rodé y le di una patada para intentar tirarlo al suelo, pero Jarl era rápido y me agarró el pie.

—Ya que está aquí, te verá morir.

Con los dientes apretados, intentó con todas sus fuerzas colocarse encima de mí.

—Te lo advertí —dije entre jadeos—. Te dije que no eras consciente de la furia que había más allá de los muros de Aguja del Cuervo. Y tú eres a quien más odia.

Me subí la falda del vestido para coger el cuchillo y lo apuñalé. La hoja se clavó en un lado de su cara. Eso lo desconcertó y provocó que se apartara. Yo salí corriendo. No había acabado con Jarl Magnus, pero si el destino hacía que me cruzara con él de nuevo, rezaba para tener un arma más mortífera en la mano.

Me dirigí al estrado, pero un momento después se me paró el corazón. Calder tenía agarrada a la persona que yo iba a buscar. Sujetaba a Calista por la garganta y le gritaba en la cara.

—¡Has mentido, pequeña bruja!

—¿Sobre… qué? —preguntó Calista.

—¡Dijiste que Aguja del Cuervo tenía la furia más antigua! ¡Te voy a sacar los ojos!

—No he mentido —gimoteó Calista, pero al instante siguiente se rio—. Solo que no os dije que ellos tenían la segunda más antigua.

¡Por todos los dioses! Calder levantó la espada. Iba a matar a la niña. La cabeza no paraba de darme vueltas y no tenía tiempo para pensar en qué hacer, así que lancé el cuchillo. No llegó a tocar al falso rey, pero sí lo distrajo.

Solté una maldición por mi mala puntería y seguí corriendo hacia el estrado mientras Calista se escabullía de entre sus manos.

—¡Calista! —grité.

Ella se giró, se arrancó el velo y me miró con una media sonrisa. Después salió corriendo hacia mí. Empecé a respirar más tranquila cuando mi mano y la suya se encontraron.

Otro temblor hizo que todos los que estábamos cerca del estrado cayéramos al suelo.

Se oían gritos por todas partes en medio de la noche. En la puerta, una fila oscura de invasores cruzó la de los Cuervos. El corazón me dio un vuelco en el pecho. La gente de Ruskig, los habitantes de la noche, los ettanos… habían acudido todos. Unas llamas azules surgían de las grietas de la tierra. Tor.

Una fuerte ráfaga de viento feroz extendía las llamas, que alcanzaron vestidos, manteles y los arbustos del jardín, convirtiéndolos en una pira de furia. Unos muros de llamas azules y danzarinas atraparon a la gente y la atormentaron. Como si la magia de Tor tuviera una retorcida predilección por la tortura, las llamas parpadeantes perseguían a los timoranos y a los Cuervos que huían hasta que los devoraban o ellos se hacían un ovillo en el suelo, rezando a los dioses silenciosos.

—Rápido —le dije a Calista—, tenemos que llegar a las puertas.

Examiné el caos, buscando a Valen. El humo y las llamas ocultaban la mayoría de las caras. Pero un instante después, un

estruendo detuvo el caos del patio. El humo se disipó lo suficiente para que pudiera ver las puertas. A un lado se había abierto un agujero en el muro y una marea de invasores entró como una tromba en el patio, capitaneada por el príncipe de la noche.

Sabía que habían entrenado al príncipe Valen para defender Etta. Era el guerrero de su familia. En aquel momento, sin máscaras ni disfraces, era una visión temible e impresionante. Cuando era el Espectro Sanguinario y estaba maldito, no tenía ningún control. Pero allí, delante de mí, las hachas negras se hundían en la carne y en los huesos como si fueran parte de una danza sangrienta. Él abría una garganta y al momento siguiente hacía estremecer la tierra.

Con su furia desatada, se había convertido en una fuerza indestructible.

—¡Valen! —grité su nombre—. Por los tres infiernos, ya puedo decirlo.

—Ya no tiene sentido guardar el secreto, porque él lo ha gritado a los cuatro vientos —murmuró Calista.

Sonreí y seguí abriéndonos camino para alejarnos del estrado. Volví a gritar su nombre. Esta vez él se giró, examinó el patio y me encontró en medio del humo.

—¡Elise! —Una resolución renovada apareció en su cara. Fue atacando Cuervos para llegar hasta mí, aunque a algunos los dejó heridos, pero respirando.

Calista chilló. Detrás de nosotros un Cuervo levantó una espada corta. La aparté de un empujón y di un salto para esquivar el golpe. El Cuervo trastabilló por el impulso del ataque fallido. Era grande y fuerte, pero no tenía buen equilibrio. Me arriesgué, le hundí el hombro en el costado y lo tiré al suelo. Enseguida salté sobre él e intenté quitarle la espada. Le puse la rodilla en la nuca y enterré su cara en la tierra. Soltó una maldición y rodó, lanzándome a un lado. Cuando ambos nos ubicamos y nos miramos, ninguno de los dos tenía la espada.

El Cuervo sonrió y sacó una daga de su funda. Yo no tenía ningún arma. Valen seguía dando mandobles y tajos para abrirse paso entre los guardias.

El Cuervo agarró bien la daga, a punto de atacar, pero antes de que le diera tiempo a dar un paso más, soltó una exclamación.

La punta de la espada que acababa de atravesarle el pecho brilló. Cayó hacia delante, arrastrando a Calista, que aterrizó sobre su espalda. Tenía mal agarrada la empuñadura de la espada y, por la forma en que la sujetaba, habría tenido que emplear toda su fuerza para clavársela así. Chilló y sacudió las manos en el aire, desesperada por alejarse del cadáver.

La cogí por las axilas, la aparté y la abracé con fuerza. A pesar de que había visto ya tantas cosas, la reacción de la niña fue enterrar la cara en mi cuerpo y echarse a llorar.

—No pasa nada —la tranquilicé acariciándole el pelo. Con ella abrazada, arranqué la espada de la espalda del Cuervo—. Tenemos que irnos, tranquila… Debemos seguir.

Sorbió por la nariz y asintió, tragándose el dolor y ocultándolo tras su expresión impasible de nuevo. Señalé las puertas, pero justo en ese momento choqué con un cuerpo cubierto por una armadura. Por instinto intenté levantar la espada para defenderme, pero entonces vi unos ojos oscuros que me hicieron detenerme, petrificada.

—Valen. —Su nombre salió de mis labios en un susurro ahogado. Coloqué la mano sobre su corazón. Estaba tan cerca que pude ver que tenía la cara pintada con kohl y runas dibujadas. Sus ojos eran como un fuego negro, ardiendo con su furia. Era real.

Las fuerzas de Ruskig se estaban imponiendo. Había más Cuervos muertos que en pie. Valen no miró por encima de su hombro; parecía que no le importaba la batalla que nos rodeaba cuando me besó con fuerza y pasión. Los dientes y los labios chocaron en un momento de ardor y necesidad que terminó demasiado pronto.

—Cruzad el muro —gritó—. Voy a por el rey.

—¡Voy contigo!

—Elise… —protestó.

—¡No ocupes el trono hoy, príncipe oscuro! —gritó Calista con los ojos vidriosos y se frotó la cabeza.

Valen la miró con una expresión extraña. Yo apoyé las manos en los hombros de Calista.

—¿Qué has dicho?

Ella sacudió la cabeza y balbuceó:

—No… No ocupes el trono hoy. Yo… No sé… Lo he visto. Algo… va a ocurrir.

Me aferré al brazo de Valen.

—Es la hechicera. Ve cosas, Valen. Escúchala.

Su mandíbula se tensó. Miró hacia el estrado con cierta codicia y deseo en los ojos.

—No voy a dejar vivir a Calder. No puedo, el destino me debe eso al menos. Sácala de aquí.

Había sed de sangre en sus ojos. Estaba en un lugar profundo, pero no importaba. La necesidad de vengar a su pueblo, a su familia, estaba muy arraigada en el interior del príncipe de la noche. ¿Qué pasaría si reclamaba el trono? Calista nunca me había mentido y no había razón para que lo hiciera en aquel momento.

Fuera como fuese, no iba a permitir que se enfrentara a eso solo.

Me di la vuelta para mirar a la niña.

—Calista, ve corriendo hasta las puertas y busca un sitio para esconderte. Si no vuelvo, busca a una mujer que se llama Siv y dile que eres la contadora de historias. Ella te ayudará. Si no, busca a un hombre, Mattis. Ellos cuidarán de ti si yo no puedo.

Se le llenaron los ojos de lágrimas otra vez, pero enseguida los abrió de par en par y una neblina, que parecía un humo blanco, cubrió el azul brillante de sus pupilas.

—Algo va a ocurrir, chica de buen corazón.

—¡Príncipe de la noche! —La voz de Calder resonó sobre el ruido decreciente de la batalla y la muerte.

Los aceros se silenciaron. Los gritos de la batalla no eran más que ecos en la noche. Se despejó un camino entre las grietas, que iba desde donde yo estaba, al lado de Valen, hasta el estrado.

El rey timorano estaba en el centro de ese lugar elevado, sujetando con una mano la capa de una figura encorvada.

—Por todos los dioses… Bulto —exclamó Calista. La neblina de

sus ojos había desaparecido.

—Renuncia a tu corona, falso rey —gritó Valen agarrando sus dos hachas—. Esta tierra ya no te pertenece.

—¿Estás seguro? ¿Crees que no tengo poder para acabar contigo? ¿Te parece que los reyes de antes no tenían poder suficiente para conservar nuestra tierra y nuestro reino? Subestimas la fuerza de Timoran. Y eso será tu perdición, una vez más.

—Te lo advierto de nuevo, falso rey. Renuncia. Esta tierra no es tuya.

Un rugido de apoyo salió de las gargantas de la gente de Ruskig.

—Te pareció muy inteligente lo de esconderte a plena vista. Es cierto que no te conocía —admitió Calder—. Pero sí lo conocía a él. ¿Y tú? ¿Lo reconoces?

Calder le quitó la capucha al tercer prisionero de las celdas. Esperaba encontrar a un hombre anciano y decrépito, pero la luz del fuego iluminó una cara joven, pálida y demacrada. Tenía el pelo oscuro, que le llegaba hasta los hombros, las orejas acabadas en punta y un toque negro en los labios. Si lo hubieran alimentado bien, seguro que sería alto, fuerte y temible. Pero su mirada estaba vacía y en sus ojos solo se veía un leve enrojecimiento alrededor de unos iris negrísimos.

Yo no lo conocía, pero Valen se tambaleó. Fue como si le hubieran arrebatado toda su fuerza y las piernas ya no fueran capaces de sostenerlo.

Me acerqué a él y le puse una mano en la espalda. Estaba temblando y tenía los ojos desorbitados y cara de horror. El príncipe de la noche sacudió la cabeza, sin poder creérselo.

Algo importante acababa de pasar, porque Calder soltó una carcajada, un sonido frío e insensible que me caló hasta los huesos. Valen dio un paso atrás y se llevó una mano al corazón. Yo abrí la boca para preguntarle qué ocurría, pero se me heló la sangre cuando pronunció, en voz muy suave y peligrosamente baja, un nombre.

—¿Sol?

Capítulo treinta y dos

El príncipe de la noche

—El destino tenía otros planes, hermanito.

Los ojos azules de Sol se oscurecieron y me recordaron a dos profundas fosas en el mar.

—¡Lucha, Valen! ¡Hazlo como nunca antes! ¡Como los dioses! ¡Te guardaré un sitio en el gran salón!

Mientras intentaba comprender lo que tenía delante, me vino a la mente la imagen de la última vez que vi a mi hermano mayor.

—¿Sol? —Su nombre se escapó de mis labios.

¿Cómo podía ser? ¿Era una ilusión? Esa criatura demacrada y vacía era solo una sombra de lo que una vez fue Sol Ferus: un hombre valiente, inteligente y siempre risueño. No. Si mi hermano estuviera vivo, yo lo habría sabido. Habría sentido algo. La tierra no habría florecido por mí.

Las manos de Elise me sujetaron. Yo apenas lo noté, pero de alguna forma fui consciente de que ella me estaba manteniendo en pie.

El asombro inicial empezó a disiparse. ¿Qué le habían hecho? ¿Por qué me miraba como si no me conociera? El corazón recuperó la conexión con mi cabeza cuando un grito de dolor hizo añicos lo que quedaba de mi perplejidad. Tor corrió hacia el estrado.

—¡Sol! —gritó Tor—. Maldita sea, Sol, ¿qué te han hecho?

El dolor de Tor me atravesó a mí también. Halvar intentó detenerlo, pero él lanzaba fuego contra cualquiera que intentara interponerse en su camino. Los ojos vacíos de Sol miraron a Tor en medio de la carnicería. ¿Lo reconocía? ¿Le importaba algo? ¿Es que ya no quedaba más que un vacío? Si habían acabado con todo lo bueno que había en su alma, yo preferiría que estuviera muerto.

Mi hermano, o lo que quedaba de él, levantó la mano. Una niebla negra le envolvió los dedos. Y señaló a Tor.

—¡No! —grité y corrí hacia Tor, pero me sacaba demasiado terreno—. ¡Sol, no!

La niebla negra salió de las palmas de Sol, como unos dardos unidos a cintas oscuras, y el veneno pestilente impactó en la tierra a los pies de Tor. Su consorte se tensó y cayó de rodillas. Unas venas negras ascendieron por su nuca y le rodearon los ojos. Sus labios adquirieron un horrendo tono azul.

Yo agarré las hachas. No. No, ese no era Sol. La tierra envenenada podía hacer enfermar a la gente, lo sabíamos; era una estrategia de batalla que pensamos utilizar durante las invasiones, antes de que nuestros propios cortesanos nos traicionaran y nos entregaran al primer falso rey, así que Sol nunca tuvo oportunidad de ponerlo a prueba. Pero ver a Tor debilitarse en cuanto el veneno invadió el suelo era espeluznante.

—¡Sol, no! Esto… Esto no…

—Tú no eres el único que tiene secretos, príncipe de la noche —interrumpió Calder, sin dejar de sonreír—. ¿Para qué sirve un príncipe de la noche cuando nosotros tenemos la magia letal del príncipe solar? —El rey timorano miró a mi hermano—. La mujer.

Todo ocurrió muy rápido. Un segundo dardo negro salió del estrado, atravesó una estrecha zona de tierra devastada e impactó a los pies de Elise. Ella tosió, se agarró la garganta y después cayó, igual que Tor.

—¡No! —El pánico me atenazó la garganta. Intenté ir junto a Elise, pero Halvar me lo impidió.

—No la toques —advirtió.

La suave piel de Elise estaba cubierta de unas venas negras y mortíferas. El blanco de sus ojos se volvió amarillo y gris.

Corrí hacia el estrado. Los ojos negros de mi hermano me siguieron durante todo el trayecto.

—Sol, libéralos. Para, maldita sea. Él es tuyo… —dije señalando a Tor—. Recuérdalo, hermano. Él es tuyo y ella… ella es mía. ¡Sol, mírame! Ella es mi *hjärta*. Para, te lo suplico.

—Me encanta ver suplicar a la gente de la realeza —comentó Calder—. No puedes vencer esto, príncipe de la noche. Nosotros

controlamos la furia más antigua.

Lo ignoré.

—Sol, déjalos. Por favor. ¡Estás matando a Torsten!

Durante un mínimo instante su mirada se dirigió a donde estaba Tor, que luchaba por respirar. Un leve resplandor coloreó sus ojos. Fue un pequeñísimo destello azul, como el de los ojos de nuestra madre. Un segundo fue lo único que pude conseguir antes de que la negrura lo inundara todo otra vez. El príncipe solar me miró fijamente y habló como si cada palabra le estuviera destrozando la garganta.

—No puedo. Reacciona. ¡Vamos!

Solo tuve un segundo para decidir. Entendí lo que quería decir, lo que tenía que hacer, lo que Calder no sabía sobre la furia de dos hermanos. Pero eso implicaba elegir, algo que no sabía cómo podría hacer sabiendo la verdad.

Recé para poder vivir con ello.

Clavé las uñas en el suelo. Me dolían los brazos tras la batalla y la furia había agotado casi toda mi energía, pero todavía me quedaba un poco. Suficiente.

No abrí la tierra, pero tembló de todas formas. Una ráfaga de viento azotó el estrado cuando Calder ordenó a sus guardias que me atraparan. Los Cuervos cayeron al suelo junto a su rey. Halvar, Stieg y Ari se acercaron. Los guardias gritaron por culpa de las visiones horrendas de las ilusiones que Ari proyectó en sus mentes. Stieg y Halvar crearon un torbellino. Yo mantuve la mano en el suelo hasta que la oscuridad retrocedió. Los regueros del veneno pestilente desaparecieron en cuanto entraron en contacto con mi furia curativa.

Torsten inspiró de forma brusca. El doloroso veneno se retiró de su sangre. Diez pasos más allá, Elise tosió y cayó de costado.

Miré al estrado con el corazón roto. Los ojos negros antinaturales de Sol se fijaron en mí. Tal vez fue mi imaginación, pero me pareció que asentía, como si entendiera lo que tenía que hacer y accediera. Pero cuando volví a mirar solo encontré esa mirada inerte e insensible y lo vi levantar las manos para atacar de nuevo.

—Volved a los barcos —le grité a Ari.

Él asintió y ordenó la retirada. Halvar se pasó el brazo de Tor por los hombros. A mí me temblaban las manos. Tenía que hacerlo. No se había acabado, pero el falso rey tenía razón en una cosa: no podía vencer aquello, esa noche no. No después de que me hubieran pillado completamente desprevenido.

Metí las manos en la tierra una última vez hasta que la piedra se partió. En vez de crear barrancos y valles, moldeé la tierra hasta que surgió del suelo un muro de piedra irregular, como una hilera de dientes. No bastaría para detener por completo a la guardia de Calder, pero nos haría ganar algo de tiempo.

Ari y yo le ordenamos a la gente que corriera hacia la orilla. El cuerpo me dolía porque había utilizado demasiada furia, pero agarré las hachas y me llevé por delante a los pocos Cuervos que quedaban por allí. La mayoría ni siquiera intentaron combatir, prefirieron huir. Los que pelearon, no duraron mucho.

Llegué al lado de Elise cuando ya se estaba poniendo de pie. Temblaba y estaba muy pálida. La acerqué a mi cuerpo y le di un beso en la frente sudorosa.

—Valen —dijo con voz ronca.

Sacudí la cabeza. Ya hablaríamos de lo que había pasado después, no en ese momento, no cuando acababa de abandonar a mi hermano en las crueles manos de los enemigos.

—¡Elise Lysander!

Los dos nos dimos la vuelta. Se me cayó el alma a los pies cuando vi al desgraciado de Jarl levantando una ballesta. Lleno de sangre y cubierto de cenizas. El odio ardía en sus ojos. Dirigió la flecha al corazón de Elise, pero antes de que pudiera disparar, una mujer utilizó un trozo de poste de madera caído para darle un golpe en la cabeza.

—¡No, *Maj!* —gritó Elise.

No había reconocido a la madre de Elise, pero enseguida corrí hacia ella.

Jarl se recuperó rápido. Dirigió toda su ira hacia *lady* Lysander y le clavó un cuchillo curvado en el corazón. Yo lo aparté de ella de un tirón y le asesté un golpe desesperado con el hacha. Él lo esquivó y, como el cobarde que era, huyó con el resto de Cuervos para resguardarse tras el muro que yo había creado.

La madre de Elise se estremeció con el cuchillo clavado en el pecho y me tendió la mano. No teníamos tiempo, pero se la agarré y le sujeté la cabeza cuando la sangre empezó a salir a borbotones de entre sus labios.

—¿Cu-cuidarás de ella?

Asentí y parpadeé rápido. El cuchillo se había clavado muy profundamente. Demasiado.

—Júramelo.

—Lo juro —respondí—. Le juro que nunca tendrá miedo de mí y que le daré todo lo que tengo.

Ella sonrió. Era una imagen aterradora con toda aquella sangre. Me apretó la mano y dijo con un hilo de voz, ya en paz.

—Espero que el destino te devuelva la corona, príncipe.

Mara Lysander murió con una leve sonrisa en los labios. Le apoyé la cabeza en el suelo con cuidado, cogí el hacha y miré a Elise. Las lágrimas le corrían por las mejillas y tenía los puños apretados. Yo la obligué a levantar la barbilla y ella me miró.

—Debemos irnos —murmuré—. Sus últimas palabras fueron para ti.

Elise cerró los ojos y cayeron más lágrimas, pero me dejó llevármela de allí. Lejos del trono robado y del castillo Aguja del Cuervo.

Lejos del príncipe solar. El verdadero rey de Etta.

Capítulo treinta y tres

La princesa rebelde

Una negrura enloquecedora e infinita nos acompañó durante el viaje de vuelta por el río. Decidimos mantener los faroles apagados y hablar en voz baja. La única luz era la de las estrellas, que parpadeaban a lo lejos, y la de la luna casi llena sobre nuestras cabezas. La piel me olía a humo y a sangre y llevaba pegados a ella los horrores de la noche.

En la popa habían colgado un cubo de agua dulce para beber. Me temblaban las manos cuando sumergí un cuerno. El líquido frío pasó con dificultad por mi garganta en carne viva. Bebí un poco más. La furia de Valen lo había dejado sin fuerzas, y a eso había que añadirle la revelación de que Sol, su hermano, estaba vivo (no me cabía en la cabeza). No sabía cómo era capaz de permanecer de pie en la proa en aquel momento.

—Elise. —Bajé la mirada y encontré a Ari sentado en el suelo, con la cara llena de regueros de kohl corrido y oscurecida por el humo. Parpadeé con los ojos llenos de lágrimas y le tendí la mano. Él me besó el dorso—. Me alegro de que hayas sobrevivido, querida *Kvinna*.

—Y yo de que fueras lo bastante inteligente para liberarlos —contesté con voz ronca—. Menuda sorpresa te habrás llevado.

Ari sonrió.

—¿Porque había encadenado al príncipe de la noche? Sí, tengo que reconocer que fue impactante. Pero, cuanto más lo pienso, más seguro estoy de que dentro de mí siempre hubo algo que me decía que él era un líder. Por eso siempre lo incluí y quise que participara de todos mis planes.

—Confiando en él lo has ayudado a encontrarse a sí mismo de nuevo.

—No, eso lo hiciste tú —repuso—. Tú eres quien consiguió que volviera a Aguja del Cuervo. A mí no me quedó más remedio que quitarle las ligaduras; estaba seguro de que nos mataría a todos si no lo hacía. Además, no tenía ni idea de que al liberarlos iba a forzar mi

propia abdicación. Ahora que ya me había acostumbrado a ir dando órdenes a la gente por ahí…

Me reí bajito, aunque no tenía ninguna gracia en realidad.

—Eres un buen líder, Ari. Siempre te tendré respeto.

—Entonces moriré feliz. —Me apretó la mano—. Y tengo intención de seguir irritando a nuestro querido príncipe, insistiendo en que te cases conmigo y no con él.

Sonreí y le di un beso en la frente.

—Mientras no lo digas cuando tenga las hachas en la mano…

Lo dejé allí, crucé entre los remeros y volví a la parte de delante. Las consecuencias de la batalla eran graves. Calista dormía bajo una gruesa piel. Kari estaba ocupada vendando una herida profunda en el costado de Halvar. Él no dejó de sonreír durante todo el proceso y bromeó con ella, diciéndole que se fijara en su pecho desnudo y admirara lo guapo que estaba, hasta que consiguió hacerla reír. Brant tenía un trapo lleno de sangre apretado contra la cara; seguramente no habría forma de salvarle ese ojo. Frey, Stieg, Casper…, todos tenían heridas y cicatrices. Junie se apretaba las rodillas contra el pecho y vi lágrimas en sus mejillas. Siv y Mattis estaban abrazados y con los ojos cerrados para no ver las consecuencias de lo que había pasado.

Tor. Noté una presión en el pecho. No había dicho ni una palabra ni había intercambiado una mirada con nadie. Tenía los ojos fijos en la destrucción que habíamos dejado atrás. Nadie intentó que hablara ni lo molestó. ¿Qué podíamos decirle? Yo no podía evitar compartir su sufrimiento. No quería ni imaginarme el dolor que sentiría si las cosas hubiesen sido al revés y me hubieran arrancado otra vez a Valen de los brazos.

Le cogí la mano y le puse en ella un cuerno de agua. Tenía los ojos vidriosos y llenos de tristeza, pero le dio un apretón a la mía antes de volver a mirar al vacío.

El príncipe de la noche no apartaba la vista del río que teníamos delante. Distante. Solo. Le apoyé la mano entre los hombros. Se sobresaltó un poco, me acercó a su costado y yo me acurruqué contra él. Estuvimos así, en silencio, largo rato. Cualquier cosa que se me ocurría decir se habría quedado infinitamente corta.

Al fin, Valen acercó su cabeza a la mía y susurró:

—Elise, no sé qué hacer ni qué pensar.

Le rodeé la cintura con un brazo.

—Creo que solo hay una forma de seguir adelante.

En su mirada había vulnerabilidad y miedo. En aquel momento, conmigo, podía ser un hombre normal. Había leído mucho sobre el amor que su madre tenía por su padre, sobre todo en los momentos en que el rey Arvad le confesaba sus miedos, aquellos en los que era su amante y su compañero más que un rey.

—Tienes que seguir, Valen Ferus. Asumir la corona y luchar para liberar a tu hermano. Tú eres la única oportunidad que tiene.

Cerró los ojos.

—¿No preferirías que estuviera muerto?

—¿Y por qué iba a querer eso?

—He oído a la gente murmurar —confesó—. Odian que un hijo de Etta los traicione.

—Valen —dije y le puse una mano en la mejilla—, han manipulado a Sol. Yo estuve con él en las celdas sin saberlo y era totalmente dócil. Solo cuando Calder se lo ordenó él… —Sacudí la cabeza—. Lo liberaremos.

Me cogió la mano y me dio un beso en la palma.

—*Kvinna,* deberías saber que mi alma y mi corazón son tuyos y puedes hacer con ellos lo que quieras.

—Entonces ya tengo todo lo que quiero. —Y lo besé sin la más mínima vergüenza. En mi pecho creció una feroz necesidad de recuperar todo lo que él había perdido y de sanar las cicatrices de la tierra que habíamos dejado atrás.

Cuando volvimos a Ruskig, reparamos las barreras de la furia. Con Valen y su Hermandad liberados, los nuevos muros eran más altos y más fuertes que los de antes. Yo fui a comprobar que los niños que habíamos dejado allí estaban bien. Calista encontró un sitio junto a Ellis; él todavía sufría por la muerte de su madre y ella era una extraña que tenía más miedo del que dejaba entrever. Hasta que se nos ocurriera qué hacer con la contadora de historias, quizá a ambos

niños les viniera bien encontrar consuelo el uno en el otro.

Mi cabaña tenía un enorme agujero en el suelo, así que me fui a la de Siv, que estaría con Mattis. Cuando me quedé sola, me bañé y lloré. Mi madre estaba muerta y había muerto por mí. También lloré por Sol. Calista había hecho cierta amistad con el príncipe solar. Había bondad en su interior, seguro que estaba ahí. Ayudó a una niña, enseñándole palabras nuevas para sus hechizos. Tal vez entendió que con eso ayudaba también a su hermano.

Su furia era terrible. Me estremecí al recordar el dolor que me produjo el veneno. Fue como si cada músculo y cada vena de mi cuerpo estuvieran ardiendo y a punto de estallar.

Aguja del Cuervo lo había utilizado como arma. Seguro que el veneno que le deshizo el ojo a mi padre provenía del príncipe solar, obtenido tras alguna tortura o manipulación. Durante siglos había sido el secreto mejor guardado de Aguja del Cuervo, mejor incluso que el príncipe de la noche. Habían estado aprovechándose de su furia letal. De repente era fácil entender cómo Aguja del Cuervo les había infundido miedo a los habitantes de la noche o había encontrado la forma de controlarlos. Con una furia como la de Sol, nadie sabía hasta dónde podían llegar.

Me acababa de envolver el cuerpo con una toalla cuando la puerta se abrió y entró Valen.

En sus ojos ardió con fuerza el deseo cuando me vio así y en su cara apareció una sonrisa.

—He venido para suplicarte que tengas compasión de mí y me dejes quedarme aquí esta noche. Ari no deja de insistir en que me instale en la casa del rey, pero yo aún no estoy preparado para eso.

—No sé si es una buena idea, príncipe Valen.

Él recorrió el espacio que nos separaba con una ceja enarcada.

—Ah, ¿no? ¿Y eso por qué?

Le recorrí el pecho con los dedos y él me atrajo hacia él.

—Tengo un amante muy protector, ¿sabes? Tiene unas hachas que dan pavor. Y es el tipo de hombre que lleva máscara y puede causar muchos problemas.

Valen me rozó la curva de la oreja con los labios, sin dejar de sonreír.

—Suena terrible y por eso deberías pensar en entregarte a un príncipe mejor.

Cerré los ojos cuando me besó toda la longitud del cuello.

—Tu argumento resulta muy convincente.

Me atrapó la boca con la suya y después me apretó contra su cuerpo y me demostró su amor profundo. Nos habíamos enfrentado a la posibilidad de perdernos y se notó en cada caricia, cada beso y cada movimiento. Sus manos y su boca borraron las marcas que me había dejado la crueldad de Runa y sanaron el miedo de convertirme en presa de Jarl y que acabara conmigo.

No lo solté hasta que amaneció a la mañana siguiente.

Cuando entramos en la casa del rey, ya se había reunido una multitud a modo de consejo en el salón. Halvar se había pasado toda la mañana explicando qué le había pasado al príncipe de la noche. Les contó lo de la maldición y la falta de recuerdos. Creo que Valen se sintió aliviado al saber que no tenía que revivir todo aquello una vez más.

El lugar estaba atestado. Todo el mundo quería saber qué iba a hacer el príncipe de la noche. Él había hecho la revelación en medio de una batalla sangrienta y no le había dado ninguna explicación a la gente de Ruskig. Que ellos lo hubieran seguido en la batalla sin saber toda la historia ya era indicativo de algo.

Me daba esperanzas.

—Abdico —anunció Ari cuando todo el mundo lo escuchaba—. Le entrego mi corona de buena gana a Va…

—Espera. —Valen levantó una mano—. Antes de que lo hagas, deberías saber que ya no soy el heredero.

—Valen… —intervino Halvar con cierta resignación.

—Ya sé lo que vas a decir. También sé que… Sol no está en condiciones de reclamar lo que es suyo por nacimiento, pero las leyes de Etta establecen claramente que, si un rey o una reina no pueden gobernar por alguna razón, pero siguen con vida, su poder debe recaer

en su consorte.

Me quedé con la boca abierta.

Tor se apoyó contra la pared y se encogió un poco. Los ojos de todos siguieron a Valen, que se colocó al lado de Tor y le puso una mano en el hombro.

—Tal vez no lo sepáis, pero Torsten es el consorte de mi hermano. Él es quien debe asumir la corona.

Ari suspiró profundamente y se frotó la cara.

—Hay demasiada gente con derecho a reclamar esta maldita corona.

Tor levantó la vista y miró a Valen.

—Yo no soy rey. No quiero su corona ni la tuya. Pero lucharé por los Ferus y los serviré hasta mi último aliento.

—Muy bien. Genial. Asunto arreglado —continuó Ari—. ¿Puedo abdicar ya?

—¿Y qué pasa con Herja? —Valen cruzó los brazos sobre el pecho —. Sol está vivo, ¿quién sabe si no tendrán escondida a mi hermana en alguna parte?

—Valen —intervino Halvar de nuevo—, Herja no tenía furia.

—Pero tenía otros talentos, tú lo sabes. Podría serles útil, ¿así que no deberíamos asegurarnos de que está muerta antes de asumir nada?

Halvar asintió.

—Pero hasta que lo sepamos con seguridad, esta gente, todos, necesitamos un rey, un líder. Y tú eres ese líder.

Valen estudió el salón y volvió a la parte delantera.

—Si eso es lo que deseáis, os serviré, pero haremos todo lo posible para liberar al príncipe solar…

—Ese sirve a Aguja del Cuervo —gritó una voz desde el fondo.

—Porque lo obligan por la fuerza —respondí—. No seáis tontos. ¿Creéis que el príncipe solar accedería por su propia voluntad a

ayudar a la gente que mató a su familia? —Valen me miró con una sonrisa divertida y se apartó cuando yo me planté delante de todos—. No sabéis de lo que es capaz esa gente, lo desesperados que están por mantener el trono. Calista, ven aquí. —Miré al rincón donde estaba la niña, sentada al lado de Ellis y Kari. Ella se sobresaltó, pero obedeció —. Cuéntales lo que sabes del príncipe solar. Tú eres la que ha pasado más tiempo con él.

Ella se humedeció los labios agrietados, miró a Valen con timidez y después habló, dirigiéndose a las caras ansiosas que llenaban el salón.

—Yo… No sabía que era un príncipe, creía que solo quedaba uno, aunque sí supuse que tenía furia antigua. Nunca me dijo su nombre, pero a veces hablaba conmigo. Me ayudó a hacer… hechizos que luego nos sirvieron para liberarnos. Si fuera tan malo, no me habría ayudado. No seáis idiotas, es uno de vosotros, solo está un poco cambiado porque esos desgraciados del castillo lo han estado alimentando con su propio veneno. Lo han torturado.

Tor pareció a punto de desmayarse. Sacó una silla, se sentó y se pasó los dedos por el pelo, intentando evitar las miradas de los demás.

Valen carraspeó.

—¿Puedes escribir algo? ¿Una historia que nos asegure que podremos liberarlo?

Calista palideció y negó con la cabeza.

—No funciona así. Creo que he cruzado demasiados límites. Mi magia es una especie de tira y afloja con el destino y no le gusta que la manipulen, ni yo ni nadie. Intenté escribir algo en cuanto llegué aquí, pero me arde la cabeza y el corazón. Es como si, a estas alturas y en esta historia, el destino estuviera solamente en vuestras manos. Ya he hecho todo lo que me ha permitido.

—Pues intentaremos rescatarlo por todos los medios —aseguró Valen—, pero si está más allá de la redención, sé que mi hermano preferiría no seguir viviendo.

Le puse una mano en el brazo. Por todos los dioses, rezaba para que no tuviera que verse en la necesidad de matar a Sol. Pero parecía que el peso de un reino, de todo un pueblo, había recaído sobre sus hombros por fin. Él haría lo que fuera necesario para protegerlos.

La gente se quedó callada y seria. Ari carraspeó y se levantó.

—Entonces lo haremos oficial en la luna llena.



Al anochecer, Valen, su Hermandad y yo nos reunimos junto al mar. Un barco mercante cabeceaba con la marea y una barca cargada con telas y hierbas para los reinos lejanos esperaba para navegar hacia las olas. Junie se colgó la bolsa del hombro y envolvió bien los hombros de Calista con el manto de piel.

—La llevaré a su hogar. En Occidente, ¿verdad, niña?

—Vivo en Raven Row —dijo con altanería—. Hay quien dice que fue el primer reino, ¿sabes?

—Muy bien, señorita, pues me aseguraré de que llegues a ese lugar llamado Raven Row.

Abracé a Junius con fuerza.

—No tenías que combatir, pero lo hiciste. Siempre te estaré agradecida por ello. Y espero que evites que tu marido queme el mundo hasta los cimientos.

Ella sonrió con nostalgia y me dio un pergamino con un sello de un país extranjero.

—Si me necesitas, solo tienes que llamarme. —Junie miró a Valen—. En casa me espera la Hermandad de los Falkyn, pero ha sido un honor ser también una de tus Sombras. No nos olvides. Estoy segura de que vas a llegar a ser importante para mi gente. No sé por qué ni cómo, pero esta no va a ser la última vez que nos veamos.

—A nadie le viene mal ser amiga de un rey —bromeó Valen—.

Aunque sea uno temporal.

—Cierto. Lo decía en serio —dijo y señaló el pergamino que yo tenía en la mano—. Si necesitas algo, pídelo. Ahora tienes aliados en el extranjero.

—Adiós, chica de buen corazón —se despidió Calista, pero cuando levantó la vista sus ojos se volvieron vidriosos, como si unas pálidas nubes hubieran cubiertos sus iris—. Tu batalla termina cuando la suya comience.

Se me hizo un nudo en el estómago.

—¿Calista? ¿La batalla de quién?

Valen vino a mi lado y observó a la niña con curiosidad. Cuando volvió a hablar, lo hizo en voz muy baja y sus palabras cambiaron.

—El que trae la oscuridad y el miedo comienza su batalla cuando la tuya termine. —Calista parpadeó varias veces y después sonrió, como si no hubiera pasado nada raro—. Adiós, príncipe maldito. No olvides lo que he hecho por ti. Las cosas buenas, quiero decir.

Valen y yo nos miramos.

—¿Qué ha querido decir con eso? —murmuró cuando Calista se alejó, camino del barco.

—Ve cosas. No sé lo que significa. Ni siquiera creo que ella sepa lo que ha dicho.

Él suspiró profundamente con la mandíbula tensa.

—Conociendo las vueltas que da el destino, nos enteraremos pronto.

—Y de la peor forma posible, seguro —refunfuñé.

Valen sonrió, me dio un beso en un lado de la cabeza y pagó al marino una bolsa de monedas de plata extra para que se asegurara de que Junie y Calista llegaban a sus países sanas y salvas. A eso le añadió la amenaza de que, si no lo lograban, la Hermandad de las Sombras se ocuparía de destruir su negocio y sus vidas.

Un vistazo a las llamas que salían de las palmas de Tor fue suficiente para que el marino asintiera y nos lo asegurara cien veces antes de alejarse remando.

Entrelacé los dedos con los de Valen y miré al horizonte.

—¿Estás listo?

Me dio un beso en los nudillos.

—Todo lo que puedo estarlo.



La pira de coronación ardía con fuerza en dirección al cielo, sumido en una oscuridad aterciopelada. Las mujeres llevaban coronas de arbustos de la luna y los hombres de ramitas. Todo el mundo se había puesto sus mejores vestidos y túnicas, se había adornado las orejas con huesos y se había pintado runas en las manos y en la cara.

Yo estaba al lado de la silla vacía, dentro de una tienda blanca, con un arco de arbusto de la luna en la entrada. Tor y Halvar, el consejero real y su primer caballero, estaban a mi lado. Siv agarraba con fuerza el brazo de Mattis y me sonreía. Había vivido con los clanes toda su vida: aquella era una noche que ella siempre esperó que llegara. Me di cuenta de que aquello era más que una ascensión al poder para esa gente; para ellos significaba la libertad.

La multitud se quedó en silencio cuando Valen, Ari y el patriarca Klok entraron en el círculo de luz. Valen se cubría con un manto de piel y Klok llevaba en las manos la corona de plata que llevaba Ari cuando era rey. Sentí un nudo en el estómago. Parecía que había pasado mucho tiempo desde la noche en que Legion Grey se convirtió en mi negociador matrimonial. Me había resistido y después había caído en sus brazos. Los dos juntos habíamos sobrevivido a un golpe de estado, a muchas mentiras y a una maldición. En aquel momento, cuando su mirada se encontró con la mía, no tuve ninguna duda de que, fuera lo que fuera lo que nos deparara el destino, podíamos enfrentarnos a ello juntos.

Ari se volvió hacia la multitud.

—Durante siglos hemos creído que nuestra verdadera familia real, la de Etta, la familia Ferus, recuperaría el trono de nuevo. Su magia no había muerto. Lo sabíamos. Lo sentíamos. Nos aferramos a ello. Y es un honor para mí hoy abdicar y entregarle la corona al verdadero rey, Valen Ferus.

Valen hincó una rodilla. Hasta el viento paró cuando Klok le colocó la corona en la cabeza y las flores de la luna relucieron. Fue como si la tierra celebrara nuestra victoria.

Cuando Valen se levantó, la gente lo aclamó. Siv empezó a dar saltitos y después le dio un beso apasionado a Mattis, como si fuera el último. Stieg y Casper chillaron de placer. Frey se golpeó el pecho con el puño, igual que Ari. Halvar sonrió y me guiñó un ojo. Incluso Tor estaba sonriendo.

Valen se acercó al trono. Su expresión se veía serena, pero por la forma que tenía de mover las manos, estaba claro que sentía una gran ansiedad.

—¿Cuál es tu primera orden, rey Valen? —preguntó Ari.

Valen estudió a su pueblo. Después me miró a mí, que le sostuve la mirada sin parpadear. Cuando volvió a dirigirse a la gente, levantó la barbilla.

—Le declaro la guerra al castillo Aguja del Cuervo y a los nuevos reyes de Timoran.

El grito de batalla se alzó con las llamas hacia la noche y reverberó en mis huesos.

Una sonrisa llena de confianza apareció en la cara de Valen. Su voz se volvió más profunda.

—¡Preparaos para luchar por vuestras familias! ¡Por vuestro pueblo y por vuestra tierra! Esta guerra nunca terminó, pero juro ante los dioses que seremos nosotros quienes la acabaremos. Hoy es el principio del fin.



Agradecimientos

Me siento muy agradecida con mucha gente. Me ha llevado bastante tiempo escribir esta serie y no habría sido posible sin la ayuda de otras personas.

Primero, gracias a mi marido por lanzarme un millón de ideas y discutirlas conmigo. No sé cuántas veces has oído hablar de este mundo y sus personajes, pero te agradezco mucho que no hayas dejado de comentar cosas sobre ellos conmigo. Esto se ha convertido en algo que no me esperaba.

Gracias a mis hijos por su paciencia y apoyo. Me encanta lo emocionados que estáis cada vez que llega uno de mis libros por correo. Vosotros sois la razón.

Le doy las gracias también a Jennifer Murgia por ayudarme a pulir las cosas, salvarme de mis errores con las comas y detectar todas las veces en que he escrito mal alguna palabra. Gracias a Clara Stone, de Author Tree, por tu maravillosa habilidad a la hora de darle formato. Eres increíble. Y a Bianca, de Moonpress Co., por las preciosas portadas.

Y, como siempre, gracias a mis lectores. Sin vosotros estos mundos no serían posibles. Me siento muy agradecida de teneros y de que me deis la oportunidad de compartir con vosotros estos mundos y estos personajes.

Sed buenos.

LJ

Índice